CLARA WEST



LA Señal ROTA

UNA NOVELA DE PINE BARREN

la señal rota

CLARA WEST

La Señal Rota © 2025 Clara West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

también de clara west

La serie Pine Barren University
Más Allá de los Límites
La Práctica Hace la Perfección
Cambiando las Reglas del Juego
La Colisión Perfecta
La Apuesta Más Arriesgada
La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.

índice

También de Clara West
Acto 1
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Acto 2
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Acto 3
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
También de Clara West

acto 1

uno

BEN

EL RASPAR del acero contra el hielo es mi sonido favorito en el mundo.

No el rugido de la multitud cuando anotamos —aunque ese también está bastante bien—, sino esto. El chas preciso y cristalino de una cuchilla afilada tallando hielo limpio, el golpe percusivo de un disco contra las bandas, y el ritmo superpuesto de diez tipos moviéndose con propósito.

Es un lenguaje que entiendo en los huesos, tanto como los circuitos eléctricos o las ecuaciones matemáticas complejas. No me exige buscar las palabras correctas a tientas ni preocuparme por estar a punto de decir algo monumentalmente estúpido, que es, fuera del hielo, lo que pasa la mayor parte del tiempo.

Pero aquí fuera, sé exactamente lo que hago.

Giro con fuerza, pasando del patinaje hacia atrás al de frente en un solo cruce fluido, los filos mordiendo hondo mientras acorto la distancia con Mason Nash. Tiene velocidad —eso se lo concedo—, pero la velocidad sin estrategia es solo ruido, y Nash siempre es ruido.

Viene lanzado en un ejercicio de dos contra dos, Stiles arrastrándose detrás como un terrier fiel, los dos vacilando lo bastante fuerte como para que los oiga por encima del caos del

entrenamiento. Siempre es igual: ruido y vaciles haciéndose pasar por talento, pero los tengo controlados.

—¡Eh, Kell, no te vayas a hacer daño! —grita Nash.

Stiles, que jamás desaprovecha la oportunidad de amontonarse, añade:

—¡Este va a tropezar con sus propios patines!

No pico. No necesito hacerlo. El disco es lo único que importa ahora mismo, y el manejo de Nash, aunque vistoso, tiene un tic. Siempre —siempre— corta con fuerza hacia su derecho justo antes de intentar una finta. Es un detalle minúsculo que la mayoría no ve, pero yo conozco el patrón.

El mismo movimiento, cada vez.

Física elemental.

Corta, pero yo no sigo la finta. En su lugar, inclino el palo hacia abajo, y en el segundo en que se compromete con el movimiento, ejecuto un robo de palo de manual que le arranca el disco limpiamente de la pala. Sale rebotado hacia la banda, y Nash, pillado a contrapié, pasa de largo tambaleándose con una maldición entre dientes.

—¡Mierda!

Ya estoy en transición, recogiendo el disco con el palo y enviándolo por la banda hacia mi compañero en el ejercicio, Erik Schmidt. Lo recibe y lo devuelve a nuestra zona sin decir una palabra. Me acomodo en posición.

—Una lectura de puro culo —murmura Nash mientras vuelve a su sitio.

—Qué va, Kell estaba plantado —dice Stiles, como si posicionarse defensivamente fuera hacer trampa.

Debería contestarle. Llamarlo imbécil. Convertirlo a él en el chiste.

Pero no lo hago, porque la cagaría.

Así que me quedo callado.

Como si percibiera mi inseguridad, Schmidt pasa patinando a mi lado y me golpea suavemente el casco con el guante. Es un gesto pequeño, pero aterriza como la aprobación de una deidad. El palo

me pesa menos en las manos, como si alguien me hubiera mejorado todo el equipo mientras no miraba.

—Sólido —dice, con un tono seco pero genuino, el elogio más efusivo que se le conoce a Schmidt.

Golpeo el palo contra el hielo, una sonrisa estúpida amenazando con partirme la cara en dos.

—Gracias —consigo decir, y la voz me sale más firme de lo que me siento.

La aprobación de Schmidt no sale barata. No es Rook, todo sonrisas fáciles y ánimos constantes. Hay que ganársela, lo que significa que cuando la consigues, significa algo. Y ahora mismo, un poco más erguido, los hombros un poco menos encogidos, siento que quizá —solo quizá— de verdad pertenezco a este sitio.

Suena el silbato, señalando el final del ejercicio, y el caos se reanuda. Los chicos patinan en círculos perezosos, vacilándose mutuamente con esa clase de pullas fáciles e implacables que definen a este equipo. Es un lenguaje propio —mitad insulto, mitad cariño—, y yo todavía no lo domino del todo.

—Eh, Stiles, ¿has visto ese robo de palo? —grita Leo Cooper, su voz cruzando la pista—. A Nash le acaban de pasar por puto encima.

Nash, que jamás deja pasar una pulla sin responder, contraataca:

—Iba tranquilo.

—¿Tranquilo? —Rook, nuestro capitán y portero titular, se acerca patinando con la soltura desgarbada de un tipo que no ha conocido un silencio que no pudiera llenar. Su sonrisa es ancha, los ojos marrones brillantes de picardía—. Nash, ibas a tope y Kell te limpió igual. Asume la derrota, tío.

—Y una mierda. Tenía otra marcha.

—¿Sí? —La comisura de Cooper se eleva apenas—. ¿Marcha atrás?

El grupo estalla en carcajadas, y la mandíbula de Nash se tensa, la boca abriéndose para una réplica que nunca llega. Observo el momento exacto en que decide cortar pérdidas, alejándose con una maldición murmurada que solo hace que todos se rían más fuerte.

Estoy en el círculo con ellos, riéndome en los momentos adecuados. Pero también estoy fuera de él, observando todo a

través de un cristal. Son una banda que lleva años tocando junta, y yo soy el tipo que se presentó sabiendo los acordes pero no el ritmo, sin terminar nunca de enganchar con el compás.

Sé que debería participar, quizá reírme más alto, añadir mi propia historia o lanzar alguna pulla. Eso es lo que hacen los que de verdad encajan. Pero cada vez que lo he intentado, me ha salido el tiro por la culata y los tíos se han acabado riendo de mí, porque no pertenezco a este sitio.

Así que me callo y patino en un círculo lento, dejando que el aire frío me llene los pulmones.

Porque esto es algo que nadie te cuenta sobre ser bueno en el hockey cuando simultáneamente eres malo siendo «uno de los chicos»: después de la bocina, vuelves al mundo real, donde saber leer una jugada no te ayuda a leer un ambiente.

Aquí fuera soy un defensa. Leo jugadas, freno ataques y protejo la portería. Mi valor es claro, medible e innegable. Pero cuando toca salir del hielo y encajar con estos tíos, ¿con la mayoría de la gente?, ¿con las chicas, sobre todo?

No tengo ni idea de lo que hago.

—¡Kell! —La voz de Rook corta en seco mis pensamientos en espiral, y levanto la vista para encontrarlo sonriéndome, el palo apoyado con naturalidad sobre los hombros, como si hubiera nacido sabiendo exactamente cómo ocupar espacio en el mundo—. ¿Vienes a Malone's esta noche?

El patín se me engancha ligeramente en un surco del hielo, apenas perceptible, pero suficiente para romperme el ritmo. Me recupero, pero el tropiezo refleja el que está pasando dentro de mi cabeza, el que ocurre cada vez que me señalan entre la multitud en cualquier tipo de situación social.

Viernes por la noche en Malone's. Ya puedo verlo: un bar a reventar, Rook y los chicos dominando una mesa, chicas acercándose, y yo en la esquina intentando reírme cuando toca mientras además intento descifrar si mirar a alguien a los ojos ya cuenta como ligar.

—Eh, sí, quizá —digo—. Pero tengo ejercicios que entregar el lunes, así que...

—Tío, son cervezas y alitas —interrumpe Rook—. Puedes hacer tus mierdas de empollón mañana. Vive un poco esta noche, come algo, bébete unas cervezas, y a lo mejor hasta ligas...

—Kell no liga, pero aun así deberías venir —dice Nash, pasando de largo—. ¿O te vas a pasar otro viernes por la noche manoseando tus trastos?

El énfasis deja claro que se refiere al equipo electrónico con el que me gusta cacharrear, pero el doble sentido queda ahí flotando, esperando a que alguien pique. Como si fuera una señal, el grupo se ríe, y yo fuerzo una sonrisa, incluso mientras el estómago se me contrae en un nudo duro. Porque nunca debería haberles contado aquello.

Olvidé la regla de oro: nunca les enseñes las partes de ti que usarán como munición después.

Lo intenté siendo sincero una vez. De pie en el pasillo fuera de la cafetería, contándole a una chica lo de la radio antigua que había restaurado durante el fin de semana. Cómo su expresión pasó de curiosa a incrédula. Cómo se rio, no con maldad, pero como si acabara de contarle un chiste genial.

Se rio. No una risa educada de qué-curioso. Una de verdad. «¿Eso es lo que haces para divertirte? Eres como un chatarrero», dijo.

No volvimos a hablar.

Así que ahora tengo una norma: mantener las cosas de empollón bajo llave y mimetizarme con la multitud todo lo posible. Estos tíos saben de mis aficiones y mi negocio paralelo, pero mientras haga mi papel y deje claro que me río con el chiste, funciona.

Rook bufa, cansado de esperar mi respuesta.

—Eres un rarito, Kell.

—Sí, pero es nuestro rarito —dice Erik.

Sonrío más amplio, porque eso es lo que esperan. La confirmación de que participo del chiste y de que conozco mi lugar. Porque, para ellos, soy el hermanito inofensivo que hace cosas raras y no sabe hablar con chicas pero es lo bastante bueno en la línea azul como para que me tengan cerca.

Es una jaula cómoda, y he aprendido a vivir en ella.

❄

—¡Kell! —La voz de Nash retumba en el vestuario—. ¡Ven aquí!

Mierda.

Cada célula de mi cuerpo grita.

Repliégate, busca cobertura y hazte invisible.

Porque si me acerco a su taquilla, esto acaba mal. Él y Stiles van a querer hablar del fin de semana, de chicas, de planes de los que no formo parte. Entonces diré algo torpe, se reirán, y tendré que fingir que estoy dentro del chiste cuando en realidad lo único que quiero es que el suelo me trague entero.

—Déjalo en paz —la voz de Schmidt corta el ruido, serena y razonable.

Gracias, Schmidt. Eres un caballero y un erudito, y le pondré tu nombre a mi primogénito, pienso, pero no me atrevo a decir.

—Qué va, tío, esto es importante —dice Stiles, y puedo oír la sonrisa en su voz, lo cual nunca es buena señal—. ¡Kellerman! ¿Estás sordo?

No estoy sordo. Solo espero que si lo ignoro, se aburrirá. Mantengo la cabeza agachada, pero los depredadores están rodeándome. Mi móvil está en el banco junto a mi bolsa, y al verlo un pinchazo frío de pavor me atraviesa las tripas.

Debería haberlo guardado en la taquilla. ¿Por qué no lo guardé en la taquilla?

—Tío, deberías pensar más en la seguridad de tu móvil. —Stiles lo agarra antes de que pueda impedírselo, poniéndome la pantalla delante de la cara para desbloquearlo.

Se me cae el alma a los pies.

—Devuélvemelo...

—Relájate, Kell, solo te vamos a buscar una cita. —Nash se asoma por encima del hombro de Stiles, los dos clavando la vista en mi pantalla, deslizando con la confianza despreocupada de tipos que jamás se han preocupado por lo que la gente piensa de ellos—. Es un servicio público, como una obra de caridad o una mierda así.

Debería quitárselo. Debería decir algo. Pero estoy congelado, las manos todavía agarrando la correa de la bolsa, y lo único que puedo hacer es observar mientras abren la aplicación de citas que me descargué hace dos semanas en un momento de optimismo desesperado y que desde entonces he abierto exactamente cero veces porque la idea me aterroriza.

—A ver, Kell tiene... Tinder... un clásico. —Nash sonríe—. Veamos con qué estamos trabajando.

—No... —empiezo, pero Stiles ya está deslizando, y un par de tipos más se acercan, porque por lo visto mi humillación es el entretenimiento de esta noche.

—Tío, ni siquiera has rellenado tu bio —dice Stiles, con una expresión de incredulidad teatral—. Con razón no consigues ningún match.

—Ese es tu problema —añade Nash—. Te dedicas a trastear con tostadoras rotas y movidas así, y luego te sorprendes de no estar ahogándote en coño.

La acusación me parece injusta, porque nunca me he quejado de no ligar. Pero no reacciono, porque reaccionar les demuestra que me han tocado. Así que despliego la sonrisa autoconsciente que dice ya sé que soy patético, todos lo saben, así que ¿podemos pasar página?

—Vamos a arreglar esto —dice Nash, deslizando ahora a toda velocidad: izquierda, izquierda, izquierda, derecha...

—Eh, espera, vuelve atrás —dice Stiles, agarrando la muñeca de Nash—. Esa.

—Mira la bio —dice Nash, girando la pantalla hacia el grupo.

Stiles sonríe.

—«Amante de la segunda mano y los hallazgos de época.»

Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho, brillante y peligrosa.

Hallazgos de época.

Eso es... parecido a lo que hago yo. A lo mejor le molan las cosas antiguas, y le parecería genial que yo pueda devolver aparatos muertos a la vida. ¿Y si pudiera hablar con ella? ¿Y si le mandara un

mensaje sobre ese mercadillo de antigüedades raro junto a la Ruta 9 que es básicamente una mina de oro si sabes lo que buscas?

Me inclino hacia delante, la voz saliéndome demasiado ansiosa, demasiado sincera, pero no puedo frenarla.

—Podría enseñarle el microondas que pillé en Marketplace por cinco dólares la semana pasada. Me costó un rato, pero lo dejé funcionando. Solo necesitaba un nuevo...

Me detengo.

Porque la sala se ha quedado de repente tan silenciosa como un velatorio.

El ruido —el parloteo constante y superpuesto de veinte tíos— simplemente... se detiene. No es natural. Es el silencio que se abre justo antes de que ocurra algo terrible, el momento antes de un accidente de coche en que el tiempo se ralentiza y te das cuenta de que el desastre viene y no hay nada que puedas hacer para frenarlo.

Todos y cada uno de los tipos a mi alrededor me están mirando. Nash tiene la boca ligeramente abierta, como si acabara de decirle que colecciono memorabilia nazi de época. Stiles parpadea, la cara congelada en una expresión de lástima confusa. Incluso Schmidt, normalmente imperturbable, parece estar intentando descifrar si estoy de broma.

Y entonces alguien suelta una única carcajada ahogada.

Eso es todo lo que hace falta.

La sala explota.

Nash se da una palmada en la rodilla.

Stiles se limpia los ojos.

El calor me inunda la cara, instantáneo y total, un rubor ardiente que empieza en el cuello y trepa hasta la raíz del pelo. Quiero que el suelo se abra. Quiero una segunda oportunidad, un Ctrl+Z, lo que sea. Pero las palabras ya están ahí fuera, flotando en el aire del vestuario como un virus que no puedo retirar.

Esto es. El último recordatorio de que mi verdadero yo no es solo imposible de querer. Es un chiste. Es lo más gracioso que estos tíos han oído en toda la semana. Así que me repliego dentro de mí mismo, obligándome a seguir sonriendo y a esperar a que acabe, porque si les dejo ver cuánto duele, será peor.

Entonces cruzo la mirada con Schmidt.

No se está riendo. Solo me observa, su expresión cuidadosamente neutra, y hay algo en sus ojos que parece lástima. Eso es peor que las risas, porque eso lo puedo aguantar, pero Schmidt me ve tal como soy y siente pena por mí.

—Kell.

La voz de Rook corta el caos, y las risas empiezan a apagarse. Está de pie a un par de metros, su expresión irradiando preocupación sincera y bienintencionada, y sé —sé— que va a intentar ayudar, lo cual va a hacer que esto sea mucho peor.

—Ven un momento —dice, señalando con la cabeza hacia el pasillo.

Lo sigo, porque ¿qué otra cosa voy a hacer? A mi espalda, oigo a Nash diciendo algo sobre «enseñarle a Kell a mostrarles la polla en vez de su colección secreta de trastos», lo que arranca otra carcajada, y cuando giro la cabeza para mirar, veo a Stiles usando mi palo como un pene de atrezo.

Rook se para justo fuera del vestuario, lo bastante lejos para que nadie nos oiga.

—¿Estás bien? —dice.

Asiento, pero no digo nada.

—Escucha, tío —dice, y su tono es tan genuinamente amable que me duele el pecho—. Ya sé que los chicos pueden ser brutos, pero solo intentan ayudar. Tienes que lanzarte... tener confianza... y si lo haces, los tíos aflojarán y estarás hasta arriba de chicas.

Lo miro fijamente.

Va en serio. De verdad cree que esto es un consejo útil. De verdad cree que el problema es que no tengo suficiente confianza, no que cada vez que abro la boca... con los tíos... con una chica... hago un completo ridículo o simplemente me bloqueo por completo, como acabo de hacer.

—Simplemente... no le des tantas vueltas —continúa Rook, dándome una palmada en el hombro—. Eres un tío genial, Kell, así que deja que la gente lo vea.

Asiento otra vez.

—Buena charla. —Sonríe, me da otra palmada de ánimo y vuelve al vestuario, dejándome ahí plantado, solo.

No puedes ser tú mismo. No con ellos. No con nadie.

Lo sé desde hace años, pero sigo pensando que quizá la próxima vez sea diferente. Quizá estos tíos, mis compañeros, mis hermanos, lo entiendan. Pero no lo entienden, y nunca lo harán, y no es culpa suya. Porque yo soy el denominador común en cada fracaso.

Esa chica de la cafetería espantada por «el nerd».

Mia, disgustada porque no la defendí.

Un millón de veces más.

Soy el tipo intentando encajar en un mundo que nunca se diseñó para alguien como yo, y ningún esfuerzo va a cambiar esa incompatibilidad fundamental. Cada vez que se me olvida y bajo la guardia, el mundo me recuerda exactamente cuál es mi lugar.

Así que hago lo que hago siempre.

Fuerzo una sonrisa payasa, empujo la puerta y vuelvo a entrar en la ráfaga húmeda del vestuario, convirtiéndome a mí mismo en el chiste.

—Entendido —digo en voz alta, lo bastante fuerte para que las conversaciones se apaguen, lo bastante fuerte para sentir a Nash, Stiles y medio equipo girándose a mirarme. La voz me sale firme, como si estuviera dentro del chiste, como si no me estuviera muriendo por dentro—. Nueva norma: nada de hablar de electrónica hasta la tercera cita.

Durante un segundo, hay silencio.

Y entonces la sala estalla.

Nash suelta un ladrido de risa y me da una palmada en la espalda lo bastante fuerte como para que trastabille un paso.

—¡Eso es, Kellerman! ¡Vas aprendiendo!

Otra voz —creo que uno de los de segundo— grita:

—¿Tercera cita, Kell? ¡Primero tienes que tener una primera cita!

Hay más risas aprobatorias y de buen humor. Las que dicen que sigo siendo uno de ellos, el hermanito adorable que solo necesita un poco de ayuda. Sonrío más amplio, porque eso es lo que esperan: la confirmación de que no me lo estoy tomando demasiado en serio y de que conozco mi lugar.

dos

CASS

EL ACORDE final atraviesa la sala de ensayo como una bola de demolición: espeso, cálido y hermosamente sucio.

Mi guitarra canta a través de mi viejo amplificador Fender Bassman, el tono que llevo tres años persiguiendo, y durante un segundo perfecto, todo está bien. El sonido está vivo, empujado justo al borde de la saturación, ese punto dulce donde las válvulas empiezan a gruñir.

Es el sonido de cada disco punk que venero, el dedo medio sónico que hace que Pinebox suene como nosotros y no como una versión pulida y castrada de una banda. Pero tan rápido como llega, desaparece. El acorde muere, y en su lugar, en vez de silencio, ahí está.

Ese maldito zumbido.

Grave. Persistente. Horrible. Un zumbido de sesenta ciclos que se instala en la sala como un secreto sucio que no puedo esconder. Siempre está ahí, agazapado debajo de cada canción, apareciendo cuando menos lo espero. Pero esta vez, cuando dejamos de tocar, es lo único que queda, como un fantasma malévolo en la máquina.

No me muevo. Mi mano se queda congelada en el mástil, la otra palma silenciando las cuerdas, deseando que el zumbido simplemente desaparezca por pura fuerza de negación. Mis ojos se

desvían hacia el panel de control gastado del amplificador, confirmando que todo está exactamente donde debería estar.

Excepto por el zumbido.

—Bonito —dice Milo desde detrás de su batería, divertido.

Lo fulmino con la mirada mientras se quita las gafas y las limpia con el borde de su camiseta de Black Flag, como si esto fuera entretenimiento para él. Normalmente, su estado natural de ironía despegada me resulta encantador —el mundo es un chiste, y él es el único que lo pilla—, pero ahora mismo solo me resulta irritante.

Joel, por otra parte, no está divertido.

Deja su bajo con esa precisión cuidadosa que solo puede significar que está a dos segundos de perder los estribos, y cuando me mira, su expresión es tensa. Es la cara de un tío que lleva semanas conteniéndose un sermón y por fin ha decidido que es hora de soltarlo.

—Vale, Cass —dice, con la voz calmada, lo cual de algún modo es peor que si estuviera gritando—. Creo que deberíamos hablar del elefante en la habitación.

Suspiro, porque sé exactamente lo que va a decir.

—El ampli está bien, Joel, así que déjalo ya.

—El ampli —dice Joel, como si yo no hubiera hablado— tiene un zumbido que es fuerte, molesto, y cada vez peor.

—No es para tanto...

—Sí es para tanto. —Cruza los brazos, su tono entrando de lleno en modo déjame-guiarte-por-tu-propio-fracaso—. Imagínate esto: por fin conseguimos que alguien de algún sello indie venga a uno de nuestros shows, la sala está abarrotada, la energía es perfecta, y entonces empezamos el set.

Cuando hace una pausa, suspiro otra vez, porque sé que, con Joel, lo único peor que uno de sus sermones es interrumpirle.

—Continúa...

—Abrimos con «Broadcast» como siempre —dice—. La intro tranquila que es toda tuya, tono limpio, ese riff arpegiado, ¿y qué es lo único que oyen?

Suspiro.

—Me imagino que me lo vas a decir...

Señala mi amplificador.

—Ese puto zumbido.

El escenario se desarrolla en mi cabeza. La intro silenciosa que derrite a todo el que la escucha, y luego el zumbido llenando el espacio como un letrero de neón que parpadea AMATEUR una y otra vez. La expresión del tipo del sello cambiando. El educado «ya te llamaremos» que nunca llega. El sueño, acabado.

Y será culpa mía.

Mi mano se mueve para posarse sobre el chasis maltratado del Bassman, los dedos acomodándose en el surco desgastado por décadas de otras manos. El metal está caliente, todavía irradiando el calor de las válvulas de dentro —válvulas que probablemente son originales del amplificador, sesenta años de shows, sótanos y bares.

Durante un segundo, vuelvo a tener dieciséis años, en la casa de empeños de Newark donde enchufé esta cosa por primera vez. Todavía recuerdo cómo el sonido me golpeó en el pecho. Había sido como aprender la contraseña secreta de un club al que llevaba toda la vida desesperada por entrar.

Retiro la mano.

Milo resopla desde su batería.

—Tiene razón. Esa cosa está jodida.

Giro la cabeza bruscamente hacia él.

—No estás ayudando.

—No era mi intención. —Milo sonríe, haciendo girar una baqueta entre los dedos—. Pero en serio, lleva haciendo ese ruido desde, ¿qué, abril?

—Que te jodan, Milo —espeto—. Estoy en ello.

La sonrisa de Milo se ensancha.

—Por eso me encantan los ensayos. Es como terapia, pero con amplis.

Me giro de nuevo hacia Joel.

—No se trata del zumbido —digo—. Se trata del tono. La calidez. Ese es el sonido, Joel. Es lo que hace que suenemos como nosotros. ¿Quieres que me vaya a comprar una mierda estéril de transistores que nos haga sonar como todas las demás bandas indie?

Es un buen argumento. Casi me lo creo yo misma.

Joel exhala lentamente por la nariz, como hace cuando intenta no llamarme idiota.

—No te estoy pidiendo que compres un ampli de transistores. Te estoy pidiendo que arregles este o lo sustituyas. Porque, ahora mismo, nos hace sonar como amateurs.

La palabra abre una trampilla bajo mis pies.

Amateurs.

Corta hondo. Es la palabra que he oído de tíos toda mi vida, haciéndome sentir como una niña jugando a disfrazarse, fingiendo ser música mientras los verdaderos profesionales —los tíos— que de verdad saben lo que hacen solo observan y niegan con la cabeza.

¿Por qué no lo entiende?

Si lo reemplazo, el tono cambia.

Y si el tono cambia, ¿qué nos hace diferentes?

¿Qué me hace necesaria?

Sería rendirme ante todos los capullos que alguna vez dudaron de mí.

De repente, estoy de vuelta en aquella cafetería con el tío con el que me puse seria en tercero. «Solo eres una chapucera de tres acordes con una cara bonita», había dicho, su expresión pasando de un interés leve a un desprecio aburrido en el lapso de una sola confesión mía.

¿Y mi crimen?

Había cometido el error de ser honesta con él, de pensar que le interesaba la chica debajo del maquillaje, la ropa rasgada y las medias de rejilla. Admití que no entendía realmente las escalas menores armónicas, y que tocaba de oído, por sensación e instinto, y me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

Tercer strike en el marcador de «Cassidy Vance Deja que los Tíos se Acerquen y No Les Gusta Lo Que Hay Debajo del Envoltorio».

Joel me sigue mirando.

—¿Cuánto tardarás en arreglarlo?

—Un par de semanas.

—Sabes —añade Milo, su sonrisa audible en la voz—, no tiene nada de malo admitir que esto te queda grande.

—Yo sé cosas —murmuro.

—Sabes algunas cosas —dice Milo con generosidad—. Cosas de guitarra. Riffs y voces. Pero reparar amplis es como hacer cirugía espacial, Cass.

—Eso ni siquiera tiene sentido.

—No tiene por qué. Soy batería.

Joel suspira, y esta vez hay algo casi suave en el suspiro. Como si intentara tener paciencia con una niña testaruda.

—Cass, no estoy intentando cagarme en tu amplificador ni en tu sonido. Sé que adoras esa cosa, pero tenemos shows próximamente...

Suspiro.

—Lo arreglaré.

—Cass...

—He dicho que lo arreglaré.

No se lo traga. Puedo ver la duda en sus ojos, el cálculo silencioso de un tío intentando decidir si presionar o dejarlo estar. Y veo el momento exacto en que decide dejarlo, lo cual agradezco, aunque piense que estoy equivocada.

O sea, sí he intentado arreglarlo. Pasé dos semanas viendo vídeos en YouTube y leyendo publicaciones en Reddit. Reemplacé el cable de alimentación, recableé el jack de entrada, y hasta abrí el panel trasero y me quedé mirando el nido de ratas de cableado antiguo, esperando que el problema simplemente se revelara solo.

No lo hizo.

Desesperada por cambiar de tema, agarro el cable de la guitarra y lo arranco del amplificador con más fuerza de la necesaria, el conector raspando contra la placa metálica del jack. El zumbido se corta de golpe, y el silencio que sigue se siente más pesado que antes.

Acusatorio.

—Ensayemos «Landmine» otra vez —murmuro, sin mirar a ninguno de los dos.

Vuelvo a enchufar el cable. El zumbido regresa, grave y paciente.

Esperando.

❄

La caminata de vuelta a la residencia después del ensayo debería despejarme la cabeza.

No lo hace.

En cambio, la voz de Joel se repite en mi cráneo como un disco rayado atascado en la peor parte de la canción, mientras construyo el argumento que debería haber dado en defensa de mi amplificador y mi sonido. En mi cabeza, soy una abogada en un tribunal, y Joel parece arrepentido, quizá incluso disculpándose.

En la realidad, solo me puse a la defensiva y testaruda, que es prácticamente mi modo predeterminado cada vez que alguien se acerca demasiado a las partes de mí misma que he etiquetado «No Tocar».

El campus está tranquilo a esta hora de la noche, la explanada casi vacía salvo por unos cuantos rezagados. Las farolas recortan sombras largas sobre los senderos de ladrillo, y en algún lugar a lo lejos, los graves retumban desde una fiesta fuera del campus: sonidos normales de universidad en una noche normal de universidad.

Delante de mí, una pareja sale tambaleándose de una residencia, la mano de la chica metida en el bolsillo trasero del chico como si hubiera encontrado un hogar permanente. Están tan envueltos el uno en el otro que ni me ven. Por un segundo, quiero pararlos.

«¿Cómo hacen eso?», les preguntaría. «¿Cómo dejas que alguien se acerque tanto sin que acabe descubriendo que eres un desastre y se largue?»

En cambio, sigo caminando.

Mi edificio de residencia, achaparrado y de ladrillo, se alza delante. Cuando llego a la puerta, tiro de ella y subo las escaleras de dos en dos, mis botas resonando como disparos en la escalera de hormigón. Afortunadamente, nadie intenta hablarme de nada, y enseguida estoy en mi puerta.

La puerta está empapelada de pegatinas de bandas y lemas punk, mi declaración de exactamente quién soy. Normalmente, verla

me da un pequeño subidón de orgullo desafiante, pero esta noche parece algo que haría una novata de primero cuando se esfuerza demasiado.

Fantástico. Añade «crisis existencial por la decoración de la puerta» al derrumbe de esta noche.

La abro y la cierro de una patada detrás de mí.

Mi habitación es un caos: ropa tirada por todas partes, cama sin hacer, cables de guitarra serpenteando por el suelo. Pero es mi caos. Excepto que esta noche, el desorden se siente como una prueba. Como si alguien entrara aquí, echara un vistazo y pensara: pues claro que está fracasando en todo...

Dejo caer la funda de la guitarra y la mochila, luego me desplomo en la silla del escritorio, sabiendo que acaban de publicar las notas del parcial de teoría musical. Debería mirar la nota por la mañana, porque nada empeoraría más este día que haber suspendido otro examen, pero decido abrazar el dolor.

Nada más punk que eso, ¿no?

Mi portátil está enterrado bajo planificadores de estudio y viejas listas de canciones, pero consigo excavarlo como si buscara tesoros en un vertedero. Cuando mi mano agarra el portátil, una lista de canciones arrugada del show de la semana pasada me llama la atención. La aliso, reviviendo los treinta minutos de música.

Los únicos treinta minutos de mi semana en los que siento que estoy exactamente donde se supone que debo estar.

¿Pero y si Joel tiene razón? ¿Y si el zumbido sí nos hace sonar como amateurs, y por fin conseguimos una oportunidad real —un escaparate, un cazatalentos de un sello— y lo único que recuerdan es que mi amplificador sonaba como una nevera agonizando?

¿Y si yo soy la razón por la que nunca salimos de los bares de mala muerte?

Con un suspiro, abro el portátil y navego hasta el portal de la universidad. De repente, esto se parece a la escena de toda película de terror donde el público grita «¡No entres ahí!» y el personaje entra de todos modos porque la trama lo exige. Yo soy ese personaje. Ahí está, mi nota.

Examen parcial: 58/100

No es exactamente un suspenso, pero lo bastante cerca como para que se sienta como la diferencia entre ahogarte a dos metros de profundidad o a dos y medio. Escuece, porque nunca he sacado una nota tan baja en mi vida. Incluso en el instituto, cuando iba tirando con puro talento natural, sacaba Bs.

Esto es diferente.

Esto es una prueba.

Se me cae el estómago, una sensación enfermiza y vacía expandiéndose hacia fuera hasta que todo mi cuerpo se siente frío. Quiero cerrar el portátil, hacer como que no lo he visto, pero mi mano sigue bajando sola, porque por lo visto, si voy a hundirme del todo, necesito el peso de los comentarios de mi profesor para terminar de llegar al fondo.

El PDF carga, y la tinta roja del Dr. Atwood cubre casi todas las páginas. Ya me siento en carne viva después de la discusión con Joel, pero la letra de Atwood es quirúrgicamente precisa, como si estuviera realizando una autopsia de mi ignorancia con el bisturí de un calígrafo.

Aplicación incorrecta de la teoría armónica.

Identificación errónea de la dominante secundaria.

Este análisis carece de rigor.

Cada comentario es un corte pequeño y preciso.

Entonces veo la última nota: la del final de mi ensayo.

«Su análisis demuestra cierta comprensión instintiva del material, pero sigue siendo técnicamente poco sofisticado. Usted toca de oído, y eso es evidente. En un contexto académico, este enfoque es insuficiente, por lo que le sugiero encarecidamente que asista a sesiones de tutoría para abordar estas lagunas fundamentales.»

Traducción: Estás fingiendo, y se nota.

Puedo imaginármelo diciendo las palabras, y su tono exacto. Amable en la superficie, pero con una dosis de desestimación cortés, la evaluación clínica de que no eres del todo lo bastante buena, y que no perteneces del todo a este mundo, por mucho que lo intentes.

De repente, estoy de vuelta en aquella cafetería la primavera pasada, luz gris filtrándose por ventanas sucias, sentada frente a

Eric (a quien he bautizado El Crítico). Estudiante de posgrado y bloguero musical, parecía diferente de los tíos de bandas con los que suelo salir.

Había venido a un show, se acercó después, y me dijo que quería entrevistarme sobre mi «proceso de composición». Me sentí vista por primera vez en años. Hicimos la entrevista y luego nos acostamos ahí mismo en su sofá, la química entre nosotros instantánea.

Durante un mes, fue bueno. Hablaba de música con un vocabulario que yo no tenía —intercambio modal, acordes prestados, cadencias frigias— pero no me hacía sentir estúpida por no conocer los términos. Llamaba a mi forma de tocar «cruda» y «auténtica», y me dejé creer que era un cumplido.

Debería haberlo sabido.

Cierro los ojos, pero el recuerdo se reproduce de todos modos.

Una noche, después de follar en su diminuto apartamento encima de un restaurante chino, me preguntó por mi proceso. No en modo entrevista, sino con esa voz suave de después del sexo que te hace pensar que la vulnerabilidad es segura, y que la intimidad se recompensa en vez de castigarse.

Así que le dije la verdad.

Le dije que no entendía realmente las escalas menores armónicas, que tocaba de oído, por sensación e instinto, y que estaba aterrorizada de que el programa de música se diera cuenta de que no pertenecía ahí y me revocara la beca. No podía verle la cara en la oscuridad, así que continué, pensando que su silencio era aceptación.

«A veces me siento una impostora», le dije. «Fingiendo en las clases de teoría y esperando que nadie se dé cuenta...»

Yo pensaba que eso era la intimidad: mostrarle a alguien las partes desordenadas y que no saliera corriendo. Pero él siguió callado. No un silencio cómodo, sino del malo, de esos en los que sientes que la temperatura cae diez grados y la persona contra la que te acurrucas de repente se siente rígida como un cadáver.

Entonces lo dijo: «Sabes, pensaba que eras auténtica, pero cruda. Me equivoqué. Solo eres una chapucera de tres acordes con

una cara bonita.»

Lo dijo en tono casual, como si estuviera comentando el tiempo en vez de detonar una bomba en mi pecho, y antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, se había levantado para ducharse. Me vestí y huí de su apartamento mientras estaba en el baño, con el sabor de él todavía en la boca.

Se me corta la respiración con el recuerdo, y con el golpe de la nota, y el escozor caliente detrás de los ojos es una advertencia que he aprendido a ignorar. Pero no lloro, porque llorar significa rendirse, y darles a todos los capullos que han dudado de mí la satisfacción de tener razón.

Porque este es el patrón, con cada tío al que he dejado entrar en mi vida, romántico o no. Es una puerta giratoria por la que sigo pasando, aprendiendo la misma lección una y otra vez como si estuviera en algún mito griego jodido donde estoy condenada a repetir mis errores para siempre.

Los tíos se sienten atraídos por el personaje. La chica en el escenario que gruñe al micro, toca la guitarra como un arma, y parece capaz de incendiar el mundo entero. Les encanta la energía cruda, el espectáculo, y la fantasía de la chica punk que le importa todo una mierda y con la que sería genial follar.

Pero cuando las luces bajan y el volumen baja, se acercan lo suficiente como para ver la realidad —la chica desordenada y autodidacta que creció pobre, no entiende la música de verdad, y se queda despierta aterrorizada de ser un fraude— y retroceden.

Estaba Blake («El Fan»), al que le encantaba verme actuar, gritando más fuerte que nadie. Pero cuando intenté compartir mi ansiedad antes de los shows, me miró confundido, como si estuviera rompiendo el personaje, como si la yo de verdad fuera una intrusión incómoda en su fantasía.

Desapareció de mi vida dos semanas después.

O James («El Adicto a la Adrenalina»), al que le encantaba el caos y el peligro que yo proyectaba. Siempre era el primero en el mosh pit, mirándome con una sonrisa enorme y amor en los ojos mientras me tiraba del escenario, sin comprobar si alguien estaba preparado para atraparme.

Le encantaba la idea de que yo era intrépida, hasta la noche en que estalló una pelea de bar en uno de nuestros bolos y me escondí en el camerino, temblando y llorando. Me encontró ahí, vio la grieta en mi armadura, y su atracción murió como si alguien hubiera apagado un interruptor.

Y ahora, en una sola noche, Joel y el Dr. Atwood me han rechazado también.

Las lágrimas se liberan de todos modos, calientes y furiosas. Me las limpio de un manotazo, enfadada conmigo misma por la debilidad. Se me cierra la garganta, me duele el pecho, y quiero gritar o golpear algo o simplemente desaparecer. Porque no se trata solo de la nota o de que Joel sea un capullo con lo del amplificador.

Se trata de cada tío que me mira y ve una fantasía, no una persona.

El personaje es lo que quieren, ¿pero la persona?

Es un fraude. Una carga. Un desastre.

Me entierro la cara en las manos, y los sollozos llegan más fuertes, feos y ahogados. Me tiemblan los hombros, y odio esta debilidad, el hecho de que no puedo ser la chica del escenario todo el tiempo. Porque esa chica es invencible, toda aristas afiladas y energía rabiosa, mandando a la mierda al mundo entero.

¿Pero esta chica?

Es real, desordenada, aterrorizada, y se está ahogando.

La tinta roja garabateada por todo el examen se difumina en mi mente, fundiéndose con la frustración de Joel, con el zumbido que no puedo arreglar, y con las palabras decepcionadas de cada tío que vio a la yo real debajo. Y todo se trenza en una sola verdad asfixiante.

No pertenezco aquí.

Nunca pertenecí.

Y tarde o temprano, todos se van a dar cuenta.

tres

BEN

EL BAR SE LLAMA THE RUSTY TAP, y no debería estar aquí.

El suelo está tan pegajoso que mis zapatillas hacen un leve sonido de despegue con cada paso, probablemente por una mezcla de cerveza derramada, sudor y el limpiador industrial que usen para fingir que este sitio cumple las normas sanitarias. Es como si toda la sala estuviera recubierta de una película de malas decisiones, y yo soy una capa más.

Pero Nash y Stiles habían tenido otras ideas después del entrenamiento de hoy.

—¡Vamos, Kellerman, vive un poco! —había bramado Nash en el vestuario—. No puedes pasarte todas las noches trasteando con chatarra.

Era una lámpara antigua, no chatarra, y vale cuarenta dólares cuando la revenda.

Pero explicárselo a Nash sería como explicar mecánica cuántica a una pared de ladrillos, excepto que al menos la pared tendría la decencia de quedarse callada. Así que probé el enfoque más seguro: una negativa educada seguida de un intento de escabullirme hacia la puerta.

No había funcionado.

Ahora estoy encajado en un reservado que ha conocido décadas mejores, el vinilo agrietado y remendado con cinta americana,

escuchándolos hacer de comentaristas de mis perspectivas románticas como si esto fuera ESPN y yo fuera el desfavorecido en un campeonato que nadie quiere ver.

—OK, OK, ¿y qué tal ella? —Stiles señala con el dedo hacia una morena cerca de la diana—. Está buena.

Stiles entrecierra los ojos y luego niega con la cabeza como un juez en un concurso de talentos.

—Se lo comería vivo.

—Cierto —dice Nash—. Y él le daría mil vueltas al acercamiento, se quedaría paralizado intentando pensar en la frase de apertura óptima, y ella se largaría antes de que abriera la boca.

Stiles resopla.

—Qué va, se pasaría veinte minutos explicándole cualquier cosa de ingeniería, y ella se iría antes de que terminara.

Los dos se ríen, y yo le doy otro trago a mi cerveza.

—No creo que necesite encontrar una chica esta noche...

—¿Y la rubia de la barra? —interrumpe Stiles, alzando la voz, haciendo que unas cuantas personas en las mesas de al lado se giren a mirar.

Esta es la parte en la que una persona normal se plantaría y les pediría que pararan. Y si siguieran insistiendo, le tiraría la cerveza a Nash en la cara, saldría dando un portazo y pasaría el resto de la noche haciendo literalmente cualquier otra cosa. Pero yo me quedo callado, porque encajar es más importante que destacar.

Con un suspiro, echo un vistazo a la rubia. Es guapa, pero también está enfrascada en una conversación con un tipo que parece salido de un anuncio de colonia: todo mandíbula afilada y pelo artísticamente despeinado, la clase de tipo que probablemente hace llegar a una mujer al orgasmo con un susurro al oído.

—Está con alguien —digo.

—Solo es un chico, no es su chico —dice Nash—. Ve a usar la magia Kellerman.

—La magia Kellerman —repito con tono plano.

Stiles asiente.

—Confianza… humor autodespreciativo… ¡Se lo va a tragar!

Sé que soy incapaz de eso, porque ya lo he intentado. Hay una diferencia entre «encantadoramente autoconsciente» y «por favor, deja de hablar, estás haciendo que esto sea raro», y yo siempre, siempre, soy lo segundo. Así que, normalmente, sufro un cortocircuito, balbuceo algo vergonzoso y salgo corriendo.

Pero Nash y Stiles me miran con la energía expectante y ligeramente maníaca de un público pidiendo un bis, y sé por experiencia que no van a dejarlo pasar. Si no lo intento con la rubia, se pondrán cada vez más ruidosos e insoportables, mientras que si lo intento y me estrello, se reirán y pasarán a otra cosa.

Quizá.

Así que la única salida es ir hacia delante.

—Bien —digo, y la palabra me sabe a derrota.

—¡Así se habla! —Nash me empuja fuera del reservado.

Me abro camino hacia la barra, con el corazón ya haciendo eso de intentar abrirse paso a zarpazos fuera de mi pecho y correr hacia la salida sin mí. Podría seguirlo puerta afuera, y me lo planteo brevemente, hasta que recuerdo que no tengo coche y un Uber hasta casa desde aquí me dejaría en la ruina.

Solo es una conversación. Has tenido conversaciones antes. Hablas con gente todos los días. Eres un ser humano funcional. Puedes hacerlo.

Excepto que no puedo. Porque hablar con mi compañera de proyecto, Anya, sobre la ley de voltaje de Kirchhoff en el laboratorio de ingeniería no es lo mismo que hablar con una chica en un bar. Anya y yo nos comunicamos en el idioma compartido de los diagramas de circuitos y los humos de soldadura. ¿Pero esto?

Esto es saltar por encima de una trinchera para enfrentarse a las ametralladoras enemigas.

La rubia se gira cuando me acerco, y su sonrisa es cálida y amistosa, el tipo de sonrisa que en cualquier otro contexto pondría a alguien a gusto. Pero mi cerebro la interpreta como un foco, un reflector cortando la oscuridad para dejar al descubierto el fraude que soy.

Abro la boca.

No sale nada.

Ni siquiera un sonido.

Su sonrisa flaquea, un destello de confusión cruzándole la cara.

—¿Estás… bien?

Lo intento de nuevo. Esta vez consigo producir algo que generosamente podría llamarse una sílaba, pero sale estrangulada y rota, y su expresión pasa de amistosa a preocupada a —y esta es la peor parte— compasiva. Es la misma mirada que la gente le dedica a los niños perdidos en el supermercado, y yo la recibo con regularidad siendo adulto.

—Lo siento —dice con suavidad mientras busca una salida con la mirada—. Creo que mi amiga me está haciendo señas.

Se ha ido antes de que pueda siquiera procesar el rechazo, deslizándose entre la multitud con la soltura practicada de alguien con mucha experiencia escapando de situaciones incómodas. Sé que su amiga no le está haciendo señas; es solo la mentira educada que la gente cuenta cuando necesita alejarse de ti sin montar una escena.

A mi espalda, el reservado estalla.

—¡Y ahí la tienen, señoras y señores! —la voz de Stiles corta el bar como una sirena de niebla—. ¡La Retirada Kellerman, en vivo y en directo!

Tengo dos opciones: volver al reservado y aguantar una hora de esto, o encontrar otro sitio —cualquier sitio— donde estar. Elijo el mosh, porque la banda acaba de arrancar, y son ruidosos. Lo bastante para ahogar las risas de Nash y Stiles y las de los pocos en las mesas cercanas que vieron lo que pasó.

Es objetivamente el peor plan posible. El mosh es el caos encarnado, una masa agitada de cuerpos chocando unos contra otros. Pero es el único refugio disponible que no implica volver con Nash y Stiles, así que me abro paso y dejo que la avalancha de desconocidos me engulla.

Es tan fuerte que no puedo oír mis propios pensamientos, lo cual es casi un alivio. La música es un muro de ruido: guitarra pesada y distorsionada, un ritmo de batería que se siente como un segundo latido en mi pecho, y una línea de bajo tan profunda que me vibra

en los huesos. Me concentro en eso, dejando que ahogue el recuerdo de la sonrisa compasiva de esa chica y la risa de Stiles.

Un tipo me embiste por la izquierda, y otro me roza por la derecha. Soy demasiado alto, un blanco demasiado fácil, y los demás parecen disfrutar rebotando contra mí. Así que, mientras las guitarras arrasan, me desplazo hacia el escenario, intentando encontrar un hueco de caos ligeramente menos violento.

Entonces es cuando la veo.

Y durante un segundo, mi cerebro se queda completa y maravillosamente en silencio.

Mide quizá metro setenta, de pie al frente del escenario como retando al público a acercarse. Un pelo rubio cortado a trasquilones le cae sobre una cara que no sonríe —que ni siquiera lo intenta— y que en cambio luce una mirada feroz y desafiante que la hace parecer lista para pelear con Dios y ganar.

Lleva una falda de cuadros sujeta con imperdibles en unos quince sitios, medias de rejilla rotas y botas militares. Y es casi lo más naturalmente hermoso que he visto en mi vida: una chica cómoda en su propia piel, gritándole al mundo.

Pero no hermosa de la manera segura, ni fácil, ni diseñada para hacerte sentir cómodo. Es hermosa como lo es una tormenta eléctrica: peligrosa, impredecible, imposible de dejar de mirar incluso cuando tu cerebro te grita que te pongas a cubierto.

Tiene las piernas separadas, plantada, la guitarra colgada baja a la altura de las caderas como un arma. No está pidiendo la atención del público. La está exigiendo, y el público se la da —yo se la doy—, mi concentración en ella cortando el caos como una cuchilla.

Incluso desde aquí, puedo ver la intensidad en sus ojos, cómo todo su cuerpo está tenso, un muelle comprimido hasta el punto de ruptura y listo para explotar. Y entonces explota, sus dedos volando sobre el mástil, rápidos y precisos, produciendo un riff arrollador y furioso que golpea como un tren de mercancías.

No puedo quitarle los ojos de encima.

No es solo que esté buena —que lo está, de una manera que hace que mi cerebro olvide cómo procesar información visual—, es la confianza. La forma en que se adueña del escenario, la forma en

que le importa una mierda lo que piense cualquiera. No está tocando para el público. Está tocando contra ellos, y se lo comen.

Una chica así jamás se fijaría en alguien como yo.

Ella es todo lo que yo no soy.

Segura de sí misma, sin miedo, y en completo control del espacio que ocupa.

Pero incluso mientras ese pensamiento se asienta, otra cosa se activa.

Algo más silencioso, pero igual de poderoso.

Oigo el sonido.

No solo la música, sino el sonido en sí, el carácter específico de su tono. Es precioso: cálido, denso, con esa saturación ligeramente crujiente que solo ocurre cuando llevas válvulas antiguas justo al límite, trabajando con la guitarra para darle ese gruñido que corta la mezcla como una cuchilla.

Es perfecto.

Pero debajo de su tono perfecto, mi oído capta otra cosa. Un zumbido bajo y persistente. Sesenta ciclos. Es tenue, enterrado bajo la distorsión y el volumen, pero está ahí, acechando en los espacios silenciosos entre los acordes como un fantasma en la máquina.

Ella está luchando contra él.

Lo veo ahora: cómo su pie izquierdo marca un golpe en uno de sus pedales —no por efecto, sino por control— y cómo su mano derecha se desplaza al potenciómetro de volumen de la guitarra, bajándolo ligeramente para matar el zumbido antes de que se haga demasiado fuerte. No solo está tocando; está resolviendo un problema, navegando el fallo en tiempo real.

Y sin perder ni un compás.

Pero antes de que termine mi análisis del problema, ella hace prácticamente lo único que no esperaba. Da tres pasos atrás, toma impulso, y entonces carga, lanzándose del escenario hacia el público con el tipo de abandono temerario e intrépido que me para el corazón.

Está en el aire, su guitarra aún aullando, su cuerpo un borrón de movimiento y puro coraje sin filtrar. Un segundo después, el público la atrapa —a duras penas— y está surfeando, pateando con las

botas, sin dejar de tocar, y yo estoy ahí de pie, atónito y completamente fascinado.

Así es como se ve cuando alguien no tiene miedo de nada.

Y entonces lo veo.

Un tipo cerca del frente cambia de agarre, y su mano se desliza hacia abajo, descarada y deliberada, agarrándole el culo. Ella no se inmuta, ni siquiera parece notarlo, pero yo sí. Y un segundo después, veo otra mano —de un tipo completamente distinto— extenderse hacia arriba y agarrarle el pecho.

La fascinación se esfuma.

La música se esfuma.

De pronto, ya no estoy en The Rusty Tap. Estoy de vuelta en aquella fiesta oscura y empapada en cerveza de mi último año de instituto, la fiesta en la que me quedé en los márgenes del salón y vi a mis compañeros de equipo burlarse de Mia, sus voces altas y crueles, y yo no dije una sola palabra.

Simplemente me quedé ahí, en silencio, dejando que pasara porque estaba demasiado asustado para decir nada, demasiado desesperado por su aprobación para arriesgarme a dar la cara. Me dije que se les pasaría, que intervenir solo lo empeoraría, y que no era para tanto.

Y cuando rompió conmigo al día siguiente, su voz había sido tranquila.

Decepcionada.

No estoy enfadada porque te rieras, Ben. Me rompe el corazón que simplemente… no dijeras nada, me había dicho. Pensé que tú eras el bueno de verdad.

He cargado con esa frase desde entonces, la segunda cicatriz que nunca sana. Pero no voy a dejar que pase esta vez. No otra vez. Porque, aunque esta rubia de pelo corto no es —ni será nunca— mi chica, merece a alguien en su esquina, defendiéndola de estos babosos de mierda.

Me abro paso a empujones, usando mi tamaño por una vez, y mi codo conecta con las costillas de alguien —el tipo que le agarró el pecho— y trastabilla hacia atrás. Otros se apartan mientras planto los pies y los bloqueo, el mismo movimiento que uso en el hielo para

proteger el semicírculo, mi cuerpo un muro entre las manos que manosean y ella.

Los cuerpos se dispersan a nuestro alrededor, y en algún punto del caos, la música se detiene en seco, el silencio repentino llenándose con el chirrido agudo del acople de su amplificador aún encendido. Me giro para mirarla, y me doy cuenta con horror de que he hecho un trabajo demasiado bueno quitándole a los asquerosos de encima.

Está cayendo.

La atrapo.

No es elegante. No es suave.

Es un salto torpe y desesperado que termina con ella cargada al hombro como un bombero, la guitarra colgando, su respiración rápida y cortante contra mi espalda. Mientras ella protesta, el público se queda en silencio, y de pronto me doy cuenta de que todas las personas del bar me están mirando.

No sé qué hacer.

Mi cerebro me grita que la baje, que me disculpe, que le explique, pero mi cuerpo se mueve en piloto automático, llevándola de vuelta al escenario como si fuera una granada activa de la que necesito deshacerme antes de que explote. La subo al escenario, y en el segundo en que sus botas tocan la madera, la suelto y retrocedo, con el corazón martilleándome.

OK. Bien. Misión cumplida. Está a salvo. Ahora vete.

Me giro para irme.

Una mano se estrella contra mi hombro, deteniéndome en seco.

Es ella.

Sus ojos arden, su mandíbula apretada, y cuando habla, su voz es baja y furiosa, dirigida solo a mí.

—¿Qué mierda fue eso? —dice.

—Eh… —intento responder. Intento explicar: las manos, lo que vi, cómo estaba intentando ayudar. Pero las palabras no salen—. Yo…

Está pasando otra vez.

—¿Te crees que puedes poner las manos donde te dé la gana sin pedir permiso? —Su voz tiembla ahora, no de miedo, sino de furia—.

¿Con qué derecho?

—Yo… —consigo decir, pero es inútil. La frase muere en mi garganta, sin terminar, estrangulada.

Díselo. Solo dile lo que viste. Pon las palabras juntas. Puedes hacerlo.

Pero no puedo.

Me estoy ahogando delante de un público, y no viene ningún salvavidas.

Me mira fijamente un segundo más, su expresión pasando de la rabia al desprecio. Un desprecio desconcertado y agotado, como si yo no mereciera ni la energía de seguir enfadada. Como si fuera solo otro problema en una larga hilera de problemas con los que ha tenido que lidiar esta noche… todas las noches… toda su vida.

Entonces me da la espalda, agarra el micrófono, lo atrae de un tirón hacia ella, y su voz corta el silencio como una cuchilla.

—THIS ONE'S ALL TORN DOWN!

Los otros miembros de la banda captan su entrada a la perfección, y la música estalla de vuelta a la vida, más fuerte y más furiosa que antes. Miro durante una fracción de segundo, con la cara ardiendo, el pecho apretado, y entonces hago lo único que hago siempre cuando llega el momento de alzar la voz o hacerme notar.

Me retiro.

Porque hacer cualquier otra cosa solo lo empeora.

cuatro

CASS

LA ÚLTIMA CANCIÓN es nuestro himno más grande, la que parte del público siempre nos corea a gritos, y la destrozo como si me hubiera hecho algo personal.

Cada gramo de rabia que llevo encima —por las manos, la humillación, y ese gigante tartamudo que me manoseó— se canaliza directamente a través de mis dedos hacia las cuerdas, convirtiendo la canción en un arma y soltando la bomba de furia sobre el pit que tengo delante.

Mientras toco, mi ampli ruge bajo mis manos, esa hermosa y cálida saturación de válvulas funcionando exactamente como la necesito. Es el sonido que nos hace ser nosotros, y nos separa de cada banda indie estéril con su equipo impoluto. Y esta noche, lo llevo al límite.

El tono empieza a deshilacharse en los bordes, el gruñido controlado convirtiéndose en algo más crudo, más agresivo, el tipo de sonido que hace que la gente o se enamore o se largue. Me da igual cuál de las dos, porque el pit es una masa hirviente de cuerpos y sudor, y siento su energía devolviéndose hacia mí.

Pero en el acorde final, el ampli me traiciona.

Lo que debería ser una nota triunfal, capaz de mover los cimientos, se desintegra en un chillido penetrante y horrible de acople descontrolado que no consigo cortar. Llevo la mano de un

tirón al potenciómetro de volumen, lo giro a tope, y piso mi pedal de noise gate, pero es demasiado tarde.

El chirrido atraviesa la sala como el taladro de un dentista, y veo en tiempo real cómo la energía del público se desinfla. Unos cuantos hacen una mueca, alguien cerca del frente se tapa los oídos, y el torbellino que había estado construyendo se convierte en un desastre confuso.

Mis manos se congelan sobre la guitarra, y me quedo ahí parada, mirando el ampli como si fuera un amigo que acaba de apuñalarme por la espalda. El chasis está caliente bajo mi palma cuando apoyo la mano, el metal todavía vibrando tenuemente con el fantasma de la última nota.

Construí todo mi sonido alrededor de este ampli —la calidez, el gruñido, la forma en que se satura cuando lo empujas. Eso es Pinebox. Eso soy yo. Y acaba de humillarme delante de un público. Cuando corto la corriente, el acople muere con un quejido patético.

El silencio que sigue es peor que el chillido. Al otro lado del escenario, el bajo de Joel le cuelga del hombro, y sus ojos se encuentran con los míos. No dice nada. No hace falta. La única sacudida cansada de su cabeza lo dice todo.

Te lo dije.

La rabia y la adrenalina que me sostuvieron durante el set se evaporan al instante, dejando un dolor frío y hueco en el pecho y la sensación fantasma de manos extrañas sobre mi cuerpo. El show se acabó, y estoy de pie frente a unos cuantos cientos de personas que acaban de verme cagarla en el final.

—¿Viste a ese cabrón de leñador? —escupo, las palabras vibrando de adrenalina mientras me limpio el sudor de la frente—. ¿Me agarra como si fuera un saco de harina en pleno set? ¿Quién coño hace eso?

—Sabes —dice Milo, su voz un contrapunto bajo al bullicio del bar —, el tipo al que le gritaste no era uno de los que te manosearon. Era el que los apartó a empujones. Vi todo desde la batería. Alejó a los cabrones. Luego te caíste, y él te atrapó.

Las palabras son un impacto agudo e inmediato contra mi esternón.

Oh.

Oh, mierda.

Abro la boca para discutir, para decir algo, para defenderme, para aferrarme a la rabia porque la rabia es más segura que la culpa, pero la certeza a la que me había agarrado —la furia justa que me sostuvo los últimos minutos— se desmorona. Porque Milo no miente, y no tiene motivo para hacerlo.

Si él dice que eso fue lo que pasó, eso fue lo que pasó.

Y eso significa que le grité al tipo equivocado.

Pero es peor que eso. No solo le solté una descarga a un borracho cualquiera que se lo merecía. Le grité a alguien que estaba intentando ayudarme, y lo hice delante de cien personas. Lo convertí en el villano cuando era el único que intentaba ser el héroe.

—Genial —murmuro, más para mí que para Milo.

Milo se encoge de hombros, metiendo las manos en los bolsillos como si acabara de dar el parte meteorológico. Ya pasó página, como si esta revelación fuera solo otro dato medianamente interesante en su estudio permanente del caos humano, pero yo no tengo ese lujo.

Necesito cobrar.

Salto del escenario y sigo caminando hasta llegar a la barra de madera llena de marcas y al hombre detrás de ella, Frank Kowalski, el dueño del bar. Su cabeza medio calva brilla de sudor bajo las luces tenues, y su trapo húmedo le cuelga del hombro como una especie de medalla al mérito.

No levanta la vista, solo se lame el pulgar y cuenta los billetes con la eficiencia mecánica que dan décadas de exprimirle hasta el último dólar a universitarios sin blanca y músicos desesperados. Pero paga puntual, casi siempre, así que da igual.

—Pedazo de show, fierecilla. —Desliza el dinero sobre la barra—. Al público le encanta ese tipo de drama. ¿El salto al público? ¿El manoseo? ¡Bueno para el negocio!

Lo miro fijamente.

Bueno para el negocio.

No «¿Estás bien?».

No «¿Quieres que eche a esos tipos?».

Ni siquiera un «Siento que te haya pasado eso, chica» de puro formulismo.

Solo bueno para el negocio.

El comentario aterriza con una familiaridad nauseabunda. Como todos los demás, a Frank le encanta la actuación y el espectáculo: la chica en el escenario con el pelo desigual y las botas militares que surfea y la manosean y sigue tocando como si nada porque eso es lo que hacen las chicas duras, ¿no?

Aguantan y siguen adelante.

Él y todos los demás hombres de este bar no quieren conocerme.

Quieren el producto. La idea. El póster en la pared.

Pero si vieran a la persona real y desordenada que hay debajo —la chica pobre de Camden que está aterrada de fracasar, que se detesta y duda de su talento la mayor parte del tiempo, y que está a un parcial malo de quedarse fuera de la universidad— saldrían corriendo.

Arranco el dinero de la barra con la mandíbula tan apretada que me duele.

—Sí, muy inspirador. —Le dedico la sonrisa que reservo para los hombres que creen que estamos en el mismo equipo—. Me aseguraré de que me manoseen otra vez la semana que viene.

Su sonrisa flaquea un segundo —lo justo para que yo vea el destello de confusión— antes de recuperarse con una risa forzada.

—Así se habla.

Me alejo antes de decir algo que consiga que veten a Pinebox para siempre, y los halagos baratos de Frank todavía me resuenan en los oídos cuando lo veo. El tipo alto que me sacó del aire, me echó al hombro como un bombero, y me depositó de vuelta en el escenario.

El blanco de mi furia equivocada.

Está sentado en un reservado cerca de la pared del fondo, rodeado de tipos que parecen sacados directamente de un póster de reclutamiento universitario del «kit básico de deportista genérico». Hombros anchos, gorras al revés, la energía fácil y escandalosa de gente que nunca ha dudado de sí misma ni ha dejado de encajar.

Son ruidosos, se ríen, y le están dando mierda por algo de forma bastante obvia. Uno de ellos —un tipo con una mueca burlona que parece quirúrgicamente pegada a su cara— está recreando algo con gestos exagerados, y la mesa estalla en carcajadas.

He estado cerca de suficientes grupos de tíos como para reconocer su comportamiento de manada de lobos: aislar al miembro más débil y destrozarlo delante de todos para ver si pelea o se rinde. Y el objetivo tiene exactamente dos respuestas aceptables: reírse con ellos y demostrar que puede aguantarlo, o plantarles cara.

Pero el que me rescató no está haciendo ninguna de las dos.

Está ahí sentado, con los hombros anchos encorvados hacia delante como si intentara hacer desaparecer su metro noventa y tres en el asiento de vinilo. Tiene las manos aferradas a un vaso de cerveza vacío, los nudillos blancos como hueso, y simplemente se queda ahí, aguantando.

No se ríe.

Joder, ni siquiera sonríe.

Es desconcertante.

Después de que me recordaran tan vívidamente el patrón asqueroso y prepotente que he aprendido a esperar de los hombres —la sonrisa viscosa de Frank, las manos entre el público, el ciclo interminable de ser reducida a un espectáculo— ver al tipo alto así se sale por completo del guion.

No me miró con lascivia. No me agarró. No se rio cuando sus amigos convirtieron la humillación que le hice pasar en el entretenimiento de la noche. Intentó ayudar, y cuando le grité por ello, no se puso a la defensiva ni agresivo. Solo… lo aguantó.

Y ahora está aquí sentado, dejando que sus amigos lo despedacen, y parece que cree que se lo merece. No cuadra, pero incluso mientras intento descifrarlo desde el otro lado del bar, otro pensamiento llega, cortando a través de la mugre y la culpa de la noche.

Es lindo.

No solo lindo. Es diferente. Guapo de una forma estúpida y frustrante que me irrita sin lógica alguna. Cómo no. El tipo al que

acabo de destruir en público resulta ser además del tipo de atractivo que debería llevar etiqueta de advertencia.

No sé por qué no me di cuenta antes. Tal vez porque estaba demasiado ocupada estando furiosa o demasiado concentrada en la humillación de que me manoseen delante de un público, pero ahora, de pie aquí bajo la luz tenue del bar, lo veo con claridad.

Pelo castaño revuelto que parece que intentó domarlo esta mañana y se rindió a mitad de camino. Una mandíbula fuerte y angular tan apretada ahora mismo que me sorprende que no se le hayan partido los dientes. Y esos ojos —verdes, amables, y completamente miserables mientras sus amigos le dan caña.

Está destrozado. Está fuera del círculo, incluso sentado en medio de él. Y eso lo hace seguro.

Es un problema que no pedí.

Pero uno que de repente me siento obligada a resolver. Es una distracción, claro, pero es más que nada retomar el control. Estoy harta de ser la víctima pasiva de esta noche —la chica a la que le pasan cosas. Quiero ser la que inicie la colisión para variar. Quiero ver si el tipo que me salvó es real.

No pienso; solo me muevo, y la conversación se corta a mitad de frase cuando me acerco. Las sonrisas burlonas de sus amigos se congelan, y sus miradas se desplazan hacia el tipo alto con el tipo de anticipación gozosa que se reserva normalmente para ver un choque de coches a cámara lenta.

Levanta la vista.

Sus ojos se abren con puro terror animal. Su boca se abre, luego se cierra, luego se abre otra vez, pero no sale ningún sonido. Lo observo, confundida, mientras su cerebro se bloquea visiblemente y el pánico se le pinta con claridad en la cara. Lo que sea que esperaba que pasara cuando vine hasta aquí, no era esto.

—Parece que le grité al tipo equivocado —digo, casual y con media sonrisa, intentando reiniciar las cosas con él.

No dice nada, todavía mirándome como si le estuviera hablando en chino.

Sus amigos intercambian miradas. Uno de ellos —un tipo de pelo oscuro que parece haber nacido con una sonrisa de comemierda—

se recuesta en su asiento, brazos cruzados sobre el pecho, prácticamente vibrando con el esfuerzo de no reírse. Observa esto como si fuera el mejor espectáculo que ha visto en todo el año.

No me disculpo. Las disculpas saben a ceniza. Pero siempre pago mis deudas.

—Déjame invitarte a una copa —digo, ignorando a la galería—. Para compensarte.

Durante un segundo, se me queda mirando con la boca abierta. Luego intenta hablar.

—Yo… eh… o sea…

Las palabras se le atoran en la garganta, estranguladas y rotas. Se mueve en su asiento, sus piernas largas golpeando la parte inferior de la mesa con la fuerza suficiente para hacer que los vasos de cerveza salten y tintineen. Uno se inclina, y él se lanza a agarrarlo con el tipo de reflejo de pánico que usarías para atrapar a un bebé cayendo.

Falla.

La cerveza se derrama.

Toda encima de mí.

—¡Joder, Kellerman!

—¡Eso ha sido precioso! ¡Que alguien lo grabe!

Mientras miro hacia abajo a mis botas y piernas, ahora empapadas de cerveza, él —¿Kellerman?— se pone de pie a trompicones, con la cara de un tono de rojo que no existe en la naturaleza. Sus ojos buscan frenéticamente un trapo de bar, una sudadera suelta, cualquier cosa para limpiarme la cerveza.

Cuando no encuentra nada, murmura algo ininteligible —algo que podría ser «me tengo que ir» o «lo siento» o posiblemente solo una cadena de vocales unidas en una súplica desesperada de muerte— y huye.

No camina. No se retira. Huye.

Es un borrón de franela y vergüenza, sus piernas largas llevándolo hacia la puerta principal con la velocidad desesperada que normalmente se reserva para huir de desastres naturales. Y luego desaparece, y me quedo de pie en el vacío de su partida, empapada en media pinta de cerveza.

Lo cual ni siquiera es tan grave, siendo honesta.

Me han tirado y derramado cosas peores encima en bolos…

La mesa está en silencio durante exactamente dos segundos. Luego el tipo de pelo oscuro —el de la sonrisita— suelta un silbido bajo y apreciativo. Se recuesta de nuevo, visiblemente disfrutando del espectáculo, y su satisfacción petulante me da ganas de agarrar mi guitarra y estampársela en la cabeza.

—Eso salió bien —dice.

La mesa estalla en carcajadas otra vez, más fuerte esta vez, el tipo de risa escandalosa e incontrolable que surge de presenciar algo tan absurdo que trasciende la experiencia humana normal. Me quedo ahí parada, con los ojos todavía en la puerta, todavía intentando descifrar qué lo hizo salir corriendo.

Pero mientras les levanto el dedo a los demás y me alejo, una media sonrisa se me escapa, porque el misterio del grandote —Kellerman— se acaba de volver infinitamente más interesante de lo que esperaba. Quería invitarle una cerveza, quizá tirármelo para sentirme mejor por lo del ampli…

¿Pero esto?

Esto es infinitamente más fascinante.

cinco

BEN

LA CENA mensual del equipo es una emboscada.

Me hundo más en la silla, pero hasta eso es un error, porque las rodillas se me estrellan contra la parte de abajo de la mesa con fuerza suficiente para hacer temblar los vasos de agua. Una pequeña ola se desborda por el borde del mío, y Erik Schmidt me levanta una ceja desde el otro lado de la mesa.

—¿Estás bien, Kell? —dice, con una expresión a medio camino entre la diversión y la cara que pondrías al ver a alguien a punto de pisar un rastrillo.

—Sí —murmuro, frotándome la rótula a través de los pantalones de vestir que le pedí prestados a Rook—. Viviendo el sueño.

Alargo la mano hacia mi vaso de agua para darles algo que hacer, pero lo pienso mejor. Lo más seguro a estas alturas es mantener las extremidades lo más quietas posible, concentrándome en reírme cuando todos se ríen y en fingir que escucho la conversación de alrededor.

Porque la verdad es que mi mente no está aquí.

Está en The Rusty Tap.

El escenario. El rescate. La furia. El silencio. La cerveza derramada. La huida.

Toda la secuencia humillante se repite en bucle. Es… ella… está atrapada en mi cabeza como una canción que no puedo apagar. El

pelo rubio cortado a trasquilones cayéndole sobre la cara. Las medias de red rotas. La falda de cuadros. La forma en que sus dedos volaban por el mástil con una precisión brutal y perfecta.

Era lo más hermoso que había visto en mi vida.

Y lo había arruinado, primero agarrándola como un cavernícola, y luego huyendo.

Lo peor ni siquiera es la humillación. Es que durante una fracción de segundo, cuando estaba de pie frente a mí en aquella mesa pegajosa, recortada contra los carteles baratos de cerveza de neón, ofreciéndose a invitarme a una copa, había visto una versión diferente de mi vida.

Una versión en la que no era el hermanito torpe del equipo.

En la que podía hablar con una chica así sin disolverme en un desastre.

—Ben. —La voz de Rook corta mi espiral, y miro hacia el otro extremo de la mesa, donde me está sonriendo de oreja a oreja—. ¿Estás escuchando?

—Sí —miento, enderezándome—. Totalmente.

—Bien —dice—. Porque el entrenador está a punto de empezar su discurso.

Asiento y dirijo la atención al frente de la sala, donde el entrenador Pearson está de pie en el atril con su traje, con pinta de director ejecutivo a punto de anunciar despidos. Pero antes de que pueda empezar, Nash y Stiles se levantan de sus asientos cerca del fondo.

Mi estómago se convierte en una trampilla y el fondo se desploma.

Nash lleva una guitarra acústica destartalada cubierta de pegatinas medio despegadas. Stiles tiene una sonrisa de mierda y un papel de cuaderno arrugado que sostiene como si fuera la Carta Magna. Y todos los demás en la sala —el equipo entero, incluido yo — se preguntan qué demonios están tramando.

—Disculpe, entrenador —dice Nash—. Antes de que empiece, Stiles y yo tenemos una cosita que nos gustaría compartir con el equipo.

La mandíbula del entrenador Pearson se tensa levemente, pero se aparta con un suspiro resignado.

—Que sea rápido, Nash.

—Oh, lo será —dice Nash, colgándose la guitarra del hombro con la confianza despreocupada de alguien que nunca ha experimentado una humillación genuina—. Resulta que quedamos tan conmovidos por las recientes aventuras de nuestro chico Kellerman que nos vino la inspiración.

Siento cómo la sangre me abandona la cara, aunque la sala se queda tan en silencio que se podría oír caer un alfiler. Pero sé que no hay forma de parar esto, y que interrumpir o salir corriendo solo lo empeoraría, así que me pego una sonrisa falsa mientras Nash rasguea la guitarra de pena.

Stiles desdobla el papel de cuaderno y sonríe.

—La hemos titulado —anuncia— «La balada de Kell el Sasquatch».

La sala ruge.

Me gustaría estar literalmente en cualquier otro sitio. En el dentista. En la oficina de tránsito. En un examen de próstata realizado por el Capitán Garfio. En el infierno. No soy exigente. Pero el universo no es tan amable, así que me quedo sentado mientras se lanzan con el primer verso en unas voces que solo pueden describirse como un crimen contra la música.

«Había una vez un chico llamado Kell» «que adoraba sus mierdas de empollón demasiado,» «hablaba de circuitos y de amplis sin cesar» «¡pero las chicas decían: "Ni de broma, campeón!"»

La sala explota, y hasta mi fiel sonrisa falsa flaquea mientras la vergüenza me trepa por la nuca. Pero no hay escapatoria, ni de aquí ni de esto, así que me quedo sentado mientras Nash rasguea otro acorde, más fuerte ahora, subiendo la intensidad hacia el gran final.

«Pero una noche, en un antro del montón,» «nuestro Sasquatch vio a una zorrita punk rock…»

Alguien al fondo suelta un alarido. Stiles sonríe más.

«Ella surfeaba arriba sobre la gente,» «¡pero las manos iban bien por abajo!» «¡Así que Kell se lanzó como un G.I. Joe!»

Las carcajadas son ensordecedoras. Me obligo a mantener las manos sin apretar y la expresión neutra. Estoy decidido a no darles la satisfacción de ver cuánto me está destrozando esto, porque sé que solo les daría más munición después.

Al otro lado de la mesa, Erik me busca la mirada y hace una leve, casi imperceptible, negación con la cabeza. No es compasión, exactamente. Más como un *aguanta, que esto se acaba pronto*. Es el tipo de mirada que te lanza un médico de combate antes de sacarte la bala sin anestesia.

Nash y Stiles están a tope ahora, las voces subiendo de volumen.

«La cargó al hombro como un bombero,» «nuestro gran Sasquatch, enorme y peludo,» «¡salvó a la punki chiquita y bonita» «y la multitud enloqueció: había un héroe de verdad!»

La palabra *héroe* me golpea como un puñetazo, trayéndome de vuelta el recuerdo de ella en el escenario, metro setenta de rebeldía concentrada. No era chiquita ni estaba indefensa. Era una tormenta con botas militares, un cable pelado que dominaba aquel escenario. Ellos cantaban sobre una damisela. Yo recordaba un motín.

«Pero esperen, que hay más en este cuento» «de nuestro Sasquatch que lo intentó y fracasó,» «¡la chica punk se le acercó con desparpajo» «y le ofreció comprarle una copa de victoria!»

Oh, no.

«Pero Kell entró en pánico, volcó la cerveza,» «tartamudeó como si le fuera a pegar en los huevos,» «salió corriendo como si tuviera la peste…» «¡La Retirada Kellerman, el último grito!»

La sala erupciona en una enorme y burlona ovación de pie mientras se apaga el último rasgueo de la guitarra. Alguien cerca del fondo —creo que es uno de los novatos— grita: «¡Deberías habértela llevado a casa, Sasquatch!», y las carcajadas recorren la sala en oleadas.

Estoy acostumbrado a ser el blanco de bromas ligeras, pero ser el remate de un número montado para todo el equipo duele. El doble, porque es verdad. Fui espectacularmente incompetente delante de una chica tan fuera de mi liga que igual da que esté en otro sistema solar.

Me fuerzo a dibujar una sonrisa y levanto la mano en un saludo flojo, aceptando los aplausos como un artista que hace una reverencia después de morirse en el escenario. La sala lo adora, mientras Nash y Stiles hacen sus propias reverencias teatrales, empapándose de la adoración como si acabaran de actuar en el Madison Square Garden.

Rook me da una palmada en el hombro tan fuerte que casi me estampo contra los restos del pollo.

—¡Eres una puta leyenda, Kell! —brama, con la cara radiante de genuino orgullo fraternal—. ¡Hiciste algo de verdad! ¡Te lanzaste!

—Leyenda o no —suelta Erik arrastrando las palabras, sin levantar la vista del plato—, la próxima vez intenta no tirar la cerveza.

Los demás se suman, aplaudiendo y vitoreando, y me doy cuenta con un nudo en el estómago de que me están celebrando. Porque me vieron actuar. Me vieron intentarlo. Y en su mundo de acción simple y decidida —donde ves un problema y lo arreglas— eso es una victoria digna de canción.

Aunque la ejecución fuera un desastre con patas.

No ven el matiz: que soy un cobarde que intentó hacer lo correcto y la pifió tan mal que lo empeoró todo. Y de repente, la distancia entre lo que ellos ven y lo que yo sé es la sensación más solitaria del mundo.

Es como estar en una sala llena de gente que habla un idioma que no entiendes, celebrando una victoria que tú sabes que es una derrota.

Consigo otro saludo débil, y el equipo por fin se calma. El entrenador Pearson recupera el atril y se lanza con su discurso sobre defender nuestro campeonato, sobre el legado, sobre el resto de la temporada que tenemos por delante.

Pero no estoy escuchando.

Estoy aquí sentado, rodeado de la única familia que he tenido de verdad aparte de mi madre, y lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que necesito que esto pare. Necesito cambiar la narrativa. Necesito una victoria —cualquier victoria— que por fin me quite de encima a mis bienintencionados y torturadores compañeros.

Necesito demostrar que no soy el Sasquatch, ni la Retirada, ni el chiste.

Necesito un atajo social, y lo necesito ya.

Porque si no encuentro uno pronto, voy a pasar el resto de mi carrera universitaria siendo el hermanito torpe del equipo, el tipo que está dentro pero nunca de verdad dentro, la historia con moraleja que les cuentan a los novatos sobre lo que pasa cuando piensas demasiado en vez de actuar.

Y eso es peor que cualquier humillación que Nash y Stiles puedan inventarse jamás.

seis

CASS

EL PÚBLICO de esta noche es la combinación perfecta de borrachos y devotos que hace cantar la caja registradora de Frank.

Puedo leerlos desde aquí arriba: los fieles empujándose cerca del frente del escenario, los mirones a salvo contra las paredes, y los bebedores en la barra haciendo su propio análisis de coste-beneficio sobre si otra cerveza compensa la cola del baño.

Estamos arrancando el estribillo central de "Broken Teeth", uno de nuestros temas más infalibles para encender al público, y el mosh pit cerca del escenario se está abriendo en esa floración circular y violenta que indica que los tenemos exactamente donde queremos.

Este es el subidón.

La razón por la que hago esto.

El momento en que no me siento una impostora.

La línea de bajo de Joel es un zumbido grave y constante que siento en las costillas, un pulso que se sincroniza con mis latidos hasta que no puedo distinguir dónde termina la música y dónde empieza mi cuerpo. La batería de Milo es implacable, precisa, empujando la canción hacia adelante con una eficiencia mecánica que hace que parezca fácil.

Contra ese telón de fondo de su casi perfección, mis dedos vuelan por el mástil de la guitarra, clavando los cambios de acorde con precisión automática, y el amplificador vintage detrás de mí está

cantando: un gruñido cálido y suave que hace que cada nota se sienta viva.

Ajusto mi postura, botas bien plantadas sobre la madera rayada del escenario.

Durante unos cuantos compases, todo es exactamente como debería ser. Recuerdo un show del año pasado —otro local, la misma energía— donde el público respondía así, tan vivo. Habíamos terminado el set con gritos de verdad, no solo aplausos corteses, y por una noche sentí que pertenecíamos.

Que yo pertenecía.

Mi mirada se engancha en la esquina del fondo, cerca del pasillo de los baños, y me doy cuenta con irritación inmediata de que lo estoy buscando. Ese inconfundible metro noventa y tres que pertenece al chico gigante y tartamudo que me salvó de que me manosearan y después huyó de mis disculpas.

Pero no está aquí.

Claro que no está aquí. ¿Por qué coño iba a estar?

Golpeo el siguiente acorde con fuerza, doblando la nota con la palanca de vibrato hasta que aúlla imitando mi propia frustración. Sé que la decepción que se enrosca en mi pecho es pequeña y ridícula, pero no consigo tragarla, lo cual es un problema porque no necesito distracciones cuando estoy tocando una canción tan difícil.

Pero la distracción llega en forma de un cambio de energía en la sala.

Lo siento antes de verlo, ese cambio sutil en la temperatura del público, la forma en que el aire se afila, se vuelve más hostil. He tocado —y asistido a— suficientes conciertos como para reconocer el cambio de ambiente al instante, y de inmediato pone mi cuerpo más tenso y alerta de lo que estaba, incluso mientras sigo tocando.

El mosh pit cerca del escenario se está poniendo más agresivo, los choques más duros, los empujones más deliberados. Un tipo cae al suelo y nadie lo ayuda a levantarse. Dos tipos cerca del borde se están cuadrando, pechos inflados, caras enrojecidas por el alcohol y la testosterona.

Le doy más o menos un cincuenta-cincuenta de que estalle entre ellos, porque siempre hay mucha mierda en el pit, lo que significa

que es igual de probable que haya puñetazos como abrazos y disculpas. Pero entonces uno empuja al otro, y el otro tropieza hacia atrás contra un grupo de chicas que se dispersan gritando, molestas.

—Mierda —murmuro, aunque la palabra se pierde bajo el rugido de mi amplificador.

Sigo tocando, los dedos moviéndose en piloto automático mientras canto el verso, pero mi atención está dividida. Estoy observando a los dos tipos, deseando que paren, deseando que los porteros de Frank se materialicen y corten esto antes de que escale a algo que arruine la noche.

Esto es parte del trabajo, gestionar la energía volátil de un bar abarrotado, mantener el equilibrio entre el caos controlado y el desastre. Solo que esta noche, la línea se rompe. El empujón se convierte en un puñetazo, y el puñetazo se convierte en una pelea en toda regla, un vórtice caótico de puños y miembros agitándose.

La pelea consume el pit entero en segundos. Los cuerpos se amontonan, amigos saltando a defender amigos, desconocidos huyendo y otros metiéndose porque están borrachos. La gente se dispersa, aplastándose contra las paredes y la barra para apartarse.

Aprieto los dientes y sigo tocando, intentando proyectar una calma que no siento en absoluto. El corazón me golpea contra las costillas y las palmas me resbalan contra el mástil de la guitarra. La música se siente inútil ahora, una banda sonora para una violencia que no puedo controlar, pero parar sería peor.

Parar sería admitir algún tipo de culpa.

Y entonces la cosa se desborda.

Un cuerpo grande —uno de los que pelean, un tipo con una camiseta blanca manchada, la cabeza rapada y tatuajes en el cuello trepándole por el cráneo— es lanzado sobre el escenario. Se estrella contra la batería de Milo con un estrépito metálico y enfermizo que reverbera por toda la sala.

La música muere.

Dejo de tocar completamente mientras los platillos se desploman y un tom rueda fuera de su soporte y golpea el suelo con un estruendo hueco. Milo se echa hacia atrás de un salto, las baquetas aún en las manos, la cara a partes iguales entre el shock y la furia

mientras mira al imbécil que le ha metido una bola de demolición en su batería.

Me quedo helada, los dedos aún sobre el mástil, el último acorde suspendido en el aire como una respiración contenida. El acople de mi amplificador, que sigue encendido, empieza a crecer, un zumbido bajo y amenazante que llena el silencio repentino y espantoso, como la banda sonora de una película de terror.

El tipo se pone de pie a trompicones, desorientado y furioso. Tiene la cara enrojecida, moteada de rabia, los ojos desorbitados y desenfocados. Está tambaleándose, borracho o con una conmoción o las dos cosas, y mira a su alrededor como si intentara averiguar dónde coño está.

Y entonces sus ojos aterrizan en mí.

Doy un paso atrás, luego otro, y mis instintos me gritan que me mueva, pero no hay adónde ir. El escenario es un desastre —cables y los restos de la batería de Milo por todas partes— y el pit es ahora mismo un caos de bestias intentando partirse los dientes mutuamente.

Estoy atrapada.

El tipo se tambalea hacia mí, como si yo tuviera la culpa, y su mano sale disparada para agarrarme del bíceps. Sus dedos se hunden en mi piel con la fuerza suficiente para saber que mañana habrá moratones: una constelación de furia púrpura y amarilla dibujada sobre mi cuerpo.

—Quítate de mi puto camino —gruñe, la voz un rugido pastoso. Su aliento me golpea la cara, caliente y agrio, apestando a cerveza.

No intenta hacerme daño; intenta moverme, como si fuera un mueble. Es como todos los demás tíos de mi vida, tratándome como un adorno, un fetiche o un obstáculo en vez de una persona, y darme cuenta de eso me envía una descarga de fuego por las venas.

Esto no es un fan borracho metiéndome mano en el pit. Es una agresión directa, y no sé si va a ir a más —un puñetazo en la cara— o si me tirará del escenario, al tumulto, donde las manos agarrarán, tirarán y tomarán porque estoy en el suelo y soy vulnerable y pueden.

Mi instinto de lucha o huida se activa.

Y elijo luchar.

En un solo movimiento desesperado y fluido, lanzo mi guitarra. No apunto. No pienso. Solo reacciono, y la Fender Telecaster se convierte en un garrote de madera y acero que lo va a arrancar de mí. El cuerpo pesado conecta con su hombro con un golpe seco, sólido y repugnante.

Aúlla, soltándome mientras tropieza hacia atrás. Su cara se retuerce en algo feo, rabia pura y shock, y por una fracción de segundo creo que va a venir a por mí otra vez. Mis manos se aprietan alrededor del mástil de la guitarra, todo mi cuerpo en tensión.

Pero entonces llegan los porteros por fin.

Dos de ellos se lanzan al escenario, tipos enormes con camisetas negras. Agarran al tipo por ambos brazos, arrastrándolo hacia atrás mientras él forcejea, maldiciendo y escupiendo. Un tercer portero ya está abajo, metiéndose en los restos de la pelea, separando gente y empujándola hacia la salida.

La música está muerta.

En el silencio que resuena, me quedo ahí de pie, jadeando, los nudillos blancos alrededor del mástil de mi guitarra. Me tiemblan las manos. Las piernas me flaquean, débiles. El acople de mi amplificador es ahora un pitido agudo y penetrante que llena la sala vacía con un sonido que parece mi propio grito exteriorizado.

Dejo la guitarra en su soporte antes de que mis manos temblorosas la dejen caer, y me dejo caer en el borde de la tarima destrozada de la batería de Milo. Me palpita el bíceps donde los dedos del tipo se clavaron, y observo a los porteros seguir arrastrando clientes hacia la salida más cercana.

Pero aunque la pelea ha terminado, sigo temblando, el bajón de adrenalina golpeándome en oleadas. Las manos no dejan de temblarme, y las presiono planas contra los muslos, obligándolas a estar quietas. Y no soy la única afectada, porque Milo está agachado junto a los restos de su batería.

—¿Está…? —empiezo.

—Jodida —dice Milo, con un tono plano, mientras levanta un platillo agrietado, lo examina con la atención desapegada de un

investigador forense, y lo deja a un lado con un suspiro suave y resignado—. El tom de piso está rajado. La caja está abollada. La mitad del hardware está doblado.

La culpa me retuerce el estómago, afilada e inmediata.

—Milo, lo siento mucho. Yo…

Levanta la vista.

—Tú no lanzaste al tipo contra mi batería, Cass. Él se lanzó solo.

Joel sigue en el escenario, enrollando el cable de su bajo con movimientos bruscos y furiosos, envolviéndolo alrededor de la mano y el codo como si estuviera estrangulando algo. Tiene la mandíbula apretada, su silencio más ruidoso que cualquier acusación, porque sabe lo cerca que esto estuvo de ser un desastre.

Sé lo que piensa. Sé lo que piensan los dos. Que esto es un golpe enorme para nosotros, porque la batería de Milo está jodida, y vamos a cobrar quizá doscientos dólares por el bolo de esta noche, y eso no alcanza para arreglar lo que acaba de romperse.

Me levanto, las piernas aún inestables, y agarro mi guitarra de repuesto. Porque no he terminado, y si esta es mi última noche tocando en este escenario, no voy a dejar que mi guitarra estrellándose contra ese imbécil sea la nota final. Así que me enchufo al amplificador, y vuelve a la vida con un zumbido grave.

Milo levanta la vista, confundido.

—¿Cass?

—¿Qué haces? —pregunta Joel.

No contesto. Simplemente empiezo a tocar.

No es el punk agresivo y frenético que llenaba la sala hace unos minutos. Es más lento, despojado, una melodía acústica en la eléctrica, limpia y deliberada, cada nota resonando con claridad. Es algo en lo que trabajé a solas, en mis momentos más tranquilos.

En mis momentos más tristes.

Y entonces empiezo a cantar.

Las letras brotan, crudas y sin filtro, sobre ser el póster, la fantasía, el juguete. Sobre ser la chica del cartel, por la que gritan pero a la que nunca realmente ven. Sobre ser un producto, no una persona, descartada en cuanto la fantasía se convierte en realidad o han acabado conmigo.

"Quieres el cuero y la mueca, la ilusión que construyo, pero no quieres lo que hay debajo: solo quieres que me calle de una puta vez."

La voz se me quiebra en la última línea, la aspereza de mi garganta convirtiendo las palabras en algo más feo y más honesto. Pero no paro. Sigo tocando, sigo cantando, volcando cada gramo de mi furia y mi humillación y mi agotamiento en esta confesión callada y brutal.

Joel ha dejado de recoger. Milo está sentado con las piernas cruzadas junto a su batería destrozada, los ojos fijos en mí. Frank, detrás de la barra, ha detenido su limpieza furiosa de bebidas derramadas para fulminarme con la mirada. Y todos los demás en la sala se han quedado en silencio, mirando y escuchando.

Termino la canción con una sola nota sostenida que se queda suspendida en el aire como el humo. Luego la dejo extinguirse, el acople disolviéndose en silencio, y desconecto la guitarra, las manos más firmes ahora. No es mucho, pero me ha calmado lo suficiente para cruzar el suelo pegajoso hasta la barra.

Frank está detrás de la barra, limpiando la superficie con un trapo. Sus movimientos son bruscos y furiosos, esa eficiencia rabiosa de un hombre al que le acaban de arruinar la noche y busca a alguien a quien culpar. Y sé, con una certeza enfermiza, que ese alguien voy a ser yo.

Me acerco a la barra, la mandíbula apretada, la espalda recta. No me voy a encorvar. No me voy a disculpar.

—Frank —digo, con voz baja pero firme—. Necesito que me pagues.

—¿Ah, sí? —dice, pero no me mira—. Porque yo también tengo daños que alguien tiene que pagar.

—Me agarró —digo, más alto ahora—. Ese tipo subió al escenario y me agarró, así que me defendí.

Frank deja de limpiar. Estampa el trapo húmedo contra el mostrador con un chasquido mojado que resuena como un mazo de juez. Entonces, por fin, me mira, y me quedo de piedra, porque sus ojos son fríos y duros como el hielo. O sea, nunca ha sido el tipo más cálido, pero ¿esto?

—Me da exactamente igual, Cass, porque tus shows son un puto imán para esta mierda —dice—. Tengo policía en mi aparcamiento. Tengo a un tipo ahí fuera poniéndose hielo en el hombro y amenazando con demandarme. Demandarme. No a ti. A mí. ¿Lo entiendes?

—Frank, yo…

Me corta.

—Esto es lo que hay: tienes una última oportunidad, y si hay otra cagada, Pinebox se acabó aquí.

¿Y qué significa eso exactamente?

¿Que ponga una cuerda de terciopelo?

¿Que filtre a cada borracho imbécil en la puerta para detectar tendencias violentas?

La idea de que la banda pueda controlar al público es absurda, otro problema que tengo que resolver y que los tíos que tocan aquí no parecen enfrentar nunca. He visto bandas lideradas por tíos provocar disturbios en toda regla y ser invitadas a volver a la semana siguiente, pero yo me defiendo una vez y soy el problema.

Pero la realidad económica muerde más fuerte que la indignación.

Si pierdo este bolo, no podemos permitirnos ensayar. Si no podemos ensayar, la banda se deshace. Si la banda se deshace, ¿qué coño hago aquí? ¿De qué sirvió luchar para salir de Camden si todo se derrumba porque algún imbécil no aguanta la bebida?

Pero a Frank le importa una mierda todo eso, o nosotros, o yo, más allá de que traemos un público que compra copas. Simplemente se da la vuelta, agarra un vaso para pulir como si la conversación ya hubiera terminado, dejando claro que estoy despedida.

Una vez más, para otro tío, soy un problema y no suficiente.

Tengo la garganta cerrada, los ojos ardiendo con lágrimas que me niego rotundamente a derramar. Porque llorar sería admitir que me ha hecho tanto daño como el tipo que me agarró, demostrar que soy exactamente lo que piensa: un problema envuelto en medias de rejilla que no puede con el trabajo.

Así que simplemente me doy la vuelta y vuelvo al escenario.

Joel y Milo están recogiendo en silencio. Joel tiene la mandíbula apretada, la cara una máscara de frustración apenas contenida. Milo está desmontando metódicamente lo que queda de su batería, pero sé que está haciendo números en la cabeza, calculando el grado exacto de jodidos que estamos.

Ninguno de los dos me mira.

Me arrodillo junto a mi amplificador, las manos moviéndose en piloto automático mientras empiezo a desconectar los cables. Mi cabeza es un torbellino de rabia, humillación y miedo. Frank quiere que controle al público, que dome el caos, cuando el caos es precisamente la clave.

El caos es lo que hace que un show punk sea un show punk. Es la energía cruda, sin pulir, que nos separa de la mierda corporativa y esterilizada que suena en los locales más grandes. Pero a Frank le da igual. Solo le importan las demandas, la responsabilidad civil y el balance final.

Y, a pesar de todo, no quiero irme a ningún lado.

Necesitamos este bolo por el dinero, claro, pero también es la única vez cada semana en que siento que pertenezco a algún sitio, lejos de las clases que apenas apruebo y de la legión de personas haciendo cola para decirme que soy una farsa, que no soy suficiente, o que necesito hacer las cosas mejor o diferente.

Me siento sobre los talones, mirando la madera marcada del suelo del escenario.

—Tiene que haber una solución… —me susurro a mí misma.

Y justo entonces, una imagen emerge en mi mente, sin invitación y absurda. Es un chico gigante y aterrorizado con ojos verdes amables y amigos imbéciles, montando un desastre torpe y caótico en medio del mosh pit en su intento torpe y espectacular de ayudar.

Ben Kellerman.

El que no había agarrado ni manoseado.

El que se había encargado de los imbéciles y después había huido de mí.

El que había estado buscando estúpida e inexplicablemente entre el público esta noche.

Me lo imagino, su metro noventa y tres de energía de golden retriever nervioso, interpuesto entre el próximo borracho imbécil y yo. La imagen mental es… algo. Él, probablemente disculpándose con el tipo mientras le mete una carga accidental que lo manda a la semana que viene.

Pero no puedo olvidar el puro tamaño de él, la forma en que el público se había abierto a su alrededor cuando se lanzó a través del mosh pit, no porque estuviera repartiendo puñetazos, sino porque simplemente estaba ahí, un objeto inmenso imposible de ignorar.

Y recuerdo cómo me había mirado en el escenario.

No con derecho sobre mí.

Con otra cosa.

Algo de deseo, claro.

Pero también… ¿respeto?

¿Cuidado?

Una oleada de calor se extiende entre mis muslos al pensar en él, incluso mientras intento descartar la idea como una estupidez o decirme que no aceptaría de todas formas. Pero el pensamiento persiste, mi mente empujándome a lanzarme, sabiendo que puede ser la mejor opción.

Puede que él sea la mejor opción.

El pensamiento toma forma, solidificándose en algo que casi parece un plan. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Dice que no, y estoy donde empecé. Dice que sí, y tengo un espantapájaros humano que quizá mantenga a raya a los peores imbéciles.

Es desesperado. Es improbable. Probablemente es una estupidez.

Pero puede que sea la única opción que me queda.

siete

CASS

CAMINAR hacia South Campus es como cruzar a territorio ocupado.

El aire aquí es distinto al del edificio de Música, que está escondido en el edificio más antiguo, en el rincón más alejado de North Campus, y generalmente poblado por una mezcla variopinta de bohemios, rockeros, pijos y niños bien. Es una mezcla rara, y aun entre esa gente, yo soy la marginada.

¿Pero aquí?

Huele a dinero, y los estudiantes con los que me cruzo parecen sacados de un folleto de admisiones: sudaderas impolutas de PBU, pelo que se ha lavado hoy y mochilas de marca que no se sostienen con cinta adhesiva e imperdibles.

Aquí soy la foto del «antes» en uno de esos montajes de cambio de imagen de películas universitarias, solo que nadie va a venir a arreglarme.

Un grupo de chicas de hermandad cerca de la fuente hacen eso de no mirarte del todo, pero absolutamente verte. Sus ojos pasan por mis botas militares, mis medias de red rotas, la cazadora de cuero maltrecha que se sostiene por pura fuerza de voluntad y un montón de parches estratégicamente colocados.

Cuando una de ellas le susurra algo a su amiga y las dos se ríen, mantengo la barbilla en alto y el paso firme, la mandíbula apretada

en lo que espero que parezca seguridad y no la rabia defensiva que en realidad es, porque llevo recibiendo esas miradas toda mi vida.

Desde la orientadora del instituto que intentó convencerme de no solicitar plaza en la universidad, insistiendo en que Camden Community College sería «más realista» para alguien con mis «antecedentes», hasta el funcionario de ayuda financiera que actuó como si mi beca fuera un error administrativo.

Pero me obligo a ignorar las miradas, porque hoy tengo un trabajo que hacer.

Se llama Ben Kellerman.

El tipo que me va a ayudar a conservar el bolo en el bar de Frank.

Porque si pierdo ese bolo, no nos podemos permitir ensayar. Si no podemos ensayar, Joel se largará a una banda de versiones que toca en bodas, Milo se encogerá de hombros y dirá que ya lo veía venir, y Pinebox se habrá acabado. Y si Pinebox se acaba, ¿qué coño hago yo aquí?

¿De qué sirvió salir de Camden con uñas y dientes, de pasar cuatro años fingiendo que encajo en seminarios de teoría musical donde todos los demás leen a primera vista una partitura de Brahms como si fuera una puta lista de la compra, si todo se derrumba porque unos imbéciles empezaron a repartir puñetazos?

La biblioteca de South Campus aparece delante, todo cristal y acero y esa clase de arrogancia arquitectónica que grita tenemos una dotación del tamaño del PIB de una nación pequeña. Empujo las puertas pesadas y de inmediato oigo el murmullo bajo e industrioso de gente que tiene su vida en orden.

Subo a las salas de estudio del segundo piso, que están metidas entre filas de cubículos y mesas largas donde los estudiantes se atrincheran con apuntes con código de colores y portátiles. Es territorio extranjero para mí, completamente nuevo a pesar de que llevo años en Pine Barren, pero me han informado, de fuente fiable, de que aquí es donde lo encontraré.

Y así, sin más, lo encuentro.

Está plegado en un cubículo pequeño cerca del fondo, las piernas largas dobladas en un ángulo que parece incómodo, los hombros

anchos encorvados sobre un libro de texto. Los rizos le caen sobre los ojos y está mordisqueando la punta de un lápiz, con el ceño fruncido de concentración.

Está completamente absorto en lo que sea que esté leyendo, ajeno al resto del mundo. No se parece en nada al desastre tartamudeante y en pánico que conocí en el bar. Aquí, en este rincón tranquilo de la biblioteca, parece competente y sereno, como si estuviera a gusto consigo mismo.

Mientras me acerco poco a poco, reuniendo valor para soltarle mi propuesta, mis ojos captan el título del libro de texto que tiene delante, y el nombre grabado en dorado en el lomo —Signal Processing and Linear Systems, 3rd Edition— me impacta como si estuviera leyendo un artefacto alienígena.

¿Ingeniería eléctrica?

La imagen que me había construido en la cabeza —machote grande, dulce e inofensivo que probablemente estudia algo fácil como comunicación o gestión deportiva— se hace añicos. Porque ingeniería eléctrica no es el tipo de carrera donde te presentas con resaca a exámenes de opción múltiple.

Son clases a las ocho de la mañana y laboratorios donde un error de cálculo hace que algo explote. Es una carrera donde la mitad de los de primero se dan de baja después del primer examen porque pensaban que ser buenos en matemáticas del instituto iba a ser suficiente.

—Un tipo que puede con eso no debería desmoronarse solo porque una chica le invite a una copa —me susurro—. ¿Cuál es tu problema, Kellerman?

Hora de averiguarlo…

Camino hacia él, y al principio no me nota. Pero en el momento en que estoy lo bastante cerca para proyectar una sombra sobre su escritorio, su cabeza se levanta de golpe y sus ojos verdes se abren de forma cómica, casi de dibujos animados. Veo cómo el pánico le inunda la cara como si alguien acabara de activar una alarma de incendios dentro de su cráneo.

Es la misma expresión que tenía en el bar.

Terror puro, sin filtrar.

—Ey —digo, en el mismo tono que usaría para acercarme a un perro asustadizo.

No dice nada. Solo me mira, paralizado, y veo el momento exacto en que su cerebro decide huir. Sus piernas largas empiezan a desenredarse de debajo del escritorio, las manos aferradas al borde de la mesa como si estuviera a punto de lanzarse fuera de la silla y salir corriendo hacia la salida más cercana.

Ah, no. Ni se te ocurra.

Me muevo rápido, deslizándome frente a su única ruta de escape y apoyando el hombro contra la pared del cubículo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Le estoy bloqueando el paso con mi cuerpo, lo cual es completamente absurdo considerando que me saca casi treinta centímetros y probablemente unos cuarenta y cinco kilos.

Podría levantarme y apartarme si quisiera. Pero se detiene. De verdad se detiene. No me aparta. No me dice que me mueva. Solo se queda ahí, a medio salir de la silla, mirándome con esos ojos grandes y ansiosos como si lo tuviera de rehén con nada más que mi presencia.

Dios, de verdad eres un golden retriever de metro noventa y tres que probablemente le pide perdón a los muebles cuando se choca con ellos.

—Siéntate —digo.

Y para mi absoluta sorpresa, obedece.

Se deja caer en la silla como si le hubiera tirado de la cuerda, las manos aferradas a los reposabrazos como si se preparara para un aterrizaje de emergencia. Y me doy cuenta de que este chico es inofensivo. No de una manera débil. No de una manera que me haga pensar menos de él. Sino de una manera que es… tierna.

Es metro noventa y tres de músculo, y me tiene terror.

Saco la silla frente a él y me siento.

—Tenemos que hablar, grandote —digo.

Traga saliva.

—¿Sobre… sobre el bar?

—Sí. —Me acomodo en la silla, cruzo las piernas e intento proyectar una calma que no siento del todo—. Y sobre una solución

a un problema que tenemos los dos.

Solo me mira, con una expresión tan confundida que casi me siento mal por emboscarlo así.

—Yo no… —empieza, y se detiene—. ¿Qué problema?

Dejo que el silencio se estire lo justo para que se remueva en el asiento, y luego voy a la yugular.

—¿Tienes novia, Kellerman?

Parpadea, algo defensivo chispeando en sus ojos antes de que el pánico tome el control.

—¿Quién pregunta eso? —dice, con la voz tensa—. ¿Por qué?

Entonces el rubor empieza en el cuello y le sube hasta la línea del pelo en cuestión de segundos, y su boca se abre y se cierra como un pez boqueando.

—No. Yo…

—Tranquilo —digo, levantando una mano—. No te estoy pidiendo una cita. Te estoy proponiendo un acuerdo mutuamente beneficioso.

Le da vueltas a eso.

—¿Un… qué?

—Para salir.

—¿Eso existe?

—Ahora sí —digo—. Vi cómo te tratan tus compañeros, y me imagino que eso es solo una muestra de la mierda que te comes. Supongo que estás harto, pero a juzgar por cómo saliste corriendo cuando me ofrecí a invitarte a algo, las probabilidades de conseguir una chica y que te dejen en paz son escasas…

Su cara de alguna manera se pone más roja, pero asiente.

—Y yo también tengo un problema —continúo, sin darle tiempo a retirarse—. Un tipo se subió al escenario anoche y me agarró, y hubo una pelea enorme. El local tiene seguridad, pero el dueño dice que si no «controlo a mi público», se acabó, y no puedo perder ese bolo.

Los ojos de Ben se disparan hacia los míos, y por primera vez desde que me senté, parece genuinamente concentrado. Toda su postura cambia, los hombros se le cuadran, y hay algo en su expresión —algo afilado y protector— que me pilla completamente desprevenida.

—¿Te agarró? —dice, y hay un filo en su voz que no esperaba.

—Sí —digo, manteniendo un tono plano, factual—. Lo manejé. Pero a Frank le da igual. Solo quiere que el caos pare, y me lo está cargando a mí.

La mandíbula de Ben se tensa, y puedo verlo procesando todo lo que acabo de contarle detrás de esos ojos verdes. No solo está escuchando. Está pensando. Analizando. Es la misma expresión que tenía cuando miraba el libro de texto, como si estuviera repasando las posibles soluciones a un problema complejo.

—Así que esta es mi propuesta —digo, aprovechando mi ventaja —. Tú necesitas que tus compañeros de equipo te dejen en paz, y yo necesito un elemento disuasorio visible, un «espantapájaros humano» que parezca lo bastante intimidante para que los imbéciles borrachos se lo piensen dos veces antes de intentar algo.

Solo me mira, con una expresión atrapada en algún punto entre la incredulidad y la comprensión incipiente.

—¿Quieres que sea tu… espantapájaros?

Me encojo de hombros.

—Supongo que podríamos llamarlo «novio falso» si quieres que suene menos agrícola… Frank no va a pagar seguridad extra, y yo no puedo permitirme un guardaespaldas. Tú eres gratis.

El silencio se extiende, y mantengo los ojos fijos en él mientras él mantiene los suyos mirando a cualquier parte menos a mí. Entonces, por fin, habla.

—Esto es una locura.

—Sí.

—Quieres fingir que sales conmigo.

—También sí.

Se le escapa una risa —corta, seca, amarga— y niega ligeramente con la cabeza.

—¿Por qué yo? ¿No crees que soy un desastre, como todos los demás?

Es una buena pregunta. Y me doy cuenta, sentada aquí en la biblioteca con este chico que parece estar a una palabra equivocada de salir corriendo, de que necesito responderla con honestidad. Me

acomodo en la silla, estudiándolo, los ojos verdes amables y la energía nerviosa apenas contenida.

—Porque no lo vas a hacer raro —digo por fin—. Me ayudaste en el bar y luego saliste corriendo cuando intenté darte las gracias. Eso no es lo que hace un tipo que solo quiere tirarte. Eso es lo que hace alguien genuino que no tiene segundas intenciones.

Una expresión extraña le cruza la cara —sorpresa, quizá alivio— y algo de la tensión abandona sus hombros.

—¿Entonces? —presiono, deslizando las manos hacia delante sobre la mesa—. ¿Qué dices? Tú me ayudas, yo te ayudo. Tus compañeros dejan de joderte, y los imbéciles dejan de joderme a mí. Es una transacción limpia, sin sentimientos y sin drama, y los dos conseguimos algo que necesitamos.

Se queda callado un buen rato, y veo la guerra que ocurre detrás de sus ojos —el miedo luchando contra otra cosa, algo que podría ser esperanza o desesperación o simplemente el mismo pragmatismo cansado que me trajo aquí—. Entonces, para mi genuina sorpresa, asiente.

Una sonrisa lenta se extiende por mi cara.

—¿Aceptas?

Duda.

—Si vamos a hacer esto, necesitamos una historia —dice.

Me pilla desprevenida.

—¿Una historia?

—Sí. —Por fin me mira a los ojos, y hay algo afilado que no esperaba, una especie de claridad analítica que no cuadra con el desastre tartamudeante del bar—. Tus compañeros de banda van a hacer preguntas, y los míos de equipo seguro que también, así que necesitamos una historia de fondo.

Joder. De verdad está pensando esto como un problema de ingeniería.

—Vale —digo, igualando su energía—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Dónde nos conocimos? —pregunta, con la voz firme ahora, concentrada.

—El bar —digo de inmediato—. Volviste la noche después de que estuvieras ahí con tus compañeros. Hablamos después de la

actuación.

Asiente, tomando nota mental, y prácticamente puedo verlo archivándolo.

—¿Qué tenemos en común?

Se me escapa una risa, más cortante de lo que pretendía.

—Nada.

Frunce el ceño, y es una expresión tan sincera y preocupada que casi me dan ganas de abrazarlo.

—Eso es un problema —dice.

—¿Por qué?

—Porque la gente se va a preguntar por qué estamos juntos si no tenemos nada en común. Tiene que tener sentido.

Me muerdo el labio, pensando. Tiene razón. Si esto va a funcionar, necesitamos al menos un par de hilos que nos conecten. Algo que suene creíble cuando sus compañeros de equipo lo interroguen o cuando Joel me lance esa mirada escéptica que dice que sabe que estoy llena de mierda.

—Música —digo por fin—. Te gusta la música, ¿no?

Se encoge de hombros.

—Claro. ¿A quién no?

—¿Qué escuchas?

—No sé. Sobre todo… lo que sea que esté sonando.

Suelto un quejido, dejando caer la cabeza entre las manos.

—Kellerman, «lo que sea que esté sonando» no es atractivo y puede que sea motivo de despido en un novio falso.

Las palabras pretenden ser una broma, un golpe suave para que me siga el juego, pero el efecto es instantáneo. Un rubor profundo, que parece dolerle, le inunda la cara, empezando en el cuello de la camiseta y subiendo hasta las puntas de las orejas, y sus ojos caen al suelo.

Y así, sin más, me doy cuenta de que esto es más delicado de lo que pensaba, y de que este acuerdo va a necesitar más que un pacto verbal. Habrá que entrenarlo para que se sienta cómodo conmigo, con el coqueteo y con el contacto físico, porque ahora mismo cualquiera de esas cosas le fundiría un fusible.

—Eso no va a funcionar —digo, intentando reconducir—. Necesitas tener una opinión, y en realidad ni siquiera importa cuál sea…

—Vale. —Piensa un segundo—. Me gusta el rock clásico. Mi madre lo ponía en el coche cuando era niño. Led Zeppelin, The Who, ese tipo de cosas.

Me animo, agarrándome al detalle como a un salvavidas, con la esperanza de que le ayude a calmarse.

—¿Tu madre?

Asiente, y hay algo suave en su expresión ahora, algo desprotegido.

—Sí. Es bibliotecaria en Harmony.

—¿Harmony? —repito, probando el nombre—. ¿Dónde demonios queda eso?

—Un pueblo pequeño a una hora de aquí. —Parece avergonzado, la mirada cayendo al libro de texto—. No tiene nada de especial.

—Es perfecto —digo, y lo digo en serio—. Chico de pueblo criado por una madre soltera que trabaja en una biblioteca. Funciona.

Ladea la cabeza, estudiándome con esos ojos amables y confundidos.

—¿De dónde eres tú?

Dudo, porque esta es una parte de mí que suelo mantener bajo llave, sin compartir el detalle a menos que no me quede otra. Mi dirección de Camden es un arma que la gente usa contra mí —prueba de que vengo de un agujero miserable, prueba de que no pertenezco, prueba de que soy una impostora y de que sus sospechas estaban justificadas desde el principio.

Pero si estamos construyendo una historia, necesita saberlo.

—Camden —digo por fin, mirándolo a los ojos, retándolo a decir algo, a poner la cara que he visto cien veces: la mezcla de lástima e incomodidad y la recalibración silenciosa de quién soy, de dónde vengo y cuáles son probablemente mis perspectivas—. ¿Eso es un problema?

—No —dice rápido, y no hay juicio en su voz, solo curiosidad genuina—. Gracias por contármelo.

La tensión defensiva en mi pecho se afloja, solo un poco, y es reemplazada por algo cálido. Porque en un solo intercambio, todos mis supuestos sobre Ben Kellerman quedan confirmados. Le tiene miedo a su propia sombra y está construido como el Increíble Hulk, pero en el fondo parece un buen tipo.

Y joder, no conozco a muchos de esos.

—Bueno, ahora lo sabes —digo, con la voz más suave de lo que pretendía—. Entonces, chico de pueblo, chica de ciudad. Nos conocimos en el bar. Te gusta mi música. Yo creo que eres… —hago una pausa, eligiendo las palabras con más cuidado esta vez—. Creo que eres lindo, y de los buenos.

La comisura de su boca se levanta en algo que casi podría ser una sonrisa.

—Me gusta tu… eh… yo…

—Te gusta todo de mí, Kellerman —digo, con una media sonrisa, recostándome en la silla con los brazos cruzados—. ¿Verdad?

Noto que sus ojos bajan a mi pecho durante un nanosegundo y luego vuelven a mis ojos, una comprobación de que no está mirando como un baboso. Pero desvía la mirada rápidamente, rojo como un tomate, y me demuestra que tiene la seguridad de un crío de doce años pero es respetuoso.

Lo cual es mejor que la alternativa.

Sí, definitivamente vamos a necesitar entrenamiento si queremos convencer a alguien de que estamos saliendo, apunta mi cerebro.

—Esto es una locura —dice otra vez, pero esta vez hay menos convicción.

—Sí.

—Pero podría funcionar.

—Va a funcionar —corrijo, inyectando confianza—. Si nos ceñimos al guion.

Hay un doble sentido en mis palabras que no estoy segura de que capte, pero es más un recordatorio para mí de mantener las manos quietas, por así decirlo. Hay atracción, está claro, pero necesito mantener a este chico —este milagro, esta aguja en un pajar, este buen tipo— estrictamente en plan negocio.

Mi futuro depende de ello.

—Vale —dice—. ¿Cuándo empezamos?

ocho

BEN

VINE a la biblioteca a estudiar sistemas de control por retroalimentación.

En cambio, obtuve algo muy diferente.

El trato está cerrado y ambos salimos ganando. Ella se quita a los acosadores de encima, y yo me quito a los chicos de encima, pero si soy honesto, todavía estoy cortocircuitando por el hecho de que no salí corriendo cuando empezó a hablarme. Y, después de eso, estoy bastante seguro de que pasó algo increíble.

Coqueteó conmigo.

El corazón todavía me golpea las costillas como si intentara partir hueso y fugarse por la salida. Porque esto es territorio inexplorado. Esto soy yo, sentado en un cubículo de estudio, hablando con una mujer que me aterroriza y que coqueteó conmigo, sin convertirme en un desastre.

Debería sentirme victorioso. Pero en vez de eso, hay esta corriente eléctrica, nerviosa, recorriéndome, la misma sensación que tengo justo antes de un partido importante cuando el entrenador está a punto de decir mi nombre y sé que me van a poner a prueba. Solo que ahora la prueba consiste en estar cerca de ella.

Regularmente.

En público.

Donde la gente estará mirando.

Donde tendré que actuar como un tipo que sabe cómo estar cerca de una chica.

Donde tendré que... mierda, ¿tendré que...? Tocarla.

Jesucristo, Kellerman, ¿qué acabas de hacer?

Antes de que pueda responder la pregunta o echarme atrás del trato, Cass se aparta del cubículo, toda su postura irradiando el tipo de confianza natural que ni siquiera puedo empezar a comprender. Su media sonrisa es irónica, cómplice, como si pudiera ver a través de la calma que estoy tratando desesperadamente de proyectar.

—Bueno —dice, pragmática—, si vamos a vender esto, probablemente deberíamos practicar para que no parezcas que estás a punto de desmayarte.

Se me cae el estómago. —¿Practicar?

La palabra sale estrangulada, más aguda de lo que pretendía, y veo sus ojos brillar con algo que podría ser diversión o lástima. Es una mirada que parece darme bastante seguido, como si yo fuera un gato haciendo trucos graciosos, y no puedo decidir qué es peor.

Pero antes de que mi cerebro pueda procesar las aterradoras implicaciones de esa frase —antes de que pueda preguntar qué demonios significa «practicar»— ella da un paso adelante, al espacio entre mis rodillas, y luego se inclina y me abraza.

Y cada una de mis neuronas se cortocircuita simultáneamente.

Oh.

Oh, mierda.

Mi cerebro sabe que esto es falso, un ensayo en seco para la función que tendremos que montar frente a mis compañeros de equipo y los idiotas que van a sus shows, pero mi cuerpo no está recibiendo el mensaje ahora mismo. Porque mi cara está presionada contra la curva suave y cálida de su pecho.

Mis sentidos están completamente abrumados por la realidad de esto... de ella. La suavidad de sus pechos a través de la tela fina de su camiseta de banda, el calor que irradia de su piel, y el aroma limpio y cítrico de su pelo. Combinado, es excitante y absoluta, paralizantemente aterrador.

Y entonces un nuevo pensamiento atraviesa la estática: ella lo sabe.

Tiene que saber lo que esto me está provocando, lo cual deja claro que esto no es solo práctica. Es una prueba, un empujón deliberado, lanzándome a la parte más profunda de mi zona de confort para ver si me ahogo o si puedo con ello. Y el tenue fantasma de una media sonrisa que puedo sentir contra mi coronilla lo confirma.

Mis manos flotan inútilmente en el espacio cerca de sus caderas, congeladas en parálisis total. ¿Dónde se supone que las ponga? ¿Las envuelvo alrededor de su cintura? ¿Eso es parte de la práctica? ¿O simplemente me quedo aquí sentado y dejo que ella haga todo el trabajo?

Haz algo, idiota. Se supone que eres su novio. Actúa como tal.

Obligo a mis brazos a moverse, bajándolos despacio, con cautela, hasta que mis manos se posan sobre su espalda. El contacto es ligero, apenas perceptible, como si tuviera miedo de que se disolviera si presiono demasiado. Pero en el segundo en que mis palmas se asientan contra el cuero gastado de su cazadora, un calor profundo y visceral se enciende en mí.

No.

No, no, no.

Esto es una transacción comercial. Ella necesita un disuasivo visible. Yo necesito un escudo social. Si empiezo a confundir el acuerdo con la realidad —empiezo a actuar como si esto fuera real y nosotros fuéramos posibles— entonces todo se derrumba antes de siquiera empezar.

Invoco cada pensamiento aburrido y nada sexy que se me ocurra: ecuaciones de procesamiento de señales, la derivada de una onda sinusoidal, el olor del vestuario después de un doble entrenamiento, la vez que Stiles comió sushi de gasolinera y pasó un viaje entero destruyendo el baño del autobús del equipo.

Pero entonces ella se mueve ligeramente, ajustando su agarre, su muslo rozando el mío, y el cortafuegos mental que estoy construyendo se desploma como cartón mojado. El calor me inunda la cara, y más abajo —Dios, más abajo— mi cuerpo está reaccionando de forma inmediata, involuntaria...

...y potencialmente un problema muy grande y humillante si esto continúa.

Cambio el peso, intentando crear algo de distancia —cualquier distancia— sin que sea obvio. Inclino las caderas hacia atrás ligeramente, un retroceso microscópico que rezo que parezca un ajuste natural y no el control de daños en pánico que realmente es.

Piensa en literalmente cualquier otra cosa. La ecuación de Fourier. La cara de Nash...

Ella empieza a apartarse, y el alivio me golpea como una ola, seguido un segundo después por una sensación de pérdida. Mi cerebro racional le grita e insulta al resto de mí, pero no puedo ignorar el hecho de que estar en sus brazos —aunque fuera falso, aunque fuera solo unos segundos— se sintió bien.

Así que, por supuesto, en lugar de tomar la vía de escape que me está ofreciendo, digo algo estúpido. Porque eso es lo que hago. —Espera —digo—. Eh... ¿podríamos...?

Se detiene, con las manos todavía apoyadas en mi espalda, y me mira desde arriba con una media sonrisa. Sus ojos azules son afilados, evaluadores, y hay un leve surco entre sus cejas, como si estuviera tratando de descifrar qué demonios le estoy pidiendo.

Di algo. Lo que sea. No te quedes ahí sentado como un idiota mudo.

Levanto mi teléfono, la pantalla un escudo en blanco para mi necesidad real y desesperada. —Mis amigos... van a querer pruebas.

No es mentira. Nash y Stiles y todo el equipo van a exigir evidencia fotográfica de este milagro. Pero esa no es la única razón por la que lo pido. La verdad —la verdad que apenas puedo admitirme a mí mismo— es que necesito este momento capturado.

Necesito pruebas de que esto pasó.

De que no salí corriendo.

De que me quedé aquí, en sus brazos, y no me desmoroné por completo.

De que por una vez en mi vida, fui el tipo que se quedó con la chica.

Aunque todo sea una farsa.

Su expresión es ilegible, una máscara de evaluación fría que no revela nada. Pero después de un instante, asiente. —OK —dice.

Mi alivio es inmediato. Y también la nueva ola de pánico.

Forcejeo con el teléfono, los dedos resbaladizos y poco cooperativos, pasando la pantalla de bloqueo y abriendo la cámara con toda la elegancia de un niño pequeño borracho. Intento inclinar el teléfono para que entremos los dos en el encuadre, pero la operación se siente como si estuviera tratando de pilotar una grúa para la que nunca me entrenaron.

Cass no dice nada. Simplemente se recuesta contra mi costado, su cuerpo encajando como si fuera lo más natural del mundo. Su calor se filtra a través de mi camiseta, una nueva descarga que hace que mi pulso se dispare otra vez.

Su cabeza se inclina hacia la mía, y cuando bajo la mirada a la pantalla, veo el fantasma de una sonrisa jugando en sus labios. Es una sonrisa de actuación, la misma que probablemente usa en el escenario cuando finge que el público no está lleno de imbéciles.

Tomo la foto.

La foto está ligeramente descentrada, pero estamos los dos. Yo, con aspecto vagamente aturdido y sonrojado, los ojos abiertos y la boca atrapada en algún punto entre una sonrisa nerviosa y el pánico absoluto. Ella, recostada contra mi costado con esa leve sonrisa cómplice, viéndose genial sin el menor esfuerzo.

Es perfecta.

Es la prueba.

—Listo —logro decir, con la voz rasposa.

Asiente y da un paso atrás, poniendo una distancia segura entre nosotros.

La pérdida de su calor es inmediata y brusca, como salir de una habitación con calefacción al frío cortante de una noche de enero. Abro la boca, y quiero decir algo —darle las gracias, disculparme por ser tan condenadamente torpe— pero nada sale.

Ella no parece notarlo.

O, si lo nota, es lo bastante amable como para no señalarlo.

—Bien —dice—. Mándales eso a tus amigos. Que sea creíble. Diles que te hice una mamada o algo así...

Parpadeo, pero mi cerebro no logra procesar. —Ehhh —tartamudeo—. No estoy seguro de si...

Esboza una media sonrisa, sugiriendo que esa es exactamente la reacción que quería, y luego se da la vuelta y se va. —Adiós, amante —dice por encima del hombro.

Me quedo ahí sentado, con el trasero aparentemente pegado a la silla, viéndola irse hasta que desaparece detrás de una estantería. Solo entonces me hundo en mi silla, las piernas de repente demasiado temblorosas para sostener mi peso. La adrenalina finalmente está drenándose, dejando atrás un extraño agotamiento vibrante.

La puta madre.

No salí corriendo. No me rajé. Negocié. Hice demandas. Pedí una foto. La toqué. Estuvo cerca, con algunas emociones confusas, pero sigo aquí y sigo funcional. Y me pregunto si así se siente no ser un cobarde.

Es falso, grita mi cerebro. Ella te está usando. Tú la estás usando. No te confundas.

Pero la «falsedad» es lo que lo hace perfecto. Este es el atajo social que estuve buscando: un experimento, un entorno controlado donde puedo practicar ser el tipo que no sale corriendo. Ella no espera que sea suave ni encantador. Solo espera que aparezca.

Puedo hacer eso.

Creo.

Y, además de quitarme a los chicos de encima, quizás —solo quizás— pueda usar esto para aprender a ser el hombre que Mia creyó que era. «El bueno de verdad». El tipo que no se queda ahí parado en silencio, tratando de pasar desapercibido, mientras otra gente sale lastimada.

Mi teléfono vibra sobre el escritorio, sacándome de mi espiral de pensamientos. Sintiéndome más valiente de lo que me he sentido en mis veinte años de vida, abro el chat grupal de los Devils —una arena digital que ha sido la fuente de tanto de mi tormento— y adjunto la foto.

Le doy a enviar.

Por un momento, solo hay silencio.

Entonces mi teléfono explota.

Nash: NI DE PUTA BROMA KELLERMAN

Stiles: OOOOOOOOO EL SASQUATCH LO HIZO DE VERDAD SABÍA QUE LO TENÍAS EN TI, TÍO

Nash: Cómo carajo lo lograste

Stiles: ¿La drogaste o qué

Rook: 🔥🔥🔥 👏👏👏

Erik: Vaya. Esto es inesperado.

Leo: Yo diría «estadísticamente improbable».

Rook: Chicos dejen al hombre tener su momento KELL EL PRÍNCIPE SASQUATCH HA RESUCITADO

Los mensajes siguen llegando, un torrente caótico de incredulidad y celebración eufórica. Miro la pantalla, con una sonrisa tan amplia que me duele de verdad, porque se lo creyeron. Y por primera vez desde que tengo memoria, no soy el chiste.

Aunque sea mentira, aunque sea una transacción comercial cuidadosamente construida, esa foto es un arma. Es un fósforo que puedo usar para quemar cada recuerdo humillante —cada intento fallido, cada Retirada Kellerman, cada noche a solas preguntándome qué carajos estaba mal conmigo.

Por ahora, soy el tipo que se quedó con la chica.

Y nunca me he sentido mejor.

nueve

BEN

ESTOY FRENTE a la puerta de la habitación de Cass y mi pulso está desbocado.

Llegué dos minutos antes, y los pasé mirando la madera descascarada de su puerta como si fuera a darme algún consejo táctico de última hora. La pintura se despega en una esquina, y hay pósteres y una pegatina desteñida cerca de la mirilla que dice: «Muerte a todos los fascistas».

Y ahora, justo a la hora, toco.

Todavía tengo el teléfono en la mano, con el chat grupal de los Devils abierto en la pantalla. He leído los mensajes tres veces en los últimos cinco minutos, intentando que me den un empujón de confianza, pero solo me recordaron que esta noche es mi primera aparición pública con Cass.

Esta noche la mentira se convierte en una actuación en vivo.

Voy a tener que entrar en un bar abarrotado, tomándola de la mano, como si fuera lo más natural del mundo y no un número de funambulismo sin red. Y sé que si me congelo delante de los chicos —si ejecuto la Retirada Kellerman delante de su gente— se acabó.

Casi me doy la vuelta y salgo corriendo, pero entonces la puerta se abre.

Y cada pensamiento coherente que tengo se evapora.

Porque Cass está envuelta en una sola toalla de flores que le queda ligeramente pequeña.

Su pelo rubio y desigual está húmedo, pegado a la frente en mechones oscuros y mojados que hacen que las puntas platinadas parezcan casi grises. Un delicado tatuaje de un pájaro cantor asoma en su clavícula, con las alas extendiéndose hacia el hombro en finas líneas negras.

—Ey —dice, con voz casual, como si le abriera la puerta a desconocidos en toalla todos los días—. Perdona, voy tarde.

Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Mis ojos se clavan en su cara —no mires abajo, por el amor de Dios, Kellerman, no mires abajo— pero mi visión periférica es un campo de minas de hombros desnudos, clavículas y el peligroso atisbo de escote desapareciendo bajo la toalla.

—Eh. —El sonido que sale de mi boca es un ruido estrangulado, como si mis cuerdas vocales hubieran olvidado su función principal —. Hola.

La diversión se registra en sus ojos azules y una pequeña sonrisa burlona le tira de la comisura de los labios. Es como si supiera exactamente lo que me está haciendo, plantada ahí como una científica observando a una rata de laboratorio particularmente entretenida cortocircuitar en tiempo real.

—Puedo... debería... —Trago saliva—. Debería esperar. Aquí fuera. En el pasillo.

Cass suelta una risa corta, genuinamente divertida.

—¿Y que mi flamante novio falso espere en el pasillo como un testigo de Jehová? —Da un paso atrás, abriendo la puerta de par en par con una mano mientras con la otra sujeta la toalla contra el pecho—. Entra.

Se da la vuelta y vuelve a su cuarto, dejando la puerta abierta de par en par.

La toalla apenas le cubre la parte alta de los muslos.

Joder.

Dudo una fracción de segundo, congelado en el umbral, con cada instinto gritándome que corra. Pero en el fondo sé que esto es una prueba, deliberada o no. Si me rajo ahora, el trato se cae antes de

empezar, y la que me caería de los chicos sería de proporciones bíblicas.

Puedes con esto. Es solo un cuarto. Ella es solo una persona. Solo… no seas raro.

Entro.

El cuarto es pura Cass: pósteres de bandas superpuestos en un collage de rebeldía, incluyendo un clásico de los Ramones medio sepultado bajo algo llamado Dead Kennedys. Hay ropa colgada de cualquier superficie, incluida la cama, que está deshecha y tiene un hueco de su tamaño para dormir.

Me quedo cerca de la puerta, con la espalda prácticamente pegada a ella, mientras Cass cruza el pequeño cuarto hasta una cómoda destartalada. Está de espaldas a mí, la toalla sin cubrir casi nada. Los músculos de sus hombros se mueven al abrir un cajón y entonces, sin un ápice de ceremonia, la toalla cae.

Dios santo.

Está de pie con nada más que un sostén negro liso y unas braguitas de bóxer.

Toda la sangre me abandona la cabeza en un solo torrente catastrófico. En su lugar, el calor me inunda la cara y de repente soy dolorosamente consciente de la presión en mis vaqueros. Me giro tan rápido que casi tropiezo con mis propios pies, quedando de cara a la pared a estudiar los pósteres de bandas.

No pienses en eso. No pienses en la tela negra contra su piel. No pienses en—

—O'Neil's es bastante tranquilo, ¿no? —dice, con voz casual y de conversación, como si no estuviera medio desnuda a un metro de mi espalda—. Yo no suelo ir mucho… demasiados pijos imbéciles… pero tenemos que causar una buena impresión por tu bien…

La pura normalidad de la frase —la desconexión chocante entre su tono y la situación— atraviesa momentáneamente mi pánico. Está hablando del bar como si nada, como si no estuviera en ropa interior y yo no estuviera teniendo un colapso a gran escala.

La oigo moverse detrás de mí mientras su comentario continúa, pasando sin esfuerzo a una pregunta intrascendente sobre mis clases. Apenas registro las preguntas, ni mis respuestas, y entonces

un pensamiento encaja como la última soldadura que completa el circuito.

Lo está haciendo a propósito.

No es que no se dé cuenta. No se está vistiendo sin más.

Me está poniendo a prueba.

Me está entrenando.

—Puedes respirar, Kellerman —dice, con tono divertido pero no cruel—. Es solo ropa interior. Joel me ha visto con menos, así que puedes darte la vuelta si quieres.

Solo ropa interior.

Claro. Solo el momento más excitante y aterrador de toda mi vida, pero sí, solo ropa interior. Pero como no quiero ser raro, me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro y veo que se está poniendo una falda de cuadros. Y durante un segundo congelado, en el que el corazón se me para, lo veo todo.

La tela negra de sus braguitas contra la piel pálida de sus caderas. La línea afilada de un hueso de la cadera, marcada por un tatuaje intrincado de una constelación que no reconozco. El músculo tonificado de sus muslos, esbeltos y fuertes de una manera que deja claro que pasa horas en el escenario, dominando el espacio, negándose a ser ignorada.

Hay una pequeña cicatriz en su rodilla izquierda, una línea blanca tenue que parece venir de una caída fuerte sobre el asfalto. Hay otro tatuaje, apenas visible por encima de la cinturilla de sus braguitas antes de que la falda lo cubra: unos compases de partitura, con las notas difuminadas como si llevaran ahí años.

Y entonces me doy cuenta de que estoy mirando fijamente, y ella me está observando.

Su cara es diversión pura, sin adulterar. Me pilló, sabe que estoy al borde de un colapso total del sistema, y está disfrutando cada segundo de mi sufrimiento. Giro la cabeza de vuelta hacia la pared, con las orejas lo bastante calientes como para fundir acero, maldiciéndome en silencio.

Dios mío. Así es como muero. Muerte por vergüenza.

Su cháchara continúa, pasando a una historia cómicamente seca sobre los pésimos gustos de sus compañeros de banda para picar en

carretera.

—Joel jura por los hot dogs de gasolinera, lo cual es asqueroso a todos los niveles imaginables. Milo, por otro lado, vive a base de bebidas energéticas y esos palitos de cecina.

A pesar de que estoy muriendo en este momento, se me escapa una risa estrangulada.

—Nash y Stiles comen de esas cosas. Aunque dudo que se llevaran bien con tu banda…

—Relájate —dice, con la voz más cerca ahora—. Ya estoy vestida.

Por fin me atrevo a girarme y veo que ya está completamente vestida, sentada en el suelo poniéndose a tirones sus pesadas botas militares. Lleva una camiseta rota de alguna banda que no reconozco y la minifalda de cuadros que apenas le llega a medio muslo. Unas medias de rejilla le cubren las piernas, rotas a propósito, dejando al descubierto pequeños retazos de piel.

Está sexy a morir.

—Te prometo que no has visto nada que mis compañeros de banda no hayan visto cien veces —dice, con tono práctico—. Compartir una furgoneta durante seis semanas provoca eso.

Ve mi expresión de ojos desorbitados y suelta un pequeño suspiro.

—Dos tíos, una furgoneta, seis semanas de carretera el verano pasado tocando en antros. El pudor muere en algún punto cerca de Flagstaff, más o menos cuando te das cuenta de que el baño del área de descanso está fuera de servicio y tienes diez minutos para cambiarte antes de la prueba de sonido. —Se encoge de hombros—. Así que relájate, ¿vale?

Se levanta, agarra la cazadora de cuero gastada que cuelga del respaldo de la silla de su escritorio y se la pone con un movimiento practicado. La cazadora se asienta sobre sus hombros como una armadura, y ajusta el cuello con un tirón seco, completando el conjunto.

Sus ojos encuentran los míos.

—Los tíos son, o imbéciles que se quedan mirando y lo hacen raro —dice, con voz baja y serena—, o son como Joel y Milo, a quienes les preocupa más que me quede dormida y babee la

tapicería de la furgoneta en un viaje largo que el hecho de que esté en ropa interior.

Hace una pausa, con la mirada fija en la mía.

—Tú eres… diferente.

Mi mente da vueltas.

¿Diferente bueno?

¿Diferente malo?

¿«Diferente» significa que aprobé alguna prueba que ni sabía que estaba haciendo?

Pero antes de que pueda exigir una aclaración —antes de que pueda obligarla a definir el término para saber a qué atenerme— sonríe con suficiencia. Es una pequeña curva cómplice de sus labios, de esas que dicen que sabe exactamente cuánto me acaba de revolver el cerebro y que está disfrutando cada segundo.

—¿Listo para convencer a un bar lleno de imbéciles de que estás locamente enamorado de mí, Kellerman?

❄

En el momento en que entramos en O'Neil's, todas las cabezas del local giran hacia nosotros.

Dios. Dios mío. Es esto. Esta es la pesadilla real.

De repente, toda la confianza en la que me había engañado durante el camino hasta aquí —en el que habíamos hablado de cosas intrascendentes y Cass claramente había intentado tranquilizarme— se esfuma. Mi mente empieza a trazar la ruta más rápida al baño y a calcular si quepo por la ventana.

Pero antes de que pueda siquiera pensar en huir, una voz atraviesa el local como una bocina.

—¡Kellerman! ¡Mueve el culo hasta aquí!

Es Rook.

Recorro el local con la mirada y ahí está, apiñado en un reservado de esquina con Nash, Stiles y Leo Cooper. Rook tiene la cara partida en una sonrisa enorme, los ojos de Nash ya están catalogando a Cass con esa evaluación perezosa y arrogante que me

revuelve el estómago, y Stiles está prácticamente vibrando de júbilo apenas contenido.

Y de pronto cualquier pensamiento de escapar se desvanece.

Porque lo único más aterrador que estar aquí con ella y rodeado de ellos es la predecible aniquilación social que ocurriría si descubren que fingí estar con ella y luego salí corriendo. Así que, en vez de eso, simplemente levanto la mano y les saludo.

Cass debe percibir mi pánico creciente, porque sus dedos encuentran los míos durante un solo segundo fugaz. Un apretón rápido, casi imperceptible. Después, todavía de la mano, simplemente empieza a caminar hacia el reservado, y yo la sigo porque la alternativa es quedarme aquí solo como un idiota.

Cuando nos acercamos, Stiles sonríe.

—Vaya, vaya, vaya, miren lo que sacó el Sasquatch del bosque.

Nash bufa en su cerveza y Rook suelta una carcajada que es más de aprobación que de burla, pero da igual. El calor en mi cara sube otros diez grados, un ardor lento y reptante que se extiende del cuello a las orejas. Quiero decir algo, mandar a Stiles a la mierda, pero las palabras se quedan encerradas.

Cass, sin embargo, ni pestañea. Levanta una sola ceja, impasible, con expresión neutra.

—¿Sasquatch? ¿Es porque tiene un… ya saben… enorme?

El disparo directo aterriza como un cañonazo en plena cara.

La sonrisa de Stiles flaquea durante una fracción de segundo, su cerebro visiblemente luchando por procesar el hecho de que acaba de convertir su broma en un elogio hacia mí. La mueca de Nash se congela a medio formar, la cerveza a medio camino de sus labios, y durante un hermoso momento dorado, toda la mesa se queda en silencio.

Rook, por otro lado, suelta una carcajada estruendosa y apreciativa.

—Oh, me cae bien —anuncia a la mesa, con la sonrisa haciéndose más amplia—. Kell, esta tiene colmillos.

Nash se recupera primero, reclinándose en el reservado con una mueca que es mitad admiración, mitad desafío.

—Sí, buena esa —dice, haciéndole eco a Rook.

La mirada de Cass se desliza hacia él, su expresión fría y completamente desdeñosa.

—No sabía que dejaban entrar loros aquí…

La mesa ruge, y Nash parpadea, su mueca parpadeando como una mala conexión.

Y yo aquí de pie, una estatua de un metro noventa y tres de incompetencia social. Mi cerebro me grita —di algo o haz algo— pero todo lo que consigo es quedarme aquí como un robot averiado mientras Cass maneja toda la interacción sola.

Es igual que con Mia, me grita el cerebro. Tienes tanto miedo a destacar que la dejas defenderse sola…

Pero esto es diferente. Con Mia, estaba paralizado por el miedo a ser excluido socialmente por mis compañeros de equipo. Pero ahora, quiero decir algo, pero no puedo. Aunque se supone que soy su novio, tengo la garganta sellada y la lengua como si fuera de cemento.

Al verme tambalearme, Cass toma el control.

—Justo iba a buscarme una copa —les dice, con tono casual pero con una finalidad que deja claro que esta audiencia en particular ha terminado por ahora.

Sigo tambaleándome pese a la salida que me ha dado, así que engancha su brazo al mío y me arrastra del reservado hacia el relativo anonimato de la barra. Su agarre es firme, decidido, y me dejo llevar, agradecido con ella y molesto conmigo mismo por ser tan débil.

Mientras nos apoyamos en la barra pegajosa, Cass me murmura, con la voz lo bastante baja como para que solo yo la oiga.

—Se lo tragaron, y ahora somos los pandas nuevos y raros del zoo. Todos están mirando, pero dales cinco minutos y se aburrirán.

Miro sin ver la fila de botellas de licor detrás de la barra, sus etiquetas un borrón de color y texto que no estoy procesando. Tengo las palmas resbaladizas. La cara todavía me arde. Puedo sentir el peso de las miradas de los chicos en mi nuca como una presencia física, una presión que me hace encoger los hombros.

—Pensé que estarías acostumbrado a esto —continúa, con la mirada recorriendo el local—. ¿No te ven jugar diez mil personas

cada fin de semana?

—Normalmente llevo casco —mascullo, las palabras escapándoseme antes de poder frenarlas—. Y normalmente no llevo una tía buena del brazo…

Es lo más sincero que he dicho en toda la noche.

Su cabeza gira hacia mí y le pillo una sonrisa tirando de la comisura de la boca.

—Justo —dice—. Novio.

Antes de que pueda responder, un tipo con un polo de lacrosse de PBU se materializa a nuestro lado como si hubiera estado esperando su entrada. Tiene esa cosa americana perfecta y sin esfuerzo: mandíbula cuadrada, dientes blancos, el tipo de confianza fácil que viene de que nunca le hayan dicho que no en toda su vida.

Su sonrisa brillante y dentuda va dirigida exclusivamente a Cass, y se apoya en la barra con una especie de chulería territorial despreocupada.

—¿Eres nueva por aquí? —dice.

Haz algo.

El pensamiento llega como una orden del centro de mando, esquivando todo pensamiento racional. Es esto. Esta es la prueba. El tipo me está ignorando, tirándole los tejos delante de mis narices, y si no hago algo —lo que sea— toda la farsa se derrumba.

Porque los chicos están mirando.

Están mirando para ver si de verdad puedo con esto, si soy el tipo seguro que mandó ese selfie o el desastre tartamudeante del que se han burlado durante dos años. Pero más que nada, están mirando para ver si seré el novio y haré algo cuando hay que hacer algo.

Decido, en una fracción de segundo de inspiración desesperada, recurrir al clásico movimiento de novio posesivo: brazo alrededor de la novia. Es una catástrofe de control motriz. Apunto a su cintura. Ese es el objetivo. La zona segura. El lugar socialmente aceptable para que descanse el brazo de un novio falso.

Pero todo mi sistema nervioso está sobrecargado —adrenalina, terror, la conciencia hiperenfocada de los ojos de mis compañeros de equipo rastreando cada uno de mis movimientos— y mi cuerpo

simplemente… calcula mal. Soy alto. Ella es baja. Mi mano aterriza alta. Demasiado alta. Y ligeramente hacia un lado.

El dorso de mi mano hace contacto con algo imposiblemente suave y cálido.

Durante una sola fracción de segundo impactante y horrorosa, antes de que mi cerebro pueda alcanzar e identificar la geografía exacta de mi error, mi cuerpo registra el contacto simplemente como placer. La tela fina de su desgastada camiseta de banda no hace nada por ocultar la curva llena y perfecta debajo.

Es—

Entonces mi mente alcanza.

Dios mío.

Eso es su pecho.

La curva llena, perfecta e inconfundible de su pecho.

Acabo de manosearla.

El placer —esa traidora descarga de pura atracción física— se corta instantáneamente en un horror blanco, abrasador y nauseabundo. La sacudida que me sube por el brazo es una mezcla mareante y contradictoria de sensaciones para las que no tengo vocabulario: calor eléctrico y vergüenza profunda, excitación y terror.

Es como tocar un cable pelado.

Acabo de manosearla en público. Dios, va a matarme. Va a gritar. Va a pegarme un puñetazo. Va a irse y el trato entero se habrá acabado y voy a morir aquí mismo en el suelo de O'Neil's y van a encontrar mi cuerpo junto a las cáscaras de cacahuete y alguien va a tener que llamar a mi madre y—

Mis ojos saltan al jugador de lacrosse, cuya sonrisa condescendiente sigue firmemente en su sitio, ajeno a la catástrofe que se desarrolla a medio metro de él. Presa del pánico, intento retirar la mano de un tirón, con mi cerebro gritándome abortar, abortar, abortar.

Pero entonces ella se mueve.

No se aparta.

No me pega una bofetada ni monta una escena.

En cambio, cambia sutilmente el peso, reclinándose contra mi mano. Presionando ese punto exacto de contacto —la curva de su

pecho, el calor de su piel bajo la tela fina de su camiseta— más firmemente contra mi palma, su intención cristalina.

Se está apoyando contra mi mano. Me está animando.

La sensación es eléctrica. Aterradora. Excitante. Puedo sentir el peso suave de ella, el calor de su cuerpo, y el hecho inconfundible de que lo está permitiendo, de que lo está usando, de que de alguna manera está convirtiendo mi fallo catastrófico en un movimiento deliberado y calculado.

Mis vaqueros están de repente, incómodamente apretados.

Su mano sube y cubre la mía, sus dedos fríos entrelazándose con los míos, sujetándome en el sitio con un agarre firme pero sin fuerza. Para el resto del bar —para el jugador de lacrosse, para mis compañeros de equipo observando desde el reservado, para el barman que finge no darse cuenta— parece un gesto atrevido e íntimo de posesión.

Una pareja cómoda con el cuerpo del otro.

La posesividad casual que dice hacemos esto todo el tiempo.

Acaba de convertir mi torpeza desastrosa en un arma.

El jugador de lacrosse ve el gesto. Su sonrisa condescendiente flaquea, sus ojos saltando de la mano de Cass sobre la mía a la presión firme e inconfundible de mi palma contra su pecho. Lee la señal a la perfección, su expresión pasando de interés arrogante a respeto cauteloso en un latido.

—Todo bien, tío —dice, con el tono enfriándose. Hace un pequeño gesto con la cabeza, el reconocimiento universal del código entre tíos de un territorio reclamado—. Es toda tuya.

Se diluye de vuelta entre la multitud, desapareciendo en el ruido del bar como si nunca hubiera estado ahí. E incluso cuando ya se ha ido, Cass presiona mi mano contra su pecho un poco más, y luego suelta mi mano como si nada hubiera pasado y como si este tipo de cosas fueran rutina.

Como si nada.

Me giro hacia ella, con voz de susurro horrorizado.

—Lo siento mucho—

—Respira, Kellerman —dice—. Tenemos que ser convincentes, ¿no?

Asiento.

—Eh, sí…

Sonríe con malicia.

—A mí me pareció bastante convincente. A menos que no te gustara.

—No, eh, sí que me— —tartamudeo—. O sea, sé que es falso, pero tienes buenas… yo—

—¿Buenas tetas? —Levanta una ceja.

No puedo formular una respuesta. Todo lo que puedo hacer es quedarme ahí, con la boca ligeramente abierta, mis pensamientos un bucle caótico de Dios mío, Dios mío, le toqué el pecho, no me pegó un puñetazo, lo usó, y ahora está bromeando con eso, y Dios mío, todavía la tengo dura y probablemente lo sabe y—

—Mira… —Señala por encima de mi hombro con la barbilla, hacia la mesa con los chicos.

Me giro hacia el reservado donde mis compañeros de equipo siguen mirando. Stiles me pilla la mirada y levanta su cerveza en un brindis lento y enfático, y luego me dedica un pulgar arriba. Rook y Nash están sonriendo. Hasta Leo asiente, que viniendo de él es como fuegos artificiales.

La victoria es completa.

Los chicos están convencidos.

Y las burlas pararán.

Me giro hacia Cass.

—Gracias —susurro.

—Oh, Sasquatch —sonríe con malicia—. No has visto nada todavía…

diez

CASS

EL CAMINO de vuelta desde O'Neil's es tranquilo, pero no incómodo.

Para mí, al menos.

Ben, por otro lado, es un desastre ambulante. Tiene los hombros encogidos, las manos hundidas en los bolsillos y la mirada clavada en las grietas de la acera como si contuvieran instrucciones para una salida digna de su propia existencia.

Yo, sin embargo, estoy profundamente satisfecha.

Los chicos de hockey vieron exactamente lo que necesitaban ver: la mano de Ben sobre mi pecho, mi cuerpo pegado al suyo en una muestra de intimidad casual que vendió toda la farsa. Sí, me manoseó sin querer en el proceso, pero no salió corriendo, así que eso es una victoria.

—Eso fue bien —digo, tanteando el terreno.

Emite un murmullo ambiguo que podría ser aprobación.

Me giro y lo miro, y está claro que está reproduciendo cada segundo en bucle, construyendo una lista exhaustiva de sus fracasos. Me doy cuenta entonces de que necesita un análisis controlado, una oportunidad de calmarse conmigo cerca, porque si lo dejo a su aire, va a ahogarse en autodesprecio.

—Tu residencia queda más cerca, ¿no? —digo, con tono deliberadamente casual—. Deberíamos analizar la jugada.

Deja de caminar y se gira hacia mí, los ojos abiertos por un pánico repentino, como si acabara de sugerir que asaltemos el despacho del decano desnudos.

—¿Mi... mi residencia?

—Sí. Análisis post-partido. —Le lanzo una mirada—. A menos que prefieras seguir dando vueltas por el campus con cara de que vas a vomitar.

Abre la boca, la cierra, la abre de nuevo.

—Yo... eh...

Echo a caminar otra vez, obligándolo a seguirme.

—Venga. No es para tanto.

Sí es para tanto, pero no por la razón que él cree.

Sabía que tendría que entrenarlo, pero hasta ahora quedarme en ropa interior y ponerle el pecho en la mano claramente no fue suficiente, porque sigue bloqueándose cada vez que me acerco. Este acuerdo solo funciona si puede tocarme, abrazarme y actuar como un novio humano funcional.

Y tiene que pasar pronto, antes de nuestra próxima salida en público, porque las parejas de verdad se besan y se tocan y hablan y se ríen. Pero, ahora mismo, eso excede la capacidad de procesamiento de Ben, así que necesito escalar el plan en su territorio, donde se sienta lo bastante seguro como para, quizá, no se deshaga a mi alrededor.

Me lleva a su habitación, que está en el tercer piso de las residencias del campus sur, al final de un pasillo largo. No hablamos el resto del camino, porque no quiero que se acobarde, así que simplemente me quedo atrás mientras forcejea con la llave, abre la puerta y entra.

Lo sigo.

Y me detengo.

Oh.

Esto no es el santuario de un deportista dedicado a su propio ego. No hay pósteres de chicas semidesnudas sobre coches deportivos ni estanterías de trofeos documentando su dominio atlético. De hecho, no hay nada que sugiera que juega hockey. En su lugar, es el taller de un científico loco.

Un banco de trabajo hecho con una puerta reciclada y dos caballetes domina un lado de la habitación, su superficie un caos de herramientas, soldadura y componentes que parecen rescatados de una liquidación de RadioShack de los ochenta.

Jadeo con un asombro eufórico; mis ojos gravitan hacia una pletina de casete que está abierta con el frontal plateado retirado, sus entrañas quirúrgicamente expuestas. Cruzo la habitación, pasando junto a él, y alargo la mano para tocar esa pieza de tesoro musical.

Pero entonces Ben emite un ruidito protector desde el fondo de la garganta.

Lo miro. Me observa como si estuviera a punto de poner la mano sobre algo sagrado. Y, en ese momento, me doy cuenta de que esto no es solo su campo de estudio, es su mundo —su todo— y está aterrorizado de que vaya a romperlo o a burlarme de ello. Es un sentimiento que conozco bien.

—Perdona —digo, con voz suave mientras retiro la mano—. ¿De verdad sabes arreglar estas cosas?

—Sí —dice, con la voz tensa de ansiedad—. Ya sé que esto es un desastre total, yo...

—Ben, es genial —digo, cortándolo.

La tensión de sus hombros se desvanece, como si acabara de introducir la contraseña correcta para saltarme todo su sistema de seguridad. Parpadea, su expresión pasando de mortificación a una cautela esperanzada, como si no estuviera seguro de si me estoy burlando o si de verdad me importa.

—Esa me está dando una paliza —dice, y por primera vez esta noche, su voz no suena estrangulada—. El motor del cabrestante no para de agarrotarse.

Me inclino más cerca, genuinamente curiosa.

—¿Qué le pasa?

Se coloca a mi lado.

—El motor está bien —dice—. Es la lubricación. La grasa vieja se secó y se convirtió en una porquería pegajosa que atasca todo el sistema. He estado intentando limpiarlo sin dañar los rodamientos, pero es...

Se detiene, mirándome como si le preocupara estar aburriéndome.

—¿Es qué? —lo animo.

—Es tedioso a más no poder —termina, con una pequeña sonrisa tímida tirándole de la comisura que es jodidamente linda—. Del tipo «límpialo-con-un-bastoncillo-y-alcohol-de-farmacia». Un movimiento en falso y me cargo un engranaje o rajo una pista de rodamiento. Me recuerda a un ampli que tuve que arreglar una v...

—¿Arreglas amplis? —lo interrumpo.

—Lo intento —dice, de pronto suspicaz otra vez—. ¿Por qué?

—Mi viejo ampli tiene un zumbido —digo, echándome hacia atrás sobre los talones—. Mi bajista cree que debería comprar uno nuevo, pero...

—Lo oí, pero no va del zumbido, ¿verdad? Es tu sonido —termina, con la voz de repente intensa—. Eso no se puede reemplazar así como así.

Me quedo mirándolo.

Lo entiende. Y, a diferencia de la puerta giratoria de tíos que se enamoran de mi imagen o dicen lo que sea necesario para meterme en la cama, creo que lo dice en serio. Porque, si hay algo cierto en este mundo, es que Ben Kellerman está objetivamente aterrorizado de mí.

—Exacto —digo, con la voz ronca—. Joel no lo entiende. Solo oye el zumbido y piensa que nos hace sonar amateur.

Ben frunce el ceño de esa forma intensa y analítica. Casi puedo ver los cálculos corriendo detrás de sus ojos.

—Me pareció oír un zumbido de sesenta ciclos, pero podría ser más alto. ¿Cambia cuando tocas las cuerdas?

Parpadeo.

—Eh... es de sesenta ciclos, creo. Y sí, baja cuando toco las cuerdas o el puente.

Asiente.

—Es un problema de tierra. Probablemente un cable de tierra roto en algún punto de la cadena de señal, o una soldadura defectuosa en el jack de entrada. El zumbido que oyes es tu ampli actuando como una antena gigante, captando los sesenta hercios de

la corriente alterna de la red eléctrica. Cuando tocas las cuerdas, te estás conectando a tierra tú misma, lo que cierra el circuito y reduce el ruido.

Me quedo mirándolo.

Acaba de diagnosticar mi ampli en treinta segundos.

Confundiendo mi asombro con confusión, cruza hasta una pequeña pizarra blanca colgada en la pared junto a su escritorio. Agarra un rotulador y empieza a dibujar un diagrama de flujo de señal como una especie de científico loco que por fin ha descubierto cómo dividir el átomo.

—Vale, el problema probablemente está aquí —dice, golpeando la pizarra con el rotulador—. En algún punto entre tu guitarra y la primera etapa de ganancia del ampli, hay una rotura en la ruta de tierra. Eso está dejando entrar ruido en el sistema. Si aislamos cada punto de conexión —el jack de salida de tu guitarra, el cable, el jack de entrada del ampli— podemos encontrar la rotura y arreglarla.

Dios, el cambio en él.

El tío que se quedó paralizado en el bar delante de sus amigos y casi le dio un infarto cuando me vio en ropa interior y me tocó el pecho sin querer está de repente animado y seguro. Y me doy cuenta, con una claridad vertiginosa, de que no estoy simplemente tolerando esto. Lo estoy disfrutando.

Se detiene a mitad de la explicación.

—Perdona, esto seguro que es aburrido.

—No lo es —digo, y lo digo en serio—. Sigue.

El alivio le cruza la cara.

—Vale —dice.

Este es quien es cuando no tiene miedo.

El pensamiento aterriza con un peso inesperado. Esta versión de Ben —concentrado, seguro, en su elemento— es una persona completamente diferente del chico tartamudo y aterrorizado. Aquí, en este taller caótico de cosas rotas, no es torpe. Tiene las manos firmes y la voz segura.

—Esto te apasiona de verdad, ¿eh? —digo.

Me mira por encima del hombro, con el rotulador todavía en la mano, y por un segundo, su expresión es completamente abierta y

vulnerable.

—Sí —dice simplemente—. Es... no sé. Tiene sentido. Coges algo roto, averiguas qué le pasa y lo arreglas. Hay una respuesta correcta. No es como...

—No es como las personas —termino por él.

Sus ojos vuelven de golpe a los míos, abiertos por la sorpresa.

—Sí —dice en voz baja.

Nos quedamos ahí un momento, y la soltura que acaba de mostrar empieza a desvanecerse a medida que se alarga el silencio. El ingeniero seguro se retira, y el chico ansioso se cuela de vuelta, los hombros encogiéndose ligeramente.

—Aquí estás cómodo y seguro —digo, poniéndome las manos en las caderas, decidiendo que necesito presionarlo ahora mientras las brasas de esa confianza todavía brillan—. Pero en público preferirías que te torturasen antes que tocarme.

Se le pone la cara de un rojo intenso y doloroso.

—Yo...

—No te disculpes —lo corto, con voz firme—. Vamos a arreglarlo.

Cierra la boca y se limita a mirarme, su expresión una mezcla de confusión y pavor, como si acabara de decirle que voy a operarlo sin anestesia. Está claro que va a costar convencerlo de lo que estoy a punto de hacer, pero es necesario.

—Necesitas sentirte cómodo conmigo y con mi cuerpo —digo en voz baja—. Y la única forma de hacerlo es con exposición.

—Vale... —dice.

—Voy a hacer algo —digo—. Y necesito que confíes en mí, ¿de acuerdo?

Asiente con un movimiento corto y brusco.

Suficiente.

Le doy la espalda, presentándole la cremallera de mi falda.

—Quítame la falda —digo en voz baja.

—¿Qué? —tartamudea, la voz quebrándose en la única sílaba como si le acabara de pedir que desactivara una bomba.

—La falda —digo, con voz paciente pero firme—. Baja la cremallera.

Hay una pausa larga y agónica. Puedo oír su respiración, superficial y rápida, y prácticamente puedo sentir la carrera frenética de sus pensamientos. Entonces, con una vacilación que corta el aliento, alarga la mano y sus dedos encuentran el tirador.

Le tiemblan tanto las manos que el tirador metálico se le escapa en el primer intento. Emite un ruidito frustrado en la garganta y lo intenta de nuevo, sus nudillos rozando la piel desnuda de mi espalda baja. El contacto es eléctrico, pero sus movimientos son bruscos, aterrados. Cuando por fin baja la cremallera, dejo que la falda caiga a mis tobillos y salgo de ella, quedándome de pie en bragas, medias de red rotas y la camiseta de banda.

Me giro para mirarlo de frente.

Como cuando me cambié delante de él, tiene los ojos clavados en la pared detrás de mí, negándose a mirar mi cuerpo, la cara enrojecida. Lo observo un segundo, a ver si cede y echa un vistazo, pero sus ojos se quedan donde están, las manos cerradas en puños a los costados.

—Ahora la camiseta —digo.

Su mirada salta a la mía, los ojos abiertos de par en par.

—Cass...

—No te estoy pidiendo nada raro —digo, con voz calmada—. Te estoy pidiendo que me ayudes a quitarme la camiseta como haría un novio.

—Yo...

—Tú decides, Ben —digo, alargando la mano para tomar las suyas, abriéndole los puños y colocándolos en el dobladillo de mi camiseta—. Pero si no quieres hacer esto... si no puedes aprender a sentirte cómodo a mi lado, especialmente en público... entonces es mejor que lo dejemos ahora...

Sus dedos son grandes y cálidos, temblando contra el algodón gastado mientras su mente mastica el problema. Entonces toma su decisión, y con una lentitud agónica, agarra la tela y la levanta, con la mirada clavada en la pared detrás de mí como si su vida dependiera de no mirarme.

La camiseta sube por mi estómago, mis costillas, mi pecho. Levanto los brazos y me la pasa por la cabeza, con movimientos

torpes y mecánicos. Y cuando la camiseta cae al suelo, estoy expuesta ante él con solo un sostén negro, unas bragas tipo bóxer negras y medias de red rotas.

Todo su cuerpo está rígido de terror. Está rojo desde el cuello hasta la raíz del pelo, y se niega a mirarme, con la mirada fija en algún punto por encima de mi hombro izquierdo. Por primera vez en toda mi vida, quiero la atención de un chico, y no la estoy consiguiendo.

Normalmente, quieren la fachada pero huyen de lo que hay debajo.

Pero Ben ni siquiera mira la fachada.

—Ben —susurro—. Mírame.

Sus ojos saltan a los míos durante una fracción de segundo y después huyen.

—Mírame —repito, más firme esta vez.

Lenta, dolorosamente, su mirada vuelve a arrastrarse hasta mi cara.

—Se supone que tienes que querer mirarme —digo—. Así que mira.

Sus ojos bajan, su mirada recorriendo mis rasgos —mis ojos, mi boca— y después derivan más abajo. Absorbe la curva de mis hombros, la tela negra de mi sostén, el escote y la forma de los pequeños pechos que apenas cubre. Después más abajo aún... mi vientre plano, mis bragas, mis piernas...

—Dime qué te gusta —digo en voz baja.

Sus ojos vuelven de golpe a los míos.

—¿Qué?

—Dime qué te gusta. —Ladeo la cabeza—. Soy tu novia, ¿no?

—No puedo hacer eso, Cass, yo...

—Sí puedes —digo.

Traga saliva.

—Tus... tus ojos —dice—. Son... son muy azules.

—Es un comienzo... —digo, sabiendo que la mayoría de los tíos no empezarían por ahí si tuvieran a una chica medio desnuda delante.

—Tu pelo —continúa, su voz ganando una fracción de confianza —. Cómo te lo cortas. Es... es genial. Te hace parecer... —Se detiene.

—¿Parecer qué? —lo animo.

—Peligrosa —termina, con la voz apenas un susurro—. Y sexy.

La palabra aterriza entre nosotros, pesada y honesta.

Durante un segundo, no sé qué decir. Pero entonces me acerco, cerrando la distancia entre nosotros, y le tomo las manos otra vez. Las coloco sobre mis caderas, encima del fino algodón de mis bragas. Sus palmas están calientes contra mi piel, los dedos temblando.

—Ahora —digo, con la voz un poco inestable— solo agárrate.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, lo llevo hasta la cama y lo obligo a sentarse. Entonces paso la pierna por encima de la suya y me acomodo en su regazo, a horcajadas sobre él, encontrando su erección incluso a través de la tela gruesa de sus vaqueros.

Oh.

Se me corta la respiración. La realidad de la situación me golpea de lleno. El calor de su cuerpo bajo el mío, el peso sólido de sus manos en mis caderas, la forma en que sus ojos abiertos y aterrorizados están clavados en los míos, y el bulto duro e inconfundible de su polla presionando contra mí.

Joder.

—¿Ves? Esto es lo que necesitamos practicar, ¿no? —digo—. ¿Estás bien?

Asiente, pero le tiemblan las manos en mis caderas.

Así que las guío, deslizándolas hasta mi cintura.

—Ahora —digo, mi voz una orden baja—. Solo... tócame... como se supone que quieres hacerlo.

Sus dedos son tentativos al principio, su contacto tan ligero que casi no está ahí. Entonces algo cambia y lo veo ocurrir en tiempo real, el momento en que su cerebro deja de gritarle que huya y su cuerpo se hace cargo de toda función motora.

Sus manos se relajan. Sus dedos se abren, sus palmas calientes contra mi piel. Traza la línea de mis costillas, lento y deliberado. Una

mano baja, y siento su calor incluso a través del fino algodón de mis bragas mientras su palma me agarra el culo y me aprieta más contra él.

Oh, joder.

El bulto duro de él presiona con insistencia contra mí, y una descarga de deseo puro me atraviesa el centro, irradiando en oleadas agudas y pulsantes. Se me corta la respiración, y esta vez no puedo disimularlo. Y cuando lo oye, abre mucho los ojos, y veo el momento exacto en que se da cuenta de lo que me está haciendo.

Y en lugar de retirarse, lo hace otra vez.

Sus caderas se mueven, un pequeño empujón involuntario hacia arriba, y la presión contra mi clítoris —incluso a través de capas de tela— es aguda y demoledora. Al instante, un calor líquido se extiende por mis venas, haciendo que mi piel se sienta demasiado tensa y el pulso me martillee en la garganta.

Aspiro aire.

—Sigue —digo.

Su otra mano sube por mi costado, su pulgar rozando la parte inferior de mi pecho, y me doy cuenta de que hemos pasado más allá de una sesión de práctica. Estoy acalorada, los pezones tensos y doloridos contra la tela del sostén, y puedo sentir la humedad traidora empapando el algodón de mis bragas.

Y Ben —el dulce, aterrorizado y tierno Ben— me mira como si fuera lo más bonito que ha visto en su vida. Sus manos están sobre mí con una seguridad que no sabía que poseía, y la evidencia dura e innegable de su excitación se presiona contra mí de una forma que hace cantar todo mi cuerpo.

Está claramente prendado. Puedo sentirlo como un tirón gravitacional, y me está haciendo algo que no anticipé. Me hace sentir poderosa. Deseada. Vista. Y entonces, cortando a través de la neblina de calor y sensación, llega un nuevo pensamiento.

Esto se siente... seguro.

La revelación es desconcertante.

Con otros tíos, este tipo de momento siempre era una negociación, un preludio a una exigencia que quizá no quisiera cumplir. Pero con Ben, sé —con una certeza absoluta, calada hasta

los huesos— que si dijera «para» ahora mismo, lo haría. Obediencia inmediata, sin discusión y sin enfurruñarse.

El peligro aquí no es para mí.

Es para él y su corazón.

Abro la boca para decir algo —para frenar con suavidad y devolver esto a la sesión de entrenamiento segura para una pareja falsa que pretendía que fuera— pero antes de que pueda, él se mueve, y suelta un jadeo agudo y estrangulado mientras todo su cuerpo da un estremecimiento sísmico.

Entonces lo siento.

Un calor húmedo y repentino a través del fino algodón de mis bragas.

Dios mío.

Se acaba de correr en los pantalones.

Cuando la revelación me golpea, es como una bomba atómica lanzada sobre todo su mundo. Se queda total y completamente inmóvil debajo de mí mientras la sangre le abandona la cara, los ojos abiertos con una vergüenza tan profunda que es casi una presencia física en la habitación.

Durante un segundo, ninguno de los dos se mueve. Entonces retrocede a trompicones, prácticamente tirándome de su regazo en su prisa por poner distancia entre nosotros. Se levanta de un salto, dándome la espalda.

—Yo... —empieza, con la voz quebrándose—. Necesito... necesito que te vayas.

Las palabras son ahogadas, susurradas, suplicantes —dichas por un chico tierno y roto que acaba de hacerse añicos en un millón de pedazos delante de mí. Y la revelación de que es culpa mía me golpea con fuerza, porque lo presioné demasiado rápido y demasiado lejos. Quería entrenarlo, ayudarlo, pero lo he destrozado.

—Eh —digo en voz baja, levantándome—. Ben...

—No —dice, en un susurro, negándose a mirarme—. Por favor. Solo... vete.

No discuto. No insisto. No intento arreglarlo con palabras.

Le doy lo que necesita.

Cojo mi camiseta y mi falda del suelo, me las pongo rápido y camino hacia la puerta. Solo ahí me detengo un segundo, con la mano en el pomo, mirando su figura temblorosa.

—Ben —digo en voz baja—. No pasa nada.

No responde.

once

BEN

LLEVO un rato mirando esta basura como si fuera a ofrecerme la absolución.

No va a hacerlo.

Porque sé que los vaqueros manchados siguen ahí, arrugados en el fondo, mientras mi cerebro no para de reproducir el incidente: su cuerpo en mi regazo, la suave calidez de ella presionándose contra mí, el movimiento involuntario de mis caderas, el estremecimiento, la humedad extendiéndose como prueba de mi disfunción.

Pero ella no se había asqueado.

Esa es la parte que no puedo dejar de repetir en bucle. Se quedó inmóvil cuando pasó —sentí el segundo exacto en que se dio cuenta —, pero no se apartó de un salto como si yo fuera radioactivo. No se rio. En cambio, intentó ser amable, diciéndome que no pasaba nada.

Y yo le dije que se fuera.

Dios, menudo idiota soy.

Noventa segundos fue todo lo que hizo falta. Noventa segundos de ella sentada a horcajadas sobre mí, de sus manos guiando las mías hasta su cintura, de ella presionándose contra mí de un modo que provocó un cortocircuito en todo mi sistema, y mi cuerpo simplemente… me traicionó de la forma más espectacular posible.

Es el mismo patrón, solo que una nueva variación del tema.

Ben Kellerman: Error 404. Virilidad no encontrada.

Es la misma lección que el universo lleva intentando enseñarme desde el instituto: cada vez que intento ser yo mismo, me castigan. Cada vez que intento encajar, me siento un fraude. Y cada vez que intento acercarme a alguien, cortocircuito antes de poder conectar.

Y ahora esto…

¿Qué persona racional se quedaría? ¿Con o sin relación falsa?

Y peor aún, ya nos vieron juntos en O'Neil's. Nash me vio tocarla, Stiles me levantó el pulgar, y Rook prácticamente organizó un desfile. Cuando ella salga corriendo —y va a salir corriendo, porque ¿por qué no iba a hacerlo?—, las burlas van a ser implacables.

Ya puedo oír la voz de Nash en mi cabeza, la actuación inevitable: «¿Se acuerdan de cuando Kell tuvo novia como tres días?».

El pensamiento me revuelve el estómago.

Desesperado por una distracción, alargo la mano distraídamente hacia el teléfono en el escritorio, y me detengo. La pantalla está apagada, pero lo he oído vibrar con mensajes desde que Cass se fue. Probablemente sea el grupo de hockey, pero también cabe la posibilidad de que ella me haya escrito, y no estoy preparado para eso.

Así que, en lugar de eso, cruzo hasta mi banco de trabajo y cojo la pletina de casete, la Marantz que le había enseñado antes de que todo se desmoronara. Es una reparación sencilla —desmontar, limpiar, relubricar, reensamblar—, y ahora mismo necesito un problema con solución, una tarea con pasos que pueda controlar.

Enciendo la lámpara de trabajo, la acerco y me pongo a ello.

Retiro la carcasa exterior, dejando al descubierto las tripas de la pletina: la maraña de engranajes, correas y motores que hacen la magia. El motor del cabrestante está en el centro, pequeño y cilíndrico, y lo extraigo con unos alicates de punta y lo coloco sobre un trapo limpio.

Entonces empiezo el ritual.

Bastoncillos de algodón y alcohol isopropílico. Mojo la punta de algodón en el líquido transparente y empiezo a retirar la grasa vieja. Trabajo despacio, porque un resbalón —un momento de descuido— y podría convertir una pieza reparable en chatarra inservible.

Pero tampoco tengo prisa, porque terminar significa enfrentarme a todo eso.

Mi mente se queda misericordiosamente en blanco. No hay sitio para la vergüenza ni el miedo ni el recuerdo de su cuerpo sobre el mío. Solo el motor, el bastoncillo, el trabajo paciente de restauración, y el lamento de que las personas no vengan con manuales de servicio que pueda pedir en eBay por 4,99 dólares.

Lleva horas, pero en algún momento alrededor de las tres de la madrugada, el motor gira libremente. Lo compruebo con el dedo —suave, sin resistencia, como si flotara en el aire— y entonces empiezo el reensamblaje. Cada tornillo se aprieta en secuencia, cada componente encaja en su sitio, el caos se transforma en orden.

Cuando termino, la luz del amanecer sangra por mi ventana, pálida, cruda e implacable. Me recuesto hacia atrás, el cuello protestando con un grito, las manos apestando a alcohol y grasa vieja. Sé que debería mirar el teléfono o empezar a arreglar el desastre con Cass, pero no puedo enfrentarme a ello, ni a ella.

Así que cruzo los brazos sobre el escritorio, apoyo la cabeza en ellos y me duermo.

❄

Mi teléfono vibra, arrastrándome de vuelta a la consciencia.

Tengo el cuello como si alguien lo hubiera usado de saco de boxeo, porque resulta que dormir desplomado sobre el banco de trabajo no es algo que recomienden los profesionales de la medicina. A estas alturas, la luz de la mañana entra a raudales por mi ventana, y la pletina de casete está delante de mí como testigo de mi espiral nocturna.

Mientras me incorporo despacio, el teléfono vibra otra vez.

Se me revuelve el estómago.

Pero antes de mirar, necesito saber si el trabajo valió la pena y si puedo arreglar cosas de verdad, aunque esas cosas sean aparatos electrónicos de hace décadas y no mi vida catastróficamente rota.

Así que me levanto y cruzo hasta la estantería donde guardo mis cintas.

La mayoría son recopilaciones que mi madre grabó de su colección de vinilos, con su cuidadosa caligrafía en las etiquetas en tinta azul desvaída. Jazz. Louis Armstrong, Ella Fitzgerald, Duke Ellington. Son la banda sonora de tardes tranquilas de sábado cuando éramos solo nosotros dos y el mundo se sentía seguro.

Cojo la cinta de Louis Armstrong y la meto en la pletina.

Mi pulgar se queda suspendido sobre el botón de play.

Por favor, Dios, haz que al menos esto funcione.

Lo pulso.

El motor arranca con un zumbido suave y silencioso. La cinta gira, los carretes girando en perfecta sincronización, y tras un latido de estática, la voz rasposa de Louis Armstrong llena la habitación, cálida y nítida y dolorosamente familiar. No hay chirridos ni bloqueos, solo música, como tiene que ser.

La reparación es impecable.

La satisfacción debería ser profunda. En cambio, es hueca.

Porque arreglar una pletina de casete no me arregla a mí.

Con un suspiro, apago la cinta y cojo el teléfono. Al desbloquearlo, encuentro aproximadamente un millón de mensajes en el grupo de hockey, una llamada perdida de mi madre, algunos correos y recordatorios del calendario, y tres mensajes nuevos de ella.

Ella escribió primero.

Leerlos me deja sin aire, porque ninguno es un educado mensaje de «esto no funciona». En cambio, está preguntando cómo estoy. Mi mente grita que es una trampa, que solo está siendo amable, pero desbloqueo el teléfono de todos modos, con el corazón martilleándome, y leo.

Cass: ¿Estás despierto? Deberíamos hablar de lo de anoche. Ben… Por favor…

Me quedo mirando los mensajes, leyéndolos una y otra vez como si estuvieran en un idioma extranjero que me cuesta traducir. Pero merece una respuesta, así que mis dedos se quedan suspendidos

sobre el teclado, escribo y borro tres respuestas distintas antes de decidirme por algo patéticamente simple.

Ben: Sí. Estoy despierto. Perdona.

Su respuesta llega casi al instante.

Cass: ¿Perdona por qué?

Se me contrae el pecho. Va a hacer que lo diga con todas las letras.

Ben: Por lo de anoche. Por pedirte que te fueras. Por… todo.

Cass: Para. No tienes nada de lo que disculparte. Fui yo la que presionó demasiado, demasiado rápido. No estabas preparado. Es culpa mía, no tuya.

Parpadeo mirando la pantalla, mi cerebro negándose a procesar las palabras. Algo se afloja dentro de mi pecho: un nudo que no sabía que estaba sosteniendo.

Ben: Tú no hiciste nada.

Cass: Lo que pasó es solo biología. Tienes veinte años. Una tía buena estaba restregándose en tu regazo. Tu cuerpo hizo lo que hacen los cuerpos.

Una tía buena.

Ella cree que es guapa. O sabe que yo la encuentro guapa. En cualquier caso, la seguridad natural de la afirmación —la forma en que la suelta en la conversación como si fuera un hecho objetivo— me hace arder la cara con tal intensidad que me sorprende que el teléfono no se derrita.

Ben: Te eché. Eso fue una mierda.

Cass: Estabas muerto de vergüenza. Es distinto. Una cosa es ser un gilipollas. La otra es simplemente ser humano.

Exhalo despacio, releyendo las palabras. Me está dando un pase que no sé si merezco.

Ben: Pensé que querrías cancelar todo. El acuerdo.

Hay una pausa más larga. Observo cómo los tres puntos de «escribiendo» aparecen, desaparecen, y vuelven a aparecer. Cada segundo se estira como un chicle. Finalmente, responde.

Cass: ¿Porque te corriste demasiado rápido?

La crudeza de la frase me da ganas de lanzar el teléfono al otro lado de la habitación y no salir nunca más de debajo de mi cama.

Cass: Ben, he estado con tíos que acabaron antes de que me quitara el sostén.

Estamos bien. El acuerdo sigue. A no ser que TÚ quieras dejarlo.

El alivio me inunda tan deprisa que casi duele.

Ben: No. Dios, no. No quiero dejarlo. No quiero tener que explicarles a los chicos que mi novia (falsa) me dejó después de una semana…

Cass: Entonces estamos bien.

Me quedo mirando el teléfono, con el pecho apretado por una mezcla confusa de alivio e incredulidad. No está huyendo. No está asqueada. Está… normalizándolo. Haciendo que parezca menos un fracaso catastrófico y más un momento incómodo entre dos personas que están aprendiendo a manejarse.

Estamos bien.

La conversación cambia. Puedo sentir cómo la tensión se disipa.

Cass: ¿Y qué estás haciendo ahora?

Ben: Acabo de despertarme. Me quedé dormido arreglando la pletina de casete que te enseñé.

Cass: Espera, ¿en serio estuviste trabajando en esa cosa toda la noche?

Ben: Sí. Necesitaba pensar. Ahora funciona perfectamente.

Cass: El milagro de cinco dólares vive.

Dejo de escribir, aturdido, porque a la mayoría de la gente le da igual. Ella se acordó de lo que pagué.

Ben: O sea, no era tan difícil. Solo había que limpiar la grasa vieja y relubricar el motor. Cualquiera podría hacerlo si dedicara el tiempo a aprender.

Cass: «No era tan difícil» dice el tío que acaba de pasarse toda la noche encorvado sobre un banco de trabajo con bastoncillos de algodón. Tienes permiso para estar orgulloso de tu trabajo, Ben.

La aprobación casual me aprieta la garganta.

Ben: Supongo. Es solo lo que hago. Me ayuda a despejar la mente.

Cass: Sí, conozco la sensación. Como cuando toco… bueno, excepto cuando me dicen que mi ampli es una mierda…

Una chispa de rabia protectora me prende en el pecho. Su amplificador no es una mierda. Tiene carácter.

Ben: No lo es. Se puede arreglar el ampli sin perder tu sonido.

Cass: ¡GRACIAS! Me dan ganas de pegarles porque no oyen la calidez y el carácter que le da a la música. ¿De verdad crees que se puede arreglar?

Hay algo vulnerable en la pregunta —algo que me hace querer arreglar más que solo su amplificador.

Ben: Sí. Seguro que sí.

Le doy a enviar, esperando que sea un intercambio sobre algo más que el ampli.

Seguimos escribiéndonos. La conversación deriva, más fácil ahora: ella contándome la prueba de sonido en la que Joel se pasó veinte minutos discutiendo sobre la colocación de cables como si fuera cuestión de vida o muerte, yo confesando que Schmidt había elaborado una hoja de cálculo clasificando la técnica de estiramiento del equipo.

Cass: ¿Tu compañero de equipo hizo una HOJA DE CÁLCULO para ESTIRAMIENTOS?

Ben: Con niveles codificados por colores.

Cass: Quiero darle una patada en la cara.

Ben: Tendrías que saltar para alcanzarle la cara.

Cass: MERECERÍA LA PENA.

Me río, de verdad me río. El sonido me sorprende. No recuerdo la última vez que me reí solo en mi habitación.

Ben: Eres graciosa.

Cass: Tú también. Cuando no estás rayándote por literalmente nada.

Hay una pausa, y miro el reloj. Son casi las nueve. Debería ducharme, comer, fingir que soy funcional antes de tener que ir a clase y luego a entrenar. Pero no quiero dejar de escribirle, y aparentemente ella tampoco.

Cass: ¿Puedo preguntarte algo?

Los dedos se me tensan alrededor del teléfono.

Ben: Sí.

Cass: ¿Por qué les escondes lo de la electrónica a tus compañeros de equipo?

La pregunta me golpea con fuerza, dejándome sin aire. Podría mentir, o esquivarla, o hacer una broma. Pero ella fue tan paciente conmigo después de lo de anoche que siento que mentirle o quitarle importancia a la respuesta sería una bofetada en la cara.

Ben: No es que se lo esconda, exactamente. Pero tampoco hablo mucho de ello. He descubierto que cuando soy sincero con esas cosas, no acaba bien. Así que simplemente… no lo hago.

Los puntos de «escribiendo» aparecen al instante, y se detienen. Luego aparecen otra vez. Todo ese rato me pregunto qué demonios había en mi mensaje que la dejó tan indecisa. Al final, tarda casi un minuto entero en responder.

Cass: Conozco esa sensación. Enseñarle a la gente quién eres de verdad y que… no lo pillen.

Me quedo mirando su mensaje un largo momento. Mi pulgar se queda suspendido sobre el teclado, y se detiene. Hay algo en la forma en que lo ha dicho que me hace preguntarme qué dolor tiene enterrado, allá en el fondo, bajo la fachada de chica punk enrollada.

Ben: ¿Puedo preguntarte algo?

Cass: Es lo justo.

Ben: ¿Por qué siempre pareces lista para pelear?

Cass: Porque aprendí pronto que la gente te ignora si pareces que no encajas. Así que me aseguro de que no puedan ignorarme, aunque no les guste lo que ven.

La honestidad me golpea de lleno en el pecho.

Ben: A mí me gusta lo que veo.

Lo envío antes de poder pensármelo dos veces.

Mierda, mierda, mierda… ¡IDIOTA!

Es demasiado honesto, demasiado en carne viva. Pero también es la verdad.

Cass: ¿Sí? Tú tampoco estás nada mal, Kellerman.

Mi corazón hace algo complicado: un tropiezo, un salto, un reinicio completo del sistema.

Cass: Esto es raro, ¿no? ¿Escribirnos como si fuéramos una pareja de verdad?

Ben: No suelo ser tan sincero con nadie, y menos con mi novia falsa…

Cass: Yo no suelo confiar en la gente tan rápido… Ni en general, la verdad.

La confesión queda ahí, brillando en mi pantalla. Confía en mí. O está empezando a hacerlo.

Ben: ¿Y eso qué nos convierte?

Cass: ¿Sinceramente? Ni idea. ¿La mejor pareja falsa de Pine Barren?

Tomo aire. Hay una fiesta del equipo el sábado, del tipo en el que la asistencia es obligatoria. Es la oportunidad perfecta para que nos vean juntos, para vender el acuerdo a todo el equipo, para demostrarles a ellos —y a mí mismo— que realmente puedo hacer esto.

Empiezo a escribir, lo borro. Escribo otra vez. Lo borro otra vez.

Cass: Suéltalo ya, Ben…

Ya me conoce demasiado bien. Eso debería asustarme más de lo que me asusta.

Sonrío y decido lanzarme.

Ben: Hay una fiesta el sábado por la noche. Estaría bien que nos vieran…

Cass: Sí, tiene sentido. Más oportunidades para practicar.

Debería dejarlo ahí. Misión cumplida. Transacción completada.

Pero mis dedos siguen moviéndose.

Ben: Vale, pero también me lo pasé bien hablando contigo anoche, antes de…

Cass: Antes del «ups»…

Ben: Sí.

Cass: Sí. Yo también. Eres sorprendentemente soportable, Kellerman. Que no se te suba a la cabeza.

Una sonrisa se me extiende por la cara, amplia e imparable.

Ben: ¿Entonces quizá podemos ser las dos cosas?

Cass: ¿Las dos cosas?

Ben: Pareja falsa Y amigos de verdad.

Cass: Amigos que fingen salir juntos.

Ben: Exacto.

Cass: Puedo vivir con eso.

Confirmamos los detalles. Pasaré a recogerla a las ocho el sábado para la fiesta en la casa de hockey, y me dice que me ponga algo que no parezca que me vestí a oscuras. Me manda un emoji riéndose, y la naturalidad del gesto me oprime el pecho.

Cass: Me tengo que ir. Ensayo con la banda en una hora.

Ben: Sí. Yo debería ducharme y fingir que soy un ser humano.

Cass: Buen plan. Gracias por contestarme.

Ben: Gracias por escribir primero.

Cass: Nos vemos el sábado.

Dejo el teléfono en el escritorio, junto a la pletina de casete. La cinta de Louis Armstrong sigue cargada, esperando. Le doy al play otra vez, y la voz cálida y rasposa llena la habitación, cantando sobre un mundo maravilloso. Y de repente, parece que tiene razón.

No está huyendo.

El acuerdo sigue.

Y… amigos. Vamos a ser amigos.

Excepto.

Excepto que mi cuerpo ya dijo la verdad anoche.

Me estoy mintiendo a mí mismo, y una parte de mí lo sabe.

Pero por ahora, la mentira es más segura que la verdad.

doce

CASS

EL SÁBADO LLEGA COMO una puta guillotina.

He pasado los últimos tres días diciéndome que el intercambio de mensajes con Ben fue solo control de daños —gestión de crisis entre dos personas con un acuerdo mutuamente beneficioso—, pero cuanto más se acercan las ocho, más difícil me resulta venderme esa mentira.

Me he cambiado de ropa dos veces, lo cual es una locura, porque esto no es una cita de verdad. He mirado el móvil seis veces para ver si ha cancelado, lo cual es igual de demencial, porque no quiero que cancele. A las 7:45, estoy dando vueltas por mi habitación con su enorme camiseta de entrenamiento puesta, el estómago hecho un nudo de nervios.

Y, por supuesto, el golpe en la puerta llega a las ocho en punto.

Ben seguramente puso tres alarmas y apareció cinco minutos antes para dar vueltas por el pasillo, aterrorizado de ser una molestia. Es una de esas cosas de persona ansiosa que reconozco, porque yo hago lo mismo antes de cada bolo importante.

Llegar estúpidamente temprano y luego matar el tiempo fingiendo que todavía no estoy ahí.

Mientras cruzo el caos de mi habitación para abrir la puerta, me veo reflejada en el espejo que hay encima de la cómoda. Porque, después del desastre en su habitación y la segunda oportunidad que

nos dieron los mensajes, tengo una sorpresa que le va a dejar sin aliento.

Ahora mismo, su camiseta me llega casi a medio muslo, la tela blanca resaltando contra mis medias de rejilla negras y rotas. Su número, el 24, se estira en letras grandes a lo largo de mi espalda, y lo he combinado con mi cazadora de cuero destrozada y mis botas militares de siempre.

Lo punk contra lo deportivo.

Su mundo colisionando con el mío.

Y cuando abro la puerta, su reacción es exactamente la que esperaba.

Los ojos se le abren de par en par, la boca se le abre, y durante un segundo se queda ahí plantado, metro noventa y tres de jugador de hockey atónito congelado en mi umbral, la mirada clavada en la enorme camiseta de entrenamiento como si hubiera abierto la puerta envuelta en su propia piel.

Traga saliva. —Llevas puesta mi… —empieza, con una expresión de asombro todavía desplegándose por su cara.

—Se la pedí a tu colega Schmidt ayer. —No puedo borrarme la sonrisa al interrumpirle—. Le dije que quería darle una sorpresa a mi novio.

Se le abren más los ojos. —¿Se la pediste a Schmidt?

—Hay que vender la mentira, ¿no? —Me encojo de hombros—. Relájate. Casi se pone a llorar de la emoción.

Sé que Ben es cualquier cosa menos relajado, pero noto que está agradecido. Sin duda se había montado un millón y un escenarios sobre cómo iba a ir este primer encuentro tras el… incidente. Probablemente incluía que yo le dijera que me arrepentía de haberle escrito y que se acababa nuestro acuerdo.

Así que decidí impactarle, con la esperanza de despertar su confianza.

Es la siguiente misión en mi campaña para que se sienta cómodo a mi lado.

Y ahora me está dedicando esa mirada tímida y linda, al mismo tiempo que prácticamente puedo ver cómo su cerebro borra los escenarios absolutamente catastróficos que tenía preparados y los

reemplaza por otros nuevos relacionados con mi interacción con Schmidt.

—¿Él…? —Ben empieza, luego se detiene, la mano subiendo para pasársela por los rizos en ese tic nervioso suyo—. ¿Qué le dijiste exactamente?

—Que voy a la fiesta con mi novio y que me parecía bonito. Ya sabes, cosas normales de novia.

—Claro —dice con un hilo de voz—. Normal.

—Venga, Kellerman. —Alargo la mano y tiro suavemente de su manga—. No lleguemos tarde.

Salimos, y mientras caminamos hacia la fiesta, él va callado, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. El camino atraviesa la explanada, las viejas farolas proyectando largos charcos de luz ámbar sobre la hierba crujiente de escarcha. El aire huele a hojas muertas y a humo de leña lejano, cortante y limpio.

—¿Qué te tiene estresado? —pregunto, manteniendo un tono casual.

Me mira, sobresaltado, como si se hubiera olvidado de que estoy aquí. —¿Qué?

—Te estás rayando. Lo noto. Así que, ¿cuál es el escenario catastrófico?

Suelta el aire, y veo cómo la tensión de sus hombros cede ligeramente, como si le hubiera dado permiso para decirlo en voz alta. —No es… —Se detiene, luego lo intenta otra vez—. Schmidt va a contarle a todo el equipo que le pediste mi camiseta. Lo que significa que Nash y Stiles…

—Te preocupa que se rían de ti —le corto.

—No. Bueno, sí. Pero también… —Se pasa la mano por el pelo otra vez, desordenando aún más los rizos—. Estoy estresado, sin más.

La honestidad y el dolor en su voz hacen algo en mi pecho que no quiero examinar. —¿Es el hockey? ¿Me lo cuentas?

Su expresión se ilumina, como si le sorprendiera que me importen las cosas que le importan a él. —No es el hockey —dice despacio—. Es el Proyecto Teseo.

—Salud.

Eso le arranca una carcajada, y así, sin más, la espiral se rompe. —Es un robot autónomo que resuelve laberintos —dice.

Sonrío, porque es otro ejemplo de cómo se relaja y se abre. —Cuéntame.

—El objetivo es programarlo para que navegue un laberinto desconocido, mapee el entorno en tiempo real y encuentre la ruta óptima hasta la salida. —Su voz es firme ahora, la ansiedad drenándose de ella—. Pero sigue fallando. Llega más o menos a la mitad del laberinto y entonces simplemente… se para. O peor…

Sonrío con malicia. —¿Qué es peor?

—Empieza a tomar los mismos giros equivocados una y otra vez.

—Suena a mi vida amorosa… —Me río—. ¿Por qué?

Suelta un suspiro de frustración. —Mi compañera, Anya, piensa que es un problema de software, pero yo estoy bastante seguro de que es hardware. El sensor de par, probablemente. Creo que la calibración del sensor está desajustada, lo que genera ruido en la señal que el algoritmo no puede filtrar.

No entiendo del todo los detalles técnicos, pero escucho de todas formas, genuinamente interesada en la manera en que su voz se estabiliza cuando habla de rastrear el origen de un problema que nadie más puede ver. Es lo mismo que hizo cuando hablaba entusiasmado de mi amplificador o del reproductor de casetes.

—O sea que básicamente eres un detective.

Me mira, sorprendido. —¿Qué?

—Estás rastreando lo que está roto —digo—. Como con mi ampli.

—Supongo… ¿que sí?

Le doy una palmadita en la espalda. —Eres CSI: Ben.

—Nunca lo había pensado así.

—Bueno, ahora puedes decirle a Anya que tienes a una chica punk de tu lado.

—Eso sí que va a mejorar mi credibilidad en el laboratorio.

Se ríe otra vez, y la soltura de la conversación resulta peligrosamente natural, como si esto no fuera falso en absoluto, o como si se nos diera de maravilla lo de ser amigos. Es como si fuéramos simplemente dos personas cruzando el campus, hablando de robots y del desordenado acto de arreglar cosas rotas.

Debería sentirse seguro.

En vez de eso, se siente como estar demasiado cerca del borde de algo cuyo fondo no alcanzo a ver. Pero, afortunadamente, antes de que pueda pensar en las ramificaciones, la casa del equipo se materializa delante de nosotros. Es un enorme monstruo de tres plantas que retumba con bajos y voces masculinas.

Ben se para en seco al pie de los escalones del porche. —Es tan grande —dice.

Me giro a mirarlo. —Pareces sorprendido…

—Lo estoy —dice—. Es nueva. Antes todos los chicos vivían en residencias o apartamentos fuera del campus, pero desde hace unas dos semanas, un montón de ellos se han mudado aquí. No es un acuerdo oficial de la universidad ni nada —no como una fraternidad o algo así—, pero un grupo de los chicos están compartiendo alquiler…

—Y alquilando una mansión —resoplo con desdén—. ¿Tú no quisiste unirte?

—No —dice, con toda la solemnidad de un veredicto de culpabilidad por asesinato.

Se le ha ido el color de la cara, y puedo ver el pánico inundando de nuevo sus ojos, borrando toda la calma que habíamos construido durante el paseo. Está claro que otra vez está pensando en escenarios apocalípticos de lo que va a pasar dentro.

Me acerco. —Entramos juntos. Tu mano va en mi espalda. Saludamos a tus compañeros de equipo. Y ya.

Traga con fuerza. —Vale. Sencillo.

—Tú puedes.

Asiente, respira hondo, y entonces estamos subiendo los escalones juntos. En el momento en que cruzamos la puerta, todas las cabezas de la sala se giran. Los bajos siguen retumbando y las voces se siguen solapando en un estruendo caótico, pero hay una atención repentina sobre nosotros que me eriza la piel.

La mano de Ben encuentra la parte baja de mi espalda, temblando pero sin ceder.

Es un comienzo.

Nos adentramos, y la fiesta sigue.

A nuestro alrededor, los cuerpos se apiñan en cada espacio disponible: chicos con gorras y sudaderas de PBU, unas cuantas chicas con vaqueros ajustados y camisetas cortas, todos irradiando ese tipo de confianza ruidosa y agresiva que viene de ser atractivo y estar completamente seguro de tu lugar en el mundo.

Este es el reino que he estado observando a través de la valla toda mi vida. Los deportistas reinan como si la gravedad misma les perteneciera. Las chicas calibran su risa a la frecuencia perfecta de «disponible pero no desesperada». En un bar, con una guitarra, estoy bien. Aquí, estoy como pez fuera del agua.

Pero cuadro los hombros, levanto la barbilla, y dejo que miren.

Rook se materializa entre la multitud primero, su enorme sonrisa inconfundible. —¡Kell! ¡Viniste! —Su voz retumba, luego se gira hacia mí—. Me encanta la camiseta.

—Schmidt me la consiguió —digo.

Asiente. —Bienvenida al manicomio.

Antes de que pueda responder, Nash y Stiles se acercan pavoneándose, bebidas en mano, los ojos brillantes con ese tipo de diversión depredadora que me pone los nervios de punta. Como siempre, la mirada de Nash hace un barrido lento y deliberado de mi cuerpo, demorándose en la camiseta antes de encontrar por fin mis ojos.

Su sonrisita es de las que me hace cerrar los puños. —Bonita camiseta. A tope con el numerito.

El desprecio casual —la implicación de que solo estoy jugando a disfrazarme en el mundo de Ben— me envía una oleada de furia gélida. Pero no me inmuto. Dejo que una sonrisa burlona se extienda despacio por mi cara, la que uso en el escenario cuando algún imbécil borracho grita alguna gilipollez durante una canción tranquila.

—Bueno, era lo único limpio en la habitación de Ben después de… ya sabes…

Los chicos alrededor explotan.

A Nash se le desencaja la mandíbula antes de soltar una enorme carcajada, echando la cabeza hacia atrás. Stiles se atraganta con la cerveza, tosiendo y golpeándose el pecho, la cara roja. Hasta Rook

parece momentáneamente atónito antes de empezar a reírse también, sacudiendo ligeramente la cabeza con incredulidad.

—¡Me encanta esta tía! —Nash me señala con su cerveza, su sonrisa amplia y genuina ahora—. Kell, nos lo tenías escondido, tío.

La mano de Ben sigue en mi espalda, y puedo sentir la tensión irradiando de él en oleadas. Pero cuando levanto la mirada hacia su cara, veo el fantasma de una sonrisa tocándole los labios, una corriente silenciosa de orgullo en su expresión. Porque, por primera vez en mucho tiempo, está dentro del chiste, y no es el blanco.

Los chicos vuelven a sus conversaciones, la fiesta nos engulle de nuevo, y debería sentirme victoriosa. En vez de eso, solo me siento cansada de ser el espectáculo, la chica con lengua afilada que existe para entretener, pero la reacción de Ben me recarga por ahora.

No dura, y una hora después, necesito aire.

La fiesta no se ha calmado. Si acaso, es más ruidosa, los cuerpos tan apretados que el aire resulta sofocante. He estado haciendo mi trabajo —riendo en los momentos adecuados, apoyándome en Ben cuando sus compañeros miran, interpretando el papel de la novia enrollada y alternativa—, pero estoy agotada.

Me escabullo por la puerta de atrás hacia el porche, y el frío de la noche me golpea como una bofetada, cortante y absolutamente bienvenido. La temperatura ha caído desde que llegamos, y mi aliento sale en pequeñas nubes blancas que se disuelven en la oscuridad.

Me apoyo en la barandilla, ciñéndome más la cazadora, y dejo que el silencio se pose sobre mí. Un momento después, la puerta se abre detrás de mí. No me giro, pero sé que es Ben. Lo siento, como se siente que viene una tormenta antes de la primera gota de lluvia.

No dice nada. Simplemente viene a ponerse a mi lado junto a la barandilla, las manos metidas en los bolsillos, su aliento visible en el aire frío. Durante unos minutos, nos quedamos así, y resulta cómodo de una manera que me sorprende. Porque es un chico que no necesita llenar cada silencio.

—¿Lo estás pasando bien? —pregunto finalmente, en voz baja.

—La verdad es que sí.

—¿Sí?

—Sí. —Me mira, cálido y sincero—. Tú haces esto más fácil.

—De eso se trata, ¿no?

Antes de que pueda responder, la puerta trasera se abre de golpe.

—¡Eh, Kellerman!

Nash sale tambaleándose al porche, su sonrisa amplia y perversa, los ojos brillantes de alcohol y ganas de juerga. Detrás de él, Stiles y un par de chicos más se agolpan en la puerta, sus caras iluminadas por el resplandor del interior. Y sé, al instante, que sea lo que sea esto, no es nada bueno.

—Todos hemos hecho una apuesta. —La voz de Nash llega hasta el otro lado del patio—. ¿Vas a besar a tu chica en algún momento esta noche?

El desafío es público, deliberado, y diseñado para exponer la torpeza de Ben y convertirlo en el chiste. Siento cómo Ben se tensa a mi lado y veo su cara inundarse de pánico. Está a punto de retirarse, de convertirse en el hazmerreír, y algo feroz y protector surge dentro de mí.

Ni de coña.

Me giro hacia él, bloqueando a Nash y a los chicos en la puerta, mi voz baja. —Eh, para esto hemos estado practicando, ¿no?

Sus ojos se clavan en los míos, abiertos y sobresaltados.

Doy un paso más cerca, lo bastante como para ver la subida y bajada acelerada de su pecho, la forma en que su respiración se corta cuando invado su espacio. —¿Lo hacemos?

Su mirada cae a mi boca, se demora ahí un latido que se estira hasta la eternidad, y luego vuelve a mis ojos. Puedo ver la guerra librándose dentro de él —el instinto de huir estrellándose contra la necesidad desesperada de quedarse, la necesidad desesperada de demostrar algo y callar a estos tipos.

Por una vez.

Solo una vez.

—Sí. —La palabra es ronca y cruda y absolutamente honesta.

—Vale —digo, y lo agarro de la pechera de la camisa y tiro de él hacia abajo.

El beso empieza lento —sus labios suaves y tentativos contra los míos, como si tuviera miedo de que me rompa o me aparte o me dé cuenta de que todo esto es un error terrible—, pero entonces me inclino hacia él, presionando mi cuerpo contra el suyo, y responde con una seguridad que me hace flaquear las rodillas.

Su mano sube para acunar mi mandíbula, el pulgar acariciándome la mejilla en un gesto tan tierno que me hace doler el pecho. Cuando abro la boca, profundiza el beso, su lengua deslizándose contra la mía de una forma que cortocircuita cada pensamiento coherente que he tenido en mi vida.

Su otra mano baja hasta la parte baja de mi espalda, y más abajo, la palma asentándose con firmeza sobre mi culo y atrayéndome a ras contra él. Y justo entonces, lo siento todo. La solidez de su cuerpo. La dureza de su erección, imposible de ignorar.

Pero lo que más me llega es la forma en que su respiración se corta cuando se me escapa un sonido pequeño e involuntario contra su boca —mitad jadeo, mitad gemido— que no pretendía emitir y que no puedo retirar. Porque esto no es actuación, esto somos nosotros, y es aterradoramente real.

La fiesta, los gritos de Nash, la noche helada… todo se disuelve.

Cuando nos separamos, los dos respirando con dificultad, lo veo en su cara, un asombro aturdido mezclado con miedo y la comprensión estupefacta de que algo ha cambiado, de que el guion que estábamos siguiendo acaba de hacerse pedazos. Y sé que yo tengo la misma expresión.

Lo deseas, y tú le gustas. El pánico familiar me inunda, frío y certero. Pero a todos les gustas, hasta que ven lo que hay debajo.

De repente, la que está entrando en pánico soy yo, porque es en este preciso momento con cada chico con el que he estado cuando me hago ilusiones, solo para quedar destrozada cuando ven a la verdadera yo. La duda, el miedo, la fragilidad. Y, a pesar de nuestro trato y nuestras garantías, eso fue real.

Detrás de nosotros, Nash y los chicos se retiran adentro, la apuesta resuelta y el espectáculo terminado. La puerta se cierra de golpe, cortando el ruido y la luz, y de repente somos solo los dos a

solas en el porche con el elefante gigante saludándonos desde el jardín.

Observo a Ben procesarlo todo, la nueva realidad tomando forma en su expresión. Abre la boca para hablar —para decir algo honesto que hará añicos el marco seguro tras el que nos hemos estado escondiendo, y me obligará a romperle el corazón porque no voy a arriesgarme a que vea a la verdadera yo.

Porque, si lo hace, retrocederá, como todos.

Y será mi corazón el que quede hecho pedazos.

Si le pone nombre a lo real, tendré que responder. Y si lo dejo entrar…

El pánico me está inundando, pero también veo su fragilidad en el temblor de sus manos, en la vulnerabilidad que brilla en sus ojos. Es el chico dulce que se corrió en los pantalones hace unos días y me suplicó que me fuera. Si le pone nombre a esto como algo real y lo rechazo ahora para protegerme, lo destruiré.

No puedo hacer eso.

Es demasiado buena persona para eso.

El móvil me vibra en el bolsillo de la cazadora. Lo saco, con las manos temblándome ligeramente mientras desbloqueo la pantalla. Es un mensaje de Milo —algo sobre la lista de temas de mañana, completamente inocuo y absolutamente irrelevante—, pero al instante me aferro a ello como a un salvavidas en un naufragio.

—Mierda —digo, lo bastante alto para que Ben me oiga. Lo miro, forzando mi expresión hasta convertirla en algo tenso y controlado —. Emergencia con la banda.

Es mentira, y puedo ver en sus ojos que lo sabe, pero no me lo echa en cara. —Puedo ir contigo —dice—. Si necesitas mi energía de novio falso…

—Guárdala para el bolo en unos días —digo, y luego lo suavizo con una sonrisa forzada—. Quédate. Disfruta de tu victoria. Te la has ganado.

—Vale…

Levanto la mano y la poso brevemente sobre su pecho. Su corazón late desbocado bajo mi palma. —Te escribo luego, ¿vale?

Asiente despacio, y una expresión de alivio le recorre las facciones, porque él también sabe que es real. Lo sintió. Pero elige la mentira, se retira hacia lo seguro, se esconde de sus propios sentimientos igual que yo me escondo de los míos. Sacado directamente del manual de Ben Kellerman, la patentada Retirada Kellerman.

La cobardía mutua debería enfadarme.

En vez de eso, solo me pone profunda, terriblemente triste.

Por lo que podría ser, y por lo que no me atrevo a arriesgar.

Me doy la vuelta y me alejo, bajando los escalones del porche y adentrándome en la noche helada, mis botas crujiendo sobre la hierba escarchada con cada paso que me aleja de algo que quiero y no puedo permitirme tener. Pero a media manzana, me detengo y miro atrás.

A través de las ventanas iluminadas de la casa del equipo, lo veo reincorporarse a la fiesta. Nash le pasa un brazo por los hombros, atrayéndolo al círculo con naturalidad afectuosa. Stiles dice algo que hace reír a todo el grupo, las cabezas echadas hacia atrás, y Ben también se ríe.

Y por primera vez desde que lo conozco, lo veo pertenecer.

Es uno de ellos, por fin, completamente aceptado. Y yo hice eso por él. El pensamiento debería sentirse bien. En vez de eso, se siente como un puño cerrándose alrededor de mi corazón, porque estoy aquí fuera sola en el frío, viéndolo ser feliz a través de una ventana.

La única persona a la que podría gustarle la yo desordenada y asustada que hay bajo la fachada…

La persona a la que intentaba darle confianza para sostener nuestro trato… nuestra mentira…

La persona por la que, en algún momento, sin saber cómo, empecé a sentir algo…

La persona que me da demasiado miedo arriesgar.

acto 2

trece

BEN

EL DISCO ES un borrón negro contra el hielo blanco, y veo la jugada formándose dos segundos antes de que ocurra.

El delantero rival —un tipo fornido de UMass— cree que tiene un carril limpio hacia la portería. Lleva la cabeza agachada, el palo pegado al disco, toda su concentración puesta en el tiro que está a punto de hacer. Pero lo llevo observando todo el partido, catalogando sus señales, y sé que se relame los labios justo antes de soltar.

Es un patrón, predecible como un bucle de retroalimentación.

Cuando lo veo, me lanzo en plancha.

Mi metro noventa y tres se convierte en una barrera horizontal sobre el hielo, el palo extendido como el brazo de un gigante. El frío me quema a través del equipo mientras me deslizo sobre la superficie congelada, el peso perfectamente distribuido, y en el instante exacto en que intenta apretar el gatillo, le barro el disco limpio de la pala.

Es un golpe quirúrgico. El tipo de jugada que sale en los resúmenes.

Y la grada, joder, estalla.

El rugido me retumba en el pecho, imposible de ignorar. Me incorporo, los patines recuperan el agarre, y el sonido me sigue mientras planeo de vuelta al banquillo. Mis compañeros ya están de

pie, golpeando los palos contra las bandas en un ritmo tribal ensordecedor.

—¡ESE ES MI SASQUATCH! —brama Stiles desde el otro extremo del banquillo—. ¡SE CARGÓ A ESE CABRÓN!

Nash me sonríe, no la mueca habitual que precede a algún comentario humillante, sino genuina.

—¡Kellerman, magnífico cabrón!

Rook me dedica un asentimiento silencioso. Cooper me felicita.

Todos lo hacen.

Y cuando paso la pierna por encima de las bandas y me dejo caer en el banquillo, con los pulmones ardiendo, durante un momento perfecto me siento invencible. No «bueno en el hielo y un desastre en todo lo demás». No «contento mientras no se metan con él directamente».

No, me siento como el rey de mi pequeño imperio helado. Uno más del grupo, aceptado sin condiciones, dentro de las bromas en vez de ser el blanco de ellas. Por una vez, no soy el torpe hermano pequeño al que toleran porque soy bueno en defensa pero al que tienen que proteger.

¿Y la razón?

Un metro setenta de energía desafiante enfundada en una cazadora de cuero.

Cass.

El recuerdo del beso en la fiesta detona en mi cabeza.

La forma en que me agarró la camiseta, su puño pequeño retorciendo la tela. La suavidad de sus labios, tan distinta de las aristas duras que proyecta al mundo. El calor de su boca cuando se abrió para mí, su lengua deslizándose contra la mía con una confianza que yo ni podía soñar.

Y mi reacción.

La dureza de mi erección, imposible de disimular, presionando con insistencia contra su cadera a través de nuestros vaqueros. Y la forma en que ella no se había estremecido, no se había apartado, sino que se había inclinado hacia mí como si ella también lo quisiera, como si estuviera tan perdida en aquello como yo.

Mi mano había bajado para agarrarle el culo, y la había pegado más a mí, ávido y desesperado. Ella había hecho un sonido, ese pequeño jadeo-gemido que todavía oigo cuando cierro los ojos, y saber que yo hice que la intrépida, intocable Cassidy Vance emitiera ese sonido...

Mi cerebro lanza un código de error. Es la misma sensación de cuando cruzo dos cables sin querer y veo un componente encenderse una fracción de segundo antes de quemarse: una subida peligrosa de energía que mi sistema no puede manejar, crepitando por circuitos que nunca fueron diseñados para ese voltaje.

Sacudo ligeramente la cabeza, intentando despejar el pensamiento, y me concentro en el partido. Por suerte, suena la bocina señalando el final del segundo periodo, y todos nos ponemos de pie y enfilamos hacia el túnel, mientras Rook y el entrenador dan indicaciones y órdenes a varios de los chicos.

El vestuario es un caos —una cacofonía de voces superpuestas, el ruido metálico del equipo al ajustarse—, pero la energía es eléctrica, ese zumbido previo a la victoria que te eriza la piel. Vamos ganando 3-0, con control absoluto, y los chicos están montando el show.

Pero por una vez, me incluyen a mí.

Nash está recreando mi barrida para un grupo de chicos, con efectos de sonido incluidos. Stiles se ríe tan fuerte que se atraganta con su Gatorade. Alguien —creo que uno de los novatos— empieza un cántico: «¡SASQ-WATCH! ¡SASQ-WATCH!»

Es todo lo que siempre he querido.

Pero cuanto más lo pienso, más hueco se siente.

Me quito el guante derecho, el cuero húmedo despegándose de mi piel con un leve chasquido húmedo, y me quedo mirando mi propia mano. Esta es la mano que se enredó en su pelo, le sostuvo la mandíbula, bajó por su cuerpo y le agarró el culo con una posesividad que no sabía que era capaz de sentir.

La energía rugiente del vestuario se reduce a ruido blanco.

Están vitoreando a «Kell el Sasquatch», un personaje que empecé a interpretar sin querer, un papel en el que resulta que soy

sorprendentemente bueno. El tipo que se ligó a la chica punk. El tipo que no tiene miedo de dar el paso. El tipo que pertenece al grupo.

Pero la verdad dolorosa y secreta le pertenece a Ben Kellerman.

Y está aterrorizado.

Me quito el otro guante y lo dejo caer en el banquillo.

Porque esta aceptación, este respeto, esta repentina elevación de chiste del equipo a uno más del grupo está construida sobre un andamiaje de mentiras. Una mentira que ella me ayudó a construir, sí, pero una mentira al fin y al cabo. Solo que ahora, después de ese beso, no estoy tan seguro de que sea una mentira.

Al menos para mí.

Me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, con la cabeza colgando.

Ahí fuera, en el hielo, sé exactamente lo que hago. Puedo leer una jugada, anticipar un pase, posicionar mi cuerpo con precisión geométrica para interceptar un tiro. Es causa y efecto. Entrada y salida. Un sistema que entiendo y ejecuto.

Pero en el segundo en que salgo del hielo, en el segundo en que soy solo Ben intentando navegar el mundo incomprensible de la conexión humana, soy un idiota torpe sin esquema, sin guía de diagnóstico y sin forma de aislar la variable.

¿Y lo peor?

No tengo ni idea de qué versión de Cass —de nosotros— es real.

¿Es la que fue amable conmigo, me absolvió del desastre en mi habitación y lo hizo todo bien? ¿La que admitió que sabía lo que se sentía al ser descartado por no encajar? ¿La que bajó la guardia, solo una fracción, dejándome ver a la persona debajo de la fachada?

Porque se había sentido real. Las bromas fáciles. La forma en que la conversación había cambiado, volviéndose más cálida. Había sido como hablar con una amiga de verdad en vez de ejecutar una estafa, como construir algo transaccional que podía crecer hasta convertirse en...

¿En qué, imbécil?

Mi mente se burla de mí, y tiene la voz de Nash.

Ni siquiera lo sé. Solo sé que se sentía bien. Seguro. Como si pudiera ser yo mismo —estrella de hockey que además es un friki

enorme que arregla aparatos rotos en su habitación y se deshace delante de las chicas— y ella no se riera, no se burlara, no se fuera.

Pero luego está la otra versión de ella, y de nosotros.

Había manejado al público en la fiesta como hace en uno de sus bolos, dándome a mí —y a los chicos— exactamente lo necesario para alimentar la mentira y cumplir el objetivo. El beso se había sentido real, para mí, claro. Pero no sé si para ella también.

Y después, ella sí se fue.

Así que no sé.

Amor o mentira.

Real o falso.

Así que al mismo tiempo que me he sentido en la cima del mundo entre los chicos, mi cerebro ha pasado días ejecutando un diagnóstico de lo que hay con Cass, intentando determinar si fue real o no. Y los datos son claros.

Es una artista. Una intérprete. Una chica que vive en un mundo de energía caótica y fuego creativo, que prospera en el caos ruidoso de antros con suelos pegajosos y mosh pits. Su vida es instinto y emoción y expresión cruda, sin filtros. Hace ruido. Exige ser vista.

Yo soy un tipo cuyos momentos más felices involucran un soldador. Vivo en un mundo de lógica y orden, de problemas con soluciones, de sistemas que se pueden arreglar si simplemente aíslas la variable correcta. Hago lo posible por pasar desapercibido, por no destacar, por ser parte del equipo pero nunca estar al frente.

¿Cómo podría ser real?

¿Cómo podría alguien como ella —una tormenta desafiante, caótica y brillante de persona— querer a alguien como yo?

Dios, soy idiota.

Es tan buena actuando. La he visto en el escenario, dominando una sala llena de borrachos imbéciles con nada más que su voz, su guitarra y la pura fuerza de su presencia. Sabe cómo hacer que la gente sienta cosas. Cómo vender un momento.

Me agarró la camiseta, tiró de mí hacia abajo y me besó con la cantidad justa de pasión para venderle la mentira a Nash y a los chicos. Sabía lo que hacía. Lleva haciéndolo toda la vida, emitiendo una versión de sí misma que la gente no puede ignorar.

¿Y si soy el único que creyó que fue real?

¿Y si eso fue todo?

¿Y si no fue más que la actuación de una actriz muy, muy buena?

La humillación de esa posibilidad es casi insoportable. Sería el idiota que se tragó la actuación, el patético novio falso que desarrolló sentimientos reales y malinterpretó cada señal porque estoy tan desesperado por conexión que la veo donde no existe.

Así que no, real o no, da igual.

Porque no puede pasar.

Así que, real o no, tengo que respetar el acuerdo.

Se lo debo.

Mañana por la noche, apareceré en su bolo como prometí. Seré exactamente el freno visible e inofensivo que me contrató para ser. Me plantaré cerca del escenario, me aseguraré de que nadie se pase de manos y le demostraré a Frank, el dueño del bar, que tiene a su «gente» bajo control. Y si pasa algo, la ayudaré.

Y no lo haré raro actuando como si el beso hubiera sido real.

Porque eso sería egoísta. Ella me dio esta aceptación, esta pertenencia, esta repentina elevación de chiste del equipo a igual respetado. Me dio el escudo social que necesitaba desesperadamente, y lo hizo sin juzgar, sin burlarse, y con una generosidad que no merezco.

Poner nombre a mis sentimientos reales sería lo más egoísta que podría hacer. Le pondría a ella la carga de rechazarme, de admitir que el beso fue falso, de arrebatarme el regalo que acaba de hacerme. La convertiría en la mala por no corresponder sentimientos que nunca pidió, nunca invitó, nunca quiso.

Y después de todo, le debo algo mejor que eso.

Ella cumplió su parte.

Ahora me toca a mí cumplir la mía.

El entrenador Pearson se aclara la garganta, su voz cortando el ruido.

—¡Muy bien, señoritas, muevan el culo de vuelta ahí fuera! ¡Tenemos un partido que terminar!

Los chicos empiezan a salir en fila, la energía subiendo de nuevo, y me obligo a seguir a mi equipo de vuelta hacia el hielo. El ruido del

pabellón me golpea como un muro cuando entramos al túnel: el rugido del público, el estruendo de la bocina, el golpeteo del bajo del sistema de sonido.

Es abrumador y me ancla al mismo tiempo.

Porque durante otros veinte minutos me sacará de mi maldita cabeza.

Pero mientras tomo mi posición, no puedo evitar pensar —una última vez— cuánto deseo que lo de Cass pudiera ser real. Porque quiero a la chica que me entiende, la chica que me besó así, pero la respeto demasiado para forzar la pregunta, romper nuestro acuerdo y hacerlo raro.

Pero si alguna vez decide abrir esa puerta —si alguna vez me da la más mínima señal de que esto podría ser más que una actuación — me digo que la cruzaré sin dudar. Pero tiene que ser su decisión, porque es un regalo que le corresponde dar a ella, no a mí exigir.

Hasta entonces, apareceré y haré mi trabajo.

catorce

CASS

EL AULA de seminarios del edificio de música se siente como territorio enemigo.

Mientras me deslizo en mi asiento de siempre —tercera fila, lado izquierdo, lo bastante cerca para parecer atenta pero lo bastante atrás para esquivar el fuego directo— e intento componer una expresión que se parezca a la seguridad, mi cazadora de cuero cruje cuando saco el cuaderno.

Es como un anuncio: ¡La rara punki ha llegado!

Los demás ya han desplegado su arsenal: portátiles, hojas subrayadas y revistas académicas en pilas ordenadas. Yo tengo un cuaderno de espiral maltrecho cubierto de garabatos de Sharpie y una presentación que emborroné en él.

Solo sobrevive a esto.

Pero antes de que pueda rayarme con la presentación que tengo bastantes papeletas de cagar, capto las voces emocionadas de los dos chicos de la fila de delante, inclinados sobre la pantalla de un teléfono.

—Tío, ¿viste el golpe de Kellerman en el tercer periodo? —La voz del chico vibra de entusiasmo—. Aplastó al tipo de UMass.

Su amigo asiente.

—Mi compañero de cuarto me mandó como cinco ángulos distintos. Ese tipo es una puta bestia.

Me hundo más en el asiento, componiendo una expresión de desinterés calculado, evitando la pantalla a toda costa. Porque si lo viera, lo vería a él. Y si lo viera a él, recordaría la fiesta. El beso. La forma en que me sostuvo como si fuera algo precioso en vez de algo volátil.

Llevo días enterrando ese recuerdo, porque en el segundo en que me permita creer que fue real, en el segundo en que me permita querer que fuera real, me arriesgo a que descubra que la persona debajo de la actuación es un fraude. Entonces se irá, y los dos saldremos heridos.

Él no se merece eso, y yo no puedo soportarlo.

Así que he hecho lo posible por archivar todos los pensamientos sobre lo «real» en el mismo cajón mental donde guardo las otras cosas que no puedo afrontar: mi saldo bancario, los mensajes de voz de mi madre, la certeza de que soy una intrusa que se coló por la puerta de servicio de esta universidad y está a segundos de ser descubierta.

Como si le hubieran dado pie, el Dr. Atwood —sesenta y tantos, gafas de montura metálica, coderas en la chaqueta— avanza a zancadas hasta el frente del aula. Deja su maletín de cuero con un suave golpe y nos examina con la mirada plácida de un científico catalogando bacterias.

—Buenas tardes —dice, con esa voz de autoridad académica pulida que dice nunca he dudado de mi derecho a este podio, y ustedes tampoco deberían—. Como saben, hoy comenzamos las presentaciones de mitad de semestre. Constituyen el treinta por ciento de la nota final.

Glup.

—Estas presentaciones son su oportunidad de demostrar no solo comprensión de la teoría musical, sino un riguroso compromiso de nivel universitario con la teoría musical y dominio de la misma. —Su mirada barre el aula y aterriza en mí—. Desafíennos. Hágannos pensar. Señorita Vance, usted es la primera.

Doble glup.

Recojo mis apuntes con manos que solo tiemblan un poco y me abro paso hasta el frente. Mis botas militares suenan como redobles

de tambor contra el suelo pulido, cada paso anunciando mi llegada al pelotón de fusilamiento. Mientras camino, siento todas sus miradas, sus ojos en blanco, sus muecas de desprecio, sus sonrisitas.

Que se jodan. Te sabes esto. Lo has vivido.

Pongo el cuaderno en el atril, aferrándome a los bordes hasta que los nudillos se me ponen blancos. Entonces me lanzo a mi defensa de la disonancia armónica en el punk rock, usando como ejemplo «London Calling» de The Clash y «Holiday in Cambodia» de Dead Kennedys.

—Son dos canciones cuyas progresiones de acordes caóticas son la encarnación sonora del colapso social —digo—. Demuestran que la disonancia en el punk no es un fallo de destreza musical, sino una elección política y musical deliberada.

Sigo adelante. Argumento que, en el punk, la «fealdad» es el objetivo: un rechazo de lo pulido y digerible de la música convencional. Que no se puede separar la música de la furia y del mundo que la parió. Es cuesta arriba, porque esta es un aula llena de gente que toca instrumentos clásicos y se masturba los fines de semana debatiendo Bach contra Tchaikovsky.

Pero durante unos minutos gloriosos, funciona. Mi pasión en bruto me lleva por los ejemplos y me siento casi brillante. Una chica en la primera fila —Claire, una violinista con postura perfecta— asiente mientras descompongo el trítono de «Holiday in Cambodia», su expresión genuinamente interesada. Y durante un segundo peligroso, me permito creer que quizá pertenezco aquí.

Entonces empiezan las preguntas.

El Dr. Atwood junta las manos.

—Una tesis interesante, señorita Vance —dice, y sé de inmediato que estoy jodida—. Pero me gustaría profundizar en su análisis armónico de «London Calling». Usted identifica la línea de bajo inicial como una progresión cromática descendente. ¿Puede describir, en términos técnicos, cómo funciona esa progresión dentro del centro tonal general de la canción?

Mi pensamiento se detiene en seco.

Conozco la sensación de esa línea de bajo. La conozco en los huesos, en la forma en que me aprieta el pecho y me acelera el pulso. Sé que es oscura y amenazante e inestable, una manifestación musical del pavor. Pero el lenguaje técnico —el análisis con números romanos, las reglas de conducción de voces, el vocabulario armónico funcional— es un idioma extranjero que solo he aprendido a medias, y bajo su mirada fría, cada palabra se evapora.

Abro la boca.

No sale nada.

Mi cerebro es un revoltijo de estática.

¡Mierda! ¡Di algo! ¡Di lo que sea!

Pero lo único que oigo es la voz del Crítico, aquel estudiante de posgrado que me había hecho sentir tan inteligente hasta que le mostré una grieta en la armadura. Solo eres una chapucera de tres acordes con una cara bonita.

—Es… cromático —consigo decir al fin, con la voz vacilante—. Desciende por semitonos, creando tensión. Desestabiliza la tónica.

—Sí —dice, con un tono condescendientemente paciente que me eriza la piel—. Pero ¿cómo desestabiliza la tónica? ¿Cuál es la relación entre el descenso cromático y el ritmo armónico de la canción? ¿Estamos ante una modulación real, o es una prolongación de la dominante?

¡No lo sé! ¡No tengo ni puta idea!

Y si no lo sé, suspendo la presentación. Si suspendo la presentación, mi nota se hunde. Si mi nota se hunde, hay muchas posibilidades de que pierda la beca. Las fichas de dominó ya están cayendo y yo estoy aquí de pie, en silencio, la chica de Camden que no pertenece a este lugar.

Y pronto, que quizá no pueda ni permitírselo…

Balbuceo una respuesta, hilvanando términos de libro de texto a medio recordar, y puedo ver el momento exacto en que deja de escuchar. No me interrumpe —es demasiado educado para eso—, pero casi es peor, porque simplemente espera, con paciencia infinita, a que termine de cavar mi propia tumba.

Intento un enfoque distinto: hablar de cómo se siente la línea de bajo en la interpretación, de cómo responde el público a esa inestabilidad, de la reacción visceral que genera. Porque quizá si puedo tender un puente entre lo que sé con las tripas y lo que él quiere oír en lenguaje académico, yo…

—Eso es anecdótico, señorita Vance —dice, matando la idea—. Le estoy pidiendo un análisis armónico, no una observación sobre la interpretación.

El rechazo es quirúrgico.

Hace otra pregunta. Luego otra. Cada una más precisa que la anterior, diseñada no para explorar mis ideas sino para exponer sus debilidades. Para la quinta pregunta, estoy empapando la camiseta de sudor, se me quiebra la voz, mi armadura se desintegra en tiempo real.

Bajo la vista a mis apuntes, desesperada, y capto movimiento con el rabillo del ojo. Claire, que minutos antes asentía con interés, ahora estudia su portátil con esa concentración intensa que la gente usa cuando evita deliberadamente a un yonqui en el transporte público.

Cuando asesta el golpe de gracia, su voz es amable.

—Su análisis, señorita Vance, es, como de costumbre, instintivo pero técnicamente poco sofisticado.

Amable, claro, pero las palabras aterrizan como un puñetazo en el esternón.

Me quedo congelada en el atril mientras continúa.

—Tiene usted una pasión genuina, lo cual es encomiable. Pero la pasión sin rigor técnico es simplemente… ruido. Así que le recomendaría dedicar más tiempo a los textos fundamentales antes de intentar un análisis de esta complejidad.

Los otros estudiantes —los de notas perfectas y años de formación clásica, los que crecieron con pianos de cola Steinway en el salón y padres que podían pagar tutores privados— miran fijamente sus cuadernos. Su silencio colectivo es una confirmación ensordecedora de mi fraude.

Me han marcado públicamente.

Una música que ni siquiera habla el idioma de la música.

El tono del Dr. Atwood es definitivo.

—Gracias, señorita Vance. Puede sentarse.

Recojo mis apuntes con manos temblorosas, casi tirando el cuaderno entero. Vuelvo a mi asiento en piloto automático, con la cara ardiendo, y no levanto la vista en el resto de la clase. Porque si cruzo la mirada con alguien, si veo el más mínimo destello de lástima o condescendencia, me haré pedazos.

❄

De vuelta en mi habitación, me estoy desmoronando.

Voy y vengo por el espacio abarrotado, mis botas dejando marcas nuevas en el suelo ya mugriento. La habitación parece la escena de un crimen donde la víctima fue «la vida adulta básica» y, peor aún, cuando tengo la idea de hacerme un café para calmarme, hay moho verde grisáceo y peludo dentro de la taza.

Esto. Esto es lo que soy. Un desastre con el que nadie quiere lidiar.

La dejo con más fuerza de la necesaria, cerámica chocando contra madera, y retomo el ir y venir, un animal enjaulado gastando un surco en el suelo. Mientras lo hago, encuentro nuevas formas de confirmar que soy un fraude. Una chapucera. Un desastre sin sofisticación que pasó raspando a base de talento en bruto y ahora está siendo expuesta.

Y lo peor es que tiene razón.

Soy instintiva.

No tengo el vocabulario técnico.

Aprendí música de oído, a base de sentir, robándole la vieja guitarra a mi padrastro.

Nunca tuve clases de piano ni tutores de teoría ni una infancia en la que pudiera «explorar mis dones artísticos» en vez de averiguar cómo comer, y ahora lo estoy pagando. Porque aunque la universidad —todas las universidades— se llenan la boca hablando de inclusión y equidad, la realidad parece un chiste cruel.

Voy a mi guitarra, mis dedos rozando las curvas. Debería tocar. Tocar siempre ayuda. Es lo único que tiene sentido cuando todo lo demás es caos. Pero cuando la levanto, acunando el peso familiar, las manos no me obedecen.

Me acerco a la ventana, presionando la frente contra el cristal frío. El campus se extiende abajo —estudiantes cruzando la explanada, mochilas al hombro, moviéndose por sus vidas con la confianza fácil de la gente que pertenece— y me siento como una prisionera mirando el mundo desde dentro.

¿Mi crimen?

Fraude.

En este instante de profunda inutilidad, mi cerebro desesperado salta al único momento reciente en que me sentí vista y deseada. Ben. El beso. Se había sentido real y yo me había sentido eléctrica y, durante unos pocos minutos robados, como si no estuviera sola.

¿Y si fue real? ¿Y si pudiera llamarlo y él simplemente… apareciera?

Durante un segundo fugaz, me permito aferrarme a esa posibilidad. Pero a estas alturas debería saber que la esperanza es la droga más peligrosa, porque me hace vulnerable. Me hace blanda. Me convierte en el tipo de chica a la que destrozan cuando el chico del que se está enamorando se da cuenta de que no vale la pena.

Ya decidí en la fiesta que el beso tenía que seguir siendo falso, y no puedo recaer ahora, no cuando me siento así de expuesta y rota. Así que me aparto de la ventana, mi reflejo fantasmal en el cristal, dejando que mis instintos cínicos y autoprotectores retomen el control.

Ni hablar. Es ingeniero. Todo líneas limpias y lógica. Construye cosas que funcionan. ¿Por qué mierda te iba a querer a ti?

Mi ampli zumba porque no puedo arreglarlo. Mis presentaciones son «poco sofisticadas» porque nunca aprendí el lenguaje adecuado. Mi habitación es un desastre porque no soy capaz de mantener mi vida en orden ni para lavar la ropa. Mis shows son una carnicería, energía maníaca y desenfrenada.

Todo se junta para demostrar que estoy fundamental e irreparablemente rota y soy caótica de maneras que Ben —alguien

que soluciona problemas con precisión metódica, cuyo mundo entero funciona con lógica y orden, que le tiene miedo hasta a su propia sombra— nunca podría entender ni aceptar.

Y si se acercara más, si viera más allá de la actuación y la punki follable cargada de maquillaje y ropa provocativa, vería la misma cosa desordenada y fraudulenta que vio el profesor, que ven todos los tipos, y se iría.

El Fan retrocedió ante mis lágrimas.

El Adicto a la Adrenalina se asqueó de mi miedo.

El Crítico convirtió mi inseguridad en un arma.

Frank me ve como un lastre.

Joel piensa que soy poco profesional.

Y sé con una certeza que retuerce las entrañas que si Ben se acercara más, pasaría lo mismo. Porque con todos estos tipos, el personaje es deseable, pero la persona es un lastre. Esa es la regla, y las reglas no se rompen solo porque quieras.

Pero aun así, hay un parpadeo horrible de esperanza que no consigo matar del todo. Y mientras me hundo en la cama, desesperada por que alguien me abrace y me ayude, agarro el teléfono. Mis dedos flotan sobre la pantalla, una súplica necesitada formándose en mi cabeza.

Pero ¿qué le diría siquiera?

Mira, tenemos que hablar de ese beso.

No.

Ben, te necesito de verdad…

Y una mierda.

Las palabras brillan ahí, a medio formar, una confesión que jamás enviaré.

Porque si le escribo, ¿entonces qué?

Se presenta, ve la zona catastrófica de mi habitación, me observa rayarme hasta convertirme en el desastre ansioso que en realidad soy debajo de la cazadora de cuero y la presencia escénica, y entonces… ¿qué? ¿Decide que le va eso? ¿Decide que la chica desastrosa es justo lo que necesita cuando no puede hablar con chicas normales sin salir corriendo?

No.

Saldrá corriendo.

La Retirada Kellerman.

O, incluso si por algún milagro se queda más de cinco segundos, hará lo que hacen todos. Se dará cuenta de que la fantasía no coincide con la realidad. Y cuando lo haga, dolerá más que con cualquiera de los otros porque me permití tener esperanza.

Lanzo el teléfono sobre la cama, con fuerza, porque al caer la primera lágrima me doy cuenta de que estoy furiosa. Con el profesor… conmigo misma… claro. Pero también, justo o no —bueno, no— con él. Porque él y la idea de un nosotros no son un salvavidas. Es una trampa que me destripará en el segundo en que baje la guardia.

Necesito cortar esto de raíz.

Ya.

Mi determinación se endurece, fría y afilada. Necesito recordarle —y recordarme— lo que es esto. Una transacción. Negocios. Él consigue su escudo social, yo consigo mi espantapájaros humano. Limpio. Simple. Seguro. Así que cuando vuelvo a coger el teléfono, tecleo un mensaje corto que cerrará esta puerta de un portazo para siempre.

Cass: Mañana. O'Neil's. 10:00 p.m.

Frío.

Firme.

Logística.

Pulso enviar antes de poder pensármelo dos veces. El mensaje se envía con un suave silbido. Ya está. Hecho. La línea está trazada. Volvemos al acuerdo, a la transacción segura y sin emociones donde nadie sale herido porque nadie se acerca lo suficiente para hacer daño.

Porque ya estoy bastante dañada.

quince

BEN

«NO ES EL SENSOR, Kellerman. Es el código.»

Anya golpea la traza del osciloscopio con la punta del bolígrafo, y su voz tiene la tensión de esa frustración agotada que llega después de tres semanas de pruebas de laberinto fallidas. Está encaramada en un taburete de laboratorio, el pelo largo y oscuro recogido en una coleta despiadadamente eficiente, las gafas ligeramente torcidas.

Suspira. «Mira la salida de voltaje… está por todas partes porque el algoritmo no está compensando el ruido.»

Me acerco a la pantalla, siguiendo con la mirada la forma de onda irregular. Parece el electrocardiograma de alguien en pleno ataque de pánico, con picos y caídas erráticas que no tienen ningún sentido. Pero no es caos aleatorio. Hay un patrón enterrado ahí si sabes dónde mirar.

«No, está leyendo ruido porque la fuente de alimentación fluctúa», replico, y mi propia frustración va en aumento. «Hay una caída de medio voltio cada vez que el motor demanda corriente, y ese ruido se propaga por todo el sistema, desajustando la calibración del sensor. No es el código…»

Anya se ajusta las gafas, entrecerrando los ojos ante la traza como si la hubiera ofendido. «¿Entonces dices que tenemos que rediseñar la distribución de alimentación?»

«Digo que tenemos que aislar el sensor de la línea de alimentación del motor.» Ya estoy cruzando hacia la pizarra, agarrando un rotulador. «Regulador independiente, ruta de tierra limpia, y asegurarnos de mantener las líneas de alta corriente lejos de la analógica de precisión.»

El rotulador chirría contra la pizarra mientras dibujo el circuito nuevo: un regulador lineal 7805, un filtro LC en la salida, condensadores de baja ESR para eliminar el ruido de conmutación. Es elegante y limpio, el tipo de solución que hace que todo lo demás encaje en cuanto la ves.

«Eso son otras cuantas semanas de trabajo, como mínimo», me interrumpe Anya, cruzándose de brazos. «No tenemos tiempo.»

«No tenemos tiempo para no hacerlo», le devuelvo. «Si el sensor sigue derivando, Theseus va a estrellarse contra las paredes como un novato borracho a las dos de la madrugada, y estamos jodidos. ¿Quieres explicarle al tribunal de evaluación por qué nuestro robot "autónomo" necesita niñera?»

Se le tensa la mandíbula. «Quiero explicar por qué llegamos tarde porque tú insististe en bañar en oro la fuente de alimentación.»

«No es bañarla en oro.» Suspiro. «Es la diferencia entre un robot que funciona y un robot que es un adorno de jardín.»

La discusión continúa, nuestras voces bajas e intensas en el laboratorio vacío. Y en algún rincón de mi mente, se forma una pregunta: ¿por qué cojones puedo hablar con esta chica, aquí, sobre estas cosas, cuando hablar con cualquier chica en plan romántico implica un giro de ciento ochenta grados y una retirada?

La respuesta es tan clara para mí como la fuente de alimentación del robot.

Este es el mundo que entiendo. Los problemas tienen soluciones. Puedes rastrear cada fallo hasta su causa raíz. Y esta es una chica que entiendo y que me entiende. Somos colegas, no amantes, y los dos funcionamos de maneras predecibles y respetamos las opiniones y los intereses del otro.

«Kellerman», dice, cortando mis pensamientos. «Son las ocho y cuarto.»

Sigo su mirada hasta el reloj montado sobre la puerta del laboratorio.

El segundero pasa del tres.

Las 20:15.

«¿No tenías que irte a las ocho?»

Joder.

La revelación no llega de golpe. Es un fallo en cascada —del tipo en que un componente se dispara, luego el siguiente, y entonces todo el sistema se desploma en una reacción en cadena hermosa e imparable— porque el bolo de Cass empezó a las ocho, el local está a veinte minutos corriendo al otro lado del campus…

…y ya llego tarde.

Ella cumplió su parte del trato a la perfección, y yo prometí presentarme. ¿Y si está recorriendo el público con la mirada ahora mismo, buscándome? ¿Y si algún gilipollas le dijo algo o la tocó y yo no estaba allí para intervenir? ¿Y si piensa que simplemente me olvidé?

«Tengo que irme», digo, y las palabras me salen estranguladas.

Anya me mira fijamente. «No hemos terminado…»

Pero ya me estoy moviendo, agarrando la mochila del suelo. «¡Lo siento!»

No espero su respuesta.

Salgo disparado de la sala, bajo las escaleras de dos en dos, y en cuanto estoy fuera, echo a correr. No a trotar. A correr. La mochila golpeándome la espalda con cada zancada, la respiración en jadeos cortantes que me queman los pulmones en el aire frío de la noche.

La explanada del campus sur pasa borrosa, las farolas estirándose en líneas anaranjadas mientras corto por el césped tieso de escarcha en vez de seguir el camino. Mis botas resbalan en una placa de hielo cerca de las escaleras de la biblioteca, y durante un segundo aterrador estoy en el aire, pero me salvo. Por los pelos.

Seguir corriendo.

La culpa es un peso físico en mi pecho, aplastante y asfixiante. No es la vergüenza abstracta de suspender un examen o decepcionar a mi madre; es el dolor específico y quirúrgico de traicionar a alguien que confió en mí y se molestó en ayudarme.

Los pulmones me gritan y las piernas me arden, pero no aflojo. La entrada del campus norte aparece más adelante, las barras de hierro forjado resbaladizas de condensación. No reduzco la velocidad, simplemente salto el muro bajo de piedra que hay al lado, mis zapatillas crujiendo sobre la grava al aterrizar mientras sigo esprintando.

Cuando llego al bar, llevo oficialmente veinticuatro minutos de retraso.

Irrumpo por las puertas, hecho un desastre sudoroso, y el muro de sonido me golpea.

Es algo físico, un riff de guitarra crudo y distorsionado superpuesto al golpe atronador de la batería y una línea de bajo que siento vibrar en mi esternón como un segundo latido. Y entonces la veo, en el escenario y claramente fuera de peligro, y la imagen me deja sin aliento por razones que no tienen nada que ver con el sprint.

Es una fuerza de la naturaleza, su pelo rubio despuntado oscurecido por el sudor y pegado a la frente y a los lados de la cara. Su expresión es de una concentración pura y feroz mientras se lanza a un solo abrasador, los dedos volando por el diapasón.

Pero es diferente de la última vez que la vi. Hay una rabia en esta actuación, toda energía contenida y poder desafiante, su cuerpo moviéndose con la música de una manera que es a la vez primitiva y controlada. Y el público está metido, cabezas asintiendo, puños al aire y el mosh pit removiéndose.

Está en su elemento.

Es una puta estrella del rock.

Y yo tengo suerte de tener entrada para verla.

Me deslizo a lo largo de la pared del fondo, intentando hacerme invisible, y mi atención se desvía hacia su amplificador. Es el que me había mencionado, diciéndome que era especial y que su compañero de banda —¿Joel?— quería que lo reemplazara. Está lleno de golpes, y la tela de la rejilla está rasgada en una esquina.

Pero el sonido… Dios, el sonido.

Puedo oír la hermosa y cálida saturación de esas válvulas clásicas, la compresión natural cuando las empuja justo más allá de

su límite, la manera en que las notas florecen y se sostienen con una riqueza armónica preciosa que el modelado digital nunca consigue replicar del todo.

Pero debajo, como una infección persistente, está el zumbido.

Eso podría arreglarlo.

El pensamiento es inmediato y vívido. Su amplificador en mi banco de trabajo, el chasis abierto, mis manos rastreando la ruta de tierra con un multímetro, aislando el fallo y dejándolo limpio. Dame una tarde y un soldador, y podría hacer que esa cosa cante sin el zumbido.

Y entonces el pensamiento cambia de nuevo, más oscuro y más caliente. Ella en ese mismo banco de trabajo, queriendo darme las gracias. Sus piernas enroscadas alrededor de mis caderas, esos ojos azules feroces clavados en los míos mientras la follo contra las herramientas esparcidas y las bobinas de estaño.

Mis manos agarrándole los muslos, sintiendo el calor de sus piernas a través de las medias de rejilla rotas. Sus uñas clavándose en mis hombros mientras jadea mi nombre, porque me quiere dentro, llenándola, haciéndola sentir tan bien como haría sonar ese amplificador: pura perfección.

La fantasía es tan vívida que casi puedo sentir la mordida de sus dientes en mi cuello, saborear la sal del sudor en su piel. Pero incluso mientras el pensamiento se forma, algo más oscuro lo devora entero, tirándome de culo al suelo como siempre que hablo con —o pienso en— chicas que me gustan.

Puedes arreglar aparatos rotos, pero ni de coña puedes arreglar lo que sea que está roto en ti que te hace creer que una chica así podría quererte alguna vez. Porque la cagarías, Kellerman, siempre la cagas. Te quedas callado, o dices demasiado, pero nunca haces lo correcto.

La fantasía se desvanece, y me doy cuenta de que mi mente —la muy cabrona— tiene razón. Porque viéndola dominar el escenario con una confianza que ni siquiera empiezo a comprender, viendo cómo el público se mueve por ella como si fuera una especie de directora de orquesta punk rock y ellos su orquesta, veo que es verdad.

Una chica como esa nunca podría quererme.

Ella vive en un mundo de escenarios y focos y emociones crudas y sin filtrar, un mundo donde la vulnerabilidad es moneda de cambio y el miedo es solo otra nota que tocar. Puede entrar en una sala llena de extraños hostiles y hacer que la adoren con nada más que una guitarra y su voz.

Ella está ahí arriba, y yo estoy aquí abajo.

Y es exactamente donde me corresponde estar.

Agarro el borde de una mesa pegajosa, la veta de la madera áspera bajo mi palma.

Eres el espantapájaros. Estás aquí para hacer un trabajo. Siente cosas en tu tiempo libre.

Pero a mi cuerpo le da igual el veredicto de mi cerebro.

Ella cambia el peso, las caderas balanceándose con el ritmo mientras transiciona al puente, y una espiral caliente y dolorosa de puro deseo físico se tensa en la parte baja de mi estómago. Es inmediata y visceral: el tipo de deseo que esquiva el pensamiento por completo y va directo a las tripas y a la entrepierna.

Observo cómo su camiseta de banda rasgada se le pega al torso, húmeda de sudor, la tela dibujando la curva de sus pechos mientras se inclina hacia el micrófono. Cómo se le mueve la garganta al cantar. La intensidad feroz y concentrada en sus ojos mientras recorre al público con la mirada, buscando algo.

Problemas, quizá, o simplemente la confirmación de que siguen con ella.

O quizá me está buscando a mí, dándose cuenta de que nunca aparecí.

Quiero sentir esa energía que desprende su piel. Que esa atención feroz y concentrada vuelva a posarse sobre mí como en la fiesta, cuando me besó como si importara. Besarla sin público, sin guion, solo porque yo quiero y ella quiere que lo haga.

Dios, Kellerman. Contrólate.

Me obligo a respirar. Y otra vez. Reprimo el deseo con brutalidad, la supresión un esfuerzo físico, un muro mental construido ladrillo a ladrillo sobre la traicionera punzada en mis tripas y la dureza que presiona contra mi cremallera.

Ella cumplió su parte en la fiesta. Me toca a mí devolver la deuda.

Mi atención se estrecha con una resolución nueva y desesperada mientras me enderezo, forzando la mirada lejos de ella y hacia el público. Porque, intento engañarme, no soy un desastre de sentimientos. Soy ingeniero, y ella me señaló un problema que necesita solución.

Examino la sala.

Hay un portero cerca del frente del escenario: un tío grande con camiseta negra, brazos como si levantara barriles para hacer cardio, observando el mosh pit con la vigilancia aburrida de alguien que ha visto esta escena cien veces con cien bandas distintas.

Hay un tío en primera fila con los ojos clavados en Cass. Veintipocos, polo, corte de pelo de hermandad. Pero incluso mientras su mirada le sube y baja por el cuerpo de una manera que me hace apretar la mandíbula hasta doler, no me da sensación de amenaza.

Solo un gilipollas. Ella sabe manejar a los gilipollas.

En esto soy bueno. Sistemas. Patrones. Problemas. Soluciones.

Puede que no sea capaz de hablar con una chica sin tartamudear, pero puedo identificar variables, predecir resultados y calcular riesgos. Y, mientras lo hago, las canciones se funden unas con otras y el público sigue desplazándose como un organismo vivo, contrayéndose y expandiéndose con el ritmo de la música.

Entre canciones, durante pausas breves cuando ella retrocede del micrófono para ajustar un pedal o dar un trago de agua de una botella al borde del escenario, intento que me vea. Pero incluso cuando su mirada barre el público —la primera fila, la barra, la pared del fondo donde estoy yo— no lo capta.

Mi saludo.

Cada vez, vuelve a la música, atacando la guitarra con ferocidad renovada. Y durante todo el show, me doy cuenta de que está tocando enfadada. Lo oigo en el gruñido de su voz, en la forma en que castiga las cuerdas, en el golpe seco y percusivo de sus botas contra el escenario.

Pero no es solo eso. Las canciones son más rápidas, más duras, el tempo implacable. Joel, el bajista, no para de lanzarle miradas, confundido, mientras lucha por seguirle el ritmo. El batería está enganchado, pero claramente esforzándose por seguirla a cualquier territorio caótico al que los arrastra.

Suenan increíbles, pero sé que algo va mal.

Con ella.

¿Alguien le dijo algo? ¿La tocaron? ¿Es por eso que toca como si quisiera quemar el edificio entero?

Cambio de posición, buscando un mejor ángulo de las primeras filas, escudriñando el origen de lo que la ha disparado. Pero no puedo escapar de la lógica ineludible de que probablemente está cabreada conmigo, porque ella cumplió su parte del trato.

Y yo jodí la mía.

dieciséis

CASS

LA MULTITUD FRENTE al escenario es una masa agitada, sudorosa, pura energía.

Justo como me gusta.

Sobre todo hoy.

Este es mi espacio seguro. El único lugar donde el miedo a ser una farsante retrocede y el caos es mío, bajo mi control. El lugar donde ningún tío puede tocarme. Y mientras ataco mi guitarra con precisión brutal, estirando una nota en el mi agudo hasta arrancarle un grito, es una distracción bienvenida del desastre crudo y dentado que llevo dentro del pecho.

Porque ni siquiera aquí puedo escapar de la realidad.

No está aquí.

Te pusiste su camiseta.

Lo besaste delante de todos.

Lo hiciste quedar bien, lo convertiste en uno más del grupo, ¿y dónde coño está?

¿Pensaste que podía ser real?

¡Ja! ¡Jodida idiota!

El pensamiento es una cuchilla dentada arrastrándose por mi cerebro. Lo entierro con otra progresión de acordes furiosa, la distorsión floreciendo a través de mi amplificador —la parte buena,

esa ruptura cálida que hace cantar las notas— mientras la camiseta de la banda se me pega a la espalda, empapada de sudor.

Me inclino hacia el micrófono, escupiendo el último verso con un gruñido, y la multitud responde con puños en alto y gritos guturales. Les encanta esto. Les encanta el espectáculo, la función de la chica punk cabreada con las medias de rejilla rotas y la actitud de que se jodan todos.

Pero no me quieren a mí.

Nadie.

Aunque estoy empujando el tempo más allá de lo habitual, los chicos me siguen el ritmo. La línea de bajo de Joel me vibra en las costillas, firme e implacable. La batería de Milo es una máquina, empujándonos hacia delante con una precisión que debería resultar reconfortante. Y durante unos compases, a pesar de la rabia que me revuelve el estómago, todo encaja.

Piso la cuña del monitor con la bota, inclinándome sobre el acople.

Tengo el control. Soy una diosa. Aquí es donde pertenezco.

Mis ojos barren la multitud por lo que parece la centésima vez, buscando un destello de rizos castaños, el volumen inconfundible de un cuerpo de metro noventa y tres que no puede esconderse ni cuando lo intenta. Nada. Y esta vez no es la Retirada Kellerman, porque para retirarte primero tienes que aparecer.

Consiguió lo que necesitaba de mí y siguió adelante.

El patrón se mantiene, ¿no?

Hago la transición al puente, la mano izquierda martilleando un riff a toda velocidad, todo aristas y agresión. Las cuerdas se me clavan más hondo en las yemas de los dedos, y agradezco el escozor. El dolor físico es limpio. Es simple. No miente sobre lo que es ni finge ser algo más. No me juzga ni me encuentra deficiente.

Un tío en la segunda fila me está grabando con el móvil, el brillo azul de la pantalla iluminándole la cara. Quiero arrancárselo de las manos de un manotazo, pero en vez de eso le enseño los dientes mientras golpeo el acorde final, sostenido. Me inclino sobre el acople, estirando la nota hasta convertirla en un grito primitivo que llena todo el bar.

Esto es. El crescendo perfecto y caótico.

El momento en que toda la sala debería estallar.

Y entonces mi amplificador se rebela.

El rugido precioso colapsa en un chillido agudo y repugnante de acople descontrolado, un aullido estridente que desgarra el bar. Aparto la mano de las cuerdas de un tirón, pero no se detiene. El acople se retroalimenta, trepando más y más alto, una humillación pública transmitida a cada persona en esta sala.

No. No, no, no…

Algunas personas en la multitud hacen una mueca, la cara arrugada. Alguien cerca de la barra se tapa los oídos de hecho y se da la vuelta. El tío que estaba grabando baja el móvil, su expresión pasando de la emoción a algo que se parece incómodamente a la lástima.

Me giro de golpe, las manos temblándome mientras busco a tientas el potenciómetro de volumen del amplificador, los dedos resbalándome en las estrías metálicas. Le doy un giro brusco, cortando la señal, y el chillido muere con un golpe seco y sin gracia que de alguna forma se siente peor que el ruido en sí.

El momento se ha roto.

La magia se ha ido.

Al otro lado del escenario, mis ojos se encuentran con los de Joel.

Niega con la cabeza, la mandíbula tensa, su expresión un veredicto final.

Amateur.

La palabra que usó el profesor resuena en mi cráneo, ahora confirmada por la traición de mi propio amplificador. Y cuando me obligo a girarme de nuevo hacia el público, me doy cuenta de que la energía de la sala ha cambiado. Unas pocas personas aplauden, el sonido disperso y obligatorio, muriéndose antes de poder crecer.

El set ha terminado.

Me dirijo al borde del escenario, pero Joel me intercepta, pateando la pata de un soporte de platillo con la fuerza suficiente para hacerlo tambalearse, el estruendo metálico cortando el ruido

del bar tras la actuación. La gente cercana mira de reojo y aparta la vista enseguida.

—Dijiste que lo arreglarías hace tres semanas —sisea Joel, la voz baja y venenosa, la cara a centímetros de la mía. Sus ojos oscuros son duros, implacables—. Me miraste a los ojos y me dijiste «me encargo, Joel». Entonces, ¿por qué sigue zumbando como una nevera rota?

Arranca un cable de corriente de la pared con violencia enfática, el enchufe desprendiéndose y quedando colgando inútil en su mano.

—Llamó el Troc —continúa—. Escucharon nuestra cinta en directo. Nos llamaron banda de garaje. Como si fuéramos tres críos que no saben ni afinar su propio equipo. —Tira el cable al suelo, que golpea con un chasquido patético—. Ese ampli nos está matando. Nos está matando la oportunidad de conseguir algo real y tú no haces nada al respecto.

Las palabras aterrizan como golpes físicos, cada una dando en el mismo nervio que tocó el profesor.

—Joel… —La voz de Milo, baja y de advertencia, corta desde detrás de su batería.

Pero Joel lo ignora, su enfoque clavado en mí como un láser.

—Era el Troc, joder —dice, la voz más baja ahora, casi triste, y de alguna forma eso es peor—. Era una oportunidad real de algo más grande que bares de mala muerte. Tienes todo el talento del mundo, Cass, pero en el fondo… Joder, no sé.

Los ojos me arden calientes de lágrimas que me niego a dejar caer. No le voy a dar la satisfacción de saber que ha dado de lleno en mi estado ya frágil. Abro la boca para responder —para mandarlo a la mierda, para defenderme, para decir algo— cuando un movimiento en el borde de mi visión me paraliza.

Ben.

Está saliendo de detrás de una columna cerca del fondo del bar, su enorme cuerpo de metro noventa y tres moviéndose hacia el escenario con propósito deliberado. Los rizos le caen desordenados, húmedos y pegados a la frente, la cara enrojecida y brillante de sudor como si hubiese venido corriendo, y esos ojos verdes están clavados en mí.

Durante una fracción de segundo —un segundo peligroso y traidor— un fogonazo de pura atracción atraviesa la rabia. Agudo. Inmediato. No deseado. El peso sólido de su cuerpo, la postura protectora de sus hombros anchos, la forma en que tiene la mandíbula apretada. El hecho de que se está moviendo hacia mí como si estuviera dispuesto a interponerse entre Joel y yo.

Mi cuerpo responde con un calor que florece en la parte baja de mi estómago, un dolor que odio de inmediato, visceralmente. Pero entierro la sensación, y la rabia gana. La condescendencia del profesor, la humillación pública del bucle de acople, la acusación de Joel: todo se condensa en un único punto de furia blanca e incandescente.

Algo dentro de mí se quiebra.

De pronto, la tristeza y el autodesprecio catalizan en una necesidad furiosa, salvaje, desesperada de quemar algo antes de que pueda hacerme daño primero. No quiero consuelo. No quiero que me rescaten. No quiero a Ben Kellerman ahí plantado mirándome como si fuera algo roto que necesita que lo arreglen.

Necesito destruir las cosas antes de que me destruyan a mí.

Me pongo de pie de un salto, la voz un gruñido.

—Que te jodan, Joel.

Los ojos de Joel se abren de par en par, un destello de asombro genuino cruzándole la cara.

—Que le jodan al Troc —continúo, la voz subiendo, más fuerte, más dura—. Y que le jodan a este arreglo donde se supone que tengo que arrastrarme y suplicar y arreglar todo mientras tú te quedas ahí parado criticando, sin mover un dedo para organizar un ensayo o reservar un bolo o darme una puta pizca del beneficio de la duda.

Me giro de golpe hacia Ben, que está paralizado al borde del escenario, la mano a medio levantar como si estuviera a punto de llamarme por mi nombre, la expresión abierta y preocupada y tan jodidamente sincera que me dan ganas de gritar. Esos ojos verdes están abiertos de par en par, vulnerables, mirándome como si yo importara y como si el beso hubiera importado.

Mentiroso.

—Y que te jodan a ti TAMBIÉN.

Las palabras son fuertes.

Públicas.

Salvajes.

El bar no está en silencio —todavía suena música de la rocola, alguna balada de rock clásico— pero las personas más cercanas a nosotros han dejado de hablar y se han girado a mirar. Lo veo con el rabillo del ojo: cabezas girándose, cejas levantándose, cotilleo empezando, móviles alzándose.

La cara de Ben se queda blanca, la conmoción y el dolor inundando su expresión, la boca abriéndose sin emitir sonido. La mano le cae al costado, y durante un momento, simplemente se queda ahí, este atleta enorme y poderoso paralizado por completo por tres palabras de una chica que apenas le llega al hombro.

Sin decir nada más, les doy la espalda a los dos.

No miro la expresión atónita de Joel ni los ojos desorbitados de Milo detrás de su batería ni las caras dispersas de la multitud que ahora definitivamente está mirando, grabando, juzgando. Salto del escenario y me abro paso a empujones entre los últimos rezagados, el hombro chocando contra un tío con un polo de lacrosse de PBU.

—Eh, cuidado… —empieza, alargando la mano.

No me detengo. Ni siquiera lo miro.

Sin duda, si lo hiciera, encontraría algún motivo para decepcionarse.

Me abro paso entre las mesas, el pulso martilleándome en los oídos tan fuerte que ahoga la rocola, las conversaciones, todo. El suelo pegajoso del bar parece agarrarme las botas a cada paso. Necesito salir. Necesito aire. Necesito estar en cualquier sitio menos aquí.

Abro la pesada puerta del bar de un tirón, el aire frío de la noche golpeándome la cara, cortante e impactante. La puerta se cierra de un portazo detrás de mí, cortando el ruido del bar y dejándome ahí plantada, sola. La respiración me sale en jadeos cortos y entrecortados y las manos me tiemblan de adrenalina, de rabia, de saber lo que acabo de hacer.

Acabas de quemarlo todo.

Empiezo a caminar. Rápido. Las botas golpean el asfalto con un ritmo seco, el sonido rebotando en las fachadas de los locales vacíos que bordean este tramo de North Campus. Es lo bastante tarde como para que la calle esté casi desierta, solo unos cuantos grupos dispersos de estudiantes tambaleándose de vuelta de otros bares, sus risas distantes y vacías.

No sé adónde voy.

Lejos. Solo lejos.

Lejos del asco de Joel, del fracaso público de mi material, de la condescendencia del profesor todavía resonándome en los oídos. Lejos de la certeza enfermiza de que soy una farsante que no pertenece al programa de música, que no pertenece a un escenario, que no pertenece a esta universidad en absoluto.

Lejos de Ben Kellerman y de la esperanza traidora y estúpida de que quizá el beso en la fiesta había sido real. De que quizá por una vez, un tío me había mirado y había visto más allá de la actuación a la persona de debajo y realmente había querido esa cosa rota y desordenada.

Las lágrimas que llevo conteniendo toda la semana —durante la crítica del profesor, durante el fallo del ampli, durante la acusación de Joel— finalmente se desbordan, calientes y punzantes mientras me surcan la cara. Me las limpio con el dorso de la mano, furiosa conmigo misma por esta debilidad, pero siguen cayendo.

El aire frío me quema los pulmones. La camiseta de la banda todavía está húmeda de sudor, pegada a mi piel, y ahora el frío se filtra, haciéndome temblar. Debería haber cogido la chaqueta de bastidores. Debería haber hecho muchas cosas de otra forma esta noche.

Debería haberme buscado un trabajo en vez de venir a esta puta universidad.

Debería haber arreglado el ampli hace semanas, cuando Joel me lo pidió por primera vez.

No debería haber dejado que ninguno de esos tíos se acercara.

No debería haberme puesto la camiseta de Ben.

No debería haberlo besado.

diecisiete

BEN

VEO A JOEL IR TRAS ELLA, con el bajo todavía colgado del hombro como si hubiera olvidado que existe.

—Cass, espera…

Pero por una vez en mi puta vida, me muevo. No intento ser el tipo que se diluye entre la multitud ni el que intenta encajar, porque las palabras de Cass hace un momento me han golpeado directo en el estómago. Así que, siendo sincero, cuando mi mano sale disparada y mi palma conecta con el pecho de Joel, el impacto que me sube por el brazo sienta bien.

—Apártate —digo. La orden sale firme, sin tartamudeo, sin pánico, como la voz de alguien que exige algo y no tiene interés en debatirlo.

Joel parpadea, con auténtico estupor pintado en la cara. Me mira como si fuera un desconocido, y puede que lo sea. Se me ocurre entonces que no tengo ni idea de si Cass les ha contado a sus compañeros de banda lo «nuestro», pero sea lo que sea o quien sea que Joel cree que soy, está claro que se siente intimidado.

—Te ha dicho que te apartes —digo, sosteniéndole la mirada—. Así que apártate.

Se le tensa la mandíbula. Por un segundo creo que va a escalar la cosa y convertirla en un problema, lo cual sería una idea bastante nefasta dada la diferencia de tamaño. Desplaza el peso hacia

delante, cuadra los hombros, y noto la tensión enroscándose entre los dos. Luego parpadea, se da cuenta de que se está plantando ante un jugador de hockey, y levanta las manos.

—Vale. —Da un paso atrás, con tono despectivo—. Tu funeral, cachas.

Se da la vuelta hacia el escenario, mascullando algo, pero me da igual. No espero a que cambie de opinión ni a que busque refuerzos. Simplemente me giro y me abro paso entre los rezagados hacia la puerta, y en cuestión de segundos estoy fuera, el aire fresco de la noche dándome una bofetada en la cara.

Ahí. Figura pequeña. Cazadora de cuero. Tiene que ser ella.

—¡Cass! —grito, echando a trotar.

No se detiene. Es más, acelera, con los hombros encogidos y las manos hundidas en los bolsillos. Camina como si intentara huir de algo —de mí, de sí misma, de toda la noche, de toda su vida— y me preocupa de verdad lo que hará si la dejo sola ahora mismo.

—Cass, espera…

—¡Vete, Ben!

Su voz se quiebra en mi nombre, cruda y rota, y el sonido me golpea directo en el pecho. No se da la vuelta al decirlo, solo sigue caminando, aún más rápido ahora, sus botas golpeando más fuerte contra la acera, el ritmo deshilachándose en los bordes como un remate de batería que se desmorona.

La alcanzo en unas pocas zancadas largas, mi mano extendiéndose instintivamente para tocarle el hombro. Ni siquiera estoy pensando, la verdad. Solo quiero que frene, que respire, que me mire. Pero en el instante en que mis dedos rozan el cuero gastado de su cazadora, se gira de golpe, y toda la fuerza de su furia se estrella contra mí.

Su cara es un desastre. El rímel corre en ríos negros desiguales por sus mejillas, emborronado donde intentó limpiárselo. Tiene los ojos hinchados, enrojecidos, la piel delicada debajo casi amoratada. Pero es la rabia ardiendo en esos ojos azules —feroz, salvaje, completamente desprotegida— lo que me clava en el sitio.

—¡Te he dicho que te vayas! —sisea—. ¿Qué coño quieres?

Abro la boca, pero no sale nada. Se me cierra la garganta por completo, cada instinto gritándome que retroceda, que ponga distancia entre esta erupción volcánica y yo. Es mi táctica habitual con las chicas, o con cualquier situación fuera de un partido de hockey que implique que el foco esté directamente sobre mí.

Pero no me muevo.

—¿Dónde estabas? —dice, con la voz afilándose—. Estuve buscándote entre el público entre canción y canción, pensando que a lo mejor te importaba algo.

—Cass…

—¡Me puse tu camiseta! —Las manos le salen disparadas de los bolsillos, gesticulando sin control, los dedos temblándole—. ¡Te besé delante de todo tu maldito equipo! ¡Hice que quedaras bien, Kellerman! ¡Te ayudé a ser uno más del grupo, y ni siquiera pudiste llegar a tiempo!

La culpa es inmediata y asfixiante. Tiene razón. Devastadora, completamente razón.

—Estaba en el laboratorio —empiezo, odiando lo patético que suena incluso mientras las palabras me salen de la boca—. Estábamos depurando la calibración del sensor y perdí la noción del tiempo. Lo siento, te juro que no quería…

—¿El laboratorio? ¿Tu robot? —Su risa es cortante, amarga—. Claro. Porque eso era lo importante. No yo. No cumplir tu palabra. Solo circuitos y problemas de voltaje y lo que sea que hagas cuando estás demasiado ocupado para recordar que la gente existe. Dios, Ben, con razón tu equipo se ríe de ti y las chicas te dan miedo…

Cada palabra cae como una cuchilla. Quiero defenderme, explicarle que no fue así, decirle que está siendo cruel e injusta. Quiero decirle que vine corriendo, que aparecí, que paré a Joel cuando quiso ir detrás de ella, pero no tengo la oportunidad, porque ella no para.

—Todos los tíos de toda mi puta vida huyen cuando ven a la verdadera yo. —Se le quiebra la voz—. Y tú ni siquiera pudiste molestarte en venir. Conseguiste lo que necesitabas de mí, y cuando me toca a mí, cuando te necesito para que simplemente estés ahí, estás en un puto laboratorio.

—Estoy aquí ahora —digo—. Cass, estoy aquí. Siento haber llegado tarde, pero estoy aquí…

—¡Demasiado tarde! ¡Es demasiado tarde!

La voz se le quiebra por completo.

Se atraganta con las palabras, intentando tragárselas de vuelta.

Luego se da la vuelta, con los hombros temblando, y algo dentro de mí se fractura.

Esto no es una actuación.

Esta es la verdadera ella.

Desnuda. Ahogándose.

Y este —justo este— es el momento.

Si huyo ahora, soy el tipo que ella cree que soy. Seré otro más de los que les gustaba su fachada pero salieron corriendo cuando la cosa se puso seria. No me ha contado la historia completa, pero he juntado suficientes piezas para saber que le da miedo mostrarse vulnerable ante nadie, especialmente ante los tíos.

Pero es peor que eso.

Si huyo ahora, seré el cobarde que fui con Mia.

Tomando la salida fácil.

Quedándome entre la multitud —quedándome callado— mientras alguien que me importa sufre.

Eligiendo la seguridad en lugar del valor.

Esta vez no.

Nunca más.

No me dejo pensar. Simplemente doy un paso adelante y la rodeo con los brazos desde atrás, atrayéndola contra mi pecho.

Se pone rígida al instante.

—Suéltame…

—No.

Forcejea, clavándome los codos en las costillas.

—Hablo en serio, Kellerman, suéltame…

—No. —Mi voz se mantiene calmada y no aflojo el agarre.

—¡No tienes derecho a hacer esto! —Se revuelve con más fuerza, la voz subiendo—. ¡No puedes llegar tarde y luego hacerte el puto héroe! No…

—No me voy. —Apoyo la barbilla sobre su cabeza, sintiendo los mechones húmedos y desiguales contra mi cara.

Lucha con más fuerza, la respiración en jadeos cortantes, las uñas clavándose en mis antebrazos a través de la sudadera. Puedo sentir las pequeñas medias lunas de presión, cada una un diminuto punto de contacto que dice estoy aquí y no me voy a ninguna parte, pero no la suelto.

Deja que estalle. Solo no la sueltes.

Entonces, de golpe, se afloja. Se deja caer contra mí, y los sollozos llegan más fuertes. Sonidos feos, ahogados, que le sacuden todo el cuerpo. Puedo sentir cada estremecimiento moverse a través de ella, naciendo en lo profundo de su pecho y expandiéndose hacia fuera. No hablo ni ofrezco consuelos vacíos. Solo la sostengo.

—Eres un puto idiota —jadea entre sollozos—. No tienes ni idea del puto desastre en el que te estás metiendo.

Me quedo en silencio.

Se aparta y se gira, mirándome hacia arriba. Me obligo a no hacer una mueca. Tiene la cara surcada de lágrimas y maquillaje arruinado, manchas negras enmarcándole los ojos. Las pupilas se le han dilatado, el azul reducido a finos anillos, y me escudriña el rostro con una vulnerabilidad desesperada y cruda.

—Esta soy yo de verdad —dice, la voz apenas un susurro—. El desastre. La impostora. El llanto. La espiral. La catástrofe.

No aparto la mirada. No hago una mueca. Solo le sostengo la mirada.

—No me voy, Cass —digo—. No me voy esta noche. Necesitas que alguien se quede contigo y se asegure de que estás bien.

Las palabras caen entre nosotros, silenciosas y sólidas.

Me mira fijamente, respirando de forma entrecortada, y puedo verla intentando procesarlo. Intentando encontrar el ángulo, la mentira, el momento en que demostraré que soy igual que todos los demás. Sus ojos me escrutan la cara, buscando la grieta en mi determinación. Pero no me muevo. Simplemente me quedo ahí, sosteniéndola.

Los sollozos se ralentizan. Los temblores violentos se reducen a un agotamiento tembloroso. Se limpia la cara con la base de la

mano, embadurnando el rímel hasta convertirlo en pintura de guerra abstracta, y luego se aparta mientras suelta una risa rota que suena más a sollozo.

—Necesito emborracharme —dice por fin, con la voz en carne viva—. Pienso ponerme hasta arriba esta noche, Kellerman, y si vienes conmigo, tú también te pones hasta arriba. Y no sé qué significa eso para mañana. Para mí, para ti si me sigues, ni para nosotros.

Es una oferta. Una advertencia. Una elección.

Se da la vuelta y empieza a caminar hacia las residencias del North Campus, las botas militares resonando contra el pavimento, sin mirar atrás. Y mientras la veo caminar, su pequeña figura tragada por la oscuridad entre farolas, me doy cuenta de que me está dando la oportunidad de replegarme hacia lo seguro como siempre hago.

Cada parte racional de mi cerebro grita que la deje ir.

Esto no es asunto tuyo.

Esto no es lo que acordaste.

Apareciste. Ya has hecho suficiente.

Esto no es lo que haces, Ben, porque tú eres orden y ella es caos.

Pero pienso en Mia. De pie en silencio en aquel pasillo. La boca cerrada. Mi cobardía es una marca que llevaré siempre. Pensaba que eras el bueno de verdad. Y sé que si me alejo ahora, no solo pierdo a Cass, pierdo la versión de mí mismo en la que he estado intentando convertirme.

El tipo que tal vez sea uno de los buenos, después de todo.

Así que la sigo hacia la oscuridad, mis zancadas largas alcanzando su figura encorvada.

No me hace caso cuando me pongo a su altura, pero tampoco me dice que me vaya. Simplemente caminamos juntos hasta su residencia en silencio, el único sonido el golpeteo rítmico de sus botas y el más suave de mis zapatillas contra el pavimento.

Cuando llegamos a Hughes Hall, saca una llave de la cazadora y abre la pesada puerta principal. El chasquido metálico resuena en la quietud, nítido y definitivo. La mantiene abierta, con expresión

indescifrable. Es una invitación, una vez más, pero también un umbral que cruzar.

Entro, y me detengo.

Como la última vez, la habitación es una zona de desastre, pero Cass no se disculpa por ello mientras cierra la puerta de un portazo detrás de mí y cruza hasta su escritorio, agarrando una botella de vodka medio vacía y una taza de café desportillada. Sirve —una cantidad muy por encima de lo que nadie llamaría razonable— y luego se lleva la botella a los labios y bebe.

No un sorbo. Un trago.

Largo, castigador, como si intentara ahogar algo que se niega a morir.

Cuando baja la botella, se limpia la boca con el dorso de la mano y empieza a caminar de un lado a otro, parándose solo para pasarme la taza con vodka.

—Bebe —dice.

Obedezco, sentándome en la cama y dando un sorbo, porque no sé qué otra cosa hacer. No hay esquema para un corazón roto, y lo único que tengo para ofrecer es mi atención completa y silenciosa mientras ella recorre un camino frenético entre el escritorio y la puerta, sus botas militares golpeando la moqueta gastada en un ritmo agitado —tum-tum, tum-tum.

Solo observo.

Y espero.

Porque a veces lo mejor que puedes ofrecer es silencio.

—¿Sabes cuál es el patrón? —pregunta por fin, sin dejar de caminar como un animal enjaulado que ha olvidado cómo estarse quieto—. Los tíos me ven en el escenario y quieren eso. La actuación. La chica que parece que no le tiene miedo a nada. Pero en el segundo en que se acercan lo suficiente para ver a la persona de verdad…

Su risa es amarga, rota.

—Salen corriendo. Retroceden. Todos y cada uno. —Escupe las palabras—. Ahí es cuando dejo de ser emocionante y paso a ser repulsiva… un problema que no quieren.

La palabra —repulsiva— me golpea como un puño en el esternón, porque conozco su peso. La forma en que se te asienta en el estómago y te dice que el problema no es lo que hiciste, es lo que eres. El defecto fundamental que no puedes arreglar porque no es un componente que puedas intercambiar ni una conexión que puedas resoldar.

Eres simplemente… tú.

—¿Y lo peor? —La voz se le quiebra por completo—. Que tienen razón. La verdadera yo es un desastre.

La voz se le rompe del todo, disolviéndose en algo que es mitad risa, mitad sollozo, y es el sonido más devastador que he oído nunca. Es el sonido de alguien que ha luchado tan duro durante tanto tiempo y que finalmente, por completo, se ha quedado sin lucha.

Se deja caer al suelo en mitad de la habitación, la espalda deslizándose contra el costado de la cama. La botella se le escapa de los dedos y golpea la moqueta con un ruido sordo. El vodka salpica, una mancha oscura extendiéndose como un test de Rorschach que solo revela daño.

No se da cuenta.

No le importa.

Simplemente… se acabó.

Me siento en el borde de la cama y la observo —esta chica pequeña y feroz derrumbada en el suelo, el rímel corriendo por su cara en regueros oscuros, los hombros encorvados hacia delante como si intentara plegarse sobre sí misma y desaparecer. Hunde la cara entre las manos, desolada y abatida.

Reconozco este momento.

Tocar fondo.

Porque yo he estado ahí.

Debería decir algo reconfortante. Algo que mejore la situación.

Pero no tengo nada de eso.

Solo tengo la verdad.

—No eres la única que está rota, Cass.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, graves y ásperas. Levanta la cabeza despacio, como si pesara una tonelada.

Sus ojos —nublados por el alcohol pero todavía afilados de dolor, todavía ella debajo de todo— se clavan en los míos, y está claramente evaluando si le estoy soltando un rollo o no.

—No lo entiendo, Ben —dice con desdén—. Eres una estrella del hockey. Alto. Guapo. No eres un capullo. Entonces, ¿por qué coño estás tan asustado todo el tiempo?

La pregunta corta la habitación en dos.

Directa.

Implacable.

Sin burla. Sin crueldad. Una pregunta sincera desde un lugar de quiebre compartido.

Así que decido contárselo.

—Había una chica, Mia, mi novia en mi último año de instituto. —Empiezo, con la voz apenas un susurro. Ya puedo sentir cómo me arde la cara, la vergüenza trepándome por el cuello—. Acababa de dar el estirón y me reclutaron para el hockey, y de repente formaba parte de un mundo que siempre había observado desde fuera.

—Vale… —Su voz se apaga.

Trago saliva.

—Esos tíos que eran seguros y ruidosos y sabían exactamente quiénes eran. Y yo quería encajar tan desesperadamente que me volvió idiota.

Puedo verlo con total claridad, incluso ahora. El vestuario. La forma en que me pasaban el brazo por los hombros como si por fin fuera uno de ellos. La forma en que yo sonreía como un idiota, desesperado y agradecido y tan jodidamente hambriento de esa aceptación que habría hecho cualquier cosa por conservarla.

Incluso traicionar a la única persona a la que de verdad le importaba.

Cass no dice nada. Solo me observa con esos ojos azules, esperando.

—Hubo una fiesta —continúo—. Mis compañeros de equipo empezaron a meterse con Mia. Llamándola aburrida, diciendo que vestía como una bibliotecaria, preguntando por qué perdía el tiempo con alguien tan «sosa». Y yo, durante todo eso, simplemente… me quedé ahí… paralizado, como si estuviera viendo una película.

La palabra sabe a veneno.

El silencio en la habitación de Cass es asfixiante.

—Me quedé ahí sonriendo como un idiota mientras la destrozaban. Dejando que dijeran lo que quisieran, riéndome de sus bromas, asintiendo. —Suspiro—. Estaba aterrorizado de que si la defendía, se volvieran contra mí y yo fuera el chiste otra vez, el chaval raro que no encajaba.

El recuerdo es tan vívido que se me encoge el estómago. Ella de pie en la entrada de su casa, los brazos cruzados sobre el pecho como una armadura, los ojos enrojecidos pero secos. La forma en que me miró, sin enfado, ni siquiera con dolor, solo… harta. Como si por fin hubiera visto la verdad de quién era yo, y la verdad era que yo era un cobarde.

—Cortó conmigo al día siguiente. —Las palabras se sienten como cristal roto—. No gritó. No lloró. Solo me miró con una decepción silenciosa.

Me obligo a seguir. A sacar el resto del veneno.

—Así que pensé, vale, la cagué. Seré mejor. Seré yo mismo la próxima vez. —Se me escapa una risa amarga—. Intenté salir con otra chica unos meses después. Le dije que lo haría bien, que sería el yo real, el que de verdad se interesa por cosas aparte del hockey.

El pecho me duele con el recuerdo.

—Le conté que me había pasado el fin de semana entero trabajando con electrónica y se rio y me preguntó si en serio mi hobby era «rebuscar en la basura».

—Ben… —La voz de Cass es un susurro—. Lo siento…

Por fin levanto la mirada hacia Cass.

—Así que esa es la lección, Cass. Comportarme como un deportista me convierte en un cobarde moral que traiciona a la gente. Pero ser mi yo verdadero simplemente me hace patético y no merecer el esfuerzo. Y por eso me paralizo al hablar con chicas y me hago pequeño delante de los tíos, porque no sé quién ser.

—Y tú mismo no es suficiente… —Cass termina por mí.

Asiento.

—¿Y dónde coño me deja eso?

La pregunta queda suspendida en el aire, desnuda y desesperada.

El silencio que sigue es asfixiante.

Me quedo ahí sentado, vaciado, completamente expuesto. Cada parte fea y rota que he pasado años escondiendo está ahora a la vista ante esta chica de la que estoy bastante seguro de que me estoy enamorando. Acabo de entregarle un arma cargada y apuntarla directamente a mi propio corazón, y espero el veredicto inevitable.

La lástima.

El asco.

La retirada suave pero firme.

Me obligo a levantar la mirada, preparándome para el golpe de gracia.

Pero no huye.

No se aparta.

No me da la mirada compasiva ni el silencio incómodo.

En cambio, se levanta y se deja caer en la cama a mi lado, lo bastante cerca como para que nuestras rodillas se toquen.

—Sí. Joder, odio esa sensación. Enseñarle a la gente al verdadero tú y que no… lo pillen. Que se rían, o que te miren como si de repente no valieras nada.

El reconocimiento es inmediato.

No solo está empatizando.

Lo ha vivido.

Heridas distintas, pero el mismo miedo aplastante en el centro.

Que tu yo auténtico es la parte que ahuyenta a la gente.

—Y entonces lo escondes —digo en voz baja.

No es una pregunta.

Asiente.

—Tú te haces pequeño, pero yo me hago tan grande que se crea un espejismo… una ilusión. —La voz le baja hasta ser apenas un susurro—. Pero no dejo que se acerquen lo suficiente para ver lo que hay debajo, porque cada vez que dejo que alguien vea a la persona de verdad…

No termina la frase.

No hace falta.

—Hasta esta noche —digo en voz baja—. Los dos hemos enseñado las cartas…

—Hasta esta noche —confirma, con la voz apenas audible—. Te quedaste.

Las palabras son pequeñas, rotas y frágiles.

Pero también están llenas de asombro.

dieciocho

CASS

NO APARTA LA MIRADA.

Lo observo procesar las palabras —te quedaste— y un cambio le recorre el rostro. Sus ojos, que normalmente buscan escapar cuando el momento se vuelve demasiado intenso, se suavizan con asombro, como si acabara de contarle un secreto que ha estado desesperado por escuchar toda su vida. Sostiene mi mirada y asiente, lento y seguro, como si hiciera un juramento.

Y mi maltratado y cínico corazón ofrece una chispa de esperanza.

Es el tipo de esperanza que se siente como un acople: empieza como un susurro, un zumbido apenas perceptible que podrías ignorar, pero con el potencial de convertirse en un chillido capaz de reventarlo todo si no tienes cuidado. Lo inteligente sería cortar la señal antes de que suba lo suficiente para hacer daño.

Pero no lo hago.

Me deslizo más cerca de él en la cama, cerrando la distancia hasta que nuestras rodillas se tocan.

Su confesión todavía me retumba en los oídos. La forma en que se le quebró la voz cuando me contó lo de Mia —cómo se quedó ahí parado, callado y con una sonrisa, mientras sus compañeros de equipo la destrozaban— y la forma en que me dejó escuchar el autodesprecio en cada sílaba cuando se llamó cobarde.

Pero es la segunda historia la que golpea más fuerte. La crueldad casual de que te reduzcan a un tipo raro que arregla aparatos. La reducción de su mundo intrincado y hermoso a algo vergonzoso. La forma en que me miró cuando lo dijo, preparándose para que yo también me riera.

Es mi historia en otra tonalidad.

Estamos jodidos de la misma manera.

Y esa revelación me cae encima como un balde de agua helada.

El chico que huye no tiene miedo de mí. Tiene miedo de que yo sea como todos los demás. Cree que voy a ver su verdadero núcleo apasionado y nerd y lo voy a encontrar patético. Todo este tiempo, yo me había negado a hacer esto real porque él podía rechazar mi desastre, pero él ha estado aterrorizado de que yo lo rechace a él.

Él no es el que busca la salida.

Ha estado esperando a que yo le señale la puerta.

Pero no lo hice, y se quedó.

No, más que eso. Se quedó después de que lloré en la calle, con el rímel corriéndome en ríos negros, la voz quebrándose mientras les gritaba a él y a Joel. No retrocedió. Me envolvió en sus brazos, me sostuvo a través de mi rabia, me siguió hasta aquí y aguantó mi espiral empapada en vodka.

Sin juzgarme.

Sin tratar de arreglarme.

Sin usarlo como una forma de meterse en mis pantalones.

Simplemente se quedó.

Y eso plantea la pregunta: ¿Y si lo dejo entrar del todo y se queda? ¿Y si mañana por la mañana me despierto al lado de alguien que conoce el desastre y no se inmuta? ¿Y si este es el tipo que por fin rompe el patrón, que ve la farsa y no le importa porque él también es una?

¿Este chico roto y hermoso cree que es imposible de amar?

Como si yo fuera un jodido premio.

—Quédate —murmuro.

Me inclino y lo beso, suave al principio, tentativo, una pregunta. Se le corta la respiración, y durante un segundo aterrador creo que va a apartarse, que va a demostrar que esta esperanza era el mismo

error estúpido de siempre. Entonces cede. Su boca se abre bajo la mía, sus manos suben para tomarme el rostro, y por fin somos reales.

No está huyendo. Está aquí.

Con todo el desastre, esto es real.

Rompo el beso y me separo lo justo para encontrar sus ojos abiertos de par en par, aterrados. Las manos me tiemblan cuando agarro el borde de mi camiseta, pero no aparto la mirada de su cara. Necesito verlo. Necesito observar el momento en que cambia: el enfriamiento, la retirada, el momento en que el deseo se convierte en asco.

Me quito la camiseta por la cabeza y la tiro al suelo.

Su mirada baja a mi pecho y vuelve a subir de golpe, como si no estuviera seguro de si tiene permiso para mirar. El rubor que se extiende por sus mejillas es tan jodidamente tierno que me pongo de pie y me quito la falda, dejando que la tela caiga al suelo y apartándola de una patada.

Estoy frente a él en nada más que mi sostén y mis bragas negras.

Las baratas, de Target, no lencería de seducción con encaje.

Sus ojos recorren mi cuerpo con un hambre cruda que me hace sentir la piel en llamas. Su mirada se demora en el tatuaje de una constelación sobre mi cadera, el que me hice borracha una noche en Camden. Traga con fuerza, y cuando sus ojos encuentran los míos de nuevo, están oscuros de deseo.

Hasta ahora, bien. No huye y no le doy asco.

Llevo las manos a la espalda. Mis dedos forcejean con los ganchitos baratos —siempre se atascan— y luego me desabrocho el sostén y lo dejo caer. El aire fresco me golpea la piel desnuda, los pezones endureciéndose en puntas duras, y entonces me bajo las bragas al suelo.

Estoy completamente desnuda ante él.

Completamente expuesta.

Vulnerable.

Esperanzada.

He tenido sexo antes. Con tres tipos. Pero esto —estar aquí de pie, dejándolo ver todo de mí, cada defecto, cicatriz e imperfección— se siente diferente. Actué para esos otros tipos, montándoles el espectáculo que querían, contando los segundos hasta que descubrieran a la verdadera yo y la rechazaran.

¿Pero esto?

Esto es ofrecer el verdadero desastre y esperar a ver si es suficiente.

—Esto es para ti —digo, con la voz temblorosa—. Todo. Si lo quieres.

No habla. Se limita a mirarme como si fuera algo sagrado, o como si hubiera ganado un premio en un concurso de televisión. Es un deseo honesto y abrumador mezclado con reverencia, y sé que está tan nervioso como yo, esperando el momento en que lo mire con desprecio o alguien salte del armario gritando «¡Te la creíste!».

Vuelvo a la cama, sentándome a horcajadas sobre su regazo, presionando mi piel desnuda contra la aspereza de sus vaqueros y el algodón suave de su camiseta. El contraste entre su cuerpo vestido y mi desnudez debería hacerme sentir más vulnerable, pero me hace sentir poderosa.

—¿Toda esa mierda que odias de ti mismo? ¿Todo eso de lo que la gente se burla? —Me inclino, mi boca encontrando la suya de nuevo, más profunda esta vez, mi lengua deslizándose contra la suya. Mis manos van a la hebilla de su cinturón, los dedos tirando del cuero—. Eso es lo bueno, Ben. Lo mejor.

Le desabrocho los vaqueros, rozando deliberadamente la dureza rígida que tensa la tela de sus bóxers. Está tan duro que debe dolerle, y cuando lo toco suelta un sonido ahogado, mitad jadeo, mitad gemido, y sus caderas se sacuden involuntariamente.

Yo hice eso. Yo le hice sentir eso.

Mi mano se desliza dentro de sus bóxers, los dedos cerrándose alrededor de su calor de acero. Un gemido grave se le arranca de la garganta mientras sus manos suben a mi cintura, aferrándose a mí, atrayéndome. Sus dedos se clavan en mi piel, anclándolo a mí, como si pudiera despertarse o yo pudiera desvanecerme.

Me muevo de su regazo, deslizándome hacia abajo hasta quedar arrodillada entre sus piernas sobre la alfombra gastada. Mis manos van a sus vaqueros, tirando de ellos junto con los bóxers, liberándolo. Sale libre, duro, enrojecido y hermoso, y envuelvo mi mano alrededor de la base, sintiéndolo estremecerse en mi agarre.

—Cass… —Su voz sale estrangulada—. No tienes que…

—¿Te llamó chatarrero? —susurro—. Pues yo quiero tu chatarra…

—Eso es terrible—

Lo callo metiéndomelo en la boca.

Su reacción es inmediata. Mientras sus manos se enredan en mi pelo, suelta un sonido bajo y gutural, y siento la vibración hasta lo más profundo de mí. Me alimenta, mi lengua y mis labios aprendiendo la forma de él, y su respiración se vuelve entrecortada cuando lo tomo más profundo.

Quiero darle un placer tan absoluto que queme toda la vergüenza, tan completo que sobrescriba cada palabra cruel. Quiero que sepa que esto —el verdadero núcleo apasionado y nerd— es lo que deseo, y quiero que me acepte y me desee con la misma intensidad.

Ya está cerca. Puedo sentir la tensión enroscándose, cómo se le acelera la respiración, el agarre desesperado en mi pelo. Sus caderas empiezan a moverse, embestidas superficiales que no puede controlar, y lo tomo más profundo, dejándolo perseguir la liberación.

Pero entonces me doy cuenta de algo.

Esto no es suficiente.

Necesito más. Necesito todo de él.

—Ben —jadeo, apartándome. Tengo los labios húmedos y la respiración agitada, como si acabara de bajar del escenario después de un set de dos horas.

Me mira desde arriba, los ojos aturdidos, desenfocados. —¿Sí?

La imagen de él tan completamente destrozado envía una nueva oleada de excitación por mi cuerpo. —Te deseo. Ahora.

Es mitad orden, mitad súplica.

—Yo… —Traga con fuerza; luego un gesto de arrepentimiento le cruza la cara—. No tengo condón…

Niego con la cabeza, trepando de vuelta a su regazo. —Tomo la pastilla. Y estoy limpia. Me hice análisis el mes pasado. —Hago una pausa—. ¿Tú?

—Yo… —Se detiene, y una sombra de bochorno le cruza el rostro. Vergüenza—. Estoy limpio. Soy… nunca he…

Las palabras se apagan, pero escucho lo que no dice.

—¿Eres virgen?

Asiente, incapaz de mirarme a los ojos. —Sé que probablemente…

—Me alegro de que sea conmigo —susurro, y entonces lo beso, profundo y lento, tratando de volcar cada gramo de ternura en ello.

Cuando me separo, veo una oleada de alivio mezclada con incredulidad recorrerle las facciones. Como si no pudiera creer que lo digo en serio. Como si todavía estuviera esperando el golpe, que me ría y le diga que todo era una broma, y esa expresión me derrite un poco más y aviva la esperanza un poco más.

De verdad cree que es imposible de amar. De verdad lo cree.

Bajo la mano entre nosotros, tomándolo de nuevo, y lo guío hacia el calor húmedo entre mis piernas. Mientras lo posiciono en mi entrada, sintiendo la presión roma contra mí, le sonrío, asegurándole que quiero esto y que lo quiero a él.

Empiezo a bajar sobre él.

El calor sólido y palpitante en mi mano flaquea.

Lo siento pasar. El acero grueso y duro que sostengo se ablanda con una velocidad brutal, convirtiéndose en un peso suave y laxo. Como si alguien hubiera apagado un interruptor y cortado la corriente. Luego, un segundo después, todo su cuerpo se pone rígido debajo de mí cuando se da cuenta de lo que está pasando.

La pérdida repentina de su excitación es más violenta que un golpe. El calor en mis venas se convierte en hielo. Me quedo inmóvil, suspendida sobre él, la respiración cortada mientras miro abajo. Está flácido. Completamente flácido. Mi cuerpo desnudo encima del suyo, el calor de mi centro, la evidencia de cuánto lo deseo…

Nada de eso es suficiente.

—¿Ben? —susurro.

Tiene los ojos apretados, el rostro retorcido en una máscara de pura y abyecta humillación. Un sonido bajo y herido se le escapa de los labios. Abre los ojos pero no puede mirarme, y la vergüenza que irradia es tan potente que se me encoge el estómago.

—Lo siento —se ahoga—. Lo siento mucho, yo… tengo que irme.

Se zafa de debajo de mí antes de que pueda detenerlo, poniéndose de pie. De repente tengo frío, el aire contra mi piel desnuda como hielo. Ya está de pie, forcejeando con los vaqueros, de espaldas a mí, como si no soportara que le viera la cara.

—Ben, espera…

—Es que… necesito…

No puede terminar. Se sube los vaqueros de un tirón, sin molestarse con el cinturón, y agarra su camiseta. Se viste rápido, luego se dirige a la puerta y huye, sus pasos retumbando por el pasillo hasta que el silencio se los traga. A su paso, la puerta se cierra con un clic suave.

Me quedo sentada en la cama, desnuda y fría, el cuerpo todavía doliéndome de deseo insatisfecho. Llevo las rodillas al pecho, envolviéndolas con los brazos, haciéndome pequeña. La posición es defensiva, fetal, el encogimiento instintivo de algo herido.

La Puerta Giratoria se acaba de cerrar de golpe con una finalidad brutal.

Pero es peor. Porque él no solo eligió irse. Retrocedió de mí, de la verdadera yo, justo en mi momento más vulnerable. Le estaba ofreciendo todo —desnuda, deseándolo— y su cuerpo dijo no. Claramente, lo que fuera que le gustara del envoltorio no sobrevivió al desenvolverlo.

El Fan retrocedió de mis lágrimas.

El Adicto a la Adrenalina sintió asco de mi miedo.

El Crítico usó mi vulnerabilidad como arma.

Pero esto es peor.

Porque Ben lo vio todo —el desastre, la rabia, el llanto, las partes rotas— y se quedó. Me sostuvo durante la tormenta. Me hizo creer, por un instante brillante y frágil, que quizá estaba equivocada, que quizá el patrón podía romperse.

Y entonces su cuerpo mandó todo a la mierda.

La esperanza que me dejé sentir muere en mi pecho, asfixiada.

Soy como mi amplificador. Todo el mundo escucha el tono, la calidez, el «carácter». Pero debajo está el zumbido que no puedo arreglar, porque el problema está en el transformador, en el núcleo. Puedes cambiar cada válvula, limpiar cada conexión, fingir que es parte del sonido.

Pero simplemente está roto.

Como yo.

Alargo la mano hacia la botella de vodka en el suelo, los dedos cerrándose alrededor del cuello. Le doy un trago, y el ardor me abrasa la garganta, fuego líquido que al menos me hace sentir algo aparte de este rechazo aplastante del que no estoy segura de poder levantarme.

Bebo hasta que la habitación empieza a difuminarse, hasta que mis pensamientos se vuelven borrosos, hasta que los bordes del mundo se suavizan en algo soportable, hasta que la bienvenida negra y silenciosa de la inconsciencia por fin me arrastra como una misericordia que no merezco.

La princesa del punk rock, por fin tocando fondo.

diecinueve

CASS

LO PRIMERO QUE registro es dolor.

No es del tipo que tiene un punto concreto, como un dedo golpeado contra algo, sino que está en todas partes. Empieza en las sienes y se irradia hacia fuera hasta que mi cráneo parece querer abrirse desde dentro y el resto de mi cuerpo se siente como si hubiera aguantado diez asaltos contra un puma.

Pero peor que eso es el sabor en mi boca, que es como si algo se hubiera muerto en el baño de un antro y yo hubiera decidido darle una lamida, y combinado con la débil luz de la mañana que se clava por mi ventana y me ataca los ojos, me está costando todo mi autocontrol no vomitar aquí mismo en mi cama.

Aprieto los ojos y me doy la vuelta, buscando el frescor reconfortante de mi almohada, y mi pierna desnuda roza la extensión fría y vacía de sábanas arrugadas. Y es entonces cuando llega el dolor de verdad. El recuerdo me golpea de lleno, y de pronto la resaca es una puta bendición comparada con esto.

Cada detalle humillante regresa en alta definición: nuestra confesión mutua, mi propia desnudez, el calor de su boca sobre mí, su polla en mi mano y luego en mi boca —gruesa y dura y hambrienta— y la presión roma de él contra mi entrada, y luego...

Nada.

El derrumbe repentino.

Cómo se había ablandado como si alguien hubiera cortado la corriente.

Su cara, horrorizada.

Su mentira ahogada mientras huía, como si yo fuera tóxica y necesitara escapar.

Mi teléfono vibra. Arriesgándome a abrir un ojo, busco a ciegas en la mesita de noche. El movimiento me manda un puñetazo de náuseas directo al estómago, pero necesito ver los daños. La pantalla se enciende y entrecierro los ojos ante el brillo incluso en el ajuste más bajo.

Hay varios mensajes.

Joel:

¿Qué MIERDA fue eso anoche?

No contesto.

Que se joda.

Milo:

¿Estás bien?

Así es Milo. No hurga, no exige, solo abre la puerta.

Pero no puedo contestar, porque no estoy bien, y a Milo no le cuelas la mierda.

Entonces veo el resto.

Varios mensajes de Ben. 2:47 AM. 3:15 AM. 4:02 AM.

Se me cae el estómago.

No los abro, porque ya sé lo que dirán.

Se sentirá mal y querrá asegurarse de que estoy bien. Sus mensajes serán alguna versión de *No eres tú, soy yo*, entregada con su sinceridad característica. Pero el resultado será el mismo: le ofrecí todo, su cuerpo me rechazó, y luego huyó.

La Puerta Giratoria tiene un guion, y he oído todas las variaciones.

Bloqueo el teléfono y lo dejo caer al suelo, porque no puedo soportar ver las palabras que validarán cada cosa terrible que creo de mí misma: que soy demasiado, demasiado caótica, demasiado rota para que me quiera alguien que vea más allá de la actuación.

Dormito un rato, compadeciéndome de mí misma, y una hora después me obligo a salir de la cama. La habitación se inclina, un

bandazo nauseabundo hacia la izquierda, y tengo que apoyarme en el escritorio. Mi cuerpo se siente mal, la piel pegajosa, la boca seca como un desierto, y necesito mear como nunca en mi vida.

Después de pasar por el baño, voy dando tumbos hacia la sala, con una mano recorriendo la pared para mantener el equilibrio, y pillo mi reflejo en la pantalla oscura del microondas. No pinta bien. Un fantasma pálido y resaquiento me devuelve la mirada, con manchas de rímel y el pelo levantado en mechones irregulares.

Esta eres tú de verdad, se burla mi mente. *Este es el desastre del que huyó. ¿Cómo pudiste pensar que querría esto?*

Me aparto de mi reflejo, la imagen demasiado dolorosa, y me dejo caer en el borde de la cama. Mis piernas tiemblan demasiado para sostenerme. Pero incluso mientras la ola de autodesprecio alcanza su cresta, un recuerdo pequeño e insistente empuja en sentido contrario. Un dato contradictorio que no encaja en la narrativa.

Su confesión. Las heridas que había dejado al descubierto. La vergüenza en su voz cuando me contó su pasado, cuando se quedó callado mientras sus compañeros de equipo destrozaban a su novia. La chica que se rio de su afición y desapareció. La forma en que me miró cuando lo dijo, preparándose para la burla.

El alivio visible cuando no me reí, cuando le dije *yo conozco esa sensación*.

Eso no fue mentira. No fue un numerito para meterse en mis pantalones.

Estaba aterrado, susurra una voz más callada.

Y una mierda, replica la cínica de inmediato. *Los tipos dicen lo que sea que creen que quieres oír. Vio a una chica rota e hizo el papel de chico roto. Es una jugada. Y cuando llegó el momento de follarte de verdad, ni siquiera pudo. Así de repulsiva eres debajo de todo.*

El pensamiento es tan cruel que me da náuseas otra vez. Me doblo hacia delante, rodeándome el estómago con los brazos, porque se siente verdadero. Encaja con el patrón. Me desnudé, me ofrecí, y él huyó. Los datos son condenatorios.

Pero luego, otro recuerdo. El deseo desesperado en sus ojos. La forma en que su mirada había recorrido mi cuerpo con un hambre cruda. El gemido cuando lo tomé en mi boca. La forma en que sus manos se habían enredado en mi pelo. Estaba duro. Completamente presente, completamente excitado, al borde de correrse.

Nada de eso había sido mentira.

Nada de eso había sido rechazo.

Y luego me monté sobre él, y todo se derrumbó.

Me levanto y camino hasta el escritorio, luego vuelvo. El movimiento me ayuda a pensar. Mientras camino, reproduzco ese momento. Su cara en el momento del fallo. No asco. No ese enfriamiento que he visto cien veces en los ojos de los hombres cuando se dan cuenta de que el personaje no es la persona.

Fue diferente.

Fue un horror dirigido hacia sí mismo.

Como si su cuerpo lo hubiera traicionado a él, no a mí.

Como si el fallo fuera sobre él, no una reacción a mí.

El pensamiento atraviesa la niebla como una señal abriéndose paso entre la estática.

¿Pero por qué?, exige la voz cínica. *Te deseaba. Estaba duro. Y de pronto, se fue. ¿Qué cortó el interruptor si no fuiste tú?*

Dejo de caminar, mirando fijamente la botella de vodka vacía en el suelo. Estaba borracha. Estaba llorando. Era un completo puto desastre. Y luego estaba desnuda en su regazo, a centímetros de su polla, ofreciéndole todo y más mientras era, al mismo tiempo, un desastre total.

¿Y si no quería ser como ellos?, ofrece la voz callada. *Los que te hicieron daño.*

¿Y si su vacilación no fue rechazo, sino su cerebro de ingeniero ejecutando un protocolo de seguridad? Paso uno: ¿Está borracha? Sí. Paso dos: ¿Acaba de tener un colapso emocional a gran escala? Sí. Paso tres: Abortar misión, estás a punto de convertirte en uno de los imbéciles.

¿Y si estaba intentando ser «uno de los buenos»?

Intentando ganarse la redención por la cobardía de su pasado. ¿Y si esa fracción de segundo de decencia, de intentar hacer lo

correcto frente a una chica borracha y vulnerable, mató su impulso? ¿Disparó la ansiedad de rendimiento que probablemente ha estado acechando bajo la superficie toda su vida?

Y su cuerpo, inundado de adrenalina y vergüenza y miedo... se apagó.

No por falta de deseo. Por una sobrecarga de conciencia.

Me presiono los ojos con las palmas, la presión anclándome.

No me rechazó.

Implosionó.

Y yo no era la bomba. Solo estaba en el epicentro.

Y luego huyó.

Tal vez, concede la voz cínica, su certeza vacilando. *O tal vez solo estás buscando excusas para otro tipo que salió corriendo.*

Recojo el teléfono del suelo y lo desbloqueo. Abro sus mensajes.

Ben (2:47 AM):

Cass, lo siento mucho, mucho. ¿Podemos hablar, por favor?

Ben (3:15 AM):

Por favor, necesito explicarte.

Ben (4:02 AM):

Bueno, pues lo siento otra vez...

Tres intentos desesperados en las horas oscuras. Mientras yo estaba inconsciente de borracha, eligiendo el olvido, él estaba despierto. Sin duda sufriendo, ahogándose en autorrecriminación, tendiendo la mano e intentando arreglar las cosas y recibiendo solo silencio a cambio.

La retirada mutua debería enfadarme. Solo me entristece.

Quizás podríamos haber sido algo real, si los dos no estuviéramos tan rotos. Si yo hubiera sido lo bastante valiente para llamar al beso lo que fue en lugar de huir. Si él hubiera sido lo bastante valiente para quedarse cuando su cuerpo falló. Si ninguno de los dos estuviera tan destrozado por el pasado como para tener demasiado miedo de vivir el presente.

Yo lo empujo cuando tengo miedo. Él huye cuando está aterrado. Y el resultado es el mismo: dos personas solas, convencidas de que no merecen ser amadas, demostrándoselo a sí mismas una y otra

vez. Pero la única forma de pararlo es romper el bucle: uno de los dos tiene que dar el paso.

Uno de los dos tiene que elegir creer en el otro.

Podría escribirle ahora, decirle que lo entiendo, que yo también lo siento. Pero el dolor aún es demasiado reciente, y el miedo al rechazo real —a que me confirme que sí, mi nueva hipótesis es una mierda y soy un desastre demasiado grande— es demasiado aplastante.

No estoy lista para las palabras.

Pero quizás puedo aparecer, como hizo él.

En el mosh pit, cuando me estaban manoseando.

Y anoche, cuando me estaba rayando.

La idea me golpea, completa y nítida. Los Devils tienen un partido en casa mañana. Sábado. 7:00 p.m. Si voy —si me ve allí después de todo, sentada en las gradas— quizás sea suficiente para reiniciar las cosas, una rama de olivo que ninguno de los dos es lo bastante valiente para ofrecer con palabras.

Es una prueba.

Y es lo mejor que puedo hacer.

La única esperanza que logro reunir.

Dejo el teléfono y vuelvo a dormir una hora, con la mente un poco más en paz. Me siento mal porque Ben probablemente sigue comiéndose la cabeza, pero siento que en el balance cósmico de las cosas, mi decisión de intentarlo otra vez es suficiente por ahora. Mientras tanto, después de dormir, tengo otras cosas de las que ocuparme.

Así que cuando despierto, me ducho y como algo, y luego me pongo manos a la obra.

Le escribo a Milo.

Cass:

Perdona que explotara.

Los tres puntos aparecen casi de inmediato.

Milo:

Joel sobrevivirá. ¿Hablamos?

Cass:

Todavía no. Pero gracias por preguntar.

Milo:

Aquí estaré cuando estés lista.

Dejo el teléfono, algo aflojándose en mi pecho. Sé que lo de la banda —y lo de Joel— no está arreglado, pero al menos está reconocido. Camino hasta la esquina donde el estuche de mi guitarra de repuesto se apoya contra la pared. Me arrodillo, abro los cierres y saco la Telecaster.

Su peso es familiar, el mástil encajando en mi mano como si hubiera sido hecho para mí. No la enchufo. Solo la sostengo, pasando el pulgar por los trastes. Como cada vez que me siento fuera de control, el leve zumbido de las cuerdas contra el metal me ancla, porque esto es real.

Esto es algo que conozco.

Un recuerdo emerge sin ser invocado. Yo a los quince en mi habitación de niña en Camden, sosteniendo esta misma guitarra por primera vez. Mi madre había ahorrado durante meses para comprarla, y cuando me la dio, envuelta en una bolsa de basura porque no teníamos papel de regalo, lloré.

No porque fuera perfecta —no lo era, la acción era una mierda— sino porque alguien había visto lo que yo quería y había decidido que yo merecía el sacrificio. Alguien que no tenía mucho y que aun así me había dado lo que tenía.

Vas a ser alguien, me había dicho. *Lo sé.*

Y parece apropiado para la situación con Ben.

Así que voy a aparecer.

Porque quizás —solo quizás— él piensa que yo también merezco el sacrificio.

Y porque no tengo mucho, pero lo que tengo para dar es suyo.

O eso espero.

veinte

BEN

EL VESTUARIO ES UN CAOS, una cacofonía de voces que rebotan contra el metal en un rugido superpuesto de vacile y risas forzadas. Es la misma energía de antes de un partido a la que estoy acostumbrado, pero durante los últimos dos días me he movido por ella como un fantasma.

Siguiendo la inercia, porque parar significaría enfrentar la verdad.

Me siento en el banco frente a mi taquilla y vuelvo a encintar el palo. El ritual debería ser reconfortante —la sensación de la cinta deslizándose suave sobre la pala, el rasgón satisfactorio al arrancarla con los dientes— pero mi cerebro está a mil kilómetros de aquí, reproduciendo la misma escena catastrófica en un bucle sin fin.

Su cuerpo. Su confianza. La forma en que me había mirado después de mi fracaso total y absoluto —no con asco, sino con confusión— como si acabara de ver romperse algo que no sabía cómo arreglar. Pero peor que eso había sido la expresión de dolor en su cara cuando salí corriendo.

Tiro de la cinta demasiado fuerte y se arruga, creando un pliegue irregular a lo largo de la pala. La despego y empiezo de nuevo, con la mandíbula tensa. —Joder —susurro.

—¡Eh, Sasquatch! —La voz de Nash corta mi espiral en seco—. ¿Piensas unirte al partido o esto es una situación de «presente solo de cuerpo»?

Normalmente le respondería con algo para mantener el juego, para intentar demostrar que soy uno de ellos, para demostrar que puedo aguantar. Pero hoy las palabras no se forman, así que sigo enrollando cinta, la tira negra dando otra vuelta alrededor de la pala.

El silencio se estira. Noto que Nash y Stiles se miran, porque yo soy el tipo torpe cuyas respuestas atropelladas son parte del entretenimiento del vestuario. Así que el hecho de que no esté interpretando mi papel les resulta más inquietante que cualquier discusión.

Nash lo intenta de nuevo, su tono pasando de juguetón a preocupado. —Vale, en serio. ¿Qué te pasa?

Finalmente levanto la mirada. Su expresión es abierta, casi preocupada, la primera vez que he visto jamás una emoción humana real en su cara. Stiles está apoyado contra la taquilla a su lado, brazos cruzados, su sonrisa de suficiencia habitual reemplazada por algo que podría ser empatía humana real.

Por un segundo, considero contarles. Hago la lista de pros y contras.

Pro: Son mis hermanos y me cubrirían las espaldas, aunque eso incluyera alguna broma suave.

Contra: ¿Qué les digo exactamente?

Pro: Quizá Nash ha pasado por esto y puede ayudar.

Contra: Quizá Nash no ha pasado por esto jamás y su polla tiene un historial de funcionamiento del cien por cien.

—Nada —digo, con la voz plana—. Estoy bien.

Es la mentira más obvia que he dicho en mi vida.

Stiles resopla. —Ya, se te ve genial. Como a un tío que acaba de enterarse de que su novia lo ha dejado. —Hace una pausa, sus ojos entornándose con interés repentino—. Espera un puto momento, ¿tu princesita punk te ha dejado?

Las palabras me resbalan. No reacciono. Simplemente vuelvo al palo, arranco la cinta y empiezo de nuevo porque el enrollado estaba ligeramente desigual, y si me concentro en eso, no tengo que concentrarme en el peso enfermo y retorcido que tengo en el estómago.

—Vale, tío —dice Nash despacio, retirándose.

Se alejan, sus voces diluyéndose en el rugido general, y me quedo solo con la única compañía que puedo soportar ahora mismo: mis propios pensamientos brutales y circulares. Con un suspiro, dejo caer el palo y saco el móvil, aunque ya sé lo que voy a encontrar.

No ha respondido.

He mirado aproximadamente novecientas veces en las últimas cuarenta y ocho horas. Envié tres mensajes. Recibí cero respuestas. El silencio es un veredicto aplastante y continuo. Si estuviera enfadada, me mandaría a la mierda. Si le diera asco, me bloquearía.

¿Pero el silencio?

El silencio significa que ni siquiera registro.

Es la peor clase de nada, y ni siquiera la culpo.

La parte de mí que es buena aislando problemas intenta activarse por centésima vez en dos días. Vale, ella estaba borracha y vulnerable. Tú estabas aterrorizado de ser como los otros tíos que le han hecho daño. Tu cerebro registró «abortar misión» y tu cuerpo obedeció. Lógica simple, basada en el problema.

Pero la lógica no hace que duela menos.

Porque ¿a qué clase de tío no se le pone dura con una chica como Cass?

Suena la bocina, un pitido áspero que corta el ruido del vestuario. La voz del entrenador retumba desde la puerta. —¡Devils! ¡En el hielo en dos!

Agarro mi equipo y sigo la fila de cuerpos hacia el túnel mientras el rugido del pabellón se filtra por el pasillo. Normalmente, este es el momento en el que siento la transformación, cuando el torpe Ben Kellerman se convierte en algo más afilado y más competente.

Pero esta noche, el interruptor no se activa.

Solo me siento vacío, como un impostor dentro de este uniforme.

De pie entre tipos como Rook, que domina una sala con una sonrisa, Schmidt, que tiene su vida trazada en línea recta hasta la facultad de Medicina, o Nash, que no ha dudado ni un segundo de que merece cada cosa buena que le llega.

Y luego estoy yo.

El fracasado.

El perdedor.

El túnel se abre a la pista, y el ruido me golpea: miles de voces, los graves retumbando, el chasquido seco de los palos contra los discos durante el calentamiento. Patino hacia las luces y todo se siente lejano y amortiguado, como si estuviera viéndole pasar a otro.

Continúa así hasta el saque inicial.

Y después.

Cuando empieza el partido, estoy absoluta, horriblemente desconectado.

Los patines me pesan, como si los controlara a través de una conexión con retardo que no responde como debería. Mi sincronización llega una fracción tarde en cada jugada. Y, como resultado de todo esto, regalo una intercepción fácil y un gol. La luz se enciende, la bocina suena, y el público gime.

Es tu culpa, me grita mi mente. La cagas en todo lo que tocas.

Patino de vuelta a mi posición, con la cabeza gacha, la vergüenza como un peso físico sobre los hombros. Puedo sentir los ojos de Rook sobre mí, pero no dice nada. Los demás tampoco. Me están dando espacio, de la misma forma en que le das espacio a un animal herido al que no sabes cómo acercarte.

Y entonces, porque no soporto mirar a los rivales celebrando ni a mis propios compañeros decepcionados, levanto la vista hacia las gradas. Espero ver a miles de personas fulminándome con la mirada, maldiciendo mi nombre por regalar el gol más fácil de mi carrera universitaria hasta la fecha.

En cambio, la veo a ella.

Cass.

Está sentada a media altura, una pequeña isla de cuero negro desafiante en un mar de camisetas rojas y blancas. No está animando. No mira el móvil. Solo está… observando. Su pelo rubio y desigual atrapa las luces del pabellón, y aun desde esta distancia, puedo ver que tiene la mandíbula rígida y los brazos cruzados.

Pero está aquí.

Después de dos días de silencio demoledor, después de que le fallé de la manera más humillante imaginable, después de que salí corriendo… está aquí. La revelación me desordena el cerebro,

porque es como una escena de película, el momento en que el público le grita a la pantalla para que el protagonista dé la cara.

Cae el disco de nuevo, y algo dentro de mí se enciende.

La vergüenza no desaparece —sigue ahí, un peso enfermo en la boca del estómago— pero queda eclipsada por una oleada de adrenalina pura y desesperada. Porque esto ya no va del partido, va de la única oportunidad de no ser la cosa patética y rota que ella vio en su habitación.

Si no puedo darle mi cuerpo, puedo darle esto.

La niebla se quema, reemplazada por un enfoque candente y afilado como una cuchilla. Cada gramo de mi ser se estrecha a los sesenta por veintiséis metros de pista de hielo. El ruido del público se apaga, las luces parecen más brillantes, y el hielo se siente más cortante bajo los filos.

Estoy jugando para una audiencia de una sola persona.

La siguiente vez que el disco viene hacia mí, no dudo. Pivoto con fuerza, los filos mordiendo el hielo con precisión, e intercepto el pase. Veo al delantero rival cargando —un tío grande, construido como un tren de mercancías— y en vez de pánico, solo siento cálculo frío.

Amago a la izquierda, y cuando su inercia lo lleva más allá, envío un pase limpio a Schmidt en el centro de la pista. El público ruge, pero no lo oigo. Ya estoy concentrado en la jugada tres pasos por delante, posicionándome para cortar un carril antes de que el otro equipo siquiera lo vea.

A medida que avanza el partido, defiendo mi zona como un león. Lanzo cargas agresivas, mi cuerpo largo convertido en un muro infranqueable. Cuando su primera línea intenta un ataque, ya estoy allí, forzando al portador del disco hacia la banda, matando el ángulo, obligando a un tiro débil que Rook se traga con facilidad.

El banquillo estalla. Rook me dedica un asentimiento, un golpe rápido de su bloqueador contra mi espinillera. —¡Eso es, Kell!

Entre turnos, me arriesgo a mirar.

Está inclinada hacia delante, codos sobre las rodillas, ojos fijos en el hielo.

En mí.

No la cagues.

El partido se difumina en una serie de momentos brutales y hermosos. Estoy en todas partes —rompiendo jugadas, lanzando pases de salida, repartiendo golpes que retumban por todo el pabellón— y durante el resto del primer período y hasta el segundo, soy imparable e impenetrable.

Entonces, finalmente, robo el disco en nuestra línea azul y lo llevo hasta la zona de ataque, mis zancadas largas devorando el hielo. El defensa intenta salir a cortarme, pero ya lo he pasado, los filos tallando arcos cerrados mientras pivoto hacia la portería.

Entonces lo clavo en la escuadra, y el pabellón enloquece.

Nash patina hacia mí y se estrella contra mí. —¡Joder, sí, Sasquatch!

Pero no lo estoy mirando a él.

Miro hacia las gradas, y puedo ver que está de pie, aplaudiendo y sonriendo. Solo por un segundo. Y luego vuelve a sentarse, la expresión aún indescifrable, pero está aquí. Está aquí, y se ha quedado, y al menos por un momento le gustó lo que vio.

El tercer período es una guerra, y el hielo se convierte en un campo de batalla. Me arden los pulmones, pero no aflojo. Y a cinco minutos del final, hay un contraataque de dos contra uno. Schmidt se quedó atrapado en zona ofensiva, y ahora somos solo Rook y yo contra dos de sus patinadores más rápidos.

Es un escenario de pesadilla.

Me lanzo hacia delante, piernas ardiendo, ajustando el ángulo para cortar la línea de pase. La parte ingeniera de mi cerebro entra en acción —ángulos, velocidad, trayectorias probables— y veo en la preparación del tiro y en el desplazamiento de su peso que va a disparar.

Me tiro al hielo.

El mundo se inclina a cámara lenta. Mi cuerpo deja el hielo, completamente horizontal, brazos extendidos. Por una fracción de segundo, soy ingrávido. El disco impacta contra mi muslo con un golpe seco y nauseabundo, un dolor agudo que me sube por la pierna. Pero el disco se desvía, girando hacia la esquina.

El pabellón explota cuando me estrello contra las bandas con un impacto que me sacude los huesos y me vacía los pulmones. El rugido es ensordecedor, hace vibrar los cristales. Me incorporo de rodillas, jadeando, el muslo gritando de dolor. Mañana habrá un moretón, pero ahora mismo me da igual.

Suena la bocina final, sellando nuestra victoria.

Rook patina hasta mí y me pone de pie de un tirón, golpeando su guante contra mi casco. —¡Pedazo de lunático hermoso!

El equipo me envuelve, una maraña caótica de guantes y palos golpeándome. Nash está gritando algo que no puedo oír. Schmidt me palmea la espalda tan fuerte que casi me caigo. Stiles tiene una sonrisa de idiota y grita «¡ESE ES MI SASQUATCH!» a pleno pulmón.

Pero mi único pensamiento es: ¿Lo habrá visto?

Me separo, patinando hacia el banquillo, y mis ojos van a las gradas.

Está de pie.

Nuestras miradas se cruzan a través de la distancia. El ruido no se desvanece —eso es mierda de película— pero dejo de oírlo. El pabellón podría estar en llamas y no apartaría la mirada. Ella no sonríe ni saluda. Solo se queda ahí, brazos aún cruzados, observándome con esa mirada feroz.

Pero está aquí.

Y lo vio.

veintiuno

CASS

LA BOCINA FINAL ESTALLA, confirmando la victoria de los Devils.

A mi alrededor, miles de cuerpos se ponen de pie de golpe, gritando hasta quedarse roncos, derramando cerveza y abrazando a completos desconocidos. La música retumba por los altavoces, con un bajo tan pesado que lo siento vibrar en los dientes.

Pero yo me quedo sentada, con el corazón todavía martilleándome por lo que acabo de ver: a Ben transformarse.

El fantasma del primer periodo, moviéndose por el partido como si estuviera bajo el agua, se convirtió en algo feroz y afilado y absolutamente implacable. Había estado en todas partes, tan brutal y temerario y jodidamente hermoso que me robó el aliento de los pulmones.

¿Cuál es el plan, Vance?

Vine a ofrecer una frágil rama de olivo que no podía articular en un mensaje, con la esperanza de que me viera. Pero ahora que el partido terminó y la multitud se dispersa, los nervios inundan el espacio que dejó la adrenalina. Porque no sé qué hacer ni qué decir ni cómo actuar.

Porque Ben Kellerman, al parecer, me ha contagiado su enfermedad.

Me obligo a ponerme de pie y unirme a los aficionados que salen, hasta que termino cerca del vestuario. Me apoyo contra un pilar de concreto, esperándolo, y tratando desesperadamente de evitar contacto visual con cualquiera que pueda cuestionar por qué estoy aquí, porque ni yo misma conozco la respuesta.

Esto es estúpido. ¿Y si pasa de largo? O, peor, y si se detiene, te dedica una sonrisa educada y te dice gracias por venir como si fueras una simple aficionada.

Al rato, la puerta de salida del equipo se abre, y él sale. Tiene la cara enrojecida por la ducha después del partido, y recorre el pasillo con la mirada, sus ojos verdes moviéndose entre los rostros con una urgencia frenética, buscando.

Está buscando a alguien.

Por favor, que sea a mí.

El pensamiento es tan crudo y desesperado que me asusta, porque yo no suelo hacer eso de la esperanza. La esperanza es el preludio de la caída. Pero hay algo en la forma en que se mueve, en cómo todo su cuerpo está tenso de determinación, que hace imposible apartar la mirada.

Y entonces su mirada me encuentra.

Sus ojos se abren, solo una fracción, y luego se suavizan con algo que parece un alivio tan profundo que me duele el pecho. Entonces empieza a caminar hacia mí, abriéndose paso entre los rezagados, hasta que está justo frente a mí, claramente agotado pero esperanzado en igual medida.

Abre la boca, luego la cierra de nuevo, y estoy completamente preparada para la Retirada Kellerman. Y si llega, lo sabré, porque estoy demasiado agotada emocionalmente como para pelearla. Todo el sarcasmo, toda la armadura, toda la energía de vete-a-la-mierda... todo simplemente... se fue.

En su lugar hay esperanza, y si falla, si me equivoco, estoy perdida.

—Jugaste bien —digo, con la voz baja—. O sea, muy bien.

Una sonrisa pequeña, casi tímida, le tira de la comisura de los labios, y el atleta victorioso se disuelve en el chico tierno e inseguro

que se sentó en el suelo de mi habitación y confesó sus heridas, y después huyó en el momento en que las cosas se pusieron picantes.

—Sí —dice, con un rubor trepándole por el cuello—. Tenía una buena razón para hacerlo.

La confesión queda ahí entre nosotros, pesada, y no sé qué hacer con ella. Mi cerebro me grita que haga un chiste o un comentario sarcástico, que desvíe el tema, o que haga literalmente cualquier cosa menos quedarme aquí parada sintiendo todo el peso de lo que está diciendo.

—¿Caminas conmigo? —pregunta, con la voz vacilante, como si percibiera mi duda—. Me gustaría una segunda oportunidad por lo de la otra noche...

—¿Me quieres desnuda y encima de ti otra vez? —Sonrío con malicia—. ¿No hay algún tipo de regla contra el sexo dentro del pabellón?

—Eh, yo... —Se corta, completamente rojo, tragándose las palabras—. No me refería a eso, yo...

—Relájate, Ben. —Sonrío, tomándole la mano—. Me encantaría caminar contigo, y veremos a dónde nos lleva, ¿sí?

—Me gustaría. —Asiente, me aprieta la mano, y salimos del pabellón hacia la noche.

La caminata de regreso por el campus empieza en silencio, del tipo en que los dos tenemos demasiado miedo de romper lo que sea, tan frágil, que se está formando entre nosotros. Nos robamos miradas, y observo la transformación del atleta victorioso de vuelta en el chico callado y tierno.

Pero entonces me sorprende, deteniéndose bajo una farola justo afuera de Hughes Hall, el edificio de ladrillo alzándose detrás de nosotros. El resplandor anaranjado proyecta sombras marcadas sobre su cara, y puedo ver el agotamiento en las líneas alrededor de sus ojos, la tensión en su mandíbula, como si estuviera conteniendo algo.

Y sé que este es el lugar.

Aquí es donde pasa, de una forma u otra.

La tensión entre nosotros es densa, pero no es la tensión sexual y frenética de mi habitación. Es algo más pesado, e infinitamente

más significativo. Lo observo recogerse, su mandíbula moviéndose como si probara las palabras antes de decirlas.

Finalmente toma un respiro corto y levanta la mirada para encontrar la mía.

—De verdad lo siento por lo de la otra noche —dice—. Creo que me preocupaba que estuvieras alterada y borracha, y estaba nervioso porque era mi primera vez y no quería ser como todos los demás imbéciles, y...

—Ben —digo, cortándolo—. Lo sé, ¿sí?

La forma en que me mira —como si fuera algo precioso y frágil y completamente incomprensible— me derrite. Una sonrisa pequeña, genuina y ligeramente temblorosa me toca los labios, y parece abrir lo que sea que lo estaba frenando, permitiéndole por fin relajarse y estar presente.

Me mira desde arriba, y en ese momento, lo veo todo. El héroe del hielo y el chico roto de mi habitación. El atleta seguro y el chico ansioso que huye cuando tiene miedo. Todo, enredado de una forma que de pronto tiene un sentido perfecto y devastador.

Baja la cabeza.

Lo encuentro a mitad de camino.

El beso es lento, casto al principio, un simple y vacilante toque de labios. No tiene nada que ver con la cosa explosiva y pública de la fiesta. Aquello había sido para un público, pero este beso es silencioso, privado, solo para nosotros. Y de alguna manera es más devastador porque es real.

Cuando inclino la cabeza, profundizándolo un poco, él suelta un aliento tembloroso, y sus labios se ablandan contra los míos. Su mano sube para acunarme la mandíbula, su pulgar acariciándome la mejilla con una ternura sorprendente. El aire frío de octubre nos rodea, pero donde nuestros cuerpos se conectan, hay calor.

El beso es tierno y honesto de una manera que se siente más íntima que cualquier cosa que hayamos hecho. No hay urgencia, no hay desesperación. Solo la exploración lenta y cuidadosa de dos personas aterradas de romper algo frágil.

Su otra mano se posa en mi cintura, firme, anclándolo, y me inclino hacia el contacto, permitiéndome confiar. Y cuando por fin

nos separamos, los dos respirando un poco más fuerte, veo el mismo asombro aturdido en su cara que yo siento en el pecho.

Me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja, luego da un paso atrás, dándome espacio.

—Buenas noches —dice—. Espero que podamos seguir viendo a dónde va esto.

—Me gustaría —susurro—. Pero no quiero que pasen días o semanas, Ben.

La oferta queda suspendida, cargada de promesa, cargada de riesgo. Pero no quiero desperdiciar otro segundo separados ni fingiendo que esto es falso. Porque cuando le di una oportunidad, no huyó, y volvió, a diferencia de todos los demás que han visto a la verdadera yo.

Se siente como si estuviéramos luchando el uno por el otro, a pesar de nuestras propias heridas y algunos mares tormentosos, y la forma en que nos besamos demostró que vale la pena luchar. Pero esta vez estoy sobria y lo dejo elegir, quizás la primera persona que le ha dado esa opción.

—¿Qué tal ahora mismo? —dice.

❄

La mano de Ben es suave en la parte baja de mi espalda mientras subimos las escaleras hacia su residencia, lo suficientemente cerca como para sentir el calor. Es protectora sin ser posesiva, y la diferencia se registra en algún lugar profundo: una frecuencia a la que no estoy acostumbrada a sintonizar.

La esperanza es peligrosa. La esperanza te hace daño.

Pero no me aparto cuando abre la puerta y se hace a un lado para dejarme entrar primero. El gesto es tan de él, tierno y cuidadoso, como si necesitara darme la oportunidad de cambiar de opinión, o como si yo fuera algo que podría romperse si se mueve demasiado rápido.

¡Ya sabes cómo termina esto, así que huye ahora!

Pero ignoro esa duda insistente y entro, donde descubro que el lugar es una vez más el polo opuesto de mi habitación. La cama está hecha. Los libros de texto en su escritorio están apilados en montones ordenados en vez de caos disperso. Y ahí, en el estante sobre su espacio de trabajo, está la pletina de casete Marantz de frente plateado.

Ya no está en pedazos.

Me acerco sin pensar, mis dedos recorriendo la placa frontal de metal cepillado con reverencia. La última vez que vi esto, era un cadáver destripado esparcido por su escritorio: circuitos y soldaduras corroídas, el tipo de cosa que la mayoría de la gente tira a la basura.

Pero él no se rindió.

Presiono play, esperando a medias que no pase nada, pero un jazz cálido y rasposo —Louis Armstrong— inunda la pequeña habitación. El sonido es rico y pleno, ese tipo de calidez analógica que no se puede falsificar con un archivo digital. El siseo de la cinta debajo de la trompeta es prueba de vida en algo que debería estar muerto.

Igual que nosotros.

—La hiciste funcionar —digo suavemente, girándome para mirarlo. Sigue de pie cerca de la puerta, observándome, cauteloso y esperanzado—. Antes era un desastre.

—Sí —murmura, con los ojos fijos en los míos—. Solo necesitaba algo de paciencia.

El peso de lo que realmente está diciendo se posa sobre mí.

Da un paso más cerca, luego otro, hasta que está justo frente a mí. Extiende una mano, con la palma hacia arriba.

—¿Bailas conmigo? —pregunta.

Miro fijamente su mano. Mis viejos instintos me gritan: huye, controla, quémalo antes de que te queme a ti. Pero Ben no se fue. Vio la peor versión de mí —borracha, sollozando, furiosa— y me sostuvo. Me siguió hasta mi residencia. Aguantó mi espiral empapada en vodka.

Y un pequeño tropiezo no cambia nada de eso.

Extiendo la mano y tomo la suya. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, cálidos y firmes, y me atrae hacia él. Una mano grande

se posa en mi cintura, la otra sujeta la mía, y empezamos a mecernos. No hay un ritmo real, solo el pulso lento y áspero de la voz de Armstrong llenando el pequeño espacio.

Mientras nos movemos, Ben me sostiene como si fuera algo precioso. Su palma presiona contra mis costillas a través de la tela fina de mi camiseta, y su calor se extiende por mí. Puedo sentir el leve temblor en sus dedos donde descansan contra mi costado, la energía nerviosa que intenta contener.

Inclino la cabeza para mirarlo, y sus ojos verdes son suaves, enfocados enteramente en mí. No en mi cuerpo ni en la actuación ni en la idea de mí. Solo... en mí. La chica que no puede aprobar teoría y es un desastre la mayoría del tiempo y que tiene una especie de repelente de hombres en cuanto las cosas se ponen serias.

Pero esto es real, y él sigue aquí.

—¿Conoces esta? —pregunto cuando la canción cambia—. Es una de sus mejores. La trompeta es increíble.

Niega con la cabeza, con una pequeña sonrisa tirándole de la comisura.

—No. Encontré la cinta en una tienda de segunda mano. La mitad de las canciones no tienen nombre.

—Abriendo camino por lo desconocido. —Hago una pausa, luego lo miro a los ojos—. Parece bastante apropiado para la situación.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, y sus ojos buscan en los míos el significado que se esconde debajo. No lo escondo. Lo dejo ver.

Entonces, con una confianza que no le había visto antes, me inclina hacia atrás.

El estómago se me cae cuando la gravedad toma el control, y por una fracción de segundo, siento el pánico instintivo de caer: la pérdida de control, el terror de que me suelte, de que golpee el suelo fuerte y sola como siempre.

Es la sensación exacta de lanzarte al público desde un escenario sin estar segura de que te atraparán. Ese momento de caída libre en el que eres total y completamente vulnerable, y lo único que puedes hacer es confiar y esperar no golpear el concreto.

Pero su brazo es una banda de acero alrededor de mi cintura, sosteniéndome sin esfuerzo, con firmeza, suspendida a centímetros del suelo. Lo miro desde abajo, con el mundo inclinado, y la certeza atraviesa cada defensa que me queda.

Me tiene por completo.

Como a alguien que no quiere perder.

Y no va a dejarme caer.

Me endereza, pero me mantiene cerca, tan cerca que siento el latido rápido de su corazón contra mi pecho. Se inclina, apoyando su frente contra la mía, su aliento cálido contra mi piel.

—Prometo que no voy a huir esta vez —susurra contra mi sien.

—Demuéstramelo —digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Asiente, con los ojos oscuros de una reverencia que me debilita las rodillas, y entonces me levanta en sus brazos como si no pesara nada. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura por instinto, mis brazos enlazándose en su cuello, y me carga los pocos pasos hasta su cama. Me recuesta con tanto cuidado, tan deliberadamente.

Esto no es conquista.

Esto es volver a casa.

Se cierne sobre mí por un momento, sus ojos recorriendo mi cara como si memorizara cada detalle, y puedo ver la guerra detrás de sus ojos —el deseo peleando contra el miedo, la esperanza luchando contra la vergüenza—, como si él también tuviera su propia voz interna gritándole.

—Ben —susurro, alzando la mano para tomarle la cara, mi pulgar acariciando su mandíbula—. Estoy aquí. Te deseo. Eres suficiente.

Después de un segundo, asiente y se recuesta en la cama a mi lado, su cuerpo curvándose hacia el mío. Me giro para mirarlo. Estamos acostados de lado, a centímetros de distancia, con la música todavía sonando suavemente de fondo. Su mano sube para apartarme un mechón de pelo de la cara, acomodándolo detrás de mi oreja.

—Eres tan hermosa —murmura.

Y entonces lo beso.

veintidós

BEN

ESTAMOS EN MI CAMA, y estoy besando a Cass, y mi cerebro no deja de hacer cortocircuito con el hecho simple e imposible de que ella está aquí.

En mis brazos, su peso sólido contra mí, su aliento cálido en mis labios. Y de pronto, el bucle frenético de mi propia inadecuación se calla. Solo estamos ella y yo, los dos haciendo lo valiente —ella abriéndose, yo quedándome— que nuestros cuerpos intentan resistir.

Esta vez no voy a huir.

El juramento se asienta en mis huesos mientras la beso otra vez, más despacio, dejándome sentir sus labios suaves y dóciles, sus manos deslizándose por mi pecho, sus dedos enroscándose en mi camiseta. Su calor presionado contra mí es prueba táctil de que esto es real, de que no destruí todo más allá de lo reparable.

Y de pronto, no estoy aterrorizado.

Tengo el control.

Es como la concentración de pulso firme que necesito al usar un soldador, o la confianza paciente de saber qué viene después en una jugada defensiva sobre el hielo y confiar en mí mismo para llegar. Es completamente nuevo, pero de pronto se siente correcto.

—Déjame —murmuro contra su boca, mis manos deslizándose hasta el borde de su camiseta, los dedos rozando piel cálida—.

Déjame hacer esto bien.

Asiente, y rompo nuestro beso para sacársela por la cabeza. El movimiento es deliberado, reverente, como si estuviera manejando algo delicado que podría fracturarse si me apresuro. Cuando la camiseta desaparece, trazo la línea de su clavícula, bajando hasta la curva de sus pechos aún ocultos por tela negra sencilla.

Alcanzo detrás de ella, los dedos titubeando un poco con el cierre —mis manos se manejan bien con componentes diminutos y cables delicados, pero los broches del sostén son aparentemente su propio desafío de ingeniería— y cuando finalmente se abre con un suave clic, lo dejo caer entre nosotros.

Por un momento, solo miro, inhalando con fuerza.

Porque esto es como ver la Mona Lisa mientras la estaban pintando.

La curva pálida de sus pechos. La forma en que su respiración se ha acelerado, su pecho subiendo y bajando en un ritmo que casi podría igualar al jazz que se apaga. El leve rubor rosado extendiéndose desde su pecho hasta su garganta. Todo es una obra maestra.

—Ben —susurra, solo mi nombre, como una pregunta que por fin estoy listo para responder.

Bajo la cabeza y beso su clavícula, luego el hueco de su garganta donde el pulso le martillea bajo mis labios, rápido y agitado como un pájaro atrapado. Es señal de que ella también está nerviosa, y darme cuenta me ayuda a estabilizarme.

Mi boca traza un camino deliberado hacia abajo, hasta la piel suave entre sus pechos, hasta el plano liso de su estómago donde el músculo se tensa bajo mis labios cuando jadea, hasta la arista afilada de su cadera donde el tatuaje de constelación que solo había vislumbrado antes ahora exige atención.

Es un reguero de pequeñas estrellas negras, oscuras de tinta contra piel pálida. Lo trazo con la lengua, y siento cómo se le corta el aliento. —Casiopea —susurro.

Se tensa. —¿Cómo demonios sabías eso?

—Nerd, ¿recuerdas? —murmuro contra su piel, contento de haber acertado con la constelación y su nombre completo—. Tuve

una fase de astronomía…

Se ríe. —Por supuesto que sí…

Y en ese simple acto de ligereza, en ese momento de que no sea nada del otro mundo, me siento aceptado. Y eso me hace querer que ella se sienta aceptada: la chica que lloró en mis brazos, la chica a quien los tipos no han dejado de fallarle, la chica que apareció cuando yo no lo merecía, la chica que confía en mí ahora.

Engancho los dedos en la cintura de sus vaqueros y hago una pausa, mirándola desde donde estoy arrodillado entre sus piernas. —¿Sigues bien? —pregunto.

—Sí. —Su voz es entrecortada pero segura, los ojos clavados en los míos.

Bajo los vaqueros despacio, llevándome las bragas con ellos, y cuando por fin está desnuda ante mí —completa, gloriosamente desnuda en mi cama— me tomo un momento para absorber la confianza que deposita en mí y el hecho de que esto está pasando y mi cuerpo no me está traicionando y ella está aquí.

Me acomodo entre sus muslos y bajo la boca hasta su centro. El primer sabor de ella la hace jadear, y el sonido me recorre como retroalimentación a través de un amplificador sin tierra. Quiero perseguir esa frecuencia y aprender qué la hace dispararse.

Me tomo mi tiempo con ella, mi lengua explorando, prestando atención a lo que la hace jadear frente a lo que la hace gemir. Lamo un camino lento a lo largo de sus pliegues, luego me concentro en su clítoris —firme y resbaladizo— y cuando lo rodeo con la parte plana de mi lengua, sus caderas se sacuden.

Experimento con la presión, con el ritmo, aprendiendo cómo su respiración cambia cuando chupo suavemente, cómo sus muslos se tensan alrededor de mi cabeza cuando paso la lengua justo ahí, y el gemido desesperado y ahogado cuando doy con la combinación exacta.

Estoy haciendo esto. Estoy haciéndola sentir esto.

Estoy tan concentrado en su placer que apenas registro mi propia excitación dolorosa presionando contra el colchón, dura e insistente y completamente irrelevante. Porque ahora mismo, mientras ella

gime y jadea, su respiración volviéndose entrecortada, sé que está cerca.

Y ahora mismo, eso es lo único que importa.

—Espera —jadea—. Necesito… necesito probarte a ti también.

Al parecer no es lo único que importa.

Antes de que pueda procesarlo, ella se está moviendo, maniobrándonos con urgencia torpe y frenética. Es un enredo de extremidades y risas sin aliento —mi rodilla golpea la pared con un golpe sordo, su codo se hunde en el colchón, y por un segundo me preocupa genuinamente que vayamos a caernos de la cama estrecha.

Pero entonces nos acomodamos.

Estoy de lado, la cara otra vez entre sus muslos, y ella se ha girado de modo que su boca queda a la altura de mi polla, que sigue presionando contra la tela del vaquero, dura y palpitante. Y mientras vuelvo a complacerla, ella se deshace rápidamente de mi cinturón, el botón y la cremallera.

Entonces su boca está sobre mí.

El primer contacto de su lengua contra la cara inferior de mi miembro me arranca un gemido de la garganta que vibra en su centro. La vibración le recorre el cuerpo, y jadea alrededor de mí. Yo emito una especie de sonido en respuesta, mi boca aún sobre ella, y ella reacciona a eso también.

Es un bucle de retroalimentación.

Cada lamida que le doy, cada gemido que le arranco, vibra contra mi polla mientras me toma más profundo. Puedo oír sus gemidos amortiguados, sentir la vibración donde sus labios se estiran a mi alrededor, y eso me espuela. Chupo más fuerte su clítoris, mis dedos deslizándose dentro, desesperado por complacerla.

Es desordenado.

Es perfecto.

Poco después, sus muslos empiezan a temblar, y su ritmo sobre mi polla se vuelve errático porque está demasiado concentrada en su propio placer creciente. Un segundo más tarde, siento su grito, amortiguado alrededor de mi miembro y vibrando a través de mí de una forma que casi me lleva al borde con ella.

Sus caderas se sacuden contra mi cara, moliéndose contra mi boca mientras el clímax la arrasa, y siento cada pulso: la contracción rítmica alrededor de mis dedos, la oleada de humedad en mi lengua, la forma en que todo su cuerpo se tensa y luego se derrite.

La sensación de que se deshaga contra mi lengua mientras aún me chupa es casi demasiado. Mi polla palpita, desesperada por liberarse, pero me retiro en el último segundo, jadeando, decidido a no terminar esto todavía. Y ella se da cuenta también, porque se retira a su vez.

Nos separamos, sin aliento y sofocados, y me coloco entre sus piernas. Mis vaqueros siguen a medio poner, arrugados alrededor de mis muslos. Intento quitármelos de una patada, pero una pernera se engancha en mi tobillo y tengo que sentarme, arrancándome el vaquero rebelde con urgencia torpe.

—Qué elegancia, Kellerman —murmura, conteniendo una sonrisa.

Me quito los vaqueros de una patada. —En mi defensa, no he hecho esto antes…

La risa que se le escapa es suave y genuina. —Eso lo vamos a cambiar pronto…

Me acomodo sobre ella, apoyándome en los antebrazos para poder mirarla a la cara. Sus ojos están aturdidos, pupilas dilatadas, labios hinchados y entreabiertos. Por un segundo, mi mente me grita: ¡este es el momento en que la cagaste la última vez!, y el recuerdo de aquel fracaso humillante regresa de golpe.

Pero entonces ella alza la mano, acunando mi mandíbula. —Eh, estoy aquí mismo y quiero esto. —Sus ojos sostienen los míos, firmes—. Te deseo a ti.

La certeza en su voz atraviesa el ruido.

Su mano se desliza de mi mandíbula a la nuca, atrayéndome hacia un beso que sabe a ella y a mí y a algo nuevo. Y mientras nos devoramos el uno al otro, me deslizo dentro de ella. El calor estrecho y húmedo es abrumador, y ella parece darse cuenta, porque simplemente hacemos una pausa por un momento.

Estoy dentro de ella. Mi cuerpo funciona. No fracasé.

La miro, y la expresión en su cara —ojos oscuros de placer, labios entreabiertos en un jadeo silencioso, un leve rubor extendiéndose por sus mejillas y bajando por su garganta— es algo que quiero memorizar. No solo porque es hermosa, sino porque está aquí conmigo, y eso importa.

—Ben —suspira—. Muévete.

Lo hago.

Me retiro despacio, saboreando la fricción, y luego vuelvo a hundirme, estableciendo un ritmo deliberado y controlado. Cada embestida es un juramento —estoy aquí, me quedo, no huyo— y cada vaivén es prueba de que no soy el cobarde que huyó de esta chica.

La sensación de ella apretándose a mi alrededor y los sonidos suaves que hace con cada movimiento es abrumadora de la mejor manera posible. Pero quiero más. Quiero sentir cada centímetro de ella contra mí, borrar cada milímetro de distancia.

Así que nos muevo de lado, girándonos para quedar frente a frente, aún unidos. El cambio de ángulo envía un pulso fresco de sensación a través de los dos, y ella jadea, su pierna enganchándose sobre mi cadera instintivamente para atraerme más profundo.

—Dios —gime, la frente apoyada contra la mía, los alientos mezclándose en el estrecho espacio entre nuestras bocas—. Qué bien se siente.

La beso, profundo y abrasador, mi mano acariciando su cadera, el pulgar trazando la constelación de estrellas tatuada ahí mientras me muevo dentro de ella. La intimidad de esta posición —cara a cara, pecho contra pecho, aliento compartido, nada oculto— es casi insoportable.

Puedo ver cada destello de placer cruzar su rostro, cada jadeo telegrafiado en cómo se le abren los ojos. Pero quiero más. Así que, con un arrebato de confianza que se siente completamente nuevo, me dejo caer de espaldas, trayéndola conmigo hasta que está a horcajadas sobre mí, mi polla aún enterrada dentro de ella.

—Toma lo que necesites —murmuro, las manos aferradas a sus caderas.

Lo hace.

Se alza despacio, su cuerpo elevándose hasta que solo la punta de mi polla sigue dentro, y luego se deja caer con un giro deliberado de caderas que nos hace gemir a los dos. Su cabeza cae hacia atrás, y encuentra su ritmo: lento al principio, luego más rápido a medida que descubre el ángulo que la hace jadear.

La observo montarme, hipnotizado. La forma en que sus pechos pequeños rebotan ligeramente con cada subida y bajada. El tatuaje de la constelación en su cadera flexionándose y moviéndose mientras los músculos trabajan. La expresión de placer puro y desprotegido en su cara, labios entreabiertos, ojos entrecerrados.

Contengo mi propia liberación con cada gramo de voluntad que tengo, toda mi concentración reducida a ella. Quiero verla deshacerse, y pronto grita, el ritmo acelerándose, las manos presionando más fuerte contra mi pecho.

—Ben —jadea, mi nombre trabándose a la mitad—. Voy a… Dios, voy a…

—Déjate ir —le digo, la voz ronca—. Te tengo.

Lo hace.

El clímax la recorre en una ola profunda y estremecedora. Siento cómo se aprieta a mi alrededor en pulsos rítmicos, todo su cuerpo temblando, y observo con una sonrisa mientras el placer le transforma la cara, borrando cada línea de preocupación y miedo y dejando solo dicha cruda y honesta.

La imagen de ella —hermosa, mía— destroza lo último de mi control.

Empujo hacia arriba dentro de ella una última vez, un gemido bajo y gutural arrancado de mi garganta cuando encuentro mi propia liberación. Pero no es solo físico: es la liberación de cada miedo que he cargado, cada herida que creí permanente, cada parte de mí que pensé que estaba rota.

Todo, por fin, por fin dejándose ir.

Se desploma sobre mi pecho, los dos jadeando, los cuerpos resbaladizos de sudor.

Durante un largo momento, simplemente nos quedamos ahí, enredados, el único sonido nuestra respiración entrecortada y el leve clic mecánico del Marantz cuando la cinta llega a su fin. El silencio

repentino es profundo, puntuado solo por nuestros latidos desacelerándose.

Me muevo, girándonos de lado para poder acercarla sin aplastarla, su cabeza apoyada en mi pecho, mi brazo envuelto firmemente alrededor de su cintura. Siento el golpeteo rápido de su corazón contra mis costillas, desacelerándose gradualmente para igualar el mío.

De pronto, suelta una risita breve y sin aliento. —Bueno, parece que por fin estrenaste el marcador, Kellerman. ¿Qué tal estuvo?

La pregunta —formulada con esa irreverencia devastadora y cariñosa— me arranca una risa. —Bueno, costó una eternidad terminar, pero no estuvo mal…

Finge indignación, jadeando mientras me da un puñetazo suave, pero los dos estamos sonriendo cuando la aprieto más fuerte, hundiendo la cara en su pelo, respirando su aroma. Luego nos estamos besando otra vez, lento y profundo, un beso que se siente como una promesa.

Esto es real.

Ella me acepta.

veintitrés

CASS

LOS ÚLTIMOS DÍAS han sido una mezcla confusa de agotamiento y algo que se parece peligrosamente a la felicidad.

Mis notas siguen siendo zona de desastre —suspendí mi último trabajo de Teoría Musical de forma tan espectacular que el bolígrafo rojo de Dr. Atwood parecía haber cometido un asesinato— y Joel sigue jodiéndome con que necesitamos hablar sobre la «trayectoria» de la banda, lo que coño signifique eso.

Pero cada vez que empiezo a caer en espiral, cada vez que el ruido en mi cabeza se vuelve tan fuerte que no puedo oír nada más, pienso en Ben. El peso sólido de él, ya sea que estemos follando o abrazándonos o simplemente sentados juntos viendo algún programa horrible de Netflix. Y en el instante en que lo hago, el ruido simplemente… para.

Y no creo que sea algo de un solo sentido.

Duerme con el brazo pesado y posesivo sobre mi cintura, como si tuviera miedo de que desaparezca si me suelta. Me envía mensajes sobre nada, y parecen serlo todo. Me escucha desahogarme y me pide que toque la guitarra para él, mirándome como si yo fuera la segunda venida adelantada.

Esto que hay entre nosotros, este mundo privado donde solo somos nosotros, es el primer lugar en el que he sentido que puedo respirar sin calcular el precio.

Por eso me encuentro caminando dentro del edificio de ingeniería, normalmente una zona prohibida para gente como yo, donde encuentro a Ben. Está encorvado sobre su mesa de trabajo en el rincón del fondo, con la cabeza entre las manos, irradiando el tipo de frustración que cala hasta los huesos y hace que el aire pese más.

Y sé por qué.

Su robot —Proyecto Teseo— está frente a él, una maraña de cables y placas de circuitos, burlándose de él con su silenciosa indiferencia mecánica. Hay un envoltorio arrugado de barra de granola en el escritorio, una botella de agua medio vacía, un millón de notas adhesivas con sus garabatos y otro millón que ha arrancado o estrujado en bolas.

Está atascado.

Me acerco por detrás, en silencio, y deslizo un vaso de cartón con café sobre la mesa justo debajo de su nariz. —Pensé que te vendría bien un salvavidas —digo.

Se sobresalta, levantando la cabeza de golpe, y entonces me ve y todo su cuerpo se derrite. El hundimiento derrotado de sus hombros se evapora. Sus ojos —inyectados en sangre, rodeados del tipo de agotamiento que viene de mirar el mismo problema durante demasiadas horas— se suavizan con alivio.

—Literalmente me estás salvando la vida ahora mismo —gime, agarrando el café con las dos manos. Le da un largo sorbo, luego lo deja y me atrae a su regazo sin pensarlo, rodeándome la cintura con los brazos, enterrando la cara en mi cuello por un segundo.

Le doy un beso en la coronilla, mientras siento la calidez de su aliento contra mi piel y el leve raspar de su barba incipiente. Al mismo tiempo, me pregunto cuándo me convertí en la persona a la que busca cuando se está ahogando.

—¿Día difícil? —murmuro, enredando los dedos en su pelo, masajeándole el cuero cabelludo y arrancándole un gemido.

—Sigue muerto —dice contra mi clavícula, con la voz amortiguada y derrotada—. Le juré a Anya que era un problema de hardware y sigue sin funcionar después de todo este tiempo. Me va

a matar. O peor, me va a mirar como si fuera un idiota que le hizo perder tres semanas de su vida.

Conozco esa mirada. Me la ha dado Joel cien veces. Esa mezcla de decepción e incredulidad, como si no pudiera decidir si soy incompetente o simplemente no me esfuerzo lo suficiente. De cualquier forma, está claro que yo soy el problema, y la peor sensación del mundo es cuando empiezo a creérmelo.

Me echo hacia atrás lo justo para mirarlo. Tiene la mandíbula apretada con ese tipo de rabia obstinada y autodirigida que yo veo en el espejo después de un concierto malo. —Enséñame —digo.

Parpadea. —¿Qué?

—Enséñame lo que está haciendo. —Me encojo de hombros—. Quizá una mirada fresca te ayude a verlo desde otro ángulo.

Me mira escéptico —como si no pudiera imaginar qué podría aportar una guitarrista de punk rock a un problema de robótica— pero me gira un poco para que siga en su regazo pero de cara a la mesa de trabajo. Teseo está ahí, un robot pequeño con ruedas y un conjunto de sensores que parece la cabeza diminuta de un insecto.

—En realidad es bastante mono, de una forma profundamente ñoña —digo, intentando aliviar un poco su estado de ánimo de una manera que no implique enseñarle las tetas. Alargo la mano y golpeteo la carcasa del sensor con una uña pintada de negro, curiosa—. ¿Así que este pequeñín se supone que navega un laberinto?

—Si puede mantener el rumbo más de diez segundos sin perder la cabeza —dice Ben, con la mano apoyada en mi cadera, el pulgar trazando círculos distraídos—. Mira.

Estira el brazo por encima de mí para pulsar una tecla en su portátil. El programa de diagnóstico se ejecuta y el robot cobra vida con un zumbido. Sus ruedas giran en el sitio, los servomotores ronronean, y entonces el conjunto de sensores empieza a barrer de izquierda a derecha, rastreando un objetivo invisible. Durante unos segundos, parece perfecto, como un pequeño milagro mecánico.

Entonces se desvía.

Incluso yo puedo reconocer lo que está pasando cuando las lecturas en la pantalla se disparan y caen erráticamente, y el robot

se detiene de golpe, con las ruedas girando inútilmente. Ben suelta un ruido frustrado y se desploma contra mí, la derrota irradiando de cada línea de su cuerpo.

—¿Ves? —dice—. Es inútil.

—Hazlo otra vez —digo.

Me mira frunciendo el ceño, pero obedece, y arranca de nuevo.

Cierro los ojos y simplemente escucho lo que la máquina está diciendo. El zumbido de los motores es un Re grave, firme y limpio. La electrónica tiene un zumbido tenue por debajo, como un pedal mal conectado a tierra. Y entonces —ahí— un chirrido agudo se dispara justo antes de que el sensor se desvíe.

Es rápido, casi enterrado en el ruido de fondo, pero está ahí, un Si bemol, quizá ligeramente sostenido, cortando a través de la mezcla como acople acumulándose en un monitor malo. Conozco ese sonido como conozco mi cara en el espejo. Es el sonido de corriente sucia filtrándose en una señal limpia.

—Ahí —digo, abriendo los ojos de golpe—. ¿Lo oíste?

Niega con la cabeza, desconcertado. —¿Oír qué?

—Justo antes de que el sensor se desvíe, ese pequeño servomotor de la rueda izquierda hace un chirrido agudo. Es bajo, pero está ahí cada vez. —Alargo la mano y golpeteo con una uña pintada de negro la carcasa del motor—. Ejecútalo otra vez, y escucha en vez de intentar diagnosticar.

Lo hace, y esta vez observo su cara mientras el sonido le llega, y sé con certeza que nunca lo había oído. Sus ojos se abren ligeramente, y prácticamente puedo ver las conexiones disparándose en su cerebro. Lo oye ahora. Está escuchando a su robot como yo escucho a mi ampli.

—¿Es posible —digo despacio, mi voz cobrando seguridad— que el ruido electrónico del motor esté interfiriendo con la cadena de señal del sensor? En el escenario, si mi pedal de wah mete corriente sucia, hace que mi overdrive suene como una mierda total. No soy ingeniera, pero…

Sus ojos se abren aún más, y una expresión de puro y absoluto respeto los ilumina. Es una mirada que he ansiado toda mi vida —no

admiración por mi cuerpo o mi «actitud», sino por mi cerebro y mi talento y mi oficio y yo, la chica debajo de la imagen.

Me ve.

No la actuación.

No el personaje.

A mí.

—Eres brillante —susurra, y entonces me está besando, fuerte y rápido, con la mano acunando mi nuca. Cuando se aparta, tiene la cara sonrojada, los ojos brillantes, todo rastro del agotamiento anterior quemado—. ¿Puedes dibujarlo? ¿La analogía de la cadena de señal?

Agarro un trozo de papel y un lápiz, aunque me tiemblan un poco las manos, no de nervios, sino de algo que se parece peligrosamente al orgullo. He pasado toda mi carrera universitaria convencida de que era un fraude, pero ahora este tío superinteligente está respetando que quizá de verdad yo sé algo.

Si puedo hacer esto —si puedo resolver un problema que lo ha estado devorando vivo durante semanas— entonces quizá no soy el desastre que Dr. Atwood cree que soy. Quizá Joel se equivoca. Quizá no soy solo instinto y ruido. Quizá hay habilidad real enterrada debajo de todo el miedo.

Dibujo la forma en que la señal de una guitarra fluye desde las pastillas a través de los pedales hasta el ampli. —Todo se trata de aislamiento —explico, golpeteando el lápiz contra el papel—. Si tu fuente de alimentación está sucia, se propaga por toda la cadena. Pero si la limpias en el origen, todo lo que viene después se beneficia.

Mientras dibujo, él observa, con la voz cautelosa pero entusiasmada. —Tu ampli. El zumbido. He estado pensando en eso. Siguiendo tu lógica… si construyéramos una fuente de alimentación limpia y aislada para él, podríamos matar el zumbido sin tocar el tono. Creo que es el mismo problema.

Me quedo paralizada, el lápiz inmóvil en mi mano.

Lo miro, atónita.

Porque puede que tenga razón.

Y, mejor aún, no me está ofreciendo reemplazar mi equipo. No lo está llamando basura como Joel hace cada vez que el zumbido arruina una grabación o puntúa el final de un concierto con un enorme «que te jodan». No me está diciendo que compre un ampli nuevo como sugirió el niñato de colegio privado en el bar, cuando no hay manera en el puto mundo de que pueda permitirme uno.

Me está ofreciendo ayuda.

—¿Sí? —consigo decir, con la voz más suave de lo que pretendo —. ¿Crees que puedes hacer eso? ¿Arreglarlo?

Asiente, una sonrisa segura reemplazando su habitual tic ansioso. —Sé que puedo. Necesitaría tomar algunas mediciones, calcular el consumo de corriente, pero sí.

De repente, ambos problemas profesionales quedan olvidados cuando me atrae más cerca, hasta que estoy a horcajadas sobre su muslo, con su mano posada posesivamente en la parte baja de mi espalda. La mesa de trabajo se me clava en la cadera, pero no me importa, porque estoy en un subidón por haberlo ayudado y con la perspectiva de que él me ayude a mí.

Me inclino hacia él, frotándome lenta y deliberadamente contra él, sintiendo la dureza de él responder al instante a través de sus vaqueros. Se le corta la respiración, su agarre se tensa en mi cintura mientras me muevo contra él, la fricción generando calor entre nosotros. El laboratorio está vacío, pero la puerta no tiene llave.

—Alguien podría entrar… —dice.

—Eso es punk rock, nene —digo con una sonrisa perversa.

Pero es evidente que está incómodo y excitado a la vez. —Cass…

Me acerco a su oído, sin querer hacerlo sentir pequeño o menospreciado o que me está decepcionando. —Considéralo un adelanto —susurro, mordiéndole el lóbulo de la oreja antes de apartarme, dejándolo sonrojado y ardiendo de ganas—. Arregla el robot, Kellerman. Y después soy toda tuya.

Se ríe, pero se vuelve hacia el robot con un enfoque renovado y aterrador. —Eres un castigo cruel e inusual, que lo sepas.

—Me lo han dicho. —Me deslizo fuera de su regazo, sintiendo la pérdida de su calor al instante, pero me poso en el borde de la mesa de trabajo, observándolo trabajar.

—Tengo un partido fuera este fin de semana —murmura, sin apartar la vista del esquema, pero su mano encuentra mi rodilla debajo de la mesa, incapaz de romper el contacto—. Gran partido de rivalidad contra Boston College. Puede ponerse feo. Probablemente no sea muy divertido de ver. —Hace una pausa, levantando la vista hacia mí—. Pero me gustaría que estuvieras ahí.

La petición es simple. Lo que está en juego no lo es.

Me está pidiendo que aparezca.

Que me vean con él, de verdad, en público, fuera de la seguridad de nuestra burbuja privada.

Será la primera vez que estemos en público como pareja de verdad.

Enredo los dedos en su pelo, tirando suavemente hasta que me mira por completo. —No tengo nada mejor que hacer que verte patinar círculos alrededor de unos tíos.

Su cara se ilumina con una sonrisa genuina y deslumbrante. —Me encantaría —dice—. Gracias, Cass…

—No me lo perdería. —Me inclino y lo beso, lento y dulce, y cuando me aparto, me está mirando como si acabara de entregarle el mundo.

veinticuatro

BEN

NO ESTOY VIENDO EL PARTIDO.

La estoy viendo a ella.

El pabellón de Boston College es un caldero hostil —camisetas del rival, cánticos diseñados para desestabilizar al equipo visitante— pero Cass es imposible de ignorar. Está sentada unas veinte filas detrás del cristal, una pequeña isla de cuero negro y mezclilla rasgada en un mar agitado.

Mi pecho hace esa cosa rara, esa presión cálida, cada vez que levanto la vista hacia allá.

Vino. Está aquí. Me está viendo.

Normalmente, los partidos de visitante hacen que me tiemblen las manos cuando agarro el palo. Entrar en un edificio donde todos ya te odian es su propio tipo especial de infierno, y la acústica de este lugar parece diseñada para convertir cada insulto en una agresión física.

Pero esta noche, la espiral de siempre está… en silencio.

Porque esto no es solo otro partido.

Es la primera vez que salimos de la burbuja. Durante semanas, hemos existido en este mundo perfecto y privado —ella ayudándome a depurar a Theseus, yo diseñando arreglos de fuente de alimentación para su amplificador, los dos durmiendo enredados en mi cama angosta.

Pero ¿esto?

Esto es lo público.

Es la primera vez que mis compañeros de equipo me ven con ella de verdad. Es la primera vez que los imbéciles borrachos de las gradas se dan cuenta de que existe. Es la primera vez que lo frágil que hemos construido —sea lo que sea— se pone a prueba contra el peso total de las opiniones ajenas.

¿Y si a mitad del segundo periodo mira a su alrededor, a los imbéciles borrachos, y piensa: *Esto es lo que significa salir con un jugador de hockey?* ¿Y si decide que el tipo al que se ha acostumbrado no existe aquí, y que lo único que queda es exactamente lo que siempre ha evitado?

Conozco la reputación de esta afición —despiadados con los visitantes, propensos a lanzar cosas, coreando obscenidades que harían sonrojar a un marinero— y tener a Cass ahí sentada con su cazadora de cuero y sus botas militares es como agitar un trapo rojo frente a un toro particularmente estúpido y borracho.

Por favor, déjenla en paz.

Suena la bocina y el entrenador grita el número de mi línea, así que salto por encima de las bandas. El aire frío me golpea los pulmones, y por unos segundos, lo único que existe es el disco y la jugada. El hockey es así de simple. Encuentra el disco. Mueve el disco. Protege la portería. Sin segundas dudas. Solo acción.

Si tan solo la vida fuera así de simple siempre.

Hago un pase limpio a Nash, que lo lleva a la zona ofensiva con su velocidad temeraria de siempre. Circulamos el disco, metódicos y controlados, y Schmidt mete un tiro perfecto pasando al portero —un láser que pega en la esquina alta con un ping satisfactorio— y se enciende la luz roja.

Nuestro banquillo estalla.

La afición gime.

Miro hacia Cass mientras patino de vuelta al banquillo, y está de pie, aplaudiendo, con una sonrisa feroz partiéndole la cara. Me ve mirándola y levanta el puño en un gestito ridículo, y la calidez en mi pecho florece en algo embriagador.

El segundo periodo se arrastra, entre cargas, cambios de línea, el rugido incesante de la tribuna. Y cuando bloqueo un cañonazo que me pega en la espinillera con fuerza suficiente para doler y despejo el disco con un pase deliberado, Cooper pasa patinando y me da un golpe en el casco mientras voy hacia el banquillo.

—Buena jugada, Kell.

Asiento con la cabeza, todavía sin aliento, y me desplomo en el banquillo entre turnos. Los pulmones me arden, las piernas me gritan, pero me siento bien. Entonces, durante una pausa en el juego, el sistema de sonido del pabellón revienta con una canción de pop terrible. Estoy contra las bandas, recuperando el aliento, cuando lo escucho.

—¡Oigan, miren! ¡A alguien se le perdió su muñeca gótica de Hot Topic!

Las palabras cortan el ruido de tajo, y todo mi cuerpo se pone rígido.

No.

Giro la cabeza de golpe hacia el sonido. Un grupo de tipos borrachos —cuatro o cinco, todos con los colores de Boston— están sentados unas filas detrás de Cass. El cabecilla, un tipo de hombros anchos con una gorra de béisbol al revés, está inclinado hacia adelante, con la voz lo bastante alta para que se oiga.

—¡Eh, Morticia! ¿Sabes que esto es un partido de hockey, verdad? —Su voz retumba—. ¿No un concierto de My Chemical Romance?

Sus amigos se ríen —sonidos feos, como rebuznos— y veo cómo la espalda de Cass se endurece. Los hombros se le tensan con una rigidez que puedo sentir incluso desde el hielo, pero no se da la vuelta, y sé que es porque no quiere armar una escena.

—Oye, muñeca, ¿estás perdida o nada más viniste a pasear? —Se carcajea—. Apuesto a que das unas mamadas brutales con todo ese labial negro...

Es como recibir un golpe por la espalda, y por una fracción de segundo, el mundo se reduce a un solo punto de furia incandescente. Porque esto es todo, la prueba pública con mi novia

por primera vez desde Mia, la primera vez que el mundo me da la oportunidad de dar la cara por ella.

Por primera vez en años, la ola de parálisis de pánico no llega. El cortocircuito familiar —el que me convierte en un desastre tartamudeante, el embotellamiento neurológico que convierte mi cuerpo en una maraña ajena de extremidades— nunca se activa. En su lugar, una ira fría y concentrada corta a través de la estática.

Mi cerebro no me traiciona.

Solo… se despeja.

El Ben ansioso, el que piensa de más, se hace a un lado.

En su lugar, alguien que apenas reconozco da un paso al frente.

Y este tipo es alguien tranquilo, alguien peligroso.

Patino hacia las bandas más cercanas a ellos, lento y deliberado, como si solo estuviera recuperando el aliento durante la pausa. Mis compañeros no se dan cuenta —están tragando agua, escuchando al entrenador ladrar instrucciones— pero mis ojos están fijos en la cara arrogante y enrojecida por el alcohol del cabecilla.

Me detengo justo debajo de él y me apoyo contra el cristal.

Todavía se está riendo con sus amigos, ajeno a todo, así que golpeo el palo contra las bandas. —Oye —grito—. ¿La chica que estás acosando?

El tipo parpadea y la sonrisa se le resbala de la cara.

—Se llama Cass —continúo, como si estuviera presentando a alguien en una cena—. Mi novia. Y estoy calculando si subo hasta ahí ahora mismo —para que todos tengan algo que ver— o si mejor el equipo entero te encuentra en el estacionamiento después de que ganemos.

Dejo que la pausa quede suspendida, fría y deliberada.

Su nuez de Adán sube y baja al tragar con fuerza. Puedo ver el momento exacto en que la amenaza aterriza —sus ojos se disparan hacia el banquillo, donde Rook y Nash observan con interés depredador, y donde Stiles le entra al juego agitando su palo hacia el imbécil.

—Somos un grupo muy de resolver las cosas con las manos —agrego, bajando la voz aún más—. Especialmente después de un buen partido.

La cara del provocador se pone pálida. —Sí —murmura al fin, la voz despojada de toda su bravuconería de antes—. Sí, amigo. Fue mi culpa. Estamos bien.

—Bien. —Le doy un solo asentimiento seco antes de impulsarme del cristal y patinar de vuelta hacia el banquillo.

Mientras me acerco, Nash patina hasta ponerse a mi lado, con una expresión en algún punto entre el asombro y la incredulidad. No dice nada, solo me lanza una mirada —del tipo que le darías a alguien que acaba de hacer algo completamente fuera de su carácter y absolutamente brutal— antes de pasar patinando a tomar su turno.

Miro hacia Cass, y nuestras miradas se encuentran a través del cristal.

Su expresión es de conmoción —ojos abiertos de par en par, labios entreabiertos, como si no pudiera terminar de creer lo que acaba de verme hacer, y que lo hice por ella. Por un segundo, solo me mira fijamente, y luego la tensión se drena de sus hombros.

Su boca se curva en la sonrisa más devastadora que he visto en mi vida.

No dice nada. No puede, no desde ahí arriba. Pero se pone la palma abierta contra el pecho, justo sobre el corazón, y luego me señala. El gesto me pega más fuerte que cualquier carga, y cuando llego al banquillo, Rook me da un golpe firme y aprobatorio en el casco.

—Hermoso, Kellerman. —Sonríe, y hay respeto genuino en su voz.

No respondo. Solo vuelvo la atención al hielo.

Pero puedo sentirlo. El cambio. El respeto del equipo, en respuesta a mi declaración de que ya no soy el hermanito protegido. No soy el tipo al que necesitan cubrirle las espaldas. Soy un hombre que protege lo suyo, y lo vieron.

El partido se reanuda, y me lanzo con una ferocidad que no sabía que tenía. Cada turno es más rápido, más filoso, más agresivo. Estoy jugando fuera de mi cabeza, alimentado por adrenalina y un orgullo feroz y posesivo. Soy un demonio sobre el hielo, y es el mejor partido de mi vida.

Estoy en todas partes.

Durante la siguiente pausa comercial, miro hacia Cass de nuevo, y levanta las manos y forma un corazón con los dedos, sosteniéndolo en alto para que lo vea. Mi sonrisa es inmediata, incontrolable, completamente desvergonzada. Le devuelvo el gesto, mis manos enguantadas formando un corazón torpe contra mi pecho.

La gente a su alrededor probablemente piensa que estamos locos, pero no me importa.

Por primera vez en mi vida, no me importa lo que piensen los demás.

Solo me importa ella.

veinticinco

CASS

EL SILENCIO ESTÉRIL de la habitación del Courtyard Marriott se siente como una cápsula sellada, a un mundo de distancia del caos atronador del pabellón. Me poso en el borde de la cama rígida del hotel —una de esas camas corporativas con las esquinas tan tirantes que podrías hacer rebotar una moneda contra el edredón— y observo a Ben caminar de un lado a otro.

Todavía está acelerado por el partido, el pelo húmedo rizándose en la nuca, y hay algo diferente en él esta noche. No solo la anchura de sus hombros ni la potencia contenida en la forma en que se mueve por el espacio estrecho entre la cómoda genérica y la insulsa lámina de paisaje.

Es la certeza.

Como si hubiera salido del hielo sabiendo exactamente quién es.

Es un héroe conquistador. Y es mío.

El pensamiento me estremece, porque nunca he sentido esta posesión sobre otra persona ni sobre una relación. Lo más cercano ha sido el agarre mortal con que me aferro a la guitarra durante un solo, apretando el mástil hasta ponerme los nudillos blancos como si alguien fuera a arrancármela de las manos a mitad de canción.

Pero esto es diferente.

Me muevo en la cama, y el movimiento le llama la atención. Por fin deja de caminar y se deja caer en el colchón a mi lado. El

colchón se hunde, tirando de mí ligeramente hacia él, y busca mi mano sin mirar, sus dedos encontrando los míos con una naturalidad firme.

—Esa última jugada —dice, con la voz aún ronca por el esfuerzo —. Cuando Nash me pasó el disco en la línea azul, casi no vi la apertura. Solo...

Se detiene, reviviéndolo, frunciendo el ceño de esa forma que parece que está resolviendo una ecuación. Y mientras sigue con la autopsia del partido, me doy cuenta de que no puede simplemente ganar. Tiene que deconstruir la victoria en sus partes, entender el porqué de su propio éxito antes de poder disfrutarlo.

Es insoportablemente adorable.

Y también es la razón por la que me estoy enamorando de él.

Porque esta necesidad de entender es lo opuesto a todos los tipos que me han querido por el espectáculo. Ben quiere saber cómo funcionan las cosas. No para juzgarlas. Solo para pillarlas. Y la forma en que me defendió esta noche, delante de todos, me ayudó a alcanzar un nuevo nivel de comprensión.

Vio algo complicado y con probabilidades de atraer conflicto —la realidad de salir con alguien que se viste como yo, habla como yo, es como yo— y dio un paso al frente. No retrocedió ante la realidad de lo que soy y de mi vida, sino que la encaró de frente, cuando yo estaba igual de dispuesta a ignorar la mierda de esos tipos.

Pero Ben no lo iba a permitir.

Evaluó la amenaza —imbéciles borrachos, acoso en escalada, potencial de violencia— y seleccionó la solución más eficiente. Autoridad tranquila, respaldada por la promesa de consecuencias, expresada con el mismo tono directo que usa cuando explica caídas de voltaje.

Es mi novia. Se llama Cass.

Una simple declaración de hecho, expresada con la autoridad serena de alguien que no necesita demostrar nada. Y luego volvió a jugar hockey como si nada, como si protegerme fuera simplemente lo que él hace.

Lo miro —de verdad lo miro— mientras sigue con su repaso jugada por jugada, las manos gesticulando como si estuviera

trazando un mapa del hielo, los ojos verdes brillando con la alegría de revivirlo, y me doy cuenta entonces, con una certeza que me cala hasta los huesos, de que no me necesita invulnerable ni convertida en una fantasía.

Solo necesita que sea yo.

Me inclino, cortando lo que sea que iba a decir, y lo beso.

Su boca encuentra la mía con un hambre que me roba el aliento. Su mano sube hasta mi nuca, los dedos enredándose en mi pelo. El beso se profundiza al instante, su lengua deslizándose contra la mía, y el pequeño sonido que hago contra sus labios parece encender algo en él.

Me atrae hacia su regazo en un solo movimiento fluido, y me siento a horcajadas sobre sus muslos, las rodillas hundiéndose en el colchón a cada lado de sus caderas. Puedo sentir la dureza de su erección presionando contra mí a través de los vaqueros, y me encanta saber que yo le provoqué eso.

Ondulo las caderas contra él, lento y deliberado, y su gemido me vibra en el pecho.

—Jugaste un partidazo. ¿Listo para la prórroga?

—Cass —dice, su aliento calentándome la boca, y Dios, me encanta cómo dice mi nombre.

Me echo atrás justo lo suficiente para arrancarle la sudadera de los Devils por la cabeza, lanzándola detrás de mí, y mis manos van directas a los planos firmes de su pecho. Está caliente bajo mis palmas, el corazón martilleándole, y me inclino para besarle el hueco de la garganta, saboreando sal y el leve toque de jabón.

Suelta un sonido desesperado, estrangulado, y nos da la vuelta.

Un segundo estoy arriba, y al siguiente estoy de espaldas. Está sobre mí, su peso presionándome de una forma que me hace sentir segura y reclamada y completamente suya. Su boca es ardiente y exigente, y le devuelvo el beso con todo lo que tengo, volcando en él toda la gratitud y los sentimientos nuevos.

Sus manos se deslizan bajo el dobladillo de mi camiseta —su camiseta, la enorme camiseta de entrenamiento de los Devils que me había puesto para la fiesta— y me arqueo hacia su contacto,

ansiando el calor de sus palmas contra mi piel. Tiro de la tela, y él me ayuda, sacándomela por la cabeza.

—Eres jodidamente perfecta —murmura, con la voz baja y reverente, y entonces su boca encuentra la curva de mi pecho por encima del borde de encaje del sostén.

Llevo las manos a la espalda, desabrocho el cierre, y lo dejo caer. Oigo cómo se le corta la respiración, y entonces su boca está en mi pezón, caliente y húmeda, su lengua trazando círculos antes de succionar. Grito pidiendo más, pidiendo todo, con las manos aferradas a su pelo.

—Ben... joder...

Ronronea contra mi piel, algo que ha descubierto rápidamente que es como un cable con corriente directo a mi clítoris, y su mano baja, abriéndome el botón de los vaqueros con una facilidad que sugiere que lleva pensando en esto desde que cruzamos la puerta.

Bien.

Levanto las caderas, ayudándole a deslizar la tela por mis piernas, llevándose las bragas con ella. Entonces estoy desnuda debajo de él, despatarrada sobre la cama genérica del hotel, y me mira como si fuera un milagro que no puede creer que sea real.

—Tu turno —digo con voz ronca, y busco su cinturón.

Me ayuda, sus movimientos seguros y firmes —sin titubeos, sin ansiedad— y llenos de pura intención concentrada. Se baja los vaqueros y los bóxers de un tirón, quitándoselos de una patada, y entonces está tan desnudo como yo, su polla dura y gruesa, ya goteando en la punta.

Lo envuelvo con la mano, acariciándolo, sintiendo su peso y su calor en la palma. Gime, sus caderas embistiendo contra mi agarre. Lo guío hacia mí, abriendo los muslos, la cabeza roma de su polla presionando contra mi entrada.

—Sí —susurro—. Quiero esto. Te quiero a ti.

Entra en mí de una sola embestida profunda y fluida, y jadeo, arqueando la espalda. La tensión es intensa, perfecta, y la plenitud es exactamente lo que necesito. Se queda quieto, dándome un momento para adaptarme, con la frente apoyada contra la mía. Y entonces empieza a moverse.

Es urgente. Poderoso. Gozoso.

Somos iguales aquí, encontrándonos con una pasión que se siente como una conversación hecha de jadeos y gemidos y el golpe de piel contra piel. Se apoya en los antebrazos, su cara a centímetros de la mía, y lo beso mientras embiste, profundo y duro, tocando el punto exacto dentro de mí.

—Joder, qué bien se siente —gime.

Le envuelvo la cintura con las piernas, atrayéndolo más adentro, queriendo más, queriéndolo todo. Es una exigencia, y él obedece, su ritmo volviéndose casi implacable, cada embestida llevándome más arriba. Y a lo largo de todo, soy ruidosa y no me importa.

Que se quejen los de la habitación de al lado.

Cambia de posición, sale de mí, y gimo ante la pérdida. Pero entonces me da la vuelta, guiándome hasta que quedo a cuatro con una confianza que habría sido impensable hace un mes pero que ahora es jodidamente excitante. Me apoyo contra el cabecero mientras me penetra de nuevo por detrás.

El nuevo ángulo es demoledor, y cuando miro a mi derecha y veo nuestro reflejo en la puerta espejada del armario —su cuerpo grande envolviendo el mío, sus manos agarrando mis caderas, lo crudo de la posesión— casi me corro en el acto.

—Dios, míranos —jadeo, y él lo hace, sus ojos clavándose en el espejo. El gemido que le retumba en el pecho es pura satisfacción masculina.

Me folla así, duro y profundo, y nos observo —la forma en que su cuerpo se mueve con el mío, la forma en que su rostro está tenso de placer y concentración y reverencia— incluso cuando mis brazos empiezan a temblar y mi respiración se vuelve entrecortada. Entonces mete la mano por delante, sus dedos encuentran mi clítoris, y me rompo.

El orgasmo me golpea de lleno —abrasador, todo lo consume. Grito su nombre, con la voz quebrada. Él llega segundos después, las caderas en espasmos, el agarre apretándose mientras se corre con un grito, descargándose dentro de mí en oleadas calientes y pulsantes.

Nos derrumbamos juntos, un enredo de extremidades sudorosas y pechos jadeantes, y me doy la vuelta quedando boca arriba, mirando la baldosa manchada de humedad del techo. Ben me pasa un brazo por la cintura, atrayéndome contra su costado. Apoyo la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón mientras se desacelera poco a poco.

—¿Ben? —susurro—. Gracias. Por esta noche.

Su brazo se aprieta a mi alrededor, un reconocimiento silencioso.

Y se siente como un hogar.

acto 3

veintiséis

BEN

UNA SEMANA DESPUÉS DEL HOTEL, y voy pisando un rayo de sol cursi de cojones.

Mientras cruzo la explanada del campus, me pillo tarareando por lo bajo —un tema punk poco conocido que Cass me puso el martes pasado, la melodía clavada en mi cerebro como una astilla que no quiero que me saquen— y darme cuenta de que soy ese tipo me hace reír en voz alta.

Pero me da igual.

Estoy demasiado ocupado siendo delirante, estúpidamente feliz como para que me importe.

Soy una persona normal.

Una persona normal que resulta que tiene una novia increíble que se quedó dormida anoche en su cama mientras él leía sobre procesamiento de señales, su cabeza rubia pesada sobre su hombro, su respiración profunda y acompasada y confiada.

Esa palabra no deja de volver.

Confiada.

Confía en mí. Después de todo, confía en mí lo suficiente como para quedarse dormida a mi lado. Vulnerable y suave y completamente ella misma. Así que la abracé, y leí mi libro de texto con una sola mano durante una hora porque no podía soportar

despertarla, el brazo adormeciéndose bajo el peso cálido de su cabeza.

Nunca en mi vida había sido tan feliz de perder la circulación.

Así que sí, estoy sonriendo de oreja a oreja. Y sigo sonriendo cuando llego a su residencia.

El plan se cristalizó ayer en el laboratorio de ingeniería. Cass me había ayudado a resolver mi problema del robot semanas atrás con nada más que su oído, y desde entonces había reconstruido el Proyecto Theseus hasta convertirlo en una máquina ágil, letal y dominadora de laberintos.

Ahora me toca cumplir por ella.

Su amplificador —ese trasto maltrecho cubierto de pegatinas con el zumbido persistente que la vuelve loca— me lleva llamando desde la primera vez que lo oí. He estado diseñando el circuito en mi cabeza durante meses, dibujando esquemas en los márgenes de mis apuntes de clase.

El transformador llegó por fin ayer.

El regulador de voltaje esta mañana.

Todo está listo.

Uso la llave de repuesto que me dio la semana pasada —me la dio, como si nada, como si compartir acceso a su espacio privado fuese tan casual como prestarle un bolígrafo a alguien— y entro en su habitación. El caos familiar me recibe, y ya estoy acostumbrado, pero hay algo nuevo en su pared.

Hay una foto clavada encima de su cama que no estaba ahí hace tres días.

Me acerco.

Somos nosotros.

La foto es del hotel en Boston, claramente sacada por Cass con el brazo extendido, su cara pegada a la mía, los dos sonriendo como idiotas que acaban de salirse con la suya. Mi pelo es un desastre, su rímel está corrido, y estoy bastante seguro de que eso es un chupetón visible en mi clavícula.

Es objetivamente una foto horrible.

Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Sintiéndome doblemente motivado para arreglarle el amplificador, lo encuentro metido en la esquina detrás de su funda de guitarra, medio enterrado bajo una pila de ropa. Es más pesado de lo que parece —casi catorce kilos de circuitería vintage— pero lo levanto con cuidado y examino el exterior.

El chasis está cubierto de pegatinas despegándose —The Misfits, Dead Kennedys, una rosa chillón que simplemente dice FUCK THE PATRIARCHY— y hay un arañazo a lo largo de un lado que parece obra de alguien que lo arrastró por un escenario sin el debido cuidado.

Esto no es un equipo. Es un superviviente.

Ha pasado por las guerras con ella: cada bar de suelo pegajoso, cada público hostil, cada noche triunfal, cada desastre. Es un artefacto sagrado, el recipiente a través del cual su talento grita al mundo, y yo voy a mejorarlo.

Esto es, pienso, ajustando el peso contra mi cadera. Para esto estaban destinados mis dos mundos. Para trabajar juntos. Para ella.

Me dirijo a la puerta, y el pasillo está en silencio mientras cierro su puerta detrás de mí. Mis pasos resuenan contra el linóleo, y ya estoy trazando mentalmente el proyecto —aislar el bucle de tierra, filtrar el ruido de línea de corriente alterna, añadir una etapa de regulación discreta—

—¡Eh, Kellerman!

Se me cae el estómago al suelo, porque conozco esa voz. Tiene una marca concreta de jocosidad agresiva que siempre precede a algo espantoso. Es el sonido de un depredador abriéndose paso entre la maleza mientras tú estás congelado a medio paso, esperando que pase de largo.

Me giro.

Nash. Y Stiles. Y otros dos tíos del equipo, todos sudorosos y enormes, recién salidos de la sala de pesas. Vienen caminando hacia mí, Nash al frente, buscando entretenimiento. Stiles flanqueándolo por la derecha, ya con la sonrisita puesta, y los otros dos cerrando la formación.

Los ojos de Nash se clavan en el amplificador que llevo en las manos. Su sonrisita se extiende despacio.

—¿Qué coño es eso?

—Es… —Me sale la voz fina. Carraspeo, desesperado por encontrar las palabras—. No es nada.

—No parece nada. —Se acerca un paso—. Tenemos el partido más grande del año el sábado, y tú estás... ¿qué es eso? ¿Equipo de audio?

Stiles suelta esa risa aguda de hiena que hace cuando huele la sangre.

—Tío, ¿en serio te estás metiendo de lleno en lo de recoger basura de casa de empeños?

Basura.

La palabra me golpea como una bofetada, disparando un reflejo que creía haber enterrado —ese estremecimiento instintivo y patético que desarrollé a los dieciséis cuando descubrí que mis pasiones eran chistes para el resto del mundo— y aprieto el asa del amplificador hasta que me duelen los nudillos.

—No es bas— —empiezo, mientras un calor nervioso me sube por el cuello.

Pero Nash invade mi espacio personal, bloqueándome el paso hacia la salida.

—Me da igual, Ben. No quiero que vayas haciendo recados en vez de estar concentrado…

La acusación da en el blanco. Tiene razón. He estado distraído. El robot. El amplificador. Ella. Y en el mundo binario del deporte de élite, la distracción es un pecado. Aunque yo podría señalar con toda la razón que ellos se distraen con fiestas y alcohol y tirándose a cualquier cosa con dos piernas y cromosomas XX.

—No es una distracción —miento, apretando el asa con más fuerza.

—¿No? —Los ojos de Nash se entrecierran—. ¿Estás poniendo en riesgo tu concentración —y nuestro campeonato— para ser el roadie de una tía con la que llevas saliendo un mes?

La presión me aprieta el pecho como una prensa. Ya no es solo burla; es una acusación de traición. Si los tíos creen que no estoy comprometido, o que estoy anteponiendo una novia al título, pierdo la hermandad de la que llevo tanto tiempo queriendo formar parte.

El viejo pánico anula la nueva confianza.

Protege tu estatus. No seas el que desentona. Encajas o te desangras.

—¿Ya te tiene domado? —Nash empuja, implacable—. ¿Es eso? ¿No puedes decirle que no, y por eso nos jodes a nosotros?

Tengo la palma resbaladiza sobre el asa del amplificador. El pánico anula la lógica. Necesito desactivar esto.

—No es suyo —digo, y la mentira me sabe a ceniza.

Nash no parece impresionado.

—¿No?

—No. —Me encojo de hombros, forzando una despreocupación que me revuelve el estómago—. Es solo chatarra que arreglo por dinero.

La tensión se rompe un poco. Stiles resopla, perdiendo el interés de inmediato. Uno de los otros tíos ya está mirando el móvil. Pero Nash sigue observándome, con la cabeza ladeada, esa sonrisita sin terminar de irse, como si estuviera corrigiendo un examen que ni siquiera sabía que estaba haciendo.

—Hmm —dice—. Pensaba que lo vuestro iba en serio después de todo aquello de «defender el honor de tu mujer». Pero si te está distrayendo…

Deja la amenaza en el aire. Si ella es el problema, eliminamos el problema.

El corazón me late tan fuerte que me asombra que no lo oigan. Necesito proteger mi puesto. Necesito protegerla a ella de su escrutinio.

Di su nombre, me grita la mente. Diles que lo es todo. Sé el hombre que ella cree que eres.

Pero gana el miedo. El terror de perderlo todo —el equipo, el estatus, la aprobación— se impone.

Fuerzo una risa que no siento por dentro.

—Lo nuestro ni siquiera va en serio.

La mentira funciona a la perfección.

Nash se ríe, ya girándose, satisfecho de que la jerarquía se haya restaurado.

—Lo sabía. Venga, vamos al comedor.

Se van. La crisis ha pasado. Sigo siendo uno de ellos.

Pero algo se abre paso —las sugerencias de mi mente convirtiéndose en gritos convirtiéndose en una alarma desesperada que me chilla que esto está mal, que tengo que arreglarlo ahora, y que al no hablar estoy traicionándola y tirando a la basura lo único real que he tenido en mi vida.

En realidad, esperad—

La corrección me arde en la garganta. Abro la boca para llamarlos, para destruir la mentira, para decirles que sí es serio, que ella es lo más import—

Tum.

El sonido es suave. Nauseabundo. Algo golpeando el suelo detrás de mí.

Me giro.

Cass está de pie al final del pasillo, un envase de comida para llevar a sus pies, su contenido derramándose sobre el linóleo. Su cara es una máscara que no he visto nunca. No el personaje fiero del escenario. No la mujer suave y vulnerable que se queda dormida en mis brazos. Algo completamente distinto.

Fría.

Cristalina.

Absolutamente inmóvil.

—Cass… —Me sale la voz estrangulada—. Eso no… Estaba a punto de…

Pero Cass no se mueve. Está ahí de pie, mirándome, y puedo ver el momento exacto en que repasa lo que ha oído. Lo veo todo desarrollarse. La mandíbula se le tensa. Las manos se le cierran en puños. Y luego, peor, mucho peor, veo cómo la furia se deforma en otra cosa.

Dolor.

Dolor crudo, desnudo, del tipo que se ha pasado la vida entera construyendo muros para esconder. El que solo me mostró una vez, cuando estaba borracha y rota y confiando en que yo no saldría corriendo. El tipo de dolor que cada tío al que ha dejado acercarse le ha causado. Y el que yo acabo de infligirle.

Me he convertido exactamente en lo que siempre temió.

—Cass, por favor— —Doy un paso hacia ella, el amplificador pesado e inútil en mis manos—. Estaba a punto de retirarlo. Iba a decirles…

—¿Decirles qué? —Se ríe, pero no hay humor en ello—. Adelante. Corre tras ellos. Rectifica. Yo espero.

No me muevo.

No puedo moverme.

Porque tiene razón. La corrección nunca llegó, y esos dos segundos que dudé lo cambian todo. Estaba a punto de elegirla, a punto de ser el hombre que ella merece, pero fui demasiado lento, demasiado débil, demasiado jodidamente cobarde para superar mis miedos por estar con ella cuando ella ya tuvo que superar los suyos para estar conmigo.

—Eso me parecía. —Asiente una vez, cortante y decisiva. La cara se le ha quedado en blanco, toda emoción encerrada detrás de muros que no puedo escalar—. ¿Sabes qué es lo peor? Ni siquiera es la mentira. Los tíos mienten. Eso ya lo sé. Es que tenías mi amplificador en las manos.

—Cass, por favor, yo—

Se le quiebra la voz antes de forzarla a estabilizarse.

—Tenías mi amplificador en las manos, Ben. Y te quedaste ahí plantado y les dijiste que era basura.

La palabra cae como un golpe mortal.

Había llamado basura a su artefacto sagrado para comprarme tres segundos de aprobación de tíos que probablemente se olvidarán de que existo en cuanto se gradúen de Pine Barren, que importan menos que nada comparados con la mujer que tengo delante.

—No quería dec— —empiezo.

—Ya. —Camina hacia la comida derramada, se agacha y empieza a recoger los fideos y meterlos de vuelta en el envase—. Nunca quieres.

—Cass—

—No.

Se levanta, el envase arruinado en las manos, y por fin me mira a los ojos. El dolor está enterrado ahora. En su lugar está esa furia feral y defensiva que ha perfeccionado. Simplemente me mira —de

verdad me mira, durante un instante largo y escrutador— y luego asiente, como confirmando algo que siempre sospechó.

—Lo sabía —dice en voz baja—. Joder, lo sabía.

Y se va.

Trago con dificultad.

—Espera, tu amplificador—

—Quédatelo —dice sin girarse—. Ya está jodido.

Se ha ido, y el amplificador se siente diferente ahora. Menos como un artefacto sagrado y más como un monumento a todo lo que acabo de destruir. Se me resbala de los dedos y golpea el linóleo con un golpe sordo. Algo se suelta dentro —una válvula, quizá, desprendida por el impacto.

Debería recogerlo —evaluar el daño, proteger lo que prometí arreglar— pero no me muevo. En vez de eso, me dejo caer contra la pared, la espalda deslizándose contra bloques de hormigón pintados hasta que estoy sentado en el suelo frío, solo y desolado.

Soy un sistema que falló bajo carga: entrada de dos mundos, salida a ninguno. Pero mi yo real es esto: un cobarde en el suelo de un pasillo, rodeado de los restos de lo único bueno que ha tenido en su vida, que sabe, con absoluta certeza, que esta vez no tiene arreglo.

veintisiete

CASS

MI HABITACIÓN HA CRUZADO el umbral de «caos creativo» a «escena del crimen bajo investigación».

Está oscuro, el aire sabe a rancio, y tres envases de comida a domicilio forman un triste Stonehenge en miniatura sobre el suelo, su contenido fosilizándose en evidencia arqueológica de mi espiral. Futuros antropólogos escribirán artículos: *La dieta depresiva de Vance: Un estudio sobre el pollo del General Tso y la autodestrucción.*

Pero no es solo la habitación lo que es un desastre.

No me he duchado en dos días. Mi rímel ha migrado de las pestañas a algún punto en las inmediaciones de mis pómulos, dándome el aspecto atormentado de un mapache que ha visto mierda. Y estoy desparramada sobre la cama sin hacer con la ropa de ayer.

Es tan grave que hasta la gente acostumbrada a mis espirales se ha dado cuenta.

Milo me escribió antes:

Joel dice que estás revolcándote. ¿Estás bien?

Me ofendí durante exactamente tres segundos antes de que mi cerebro confirmara, muy servicial, que Milo tenía razón de forma irritante y absoluta. Me estoy revolcando como un cerdo en el barro,

salvo que el barro es autocompasión. Pero aunque tiene razón, no respondí, porque ¿qué se suponía que dijera?

¡Estoy genial! Solo aquí tumbada reproduciendo en bucle el momento exacto en que el único tipo decente con el que he salido me repudió públicamente en un pasillo. ¡Viviendo el sueño!

Además, si respondo, Milo se lo dirá a Joel, y Joel vendrá con su cara de te-lo-dije a sumarse al sermón que me da dos veces por semana sobre cómo saboteo la banda. Y entonces tendré que ducharme y ponerme ropa limpia e ir a solucionarlo, y sinceramente, eso es demasiado ahora mismo.

La rabia de hace dos días se ha consumido. Fue espectacular mientras duró: limpié la habitación hecha una furia, organicé mis discos por orden alfabético y restregué el lavabo del baño como si intentara borrar a Ben Kellerman de la existencia a base de pura violencia doméstica.

Luego me di cuenta de que estaba ordenando para un fantasma, así que lo destrocé todo de nuevo inmediatamente. Y ahora solo hay un espacio frío detrás de mi esternón donde solía vivir algo cálido, como si alguien hubiera raspado todas las partes blandas y esperanzadas, dejando solo el cuerpo hueco.

Me giro de costado, aferrándome al teléfono como si fuera a decirme qué hacer. Se ilumina, y la foto de fondo me devuelve la mirada: una foto espontánea que le tomé a Ben en el laboratorio de ingeniería hace dos semanas. Está a medio reír, reaccionando a algo que dije como si fuera lo más gracioso que hubiera oído en su vida.

Recuerdo pensar que estaba precioso.

Recuerdo pensar: *este es diferente*.

Soy una mujer hecha y derecha que ha sobrevivido cosas peores que un desgarbado jugador de hockey con problemas. Me han rechazado hombres que eran activamente crueles, que me dijeron que mi música era basura, que miraban mi miedo como si fuera una enfermedad que pudieran contraer. Ben no era así. No fue cruel. Solo fue…

Cobarde.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos hasta ver estrellas, pero otra vez la escena se reproduce en mi cabeza, como

parece hacer en bucle lo quiera yo o no. Ben de pie en el pasillo, mi amplificador —mi amplificador— pesado en sus manos, y las palabras saliéndole de la boca como si estuviera leyendo un guion que se había memorizado años atrás.

Y luego, el golpe de gracia.

En realidad, lo nuestro no es tan serio.

Yo estaba parada justo ahí, justo ahí, joder, con un estúpido envase de comida y una sonrisa boba porque había oído su voz. Y entonces él soltó la bomba, y yo solté la comida un momento después, mientras todo lo que creía saber sobre él se reescribía.

Pero, si no otra cosa, al menos pude ver su verdadera cara.

Dios. El dolor se afila hasta convertirse en algo dentado. *Te dejaste tener esperanza. Ese fue el error. Olvidaste la primera regla: no dejes que te vean sangrar.*

Mi portátil está en el suelo junto a la cama, medio enterrado bajo una lista de canciones descartada del mes pasado. Alargo la mano hacia él sin pensar, algún impulso masoquista anulando mi buen juicio. Me digo que solo quiero ver si el equipo la está pasando mal, y si él la está pasando mal, porque mal de muchos, consuelo de tontos, ¿no?

Eso es muy sano. Muy maduro. Acosando a tu ex en busca de pruebas de destrucción mutua.

Ignorando a mi cerebro, arrastro el portátil hasta mis piernas cruzadas, abro la página de deportes de PBU y navego hasta la sección de hockey con la sombría determinación de alguien que se hurga una herida. Cuando veo que hay un video de jugadas destacadas del partido en casa de anoche, mi dedo se queda suspendido sobre el botón de play.

No hagas esto.

Hago clic.

El video se reproduce, el ruido del pabellón crepitando a través de los altavoces de mierda de mi portátil. Los Devils van perdiendo por dos. La cámara recorre el hielo, y ahí está, alto y familiar, moviéndose como si patinara sobre cemento húmedo y con cara de preferir estar en cualquier otro lugar.

Se me encoge el estómago.

Está claramente mal. Todo en él se ve mal —los tiempos, el ritmo, la forma en que duda medio segundo de más antes de cada movimiento—, pero sigue siendo como ver a alguien intentar tocar la guitarra con los dedos entumecidos. Veo cómo pierde un pase en la línea azul, y conduce directamente a un gol del rival.

La cámara corta a su cara mientras vuelve patinando al banquillo.

Oh.

Mis dedos se tensan sobre el portátil.

Tiene la cabeza baja y los hombros caídos. Reconozco esa postura —la llevo puesta desde hace dos días— y sé hasta los huesos que este no es el Ben normal sobre el hielo. Normalmente es seguro y sereno, se mueve como una gacela. Pero este es el Ben asustado, el que huye.

El entrenador se le pone en la cara, y luego sacan a Ben del partido por completo. La cámara se demora en él sentado ahí, aislado al final del banquillo, separado de sus compañeros por un cañón de espacio vacío. Se quita los guantes, hunde la cabeza en la mano, y parece un condenado esperando a que caiga el hacha.

Bien, pienso con saña. *Que sufra. Los eligió a ellos antes que a ti, y ahora le toca sentarse en su rinconcito y pensar en lo que hizo.*

Pero el pensamiento suena hueco.

Porque verlo sufrir no sabe a victoria.

Es como mirar un espejo, y el reflejo está igual de roto.

Frustrada, cierro el portátil de un golpe, pero su silueta encorvada se queda conmigo, reproduciéndose en bucle detrás de mis párpados cerrados como una canción que no me puedo sacar de la cabeza. Esa postura. Ese aislamiento. Esa expresión en su cara como si el mundo se hubiera acabado y él hubiera sido el que detonó la bomba.

Es evidente que está fallando por esto —por nosotros— y durante un largo momento, simplemente me quedo ahí sentada. Me arden los ojos. Tengo la garganta cerrada. Siento que voy a llorar, o a gritar, o ambas cosas, y lo odio. Odio que todavía pueda hacerme esto, odio haberlo dejado acercarse lo suficiente como para dejar este tipo de marcas.

Basta. Deja de sentir lástima por él. Él tomó su decisión.

Entonces la rabia hierve.

Estalla desde algún lugar profundo en mis entrañas, el mismo lugar donde encuentro mi voz sobre el escenario, la parte de mí que grita en vez de llorar. Rabia contra Ben por ser un cobarde. Rabia contra mí misma por creer en finales felices. Rabia contra el universo entero por colgar algo bueno delante de mí y luego arrancármelo.

Esto sí puedo usarlo.

El duelo te derrumba.

La rabia te mueve.

Me pongo de pie de golpe, mi cuerpo moviéndose antes de que mi cerebro lo alcance.

La rabia sienta bien.

Que se joda. Que se joda todo. Que se joda absolutamente todo.

Ardiendo con la necesidad de hacer algo, empiezo a apartar los escombros de mi escritorio —listas de canciones arrugadas, latas vacías de Red Bull, un trabajo reprobado cubierto de anotaciones en rojo—, pero me detengo cuando mis dedos rozan algo medio enterrado, con las esquinas dobladas y olvidado.

Un volante.

Lo saco de detrás de una foto de Pinebox de nuestro primer bolo: Joel, Milo y yo, sudados y sonrientes, con cara de niños que acaban de salirse con la suya en algo de lo que sus padres se avergonzarían profundamente. El papel está arrugado y manchado de café, pero las palabras son claras:

Batalla de Bandas en The Firehouse. Todos los géneros bienvenidos. El ganador se lleva $500 y una fecha mensual garantizada.

The Firehouse.

Todo el mundo en la escena local conoce ese local. Es un antro legendario: cableado defectuoso que hace que los amplificadores zumben como abejas furiosas, un sistema de sonido sostenido con cinta adhesiva y oraciones, un escenario tan pequeño que básicamente tocas en el regazo del público, y una multitud de universitarios borrachos.

Pero jodidamente épico si lo haces bien.

Algunos de los mejores actos de rock y punk de Jersey empezaron en The Firehouse, e incluso para los que se estrellan, es un recuerdo para toda la vida. Y, ahora mismo, la diferencia entre ser la mejor y estrellarme parece irrelevante, porque estoy mirando hacia arriba desde el fondo.

Y, oye, como mínimo, sabré.

Ya sé que soy un desastre en los estudios académicos de música.

Sé que Ben y yo estamos acabados, y que fui una idiota por confiar en él.

Así que bien puedo averiguar si mi banda tiene futuro o no.

Perfecto.

Esto es. Esto es lo que necesito. Esto es lo que necesitamos. No un tipo de discográfica con la cabeza metida en su propio culo, ni un escaparate pulido donde tenga que fingir ser algo que no soy. The Firehouse es crudo, implacable, auténtico: una apuesta por el sonido puro, sin barnizar.

También es una declaración.

Voy a ser yo misma, aunque me cueste todo, y aunque sea un desastre.

Especialmente si es un desastre.

Agarro un marcador negro grueso de mi escritorio y encierro la fecha en un círculo con precisión brutal. Sábado. Una semana. Siete días para recomponerme, para canalizar todo este dolor y esta rabia y este corazón roto en algo que de verdad importa, y llegar al punto en que podamos reventar el local y que todos nos lo agradezcan.

Le tomo una foto al volante con el círculo, la tinta negra nítida contra el papel barato. Luego abro el teléfono y vuelvo al mensaje de Joel que he estado evitando, ahí sentado en nuestro chat grupal como una bomba sin detonar, mientras Milo intenta mantener la paz entre las facciones en guerra.

Joel: *Tenemos que hablar sobre la banda.*

Prácticamente puedo oír su voz: frustrado, impaciente, probablemente ya redactando su mensaje de renuncia. Quiere saber por qué seguimos tocando por dinero para cervezas cuando deberíamos estar reservando locales de verdad y «encontrando

nuestro sonido», que es jerga de la industria para «hacer que suenes igual que todos los demás».

Quizás los he estado frenando con mi insistencia terca en la autenticidad.

Pero la autenticidad es todo lo que me queda.

Es lo único que realmente es mío.

Así que es hora de apostar todas las fichas.

Abro el chat grupal, adjunto la foto y escribo:

Voy a estar aquí si quieren hablar. Si no aparecen, o si la cagamos, pues tendremos nuestra respuesta. Pero si lo hacemos, lo hacemos bien.

Le doy a enviar antes de poder arrepentirme, y luego mi mirada se desvía hacia mi escritorio desordenado. Enterrada bajo listas de canciones y trabajos de teoría reprobados está mi agenda, abierta en esta semana. Había escrito algo ahí hace unos días, cuando las cosas iban bien. Cuando era lo bastante estúpida como para creer.

Sábado 7 p.m. — PBU, partido en casa.

Dios. Verlo me revuelve el estómago.

Lo había rodeado con bolígrafo morado. Dibujé un corazoncito al lado como una adolescente enamorada, como alguien a quien nunca le hubieran roto el corazón. Agarro el marcador negro y tacho la entrada. Un trazo violento, luego otro, borrando las palabras hasta que no son más que una mancha oscura en la página.

Se acabó.

Eligió a sus compañeros de equipo antes que a mí. Que se quede con ellos. Que se siente en ese vestuario rodeado de la hermandad que tanto valora, los hombres a los que nos vendió para impresionar por una fracción de segundo. Espero que cada uno de ellos le pregunte dónde está su novia, y espero que el silencio cuando no pueda responder le dé acidez.

Lanzo el marcador a un lado y miro la entrada tachada, con la mandíbula apretada. El dolor sigue ahí, en algún lugar debajo. Pero algo más duro se está formando encima. Como los callos en los dedos de un guitarrista: la piel que se forma para protegerte de lo que amas.

Yo pelearé mi propia batalla en The Firehouse.

Él puede pelear la suya sobre el hielo.
Los dos solos.
Como debe ser.

veintiocho

BEN

—¡KELLERMAN! —La voz de Schmidt cruza la pista, su decepción más afilada que cualquier cuchilla.

No levanto la vista. No puedo. Me da demasiada vergüenza. Miro el disco deslizarse hacia la esquina después de haber fallado un pase, burlándose de mí con su perezosa rotación mientras Schmidt lo recupera con la gracia sin esfuerzo de alguien cuyo cerebro no ha sido secuestrado por una semana de miseria autoinfligida.

Cass, lo siento mucho. Por favor, déjame explicarte.

No fue mi intención. Tienes que saber que no fue mi intención.

Por favor.

Tres mensajes enviados al vacío.

Todos marcados como «leídos».

Cero respuestas.

El entrenador pita, preparando el siguiente ejercicio. Me coloco en posición en la línea azul, las piernas moviéndose en piloto automático. Y mientras tanto, no hago más que reproducir el mismo momento demoledor en un bucle infinito: un Día de la Marmota moderno sin las partes graciosas, y que le costó un gol a mi equipo la otra noche.

A mitad del ejercicio, un delantero novato corta hacia mí, un chico al que normalmente me comería vivo. Pero dudo —solo una fracción de segundo— lo suficiente para que la duda sofoque el

instinto, y me pasa por encima como si fuera un cono de tráfico y mete el disco en el fondo de la portería.

Rook lo saca sin decir una palabra, pero el peso de su mirada dice bastante.

Llevo una semana siendo inútil. Dos partidos, los dos desastrosos. En el primero, regalé una pérdida de disco que acabó en gol en escapada. En el segundo, me sacaron en el tercer periodo después de cometer una falta tan estúpida que hasta Stiles hizo una mueca. Los entrenadores ni se han molestado en gritarme estos últimos días; así es como sé que soy un caso terminal.

Un caso perdido.

Es el tipo de situación que hace que algunos chicos del equipo desaparezcan discretamente al final de cada temporada, reemplazados por novatos o jugadores de otras universidades. Porque la realidad brutal del deporte universitario es que si no estás al máximo, hay miles de tipos que querrían tu puesto.

Y sin embargo, lo único en lo que puedo pensar es en su amplificador en la esquina de mi habitación. No lo he tocado desde entonces. Los componentes de la fuente de alimentación siguen sin abrir sobre mi escritorio como un reproche: condensadores, un transformador, resistencias de precisión que habrían hecho cantar su cadena de señal.

Era todo lo que necesitaba para demostrar que podía ser ambas versiones de mí mismo, pero en vez de eso mi vida parece un enorme cable cruzado: energía yendo a todas partes menos adonde debería, y absolutamente nada funcionando como tendría que funcionar.

—¡Tres contra dos! —grita el entrenador—. Kellerman, entras.

Patino hasta mi posición y espero mientras Nash lleva el disco a través de la línea azul, flanqueado por dos alas. Es un ejercicio estándar de salida. Lo he hecho mil veces. Pero dudo, igual que en aquel pasillo, medio segundo de pausa mientras intento calcular qué decisión me va a costar menos. Marca un momento después.

Chilla el silbato.

—¡Kellerman! Al centro. Ya.

Patino hacia el entrenador Pearson con el arrastre pesado de un hombre que ya conoce el veredicto. El hielo se siente más fino bajo mis cuchillas, como si pudiera resquebrajarse y tragarme entero. El entrenador me espera en el punto central, manos en la cintura y la cara pintada de frustración.

—Creo que ya lo sabes, Ben —dice—. Pero estás fuera para el sábado.

A nuestro alrededor, los ejercicios continúan, pero siento cada mirada en la pista girar hacia mí. Nash se detiene a media zancada. El palo de Schmidt se queda quieto. Cooper observa desde el otro extremo, expresión indescifrable. Porque que te saquen del todo —de primera línea a cero— es una noticia enorme en un equipo.

La defensa del campeonato continúa, solo que sin mí.

Clavo la vista en el logo de los Devils pintado bajo mis patines.

—Ahora mismo eres un lastre. No sé qué te pasa por la cabeza, pero necesitas solucionarlo antes de recuperar tu puesto. —Un destello de decepción le cruza la cara, como si yo fuera una inversión que se desplomó—. Una semana para arreglarlo, o alguien más se queda con tu tiempo de hielo de forma permanente.

Se aleja patinando sin esperar respuesta.

¿Qué le iba a decir?

Eh, entrenador, un parte rápido: estoy emocionalmente destrozado porque renegué públicamente de la única persona que me ha visto de verdad, y ahora mi cerebro no para de reproducir su cara desmoronándose como papel. En fin, vamos equipo, o algo así, supongo…

Sí. Eso le habría encantado.

Me quedo congelado en el centro de la pista. El entrenamiento continúa a mi alrededor como el tráfico que rodea un accidente: todos con cuidado de no mirar demasiado rato los restos, pero frenando lo justo para observar un poco. Y pronto estoy literalmente estorbando.

—Eh. —Nash se desliza hacia mí con Stiles detrás, sus caras compuestas en evaluación clínica—. ¿Qué pasó con la chica punk?

No respondo.

Stiles llena el silencio.

—Mira, las tías así son divertidas para un fin de semana, pero no son material de novia. Básicamente la tenías alquilada.

Las tías así.

Algo se enciende en mi pecho. No es el pánico habitual. No es la desesperación por encajar que me gobierna desde el penúltimo año del instituto. Ni siquiera las ganas de encogerme, de desviar, de reírme con ellos o, si todo lo demás falla, de salir pitando de allí.

Algo más frío.

—No hables así de ella —digo.

Las cejas de Nash se levantan. No está acostumbrado a que le planten cara —casi ningún chico del equipo lo hace, pero desde luego no el hermano pequeño oficial, que se supone que debe aceptar las bromas y estar agradecido por el privilegio de pertenecer al grupo.

—Eh, tranquilo. Solo digo que…

—Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Stiles bufa.

—Tío, va, ¿la conoces desde hace qué, un mes o dos?

Mi voz sube.

—«Tío». ¿Ese es tu análisis?

Las cabezas se giran y los ejercicios se frenan al oír las voces alzadas. Alcanzo a ver a Rook al otro extremo, su postura cambiando en señal de reconocimiento, como si ya hubiera visto esta película. Pero me da igual. Estos dos no me quitaron a Cass, pero mi servilismo hacia ellos desde luego que sí.

Se acabó.

—La tiré a la basura porque me daba demasiado miedo decirles que me importaba. —Doy un paso hacia Nash, y de hecho retrocede —. Porque estaba aterrorizado de que si sabían que de verdad sentía algo real, se rieran de mí. Así que apártate de una puta vez, Nash, ¿vale?

La pista se ha quedado en silencio.

Hasta el entrenador se ha detenido, el silbato colgando.

—Se acabó. —Me arranco el casco—. Se acabó fingir que valen más que ella, y se acabó hacerme pequeño para que ustedes se sientan grandes.

Nash abre la boca, pero ya estoy patinando hacia la salida.

La puerta del vestuario se cierra de un portazo detrás de mí, y me apoyo contra mi taquilla, respirando con fuerza. La adrenalina se disipa rápido, dejando algo hueco en su lugar. Una extraña combinación de euforia, liberación, alivio y miedo. Me dejo caer en el banco y miro mis manos.

En las películas, este es el momento en el que ella entraría por la puerta o yo correría hacia ella. Pero la respeto demasiado para hacerle eso, después de lo que ya le he hecho. No contestó a mis mensajes, así que su respuesta es alta y clara: ha terminado conmigo.

No estoy en una película.

La chica a la que quiero sigue sin contestar.

Les planté cara, pero no sabe a victoria.

Es demasiado tarde para que importe.

❄

La habitación tiene el silencio opresivo de un tribunal después del veredicto. Estoy sentado en la cama, la espalda contra la pared, mirando el amplificador de Cass en la esquina como si fuera una máquina del tiempo que de verdad funciona, y bastara con enchufarlo para volver a aquel pasillo y deshacer toda esta mierda.

Pero ahí está, juzgándome con sus pegatinas despegadas y sus cicatrices de batalla.

Les plantaste cara a esos dos capullos.

Por fin.

Para lo que sirvió.

La satisfacción duró justo lo suficiente para llegar al vestuario y quitarme el equipo. Pero Cass sigue sin contestar, el entrenador me ha dejado en el banquillo, y ahora probablemente he volado por los aires lo poco de estatus social que me quedaba.

Enhorabuena, Kellerman. Te las arreglaste para enemistarte con todo el mundo en una sola semana.

Cambio de postura contra la pared, intentando aliviar el dolor sordo de las piernas. Es del entrenamiento, el tipo de dolor que normalmente se siente como un logro, pero esta noche solo se siente como la prueba de que me presenté en un sitio al que ya no pertenezco y no conseguí gran cosa.

El golpe en mi puerta es tan seco que doy un respingo.

—Kellerman. —La voz de Rook—. Abre.

—Sí —contesto, con la voz rasposa después de cuatro horas de silencio—. Está abierto.

La puerta se abre de par en par, y Rook llena el marco. Todavía lleva el chándal de después del entrenamiento, pero no hay nada casual en la forma en que me mira. Sus ojos son afilados, evaluadores —la misma mirada que pone cuando lee a un tirador cruzar la pista— y no creo que yo salga bien parado.

—Vamos a hablar —dice.

No *¿podemos hablar?*.

No es una pregunta.

Entra, cerrando la puerta detrás de él. La habitación se encoge de inmediato, como si su presencia hubiera desplazado todo el oxígeno disponible. Evalúa la escena, y veo cómo su expresión cambia de capitán-en-misión a algo más suave.

Agarra la silla de mi escritorio, le da la vuelta y se sienta a horcajadas, los brazos cruzados sobre el respaldo.

—Habla.

—¿De qué? —Me río—. ¿De la parte en la que perdí mi puesto en el equipo, o de la parte en la que espanté lo mejor que me ha pasado desde que llegué a esta universidad?

—Elige una. —Se encoge de hombros—. Llegaremos a las dos.

Rook antes era el megáfono ambulante, el que esquivaba cualquier conversación difícil con un chiste. Pero desde que conoció a Morgan, se ha templado y se siente cómodo en el silencio. Así que ahora simplemente se queda ahí sentado y espera, y sé que seguirá aquí dentro de una hora si no empiezo a hablar.

Así que hablo.

Toda la historia patética sale a borbotones. La relación falsa y cómo empezó como una solución desesperada para su problema con

el acosador y mi total incapacidad de funcionar cerca de mujeres. Cómo dejó de ser falsa en algún punto entre nuestro primer beso y nuestra tercera risa compartida. El hecho de que la quiero y le fallé.

—Por fin lo había conseguido —digo en voz baja—. Con ella, por fin me sentía yo mismo. Como si ambas versiones de mí pudieran existir en la misma persona, ¿sabes?

Rook asiente despacio, sin interrumpir.

—Y luego lo tiré todo a la basura. —Las palabras saben a ceniza —. Nash hizo una broma y yo… —Aprieto los ojos—. Les dije que no era nada serio y ella oyó cada palabra.

El silencio se alarga. Cuando abro los ojos, Rook me observa con una expresión que no termino de descifrar. No es lástima, exactamente. Algo más parecido a familiaridad. Después, cuando está seguro de que no voy a decir nada más, suelta un largo suspiro.

—Sí —dice—. Conozco esa sensación.

Levanto la cabeza.

—¿Qué?

—Sé exactamente lo que se siente. —Se recoloca en la silla, y por un momento parece cansado—. Diferente chica, diferentes circunstancias, pero lo conozco.

Recuerdo los rumores sobre su actuación en la gala deportiva del semestre pasado: susurros en el vestuario, fragmentos de cotilleo que yo era demasiado ansioso socialmente para juntar. Algo sobre Morgan. Algo sobre un discurso.

—¿Qué pasó?

—Morgan estaba lidiando con la financiación del hockey femenino. —Por un segundo parece avergonzado—. Decidí que lo iba a solucionar yo por ella.

—¿Eso suena… irritantemente maduro de tu parte?

Su risa no tiene humor.

—Eso me dije a mí mismo. Estaba siendo comprensivo. Estaba ayudando. Excepto que ella nunca me pidió ayuda. Tenía un plan. Un buen plan. Pero yo no soportaba verla luchar, así que secuestré una gala benéfica entera para hacer un gran gesto público.

La confesión se asienta en el espacio entre nosotros. Rook, el niño dorado del hockey de PBU, admitiendo que la cagó con el amor

de su vida. Es como descubrir que Superman tiene terapeuta y una relación complicada con los límites.

—Casi la pierdo —continúa Rook en voz baja—. Estaba furiosa porque lo había convertido en algo sobre mí y sobre mi necesidad de salvarla, en vez de su necesidad de salvarse a sí misma. La traté como un problema que resolver en vez de como una compañera a la que apoyar.

Las palabras me golpean en algún lugar del pecho y se quedan clavadas.

Porque eso es exactamente lo que he estado haciendo. Despierto a las tres de la mañana, ejecutando escenarios como secuencias de depuración. Si me disculpo de la manera correcta, con las palabras correctas, en el orden correcto, en el lugar correcto, ella me perdonará. Como si hubiera una fórmula o fuera un circuito averiado al que puedo buscarle el fallo.

—Pero entonces, ¿cómo…? —Me detengo. Trago saliva—. ¿Cómo lo arreglo?

—No lo arreglas.

—¿Qué?

—No lo arreglas. —Se inclina hacia delante, ojos intensos—. De eso se trata. No puedes «recuperarla». Ese planteamiento va sobre ti: tu ego, tu necesidad de sentir que has hecho algo para ganarte la redención. Cuando la realidad es que la cagaste, y ella no te debe nada.

Se me aprieta el pecho.

—¿Entonces simplemente… no hago nada? ¿Dejo que me odie para siempre?

—No. —Rook niega, mirándome fijamente—. Haces el trabajo. Contigo mismo. Dejas de intentar arreglar su situación y empiezas a ser la clase de hombre que la merecía desde el principio. No porque eso vaya a hacer que vuelva —puede que no— sino porque es lo correcto.

—Yo…

Levanta una mano, frenándome.

—Yo diría que ya empezaste ese proceso ladrándoles a Stiles y a Nash. Y, sinceramente, es en parte culpa mía, por seguirles la

corriente a ellos y al resto y tratarte como la mascota del equipo. Lo siento.

Trago con fuerza, en shock por la disculpa inesperada.

—Gracias —logro decir—. Eso… eso significa mucho.

Asiente, esperando. Porque por lo visto no me la voy a librar tan fácil.

—Ha sido difícil —admito—. Intentar encajar con ustedes y seguir siendo… lo que demonios soy en realidad. Y eso no es todo culpa de los demás. —Me río, pero suena hueco—. Pasé tanto tiempo intentando ser lo que creía que querían que se me olvidó cómo ser quien soy de verdad.

La expresión de Rook se suaviza.

—Bueno —dice, dándome una palmada en el hombro—. Considera esto tu permiso oficial para ser tú mismo. Plántales cara, lánzales pullitas a Nash y a Stiles y a mí y a quien te dé la gana. O no. Solo sé tú mismo, tío. Nos adaptaremos. Te queremos.

Se me abre la boca un poco, y no me salen las palabras.

—Eres un buen tipo, Kellerman, así que siéntete orgulloso y sé fuerte. —Se levanta, empujando la silla de vuelta al escritorio—. Me tengo que ir, pero no te rindas con la chica. Averigua qué significa arreglar esto para ti, haz el trabajo, y luego deja que ella decida.

Y se va.

El silencio vuelve a llenar el hueco que dejó Rook. Me quedo ahí sentado un buen rato, dándole vueltas a sus palabras. Y, por una vez en mi vida, el siguiente paso parece simple: arreglar el amplificador, devolvérselo y luego apartarme.

No intentar explicarme ni poner excusas.

No intentar obligarla a escucharme.

No hacer nada público.

Simplemente hacer lo que dije que haría y luego dejar espacio para que ella decida.

Sea lo que sea.

Y, llegados a ese punto, si ella quiere hablar, hablamos.

Busco el portátil en el escritorio para abrir los esquemas que había hecho para la reparación. Pero cuando la pantalla parpadea y cobra vida, sigue abierta en mi bandeja de entrada, y ahí hay un

correo nuevo de la lista de correo de Pinebox, a la que me había suscrito unas semanas antes en un arrebato de enamoramiento.

Asunto: ¡Batalla de Bandas en The Firehouse!

Hago clic.

Y sí, tocan dentro de unos días.

El corazón se me para, porque conozco la reputación de ese local. Cableado defectuoso, un sistema de sonido horrible, una acústica diseñada por alguien que odia activamente a los músicos. Es un campo de pruebas para el talento en bruto y una trampa mortal para cualquiera cuyo sonido no esté afinado a la perfección.

Y, de repente, sé que solo arreglar el amplificador no va a ser suficiente.

veintinueve

BEN

EL CENTRO estudiantil es una maldita zona de guerra.

He reclamado una mesa para cuatro en el centro del Commons —territorio codiciado en época de parciales— y la he transformado en algo que parece el delirio febril de un ingeniero cruzado, más o menos caóticamente, con la última resistencia de un adicto a la cafeína.

El Proyecto Theseus está a mi izquierda, navegando en este momento un laberinto que he construido con vasos de café vacíos, una grapadora, bolígrafos y un resaltador abandonado por alguien. El robot se mueve por el laberinto con precisión, sus sensores por fin calibrados, el código limpio y elegante.

A mi alrededor, la desesperación con cafeína ruge. Una mesa de estudiantes de Derecho me lanza miradas hostiles, probablemente porque he ocupado superficie suficiente para celebrar una boda pequeña. Una chica con sudadera de hermandad casi se tropieza con mi mochila y murmura algo sobre «raros» entre dientes.

Me da igual.

Por primera vez en mi vida, genuinamente me da igual lo que piense cualquiera de ellos.

Es como descubrir que el ruido de fondo de tu vida —ese zumbido que dejaste de oír hace años— se ha callado. El alivio es casi mareante. El Ben de antes se habría encogido, habría pedido

disculpas, habría empezado a recoger su proyectito raro para hacer sitio a gente normal haciendo cosas normales.

Ese Ben está muerto, y no lamento que se haya ido.

—Joder. —El café de Anya se queda suspendido a medio camino de su boca mientras Theseus ejecuta un giro de noventa grados alrededor de un servilletero—. Es precioso.

—Te lo dije.

Deja el vaso con una media sonrisa a regañadientes.

—Vale. Tenías razón, pero eso no lo pongo por escrito jamás en la vida.

Debería estar dando una vuelta de la victoria. Semanas de depuración, dos crisis casi catastróficas, y una vergonzosa conversación a las tres de la mañana con mi soldador en la que definitivamente no lloré: todo reivindicado por este robotito feo navegando un laberinto construido con basura literal.

Punto álgido de mi carrera, la verdad.

Pero mi atención no está en Theseus.

Está en la placa de circuito sujeta frente a mí.

—¿Y quién lo descubrió? —pregunta Anya, sin apartar la vista del robot—. Dijiste que alguien te ayudó con el diagnóstico.

—Una amiga. —La palabra sabe mal—. Escuchó el tono del servomotor y se dio cuenta de que estaba sangrando señal y causando interferencia.

La ceja de Anya se eleva.

—¿Ella? ¿Amiga?

La pregunta se queda ahí, sin respuesta posible. Es la chica que escuchó música en el fallo de mi robot. Es la chica que se quedó dormida en mi cama con la mano sobre mi pecho como si estuviera comprobando que mi corazón seguía latiendo. Es la chica que yo…

Aparto esos pensamientos antes de que terminen de formarse. Porque esa espiral particular ya tiene su surco bien gastado en mi cerebro después de los últimos días. Sé exactamente adónde lleva, y no tengo tiempo para quedarme en el fondo de ese agujero hoy.

—Alguien con buen oído —digo en su lugar.

—Debe tener un oído increíble si lo detectó. —Anya me estudia ahora, su mirada analítica haciendo eso que hace cuando disecciona

a la gente como si fueran ejercicios particularmente interesantes—. Has estado raro toda la semana. ¿Estás bien, Kellerman?

—Estoy bien.

—No estás bien. Parece que no has dormido desde el martes.

No se equivoca, pero dormir no es algo que pueda permitirme ahora mismo.

No hasta que esto esté terminado.

Cojo el soldador. Una voluta de humo se eleva desde la punta, y el olor me golpea: colofonia y cobre caliente, el aroma exacto del taller de mi madre en el sótano cuando yo tenía doce años. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de cemento mientras ella guiaba mis manos temblorosas sobre una radio de transistores rota.

«El truco», había dicho, «es la paciencia. No puedes obligar a algo roto a funcionar. Primero tienes que entender por qué dejó de hacerlo».

Ese verano reparé mi primera radio. Una pequeña AM/FM de un mercadillo, con el altavoz reventado y el dial del sintonizador agrietado. Me llevó tres semanas. Cuando por fin cobró vida entre crepitaciones, sintonizando una emisora de clásicos a través de una nube de estática, me sentí como un dios.

Esa sensación —la sensación de resurrección— nunca envejeció.

Pero este montaje es diferente.

Esto no es una resurrección.

Esto es algo más parecido a una oración.

He estado llamando a mis arreglos para el amplificador «Matafantasmas» en mi cabeza, lo cual suena melodramático. Pero hay algo apropiado en el nombre: una fuente de alimentación aislada personalizada, cableada a mano con componentes que tuve que pedir por encargo a tres proveedores diferentes.

Es el tipo de montaje que los foros de audiófilos debaten durante cientos de páginas, todos convencidos de que tienen razón y de que todos los demás son idiotas, todos discutiendo sobre núcleos de transformadores y tolerancias de condensadores como si fueran cuestiones de vida o muerte.

Para mí, podría serlo.

—Vale, ahora explícame el otro experimento científico que parece a punto de alcanzar la consciencia y exigir cobertura sanitaria. —Anya acerca su silla con las ruedas, y entonces abre mucho los ojos al catalogar lo que está viendo—. Ben… ¿eso es un regulador de grado médico?

—De especificación militar, en realidad.

—Y esos condensadores… —Coge uno, girándolo entre los dedos —. Esto no es tu típico proyecto de rescate de cinco dólares.

No. No lo es.

Dejo el soldador y me permito mirar de verdad lo que he desplegado sobre esta mesa de cafetería. Reguladores de voltaje de especificación militar. Condensadores con tolerancias tan ajustadas que se miden en fracciones de fracciones. Un transformador bobinado a medida que tuve que buscar durante horas hasta encontrar.

Mis proyectos habituales —los que encuentro en Facebook Marketplace o rescato de los montones de basura de las residencias — no me cuestan más que tiempo. Un electrodoméstico roto aquí, un tocadiscos averiado allá. Los reparo, los revendo y guardo las ganancias en mi fondo de chatarrero como una especie de prepper fiscal del fin del mundo.

—¿Cuánto te has gastado en esto? —pregunta Anya en voz baja.

Me concentro en una soldadura especialmente delicada, pasando hilo de plata por un plano de masa. Un movimiento en falso y tendría que empezar de cero, y no tengo tiempo para empezar de cero. O—

—Ben.

—Todo. —Las palabras salen planas—. Todo el fondo. De primer año hasta ahora. Pero habrá valido la pena.

Hay una larga pausa, y me pregunto si he hecho algo mal, o si otra vez he espantado a alguien por ser demasiado friki con cosas de tecnología. Porque sería típico, ¿no? Sobrevivir a la humillación de decir lo que pienso, solo para pisar alguna otra mina social.

Pero, finalmente, responde.

—Es para ella, ¿verdad? La amiga del buen oído.

Le sostengo la mirada. No hay juicio en ella, solo esa misma curiosidad expectante que lleva a cada problema que merece ser resuelto. Así que me encojo de hombros.

—Su amplificador tiene un zumbido de bucle de tierra —digo—. Lo ha tenido durante años. Ella toca a través de él de todas formas, pero creo que esto lo matará.

Señalo el caos de componentes y cableado frente a mí.

—Aislará completamente la fuente de alimentación y filtrará todo el ruido. Podrá escucharse con claridad por primera vez. —Me encojo de hombros—. Pero no lo hará alterando su sonido ni atenuando nada, solo enderezando todo para que sea como debería ser.

La expresión de Anya cambia. Puedo ver cómo conecta los puntos: la amiga que diagnosticó el problema de Theseus de oído, el amplificador de guitarra, la fortuna en componentes dispuesta como una ofrenda. Entonces una sonrisa le cruza la cara como si hubiera resuelto el problema más difícil que ha tenido que resolver en su vida.

—La tienes grave —dice.

—Sí. —Me río—. Bastante.

Cojo un condensador y lo hago rodar entre los dedos. Una cosa tan pequeña. Una cosa tan cara, precisa, perfectamente calibrada —y tan pequeña. Si he hecho esto mal —si una sola soldadura está fría, una sola conexión floja—, todo el montaje falla. Ella lo enchufa, el zumbido sigue ahí, y el esfuerzo ha sido una pérdida de tiempo.

Corto el pensamiento y vuelvo a la placa. La cosa es fea. Un amasijo cableado a mano de componentes que haría llorar de horror a un ingeniero eléctrico profesional. No hay nada elegante, nada bonito. Pero es lo más hermoso que he construido nunca.

Porque no es solo una fuente de alimentación.

Es mi manera de decir: Te veo. Te escucho. Sé lo que te importa.

Espero que Cass entienda todo eso cuando se dé cuenta. Ella fue la única persona que miró mi taller —el desastre de electrónica medio diseccionada y componentes rescatados— y vio algo bonito en vez de algo vergonzoso.

«Es como lo contrario de un cementerio», había dicho una vez, pasando los dedos por algunas de las piezas. «Un lugar donde las

cosas vuelven a la vida».

Nadie lo había descrito así antes.

Nadie lo había visto así antes.

—¡Kellerman!

La voz me corta la concentración. Nash se acerca a nuestra mesa, recién salido del gimnasio. Hace un mes, verlo habría provocado un pico instantáneo de ansiedad: la amenaza inminente de la burla, el cálculo desesperado de cómo parecer lo bastante enrollado para encajar.

Pero ahora solo estoy cansado.

—¿Qué estás construyendo? —Nash observa el caos de componentes con el ceño fruncido—. Parece algo que te pondría en una lista de vigilancia.

Espero el remate. La mueca. La observación casualmente cruel sobre mis aficiones raras que hace una semana me habría lanzado en espiral. Pero no llega. En su lugar, Nash simplemente se queda ahí, con cara de confusión, lo cual probablemente es justo, dado que estudia una carrera facilona con una media mediocre.

La dinámica entre nosotros ha cambiado desde que les exploté a él y a Stiles en el vestuario. Ha estado cauteloso conmigo desde entonces —no exactamente hostil, pero inseguro—, como si yo hubiera dejado de seguir un guion que ambos usábamos y él no supiera cómo reemplazarlo.

—Es un filtro de audio —digo con calma—. Para un amplificador.

Nash asiente despacio.

—Mola. O sea… ¿cosas de música?

—Sí.

Hay un momento de silencio incómodo. Anya observa el intercambio con fascinación, la mirada saltando entre nosotros como si estuviera catalogando datos para un futuro artículo de investigación. Porque lo que a mí me falta en confianza, a ella le sobra. Se siente más que cómoda siendo una de las nerds del campus.

—¿Vienes al partido del sábado? —pregunta Nash—. Semifinales, tío. Sesión de mediodía, saque inicial a la una. Si ganamos, vamos a las Nacionales en tres semanas.

La pregunta aterriza con fuerza. Debería estar jugando ese partido.

—Sigo en el banquillo —digo.

—Ya, pero podrías venir igualmente. Apoyar al equipo.

Miro la placa.

—Tengo algo más importante.

La expresión de Nash cambia —sorpresa, quizá, o un respeto reticente. Es extraño ver esa cara en él. Abre la boca, la cierra, y luego asiente una vez. Golpea la mesa con los nudillos, un gesto torpe que podría ser un gesto de paz.

—Vale —dice—. Buena suerte con tu… cosa del filtro.

Y se va.

—Huh —digo.

—Eso ha sido raro —observa Anya.

—Sí.

—No se ha burlado de ti ni una sola vez.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Sois como… amigos ahora?

Considero la pregunta. Hace un mes, habría dado lo que fuera por la aceptación casual de Nash, por la pertenencia fácil de ser uno más del grupo. Y al final, cambié algo real por algo que resultó valer menos que los vasos vacíos esparcidos por esta mesa.

Y lo único que hizo falta fue plantarme.

—No sé lo que somos —digo por fin—. Pero me ha dejado en paz.

Anya tararea pensativa pero no insiste.

Vuelvo al Matafantasmas. La placa está casi terminada. Quedan unas cuantas soldaduras, y mis manos están firmes mientras trabajo. El estaño fluye limpio y brillante, cada unión una pequeña perfección. He hecho esto miles de veces —un millón, probablemente—, pero nunca se ha sentido así.

Como si cada conexión que hago en esta placa fuera también una conexión que intento hacer con otra persona.

Veinte minutos después, dejo el soldador por última vez. El Matafantasmas está ante mí, completo, y cuando ejecuto el diagnóstico final, las lecturas son perfectas. Regulación de voltaje

ideal de manual, con niveles de ruido tan bajos que apenas se registran en mi medidor.

Paso uno completado.

Deslizo la placa terminada en una bolsa antiestática, manipulándola con el cuidado de una reliquia sagrada. La guardo en la mochila, junto al portátil, los apuntes y el resto del detritus ordinario de la vida universitaria. Mañana averiguaré cómo entregársela.

Pero por ahora me permito sentir algo que podría ser esperanza.

treinta

CASS

«JADE CHUPA POLLAS.»

O eso es lo que me dice el espejo cubierto de grafitis en Sharpie plateado, justo al lado de mi oreja izquierda mientras me miro fijamente e intento que el delineador me quede simétrico. Me tiembla la mano lo suficiente como para convertir un rabillo afilado en el registro sismográfico de mi estado mental actual, pero confío en que haya suficiente oscuridad para que nadie lo note.

El fluorescente de arriba parpadea, convirtiendo mi reflejo en un estroboscopio de película de terror cutre. Por un segundo estoy ahí, y luego no, y luego estoy otra vez. Y, siendo honesta conmigo misma, la versión que desaparece tiene mejor pinta.

Firme. Lo has hecho mil veces.

Solo que no. No así. No vaciada por dentro y funcionando con las últimas reservas.

La chica del espejo tiene exactamente la pinta que se supone que debe tener. Pixie decolorado desigual a tijeretazos, listo. Camiseta negra de tirantes rasgada en los puntos estratégicos, listo. Botas militares que han pisado más suelos de bares que un inspector de sanidad, listo.

Cada pieza del disfraz firmemente en su sitio.

Pero la odio.

No a mí.

A ella.

La versión que todos esperan: la vocalista que gruñe, que no se deja pisar, a la que todo le importa una mierda y que definitivamente no se pasa noches enteras mirando al techo preguntándose si algún día dejará de ser una decepción tan espectacular para todos los que cometen el error de acercarse.

Para. Concéntrate.

Paso el delineador por el párpado otra vez, y esta vez la mano me obedece lo suficiente como para conseguir algo parecido a la simetría. Pequeñas victorias. Eso es lo que decía mi orientadora del instituto antes de darse por vencida conmigo del todo.

Mi mirada se detiene en la esquina del espejo donde alguien pegó una pegatina desteñida de una banda local llamada «Whiskey Funeral» que seguramente se separó hace cinco años, con el logo ya despegándose por los bordes. Hay una muesca en el cristal justo por la mitad.

Otro nombre que nadie recuerda.

Pienso en mi amplificador.

Mi amplificador de verdad.

La pieza de equipo más importante que tengo, ahora viviendo en casa de un tío que les dijo a sus compañeros de equipo que yo no le importaba. Pero ya está muerto para mí, y aunque no lo estuviera, no podría llamar a esa puerta y mirarle a la cara y revivir cómo dijo nada serio como si no fuéramos nada.

Un ruido en la puerta me hace levantar la vista.

Joel.

Está ahí plantado con la funda del bajo colgada de un hombro, su cuerpo fibroso rígido, y su eterna barba de tres días esta noche se acerca más a los cinco. Sus ojos oscuros hacen esa cosa inquieta que hacen cuando se está preparando para algo difícil.

Ninguno de los dos habla.

El silencio se estira, cada discusión sin resolver del último mes suspendida entre nosotros como un acorde disonante sostenido. Algo así como un la bemol con séptima disminuida, que en lenguaje de teoría musical significa esto está a punto de ponerse feo.

Joel se aclara la garganta.

—Mira, sobre lo que pasó en el último show, lo siento.

Las palabras golpean como una nota errada en una canción que creía conocer de memoria, porque Joel no se disculpa. Joel discute. Joel presiona. Joel lleva tanto tiempo dándome la vara con mi amplificador y la «trayectoria» de la banda que había empezado a pensar que simplemente era parte de su personalidad.

Le busco la trampa en la cara, pero no la encuentro.

—He sido duro contigo, Cass —dice—. Esta noche no es el momento de desenterrar toda esa mierda. Solo quería decirte que… —Se detiene, mascando las palabras—. Sé que las cosas han sido difíciles con el tío con el que estabas saliendo, y no voy a empeorarlas.

No le había contado lo de Ben, pero de alguna manera se había enterado y ha decidido bajar las armas.

—Gracias, Joel —digo.

No es un mea culpa completo. No ha reconocido que su presión constante por un sonido más limpio fue parte de lo que nos trajo aquí, ni admite que la «trayectoria» que lleva empujando es una que yo nunca acepté, pero es más de lo que esperaba.

Sonrío con sorna.

—¿Alguien te ha guiado en eso? Porque estoy bastante segura de que acabas de localizar una sola emoción humana, ¡y quiero marcar la fecha en el calendario!

A Joel le tiembla la comisura de la boca en una pequeña sonrisa, claramente aliviado —como yo— de volver a terreno relativamente normal. Se frota la nuca.

—Bueno, ahora que lo mencionas, puede que Milo haya amenazado con dejarlo si venía aquí y empezaba otra pelea.

—Qué osado por tu parte asumir que cumpliría su amenaza. —Me río, sintiéndome ligera por primera vez en días—. Ese hombre quiere demasiado nuestro descuento en Frank's como para…

—Cass.

Me detengo.

—Lo digo en serio. —Me mira a los ojos—. Esta noche va de la música, y lo demás que esté pasando lo podemos resolver después. ¿Vale?

No sé qué hacer con esto. Parte de mí quiere agarrarse a la amabilidad como a un salvavidas. La otra parte —la parte forjada por años de la Puerta Giratoria— me grita que la rechace. Que empuje hasta que se rompa y se demuestre tan hueca como la amabilidad de todos los demás.

Milo se materializa detrás de él como el santo patrón de la inoportunidad. Lleva las baquetas metidas en el bolsillo trasero y las gafas de pasta gruesa ligeramente torcidas. Me mira, luego mira a Joel, y cuando ninguno de los dos le ofrece una explicación del momento raro, se encoge de hombros.

No es perfecto, pero es lo que tenemos.

Joel da un paso adelante y, antes de que pueda procesar lo que está pasando, me rodea con los brazos. Es el peor abrazo que he recibido en mi vida: ninguno de los dos sabe dónde poner las manos, la funda del bajo se le resbala del hombro y me golpea la cadera. Su barbilla me aterriza en la cabeza en un ángulo incómodo. Es horrible, pero está pasando.

Le doy un golpe en la espalda, más fuerte de lo necesario.

—Sigues siendo un cabrón.

Se ríe.

—Sí. Lo sé.

Cuando nos separamos, Milo sigue observando desde la puerta, haciendo girar una baqueta entre los dedos. La comisura de su boca se eleva. Todos sabemos que no estamos arreglados, porque la brecha filosófica sobre nuestro sonido sigue ahí debajo de la superficie. Pero por esta noche hemos declarado una tregua.

Le echo un último vistazo a mi reflejo en el espejo cubierto de grafitis.

El delineador es más pintura de guerra que elección estética esta noche.

La chica que me devuelve la mirada sigue pareciendo vacía, pero está de pie.

Has tocado en peores condiciones. Has tocado en Camden.

Puedes hacer esto.

—Hora de salir —digo, y mi voz sale más firme de lo que me siento.

Hacemos el ritual. Es estúpido y supersticioso y lo hacemos antes de cada show. Milo marca el ritmo, dos baquetas contra sus muslos. Joel lo recoge, golpeando la palma contra la funda de su bajo. Yo añado mi voz; no canto, solo un gruñido grave que va creciendo hasta convertirse en algo salvaje.

El gruñido se transforma en un grito —los tres, nuestras voces chocando en un sonido que es puro, sin filtros, deseo. Deseo de importar. Deseo de ser escuchados. Deseo de demostrar que se equivocan todos los cabrones que alguna vez nos descartaron. Dura quizá diez segundos, y luego silencio.

Milo sonríe, feroz.

Joel tiene los ojos brillantes.

Mis manos han dejado de temblar.

—Vamos a reventar esta mierda —digo.

Salimos a la sala principal del Firehouse.

Somos el primer turno de la noche. Los corderos del sacrificio que meten para calentar al público antes de los actos «de verdad». Pero, a pesar de eso, el local ya se está llenando: universitarios inquietos dándole sorbos a las cervezas más baratas, unos cuantos lugareños en la barra y algunos tipos con pinta de mundillo merodeando cerca de la cabina de sonido.

Todos están aquí para juzgar.

Arrastro mi equipo nuevo al escenario; el amplificador tiene la misma pinta de impostor que tenía en la tienda. Un ampli de estado sólido con modelado digital, negro y reluciente, con más ajustes que el panel de un transbordador espacial y menos alma que una presentación de resultados trimestrales.

Costó más que mi alquiler.

Lo odio.

Pero el odio es simple. El odio es limpio. El odio no me obliga a pensar en mi querido amplificador en manos del enemigo. Las mismas manos que habían recorrido mi cuerpo, descubriendo alegría y asombro, como si las cosas rotas fueran sagradas para él.

Como si yo fuera sagrada para él.

Enchufo con más fuerza de la necesaria y hago una prueba de sonido rápida. Las notas suenan limpias y brillantes, exactamente

como se supone que deben sonar, pero tienen la calidez y el carácter de un diagnóstico médico para un resfriado común.

Enhorabuena, tu tono es clínicamente excelente y emocionalmente muerto.

Joel me mira desde el otro lado del escenario.

—Eso suena limpio de cojones, Cass —dice—. Sin zumbido, sin crujido. A los jueces les va a encantar.

—Ya, bueno. —Ajusto la configuración porque necesito algo que hacer con las manos—. No quedaba otra.

—¿Qué pasó con el viejo?

—Lo tiré a la basura. —La mentira sale plana—. Me quemó demasiadas veces.

Siento la mirada de Milo desde detrás de la batería. Cuando levanto la vista, tiene los ojos entrecerrados detrás de esas gafas de pasta gruesa. Sabe que antes me cortaría un dedo que tirar ese Fender, pero no insiste, dejando espacio para que la verdad salga cuando esté lista.

Me giro hacia el amplificador y rasgueo un acorde. El sonido que sale es… preciso. Afinación perfecta, sustain perfecto, todo perfecto y de la puta madre. Es como una simulación de música, el equivalente sonoro de besar a alguien que tiene todas las piezas de la boca en su sitio pero no siente absolutamente nada.

Este es el sonido de rendirse.

Obligándome a concentrarme en cualquier cosa menos en el amplificador de mierda, me giro hacia la sala, la guitarra colgando contra mi pecho, y termino de afinar de oído. Entonces mi mirada se engancha en una mesa cerca de la barra, y todo se detiene como en las películas.

Hay tres tíos con chaquetas del equipo de hockey de PBU.

Son imposibles de ignorar: ruidosos, ocupando espacio, irradiando esa confianza fácil que viene de que nunca nadie les ha dicho que no pertenecen a un sitio. Los reconozco al instante, porque son muchos de los mismos de aquella fiesta y de O'Neil's.

Nash está en el centro, ejerciendo su reinado como hacen los guapos, con su eterna sonrisa petulante bien puesta. Stiles está a su lado, el de la boca grande y el pelo engominado en exceso. Y luego

está Rook, mirando el móvil con media sonrisa, escribiéndole a alguien que le importa.

Busco a él.

No puedo evitarlo.

Mis ojos barren la mesa, la barra, la puerta —buscando la figura alta con las manos que solían trazar la constelación tatuada en mi cadera como si la estuviera memorizando. Pero no está aquí, y me doy cuenta, por un instante, de que estoy decepcionada.

Pero entonces su voz se repite en mi cabeza.

Nada serio.

Y la armadura se cierra de golpe.

Pues que le jodan.

La parte de mí que sobrevivió a Camden se alza.

Y que miren.

Subo el volumen hasta que la señal limpia empieza a distorsionar. El modelado digital se esfuerza por seguir el ritmo, los algoritmos intentando desesperadamente convertir la fealdad en algo digerible. No puede —no del todo—, y me alegro, porque voy a robarle todo el alma que pueda a esta mierda.

Miro la mesa de los de hockey una última vez. Nash le está diciendo algo a Stiles que los hace reír a los dos. Rook sigue con el móvil. Ninguno mira al escenario, y me pregunto si siquiera saben quién soy y lo que su acoso ayudó a destruir.

Frunzo el labio, memoria muscular y rencor fusionándose en algo funcional. Por un momento tengo dieciséis otra vez, de pie en el pit de mi primer show punk, aprendiendo que la única forma de sobrevivir a que te vean es sacar los codos y ser una perra despiadada.

Y asegurarte de que nadie vea jamás a la de verdad.

treinta y uno

EL AMPLIFICADOR PESA SESENTA LIBRAS.

Lo sé porque llevo veinte minutos sosteniéndolo, y a estas alturas los antebrazos me están gritando y no paro de perder el agarre en la gastada asa de cuero. Y eso ni siquiera es lo peor, que es el hecho de que estoy metido entre las sombras de un lateral del escenario.

Me siento como una especie de elfo de sonido trastornado que se equivocó de camino en el taller de Santa Claus y acabó en un concierto punk. Las luces del escenario todavía están bajas, bañando el estrecho espacio de bastidores en un ámbar enfermizo, y en algún lugar más allá del telón, el público es un zumbido bajo e inquieto.

Pero no me queda otra que repetirme que todo está bien, porque ahí fuera hay unas doscientas personas, más o menos. Y todas están a unos treinta segundos de verme salir corriendo al escenario como un lunático para salvar el show o acabar derribado por seguridad.

«Verá, agente, le rompí el corazón y luego le construí una fuente de alimentación nueva y ahora necesito cambiarle los amplificadores porque el que está usando suena como la sala de espera de un dentista…»

Cambio el amplificador de posición, sintiendo el peso familiar. Es un monstruo, todo madera e imanes e historia, el tipo de equipo que se fabricaba antes de que inventaran la obsolescencia programada.

Es el tipo de equipo que no se rompe; simplemente espera a que alguien tenga la paciencia de entenderlo.

Alguien como yo.

Alguien que volcó en él todo el dinero y el cuidado que le quedaban.

Hace dos horas estaba en el callejón detrás del local, exponiendo mi caso ante la única persona que podía hacer que este plan descabellado funcionara o se desmoronara. Milo, el baterista, me observaba con la evaluación paciente de alguien que ha visto bandas formarse y explotar y ha sobrevivido para contarlo.

—Repítemelo —dijo, limpiando sus gafas con la camiseta—. Porque suena completamente chiflado.

Hablé rápido. —Justo antes de que empiecen a tocar, va a haber caos en la parte de atrás de la sala. Cuando eso pase, me das quince segundos de cobertura —fuerte y agresiva— mientras cambio los amplificadores, y luego seguís con el show sin más.

Milo se puso las gafas de nuevo. —Quince segundos.

—Es todo lo que necesito.

—Durante la Batalla de Bandas.

—Sí.

—Delante de doscientas personas y al menos tres jueces.

—Sí.

Se quedó callado el tiempo suficiente como para que yo empezara a ensayar mentalmente el discurso que tendría que darle a Cass antes del show. No quería tener que acorralarla así, pero sé en lo más profundo de mis huesos que ella necesita este amplificador como necesita el aire, así que mi siguiente mejor opción (y la peor con diferencia) es simplemente dárselo.

—¿Por qué esto? —Milo se encogió de hombros—. ¿Por qué ella?

Solté un largo suspiro. —No sé cuánto les ha contado… probablemente nada, pero entre nosotros estaba creciendo algo serio y yo lo jodí todo. No creo que quiera verme, pero lo admita o no, necesita este amplificador.

—Entonces, si ya te ha dicho que se acabó, ¿por qué te importa?

—Porque su sonido importa más que lo que yo sienta —dije, casi con pesar—. Y si no quiere volver a hablarme en la vida, espero que

al menos vuelva a usar su amplificador.

—Esto es tu disculpa…

—Sí… —Mi voz se fue apagando—. Rompí algo que no puedo desromper, pero esto sí puedo arreglarlo. Así que no voy a dejar que salga a ese escenario esta noche y se enchufe a algo que la hace sonar como todas las demás, porque ella no es como todas las demás.

Milo no dijo nada durante un buen rato, luego se metió las baquetas en el bolsillo y se despegó de la pared. —Quince segundos. No falles.

Empezó a caminar de vuelta al local, y pensé que eso era todo. Informe de misión completado. Pero entonces se detuvo, se giró y me miró por encima del hombro. Era esa mirada evaluadora que los padres le dedican al tipo que quiere salir con su hija, perforándote hasta el alma.

—Para ser un jugador de hockey —dijo—, no eres completamente terrible.

Y se fue.

Me quedé ahí plantado un minuto entero después de que se marchara, digiriendo lo que había dicho. No era un elogio, exactamente, pero en cierto modo era algo mejor. Era el reconocimiento de alguien que vive en el mundo de Cass, pero que también supo ver más allá de la chaqueta del equipo y la etiqueta de jugador de hockey.

Me vio a mí.

Ahora, entre las sombras del lateral del escenario, ese recuerdo me sostiene. Oigo frecuencias graves pulsando a través de los monitores de cuña, lo que significa que Pinebox está casi lista para tocar. Así que asomo la cabeza y busco la mirada de Milo. Está sentado detrás de la batería, baquetas en mano, completamente relajado.

Me da un único asentimiento seco.

Luz verde.

Mi pulgar busca el teléfono y le escribo a Rook:

Ya.

Pulso enviar.

Durante tres segundos, no pasa nada.

El público zumba. Las luces del escenario parpadean. Joel ajusta algo en su bajo. Cass se gira hacia la cabina de sonido, con el ceño fruncido. Me obligo a apartar la mirada, porque si la miro, me quedaré congelado, y sé que solo tengo una oportunidad para que esto funcione.

La misión primero.

Entonces la parte trasera de la sala explota.

El estruendo es espectacular: una avalancha metálica ensordecedora que suena como si alguien hubiera estampado una carretilla elevadora contra un centro de reciclaje. Nadie tiene ni puta idea de lo que es durante un segundo, pero yo sé que es Stiles chocando «accidentalmente» contra la torre de barriles vacíos apilados junto a la consola de sonido.

La voz de Nash atraviesa el caos. —¡EH! ¡¿QUÉ COJONES, TÍO?! ¡HAY UNA PELEA!

Nunca pensé que agradecería la energía de animal de Nash, pero el universo tiene sentido del humor esta noche. Los chicos, igual que Milo, están al tanto del plan, y cuando le envié la petición a Rook esta mañana, la aceptación fue inmediata. Los chicos se habían unido por uno de sus compañeros, uno de sus hermanos.

Y, por una vez, me siento uno de ellos.

Mientras el desastre se desarrolla, seguridad se lanza hacia la barra, el técnico de sonido se arranca los auriculares, y Cass y Joel giran la cabeza. Pero sé que el caos solo les robará la atención un segundo, así que entonces Milo se lanza a un redoble tan caótico que hace temblar el suelo.

Es mi señal.

Echo a correr.

Tres zancadas enormes devoran la distancia. El escenario está lo bastante oscuro como para que yo sea solo una sombra —una sombra grande y desgarbada moviéndose demasiado rápido— pero me da igual. Agarro el amplificador de Cass, arranco los cables y lo aparto. No me sorprende descubrir que es ligero como una pluma.

Hueco y sin alma.

Lo empujo detrás de la tarima de la batería, y Milo le da una patada a una lona gruesa con la zapatilla, enterrando la evidencia sin perder un solo golpe en el platillo ride. Un vistazo rápido me confirma que ni Joel ni Cass me han visto en el escenario, y espero que cualquiera que esté mirando piense que soy parte del equipo técnico.

Ahora la parte difícil.

Mientras izo el amplificador a su sitio, la parte baja de mi espalda presenta una queja formal. Los brazos me tiemblan, y durante un segundo horrible estoy convencido de que se me va a caer, y que voy a ver una semana de trabajo y todos mis ahorros hacerse añicos contra el suelo del escenario…

Pero mis manos saben lo que hacen.

Llevan construyendo cosas desde que tenía doce años. Han soldado mil conexiones. Han devuelto la vida a circuitos muertos. No dejan caer las cosas que han luchado por salvar, lo que no impide que el soporte cruja bajo el peso, aunque, gracias a Dios, aguanta.

Agarro el cable en espiral de su pedalera y lo encajo en el jack de entrada.

Clic.

Reviso los ajustes: ganancia en siete, agudos en seis, reverb en cuatro.

Listo.

Mi mano encuentra el interruptor de standby y lo acciono.

La luz ámbar cobra vida. Un ojo cálido y fijo en la oscuridad. Parece un latido, una promesa cumplida, todo lo que no pude decir con palabras encontrando por fin otro lenguaje. Es un cabrón obstinado, negándose a ponerse en verde durante dos segundos, hasta que finalmente parpadea en verde.

¡Gol! ¡Ahora a salir pitando de aquí!

Mientras salgo del escenario a toda prisa y el alboroto en la sala empieza a apagarse, veo que Milo me observa a través del hardware —a través de los platillos y el soporte del hi-hat— y está sonriendo de oreja a oreja. Y entonces empiezo a notar que Cass se gira, y espero como un loco salir antes de que se dé cuenta.

Me llevo un dedo a los labios, Milo imita cerrarse la boca con una cremallera, y desaparezco, esfumándome en las sombras del lateral izquierdo del escenario, deslizándome por la cocina en un borrón de acero inoxidable y gritos de pedidos. Esquivo a una camarera, casi me llevo por delante a un tipo cargando hielo, y salgo disparado por la puerta trasera.

El aire frío me golpea la cara. Los pulmones me arden. Las manos me tiemblan tanto que las hundo en los bolsillos. —Lo hice —digo, en un susurro sin aliento.

El rugido del público me devuelve a la realidad. No quiero perderme esto, especialmente después de todo este plan clandestino, así que vuelvo por el pasillo de servicio. La sala principal se abre ante mí —un mar de cuerpos y luces de barra— y encuentro a los chicos apiñados cerca de la escena del crimen.

Es una zona de desastre: barriles volcados y cerveza derramada que los porteros todavía intentan contener. El aire apesta a lúpulo, y en algún lugar cerca del fondo, un portero está gritando algo sobre responsabilidad civil en el tono de un hombre que ya ha renunciado mentalmente a su trabajo.

Stiles se está secando su polo de PBU con una servilleta de cóctel, su expresión atrapada entre el asco y una profunda satisfacción consigo mismo. Nash se ha plantado con una gran sonrisa y vista directa al caos, mirando a los porteros forcejear con un barril vacío para enderezarlo.

Todos siguen llevando el uniforme de viaje del equipo: sudaderas rojas y negras con cremallera corta a juego y pantalones de chándal. Parecen destrozados —pelo sudado, ojeras— pero vibran con esa energía maníaca y de alto voltaje que solo aparece después de una victoria enorme.

Y Rook está apoyado contra la pared de ladrillo visto, brazos cruzados, siguiendo mi acercamiento con la mirada. —¿Y bien? —dice.

Exhalo. —Hecho. El amplificador está conectado, los ajustes están fijados, y creo que no me ha visto…

—Tío, si te hubiera visto, te faltaría un brazo, por lo que sé de esa chica —Rook se ríe—. Buen trabajo.

La mano de Nash aterriza en mi hombro. —Menos mal que liquidamos el partido pronto. Aplastamos a UMass 4-1, por cierto. Te perdiste un tercer periodo de la hostia.

—Vi las alertas del marcador —miento—. Enhorabuena.

—Gracias. Pero ¿vieron esa velocidad? —Nash me señala—. Les dije, capullos, que el chaval tenía piernas cuando no le daba demasiadas vueltas a la cabeza. Eso ha sido ninja de cojones, Kellerman. Misión: Imposible total. Deberías haber hecho una voltereta táctica por el escenario.

—La forma en que simplemente… —Stiles imita algo que podría ser sigilo o posiblemente danza interpretativa—. Limpio, tío.

Traducción: Pensaba que te ibas a atragantar.

Y, ¿sinceramente?

Yo también.

Pero esta noche no me tropecé. No tartamudeé. No me quedé paralizado.

Stiles lanza la servilleta empapada hacia una papelera cercana. —He sacrificado mi camiseta favorita por esa distracción.

—Trágico —digo.

Me apunta con el dedo. —Con esto quedamos en paz, por cierto. Por las bromas, por esconder el equipo…

—Caballeros —digo, negando con la cabeza—, ni de lejos estamos en paz, pero esto es un anticipo razonable.

Hay un instante de silencio.

La cara de Nash hace algo complicado: confusión transformándose en reconocimiento y luego en respeto. Después sonríe. —Justo, Sasquatch.

Stiles me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. —¿Kellerman acaba de… vacilarnos?

—Eso creo —dice Rook, y hay algo en su voz: aprobación, reconocimiento—. El chico ha crecido.

Y, en ese momento, queda claro que ya no soy su mascota.

Soy uno de ellos.

Me giro hacia el escenario. —Está a punto de tocar.

treinta y dos

CASS

LAS LUCES de sala se apagan, y la oscuridad me traga entera.

Durante un latido suspendido, todo queda en silencio —el murmullo del público, el golpeteo grave del equipo de sonido de mierda del local reproduciendo relleno genérico entre sets— y en ese vacío, no soy más que adrenalina y rabia, un cable con corriente sin dónde hacer tierra.

Entonces las luces del escenario se encienden de golpe.

Incandescentes.

Cegadoras.

The Firehouse es conocido por un tipo de exceso teatral que hace que este antro de mierda se sienta como el Madison Square Garden durante exactamente treinta segundos. Luego recuerdas que estás parada sobre una tarima que se mantiene unida gracias a las ilusiones colectivas de todos los músicos que alguna vez pensaron *esta puede ser la mía*.

Agarro mi guitarra y me acerco al micrófono.

El público es un borrón de caras en las que me niego a enfocarme.

Porque no necesito verlos. Solo necesito arder.

Entonces piso mi pedal de distorsión. El clic es satisfactorio —la confirmación física de que estoy a punto de hacer ruido— y me

estiro hacia atrás para ajustar el acople de mi ampli. Un toque rápido, nada en lo que tenga siquiera que pensar...

Pero entonces me congelo.

Mi mano se queda flotando sobre el ampli equivocado.

No es la pesadilla digital negra y reluciente que compré hace unos días.

Este ampli está gastado y maltratado, con calcomanías despegándose de bandas que amaba en la secundaria y la tela de la rejilla rasgada que nunca me molesté en arreglar porque le daba «carácter» y una quemadura de cigarrillo en la esquina de arriba de aquel desastroso bolo en Asbury Park donde todo salió mal excepto la música.

Este ampli es mío.

No es posible.

No puede estar aquí.

Pero está.

Puedo sentir la vibración familiar zumbando a través de la madera: el ampli ya está encendido, ya se calentó, ya está esperando. Sé con certeza que va a zumbar, arruinando nuestro show y haciendo que Joel se cabree conmigo otra vez. Pero ya estamos aquí, y todo el mundo está mirando, así que a la mierda.

—Rock and roll, ¿no? —me susurro.

Golpeo un acorde de La.

CRANG.

El sonido detona a través del local. Es masivo. Cálido. Denso de saturación de válvulas y riqueza armónica que vibra a través de mí de la mejor manera posible. Los graves me golpean la caja torácica, y los agudos brillan sin perforarme los tímpanos.

Es exactamente el sonido que amo de esta bestia de amplificador.

Pero no hay zumbido.

Silencio las cuerdas, y la sala queda muda.

La señal está limpia.

Estoy aquí de pie con la mano contra las cuerdas, escuchando...

¿Nada?

¿Cómo?

Mi mirada encuentra a Milo detrás de la batería. Ya está listo para contar la entrada del primer tema, las baquetas en alto, pero se detiene lo suficiente para inclinarse sobre la caja con una sonrisa que solo puede describirse como profundamente complacido consigo mismo, lo cual para Milo es simplemente otro martes cualquiera.

Señala con una baqueta hacia los laterales del escenario.

—El chico del hockey —dice.

Abro los ojos de par en par y me giro a mirar.

Giro el ampli ligeramente, lo justo para ver el panel trasero. Los tornillos son brillantes. Nuevos. Cabezas de latón reluciendo bajo las luces del escenario como pequeñas medallas de honor. Alguien ha estado dentro de esta cosa. Alguien con manos precisas y una atención obsesiva al detalle. Alguien que conoce esto y me conoce a mí.

No me compró un ampli nuevo.

No intentó mejorarme.

Arregló el fantasma.

Mis ojos recorren el público. Más allá del pit. Más allá de la barra, donde Nash le está diciendo algo a Stiles que probablemente es idiota. Más allá de la cabina de sonido y la salida de emergencia y todas las caras que no importan. Y ahí es donde lo encuentro.

Está apoyado contra un pilar de ladrillo, con los brazos cruzados sobre el pecho de esa manera que lo hace parecer más pequeño de lo que realmente es, como si intentara comprimir su metro noventa y tres en algo menos visible. Cuando me descubre mirándolo, no saluda, no sonríe.

Solo me levanta el pulgar.

Chico hermoso y estúpido.

Milo cuenta la entrada. La batería arranca. El bajo de Joel cae.

Y toco como un golpe que nadie vio venir.

Mis dedos encuentran acordes que no he tocado en semanas, la memoria muscular partiéndose el lomo para volar a través del riff de apertura de nuestro tema más difícil, el de los cambios rápidos que siempre me salen mal en vivo. Pero esta noche fluye de mí como agua encontrando su camino natural cuesta abajo.

La cabeza de Joel se gira de golpe hacia mí a mitad de verso, y capto su expresión por el rabillo del ojo —confusión peleando con algo que podría ser asombro— porque él también puede oír la diferencia. El ampli no está peleando conmigo y, por una vez, el equipo y yo estamos en el mismo bando.

Durante el puente, cierro los ojos y simplemente escucho.

Es perfecto.

Segundo tema... tercer tema... estamos que ardemos, y esta noche se siente bien. El público se mete en ello, aunque lo siento más de lo que lo veo: cuerpos moviéndose que antes no se movían, conversaciones muriendo a media frase, y la atención enfocándose como una lente que se estrecha hasta un solo punto brillante.

El pit echa chispas, y luego se enciende.

Mientras el torbellino de violencia y energía controlada se despliega ante mí, soy como una diosa al mando de sus esbirros demoníacos. Se tragan cada pedazo de mí... de nosotros... de nuestro sonido. Y decido a la mitad del cuarto tema que nunca voy a limpiarlo, pulirlo ni hacerlo aceptable para nadie.

—Este va dedicado a toda la gente que quería que fuera menos yo misma y más manejable —digo al micrófono antes del quinto tema—. Se llama All I Am.

Entonces arrancamos de nuevo, y estoy demostrando que, aunque no pertenezco a un aula universitaria con todos los músicos entrenados, los que hablaban teoría como lengua materna mientras yo la balbuceaba como turista con libro de frases, definitivamente pertenezco aquí, en un escenario pegajoso de un antro.

En la cima del mundo.

Volamos por los siguientes temas, y a estas alturas el público está que arde. Todo el mundo agitando los puños, y si nadie sale herido en el pit, será una buena noche. Y —no es que me importe ahora mismo— puedo ver que la gente de la industria cerca de la cabina de sonido está escuchando con atención.

Y cuando se acerca la última canción, sé lo que tengo que hacer.

Me tiemblan las manos cuando agarro el micrófono. Demasiada emoción, demasiada claridad, demasiado de todo lo que he estado sintiendo y de lo que he estado huyendo durante semanas

estrellándose contra mí de golpe, mientras también intento controlar la bestia que es nuestro repertorio.

—Esta última —digo al micrófono, con la voz despojada del desdén detrás del que normalmente me escondo—. Esta última es una dedicatoria.

No lo pienses. Solo hazlo.

—A mi novio, Ben.

Señalo hacia el fondo de la sala. Hacia el pilar. Hacia el gigante de pelo rizado que en este momento se está quedando rígido de la impresión, todo su cuerpo haciendo ese clásico bloqueo Kellerman que antes me parecía adorable, antes de parecerme exasperante, antes de volver a parecerme adorable.

—Está ahí atrás, el jugador de hockey enorme que parece que está a punto de desmayarse —continúo, sonriendo—. Arregló mi ampli, y es de los de verdad.

Cuento la entrada con un grito y detonamos.

El bajo de Joel cae como una bomba. El bombo de Milo me golpea directo en el esternón. Y yo me pierdo: los dedos volando por el diapasón, doblando notas hasta hacerlas aullar, el ampli que Ben arregló empujando cada gramo de furia y alegría que tengo hacia el aire.

Arrasamos con la canción, pero antes de terminar, me salgo de la pista; Milo y Joel me miran de reojo mientras el solo se arranca de mí —dieciséis compases de caos absoluto, mi mano de púa un borrón sobre las cuerdas mientras toco mi carta de amor a Ben.

Y cuando el acorde final se desploma, la sala enloquece.

Lo capto en fragmentos a través del pitido en mis oídos: el público empujándose hacia adelante, manos lanzadas al cielo, voces roncas de tanto gritar. En la esquina del fondo, dos tipos trajeados que no reconozco están inclinados el uno hacia el otro, uno de ellos ya tecleando algo en su teléfono.

Las otras bandas agrupadas cerca de la barra se han quedado quietas, su lenguaje corporal pasando de tensión competitiva a algo desinflado, resignado, como si supieran que ya perdieron contra la Barbie Punk y la banda que abrió primero en la larga cartelera de la noche.

Y los chicos del hockey. Dios, los chicos del hockey.

Nash y Stiles están aullando como idiotas.

Rook está sonriendo.

Detrás de ellos, con cara de que podría morirse de orgullo, está Ben.

Los aplausos todavía resuenan cuando paso empujando a Joel.

—Oye... —Intenta chocarme los cinco—. Eso fue... Cass, espera...

No espero. No puedo. Hay demasiada electricidad bajo mi piel, demasiada urgencia propulsándome hacia él y hacia lo que venga después. Desabrocho la correa y dejo caer la Telecaster sobre la tarima de la batería con un estruendo de cuerdas que probablemente le provocó un infarto al técnico de sonido.

Entonces me dirijo hacia los chicos del hockey como un misil teledirigido, le agarro la mano y tiro. Para cualquier otra persona, la imagen de una yo de metro sesenta y tres tirando de un él de metro noventa y tres hacia cualquier parte habría sido graciosa, pero él me sigue. Un minuto después, salimos disparados a la noche.

Y por supuesto está lloviendo.

Porque aparentemente el universo tiene talento para el melodrama y estoy viviendo el acto final de todas las películas románticas de la historia. Las primeras gotas golpean mis brazos desnudos como agujas de hielo después del calor empapado en sudor del escenario, y en segundos estoy empapada, el pelo aplastándose contra mi cráneo.

El callejón es estrecho y mugriento, flanqueado por contenedores de basura y los escombros acumulados de cien montajes y desmontajes. Una sola luz de seguridad tiñe todo de un amarillo enfermizo, convirtiendo las gotas de lluvia en agujas doradas que cortan la oscuridad.

Y cuando me giro para mirarlo de frente, está absolutamente destrozado de la mejor manera posible: metro noventa y tres de franela empapada y energía nerviosa, los rizos aplastados contra la frente, la lluvia corriéndole por la cara y goteándole de la mandíbula.

—Cass —empieza. La palabra sale rápida y desesperada, como si hubiera estado ensayando este discurso en su cabeza durante horas

y necesitara soltarlo antes de perder el valor—. Lo siento. Lo siento, joder, lo siento muchísimo. En el pasillo, cuando dije que no era serio... no lo decía en serio. Nunca lo dije en serio. Tenía miedo y...

—Ben.

—...y odio esa parte de mí, la parte que aprendió que la única forma de sobrevivir era...

Le agarro la camisa.

—Ben.

Se detiene. Tiene los ojos bien abiertos, el agua de lluvia acumulándose en sus pestañas. De cerca puedo ver claramente el verde de sus iris, brillante incluso en la penumbra, y el agotamiento grabado en su cara: las noches sin dormir, el peso de la culpa que ha cargado, el esfuerzo que puso en mi ampli.

—Para —digo, mientras su pecho se agita bajo mis puños.

—Pero necesito que sepas...

—Lo sé —aprieto mi agarre—. Sé que fue pánico. Sé que no lo decías en serio. Pero necesito que tú sepas que la culpa no es solo tuya, porque yo estaba esperando la primera señal de que me había equivocado y de que estabas rechazando a la verdadera yo.

Frunce el ceño.

—Cass...

—Así que salí corriendo. —La confesión tiene un sabor cortante —. Cuando escuché lo que dijiste, salí corriendo. No te di la oportunidad de explicarte. Elegí creer lo peor porque si tenía razón sobre que ibas a hacerme daño, entonces no tenía que ser vulnerable y podía simplemente estar furiosa.

La lluvia cae más fuerte ahora, calándome la ropa.

—¿Pero tú? —digo—. Tú construiste algo con tus propias manos y arriesgaste todo para dármelo, sabiendo que podía tirártelo a la cara de todas formas. —Sacudo la cabeza, el agua salpicando de mi pelo—. Eso requiere agallas que yo no tengo.

—Cass...

—Gracias por tener valor mientras yo me escondía.

Me está mirando como si hubiera empezado a hablar un idioma que no reconoce. Tiene las manos flotando a los lados, los dedos

moviéndose nerviosos hacia mí y luego retrocediendo. Son manos que arreglaron mi ampli y construyeron un puente de vuelta a mí.

—El ampli... es lo más dulce que alguien ha hecho por mí jamás —digo, con la voz temblándome—. Pero todavía tengo miedo.

—Lo sé —dice—. Lo sé.

—Necesito saber que la próxima vez que tengas miedo —la próxima vez que tus amigos te presionen, o sientas que no encajas — no vas a usarme como escudo. —Me abrazo a mí misma, tiritando —. Porque no puedo sobrevivir eso otra vez.

—Preferiría no volver a jugar hockey antes que hacerte sentir pequeña —dice, y la ferocidad en su tono corta la lluvia—. Fui un cobarde, pero arreglar ese ampli me enseñó algo. No tiras las cosas que importan solo porque hay ruido en la señal. Luchas por ellas.

—Eres mi cable a tierra —susurro, mientras la comprensión finalmente se asienta—. Y creo... creo que he terminado de huir de las cosas que me dan miedo.

—¿Sí?

—Sí. —Tomo un aliento que me tiembla en el pecho.

—Te quiero —dice, y no hay nada cauteloso en ello—. Te quiero, Cass. No a la versión del escenario, no a la chica punk furiosa. A ti.

Algo se suelta dentro de mi pecho. No se rompe en pedazos: se libera.

—Yo también te quiero —digo—. Chico hermoso, brillante y estúpido.

Y entonces —finalmente, inevitablemente— lo beso.

Le agarro puñados de franela empapada y tiro de él hacia mí, y sus manos encuentran mi cintura —sosteniéndome, anclándome, pegándome a él. Su boca se encuentra con la mía con la desesperación de alguien que creyó haber perdido algo irremplazable y acaba de descubrir que lo estaba esperando.

Sabe a tormenta. Sus labios están fríos, pero su lengua está caliente cuando se desliza contra la mía. Presiono todo mi cuerpo contra el suyo, sintiendo la solidez cálida de él a través de capas de tela mojada, y sus manos se aprietan en mis caderas como si temiera que me vaya a disolver si me suelta.

No lo haré.

Esta vez no.

Su boca se mueve de mis labios a mi mandíbula, dejando un rastro de calor sobre mi piel helada, y jadeo cuando sus dientes rozan el punto justo debajo de mi oreja. Mis dedos se enredan en sus rizos mojados, atrayéndolo más cerca, y su gemido vibra contra mi garganta: un sonido que me atraviesa entera.

—Cass. —Sus manos suben por mi espalda, presionándome tan cerca que puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho, o quizá ese es el mío; es imposible distinguirlo.

—Te tengo —digo contra sus labios—. Y si huyes, voy a perseguirte, Kellerman.

Me besa otra vez —más lento esta vez, más profundo, el tipo de beso que hace promesas. Sus manos enmarcan mi cara, los pulgares acariciando mis pómulos, y me recuesto contra él como quien se refugia después de semanas a la intemperie.

Mi cable a tierra. Eso es lo que es. Lo que toma todo mi caos dentado y chispeante y le da un lugar seguro adonde ir. Pero la cosa de los cables a tierra es que no solo absorben la chispa, la conducen, y ahora mismo la electricidad me recorre entera.

—Ben. —Mi voz sale ronca, destrozada—. Te deseo. Ahora.

Sus manos se detienen en mi cintura.

—¿Aquí?

Agarro un puñado de su camisa y tiro de él hacia la puerta.

—No exactamente...

treinta y tres

BEN

LA PUERTA trasera de The Firehouse se cierra de golpe a nuestras espaldas, y el mundo pasa del caos azotado por la lluvia a una calidez húmeda y viciada en un latido.

Cass no me suelta la mano.

Me arrastra por un pasillo trasero, junto a cajas apiladas de alcohol y un letrero de salida torcido que parpadea como si le estuviera dando un ataque. El rugido lejano del público es un latido amortiguado a través de las paredes, el final del momento de alguien más mientras el nuestro apenas comienza.

No sé adónde vamos, y en realidad me da igual. Ahora que tengo una segunda oportunidad, la seguiría hasta un volcán activo ahora mismo si me lo pidiera. Pero cuando abre de un tirón una puerta que dice SOLO PERSONAL y me empuja dentro, tengo una idea de adónde va esto.

—Muy La matanza de Texas cruzada con Trainspotting —me río mientras observo el baño—. Romántico.

—Oye, tú querías salir con una chica de la escena —dice con una sonrisa burlona—. Esta es la escena, lo tomas o lo dejas…

El cerrojo hace clic a nuestras espaldas, y se me echa encima antes de que pueda formar un pensamiento coherente. Sus manos están en todas partes: enredándose en mis rizos húmedos,

agarrándome los bíceps con fuerza suficiente para dejar moretones, y la fuerza de su cuerpo hace que mis rodillas cedan un poco.

Sus dedos trabajan en mi cinturón con una velocidad que sugiere amplia práctica, pero quién demonios soy yo para juzgar cuando lo más probable es que me beneficie de toda esa experiencia. El cuero silba al pasar por la hebilla. El botón salta. La cremallera…

Dios mío.

—Tú te encargaste de lo único que yo no podía arreglar. —Su voz es grave y jodidamente sexy—. Ahora cállate y deja que yo me encargue de ti.

Antes de que pueda responder —antes de que pueda darle las gracias, o disculparme, o decirle que no me debe nada— se deja caer de rodillas, mirándome desde abajo con el rímel corrido alrededor de esos ojos azules feroces, el pelo aplastado por la lluvia pegado al cráneo, y una expresión de adoración pura y salvaje.

He pasado años huyendo de momentos como este. El tipo que se traba y se disculpa y busca una excusa para estar en otro sitio. Pero no hay otro sitio donde quiera estar, y no hay otra versión de mí mismo que prefiera mostrarle: aterrorizado, desesperado, completamente a su merced.

Me baja los vaqueros y los bóxers de un solo tirón, y quedo expuesto, más duro de lo que he estado en mi vida. Me rodea la base de la polla con una mano —firme, segura, posesiva— y con la otra me agarra el muslo como si se estuviera anclando a la realidad.

Entonces se inclina hacia delante y me mete en su boca.

El sonido de la otra banda se amortigua, y me concentro solo en ella: el calor suave de su boca, la presión de su lengua haciendo algo obsceno contra la parte inferior de mi polla, y el ritmo que está estableciendo, que coincide con el tempo de su bis.

Agresivo. Arrollador. Absolutamente implacable.

Mi cabeza cae hacia atrás contra el espejo cubierto de grafitis, totalmente cautivado por la forma en que ahueca las mejillas y gime a mi alrededor como si estuviera disfrutando tanto como yo. Me trabaja como si tuviera algo que demostrar, como si estuviera reclamando territorio, como si cada movimiento fuera la respuesta a una pregunta.

Mío, dice su ritmo. Ahora eres mío.

Sí, responde mi cuerpo. Joder, sí.

Entonces me mete más profundo, y estoy perdido.

Mis manos encuentran su pelo mojado sin permiso, enredándose en las mechas cortas y desiguales, sin empujar, solo agarrándome como si ella fuera lo único que me mantiene atado a este baño, a este momento, a esta versión de mí mismo que por fin puede darle sentido a las cosas.

—No puedo… —Mi voz se quiebra—. Cass, voy a…

Ella no frena.

Acelera.

Su lengua se aplana contra la parte inferior de mi polla mientras me toma más profundo, y la succión aumenta, y su mano se aprieta ligeramente donde agarra la base, y la combinación es demasiado —es todo demasiado— y me rompo.

Su nombre se me arranca de la garganta —crudo, desesperado, roto— y me derramo en su boca, las piernas temblándome tan fuerte que lo único que me mantiene de pie es el lavabo detrás de mí. Se lo traga todo, toma todo lo que tengo que dar, y no deja de trabajarme hasta que estoy completamente vaciado y temblando.

Cuando por fin se echa atrás, se limpia la boca con el dorso de la mano y me sonríe desde abajo. —Sabes a chico —dice.

No hay malicia en ello. Solo satisfacción. Solo suficiencia. Y mientras se pone de pie despacio, me recorre con una mirada crítica: el rubor extendiéndose por mi pecho, visible a través de la franela desabotonada, el temblor en mis muslos, la forma en que me agarro al borde del lavabo como a un salvavidas.

Su mirada baja más.

Sigo duro.

El orgasmo ayudó, pero no me vació. No del todo. Las semanas deseándola, el terror de casi perderla, el subidón eléctrico de verla actuar sabiendo que era mía… todo sigue ahí, enrollado en mi estómago, exigiendo más.

—¿Todavía con hambre, Sasquatch? —Se ríe, grave y ronca y absolutamente triunfal—. Parece que quieres más…

La mirada que me lanza es más oscura y hambrienta que cualquier cosa que haya visto antes, y hace que mi polla se sacuda contra mi estómago. No espera a que yo dé el siguiente paso; se da la vuelta y se sube de un salto al borde del lavabo de cerámica, tirando de mí hacia ella.

Mientras me deslizo entre sus muslos abiertos, sus manos agarran mi franela empapada, atrayéndome hasta que estamos pecho contra pecho, boca contra boca, compartiendo el mismo aire húmedo. Puedo saborearme en sus labios —sal y almizcle— y en lugar de resultar raro, es excitante.

—Ahora voy a tomar lo que quiero. —Lo susurra contra mis labios —. ¿Vale?

Asiento.

Sus manos ya están en mis caderas, guiándome, colocándome. Las medias de red rotas bajo su falda tienen un desgarro conveniente que no estaba ahí antes. O quizá sí. No me queda suficiente sangre en el cerebro para procesar la logística mientras la veo apartarse las bragas a un lado.

Lo único que sé es que cuando envuelve sus dedos alrededor de mí y me guía hasta su entrada, está húmeda. Mojada y lista y esperando, y darme cuenta de que chupármela la excitó tanto envía otra oleada de calor por todo mi sistema en recuperación.

Lo desea tanto como yo.

—Cass…

—Dentro —ordena.

Obedezco.

Me deslizo dentro de ella en una sola embestida profunda y suave, y los dos jadeamos: sus ojos se abren de par en par, su espalda se arquea contra el espejo mientras se aprieta como un torno a mi alrededor de una forma que roza lo doloroso porque es tan estrecha, tan caliente, tan mía.

—Joder —susurra, y hay asombro en ello.

Con la espalda apoyada contra el cristal y yo de pie entre sus muslos, ella tiene toda la ventaja. Envuelve las piernas alrededor de mi cintura —esas piernas enfundadas en medias de red rotas, los tacones de sus botas militares clavándose en la parte baja de mi

espalda como espuelas— y me bloquea en sitio. Entonces empieza a moverse.

Balancea las caderas, frotándose contra mí, marcando un ritmo exigente e implacable y absolutamente jodidamente perfecto. Yo igualo su ritmo, luego lo duplico, sujetándola más fuerte contra mí mientras mis manos le sostienen el culo, proporcionando el soporte estructural que necesita para perseguir lo que sea que necesite.

El espejo detrás de ella se empaña por completo, la condensación escurriendo por el cristal. La luz fluorescente parpadea otra vez y por un segundo nos movemos en estroboscópico, los fotogramas congelados de dos personas que casi se perdieron y están decididas a no soltarse jamás.

—Ben… —Su voz se quiebra en mi nombre.

Cambio el ángulo ligeramente, inclinándome hacia delante para fijarla con más firmeza contra el cristal, un brazo rodeándole la espalda como apoyo. La nueva posición es más profunda. Puedo sentir cada aleteo de sus músculos internos, cada contracción involuntaria, cada temblor que recorre su cuerpo.

Mi otra mano se desliza entre nuestros cuerpos.

Su clítoris está hinchado y sensible bajo mis dedos, y cuando presiono contra él —con cuidado, porque la estoy aprendiendo tanto como estoy aprendiendo a hacer esto, y porque quiero darle todo lo que ella me ha dado— su reacción es inmediata y demoledora.

—Joder… —Grita contra mi cuello—. No pares, no te atrevas…

Mantengo la presión firme, el pulgar trazando círculos mientras mis caderas embisten contra ella, igualando el ritmo frenético que ha marcado. Está cerca —lo noto en la tensión de sus muslos alrededor de mi cintura, en cómo su respiración se ha vuelto entrecortada y desesperada, en cómo se aferra a mi espalda.

Su orgasmo destroza la tensión en una liberación explosiva. Se corre con fuerza, estremeciéndose contra mí, arrastrándome de vuelta al borde con ella. La sensación es abrumadora —su calor, su estrechez, la forma en que grita mi nombre— y no tengo fuerzas para contenerme.

La embisto tres veces más —fuerte, rápido, desesperado— y entonces me voy yo también, con un gemido que rebota en las

paredes de azulejo y probablemente se oye en el pasillo. Y esta vez, estoy total y absolutamente agotado, sin posibilidad de repetición.

Nos quedamos así un largo momento, enredados, respirando el aire del otro. El golpeteo lejano del bajo desde la sala principal se filtra a través de las paredes, pero suena como si viniera de otra dimensión, hasta que Cass se ríe.

—Estos tíos son horribles —dice.

Yo también me río, y eso rompe el hechizo que nos mantenía congelados en el sitio. Me echo atrás lo justo para mirarla, y me sonríe desde abajo, el maquillaje completamente destrozado, el pelo un desastre, toda su presencia irradiando una satisfacción tan profunda que roza lo presumido.

—Eres un desastre —le digo—. Una catástrofe total, pero también lo más bonito que he visto en mi vida.

—Tú eres un desastre. —Tira de mi franela, que definitivamente está mal abotonada y probablemente tiene rímel en el cuello—. Y llevas la bragueta abierta.

—Romántico.

—Lo intento.

Nos arreglamos la ropa, aún sin aliento, aún riéndonos de nada y de todo. Me echo agua del lavabo agrietado en la cara acalorada, y el dispensador de papel está vacío, cómo no, así que uso la manga.

Y mientras volvemos a hacernos presentables, no hay incomodidad.

Se siente bien.

Como si este fuera exactamente el lugar donde debemos estar. Como si cada conversación torpe y cada retirada en pánico de mi vida hubiera sido solo práctica para esto: aprender a quedarme, aprender a aparecer, aprender a ser la persona que ella vio cuando me miró en ese escenario.

Cass termina de ajustarse la falda y me mira. —¿Listo para enfrentar al mundo, Kellerman? —dice.

Me paso una mano por el pelo, que definitivamente es causa perdida. —Listo —me encojo de hombros.

Abre el cerrojo, y el pasillo del local nos inunda de nuevo. Pero todo parece más brillante y más nítido que hace una hora, como si

alguien hubiera ajustado el contraste de la realidad y se hubiera olvidado de reiniciarlo. O quizá solo hablan las endorfinas.

En cualquier caso, no me quejo.

Recorremos aproximadamente cinco metros antes de que Milo se materialice por una puerta lateral. Nos mira —mi franela mal abotonada, el maquillaje corrido de Cass, el aura general de «definitivamente acabamos de echar un polvo en ese baño»— y se sube las gafas por la nariz con cansada resignación.

El viejo Ben habría entrado en pánico.

Este Ben simplemente sonríe.

—Ya era hora —dice Milo.

Cass no pierde ni un segundo. —Estábamos negociando.

—Ya. —Su expresión sugiere que sabe exactamente qué tipo de negociación tuvo lugar y que ya ha decidido no pedir detalles—. Bueno, mientras negociabais, os perdisteis al productor que vino a buscarnos para ofrecernos un contrato.

A Cass se le corta la respiración. —Espera, ¿qué productor?

Milo señala con la cabeza hacia la barra. —El tipo de ahí.

Sigo su mirada. Hay un tipo de unos treinta y tantos apoyado en la barra, con el tipo de atuendo cuidadosamente seleccionado de «estoy en la industria musical pero sigo siendo enrollado»: una americana vintage ajustada sobre una camiseta de banda deliberadamente desgastada, zapatillas caras y una cerveza artesanal.

—Es de Iron City Records —continúa Milo—. Quiere hablar con nosotros sobre un contrato, pero Joel y yo le dijimos que dependía de ti.

Cass se queda completamente inmóvil a mi lado.

Iron City Records. Se la he oído mencionar: uno de los pocos sellos que realmente respeta, uno que firma artistas basándose en el sonido en vez de en la comercialidad. Es el tipo de sello que dejaría a Pinebox ser Pinebox en lugar de intentar limarles las aristas para convertirlos en algo apto para la radio.

—¿Está interesado? —Su voz es cuidadosamente neutra, pero puedo sentir la tensión irradiando de su cuerpo—. ¿Sin mencionar cambios en nuestro sonido?

—Muy interesado. —Milo hace una pausa, y su mirada se desplaza hacia mí con una intensidad que me aprieta el pecho—. Dijo específicamente que no podía creer el tono que sacaste de ese amplificador «chatarrero». Dijo que era «sucio pero perfectamente limpio» y preguntó quién hizo la modificación.

Siento la mano de Cass apretar la mía, y la miro. Sus ojos brillan. No de lágrimas, sino de orgullo. —Ben, gracias. Me ayudaste a ser yo.

Se pone de puntillas y me besa, rápido y fuerte, ahí mismo en el pasillo con Milo mirando y el cazatalentos probablemente tomando notas mentales y el local entero lleno de gente que podría juzgarnos por cien razones distintas.

Me da igual.

Por primera vez en mi vida, de verdad me da igual quién esté mirando o qué piensen. El Friki y el Deportista: los dos están aquí, los dos visibles, todo yo. Y la chica en mis brazos ve a cada uno de ellos y los elige de todas formas.

Cuando se aparta, sigue sonriendo. Su mano sigue en la mía. El cazatalentos del sello discográfico sigue esperando junto a la barra con una oportunidad que podría cambiar toda su carrera. Y yo estoy aquí de pie con una franela mal abotonada, rímel en el cuello y una sonrisa estúpida en la cara.

Pero me encanta el desastre, la quiero a ella, y me quedo.

—Vamos —dice Cass, tirando de mí hacia la barra—. Tenemos una reunión.

—Yo no soy realmente… o sea, esto es cosa tuya, no quiero…

—Kellerman. —Se detiene, se gira, me clava esa mirada azul feroz que no admite discusión—. Ese tipo quiere hablar de mi sonido. De nuestro sonido. Ahora eres parte de esto. Eres parte de mí. Así que cierra la puta boca y sígueme a esa barra.

Así que lo hago, y por una vez en mi vida, no estoy huyendo de algo.

Estoy corriendo hacia ello.

treinta y cuatro

BEN

EL PABELLÓN ESTÁ INTENTANDO ASESINARME a base de ruido.

Miles de personas gritando, el trueno de los pies golpeando las gradas, bocinas balando como cabras agonizantes... y estoy razonablemente seguro de que mi madre se está tapando los oídos ahora mismo, probablemente preguntándose cómo su hijo tranquilo terminó en medio de este precioso y ensordecedor desastre.

Dos a dos.

Cinco minutos.

Campeonato Nacional.

Estoy destrozado. Tengo las piernas pesadas y un moratón floreciendo en la mandíbula por un choque en el segundo periodo que apenas recuerdo —el codo de algún imbécil, creo, o quizá un hombro, o posiblemente un pequeño meteorito—, pero no pienso rendirme ni de coña.

Han pasado tres semanas desde el Firehouse —tres semanas desde que recuperé a Cass— y he pasado cada entrenamiento desde entonces luchando con uñas y dientes para volver a este hielo. Y esta noche, estoy de vuelta en la primera línea, impulsado por la certeza que te da saber que por fin tienes algo por lo que vale la pena luchar.

El disco se desliza detrás de nuestra portería tras una jugada defensiva caótica —mal rebote en las bandas, algo que nadie podría haber predicho— y soy el primero en llegar. Mi mano se cierra alrededor del palo y todo lo demás se desvanece en estática.

La presión se convierte en combustible.

Miro hacia el otro lado de la pista, pero no veo jugadores.

Veo vectores.

Su centro se está escorando hacia las bandas, creando un carril de pase que parece tentador pero que en realidad desemboca directamente en una trampa en la línea azul. Su ala izquierda está fuera de posición, probablemente agotado. Su defensa está presionando fuerte, agresiva y hambrienta de una recuperación.

Lo que significa que hay un hueco detrás de ellos si puedo aprovecharlo.

El partido se despliega ante mí como un diagrama de circuito. Entrada, salida, resistencia, flujo. Cada jugador es un componente con patrones de comportamiento predecibles basados en la fatiga y el posicionamiento. Cada hueco es una vía potencial por la que puede viajar la señal.

Sé exactamente cómo arreglar esto.

No es solo confianza.

Es dominio.

Cuando salgo de la zona con el disco en el palo, el primer delantero viene hacia mí como si lo hubieran disparado de un cañón, pura agresividad y cero sutileza. Está telegrafiando la carga desde tres zancadas de distancia, probablemente funcionando a base de pura adrenalina y la esperanza desesperada de forzar una pérdida de disco.

Pero lo tengo controlado. Llevo el disco al revés, dejo que se comprometa con el golpe y lo esquivo con un toe drag que habría hecho llorar de alegría a mi yo de dieciséis años. Se estrella contra las bandas detrás de mí con un golpe satisfactorio, y yo ya estoy buscando la siguiente variable.

El silbato grita: fuera de juego en su lado, una infracción menor que nos regala un saque en su zona. Cuando el otro equipo pide tiempo muerto, me deslizo hacia el banquillo con el pecho agitado y

el sudor cayéndome en los ojos, y es entonces cuando me permito mirar, solo un segundo, por primera vez en todo el partido.

El cristal cerca de la zona neutra está repleto de humanidad —un muro de rojo y blanco, caras deformadas por la pasión y los gritos—, pero mis ojos los encuentran al instante. Es una reunión imposible de cada pieza fragmentada de mi antigua vida, por fin soldada en una sola unidad funcional.

Cass está en primera fila, con mi camiseta puesta. La camiseta le queda enorme, el bajo colgándole por debajo de las caderas, pero se las ha apañado de alguna forma —anudada en la cintura, las mangas enrolladas— y se ve feroz y hermosa y absolutamente mía.

A su lado está Anya, sujetando un cartel hecho a mano que dice «TEAM THESEUS» en letras de molde medidas con precisión. Está animando con un entusiasmo que parece casi doloroso en su cara normalmente estoica, como si hubiera estado practicando frente a un espejo y todavía no dominara del todo la mecánica.

Al lado de ella están Joel y Milo. Los dos llevan camisetas de PBU Hockey que parecen recién compradas, y se les ve profundamente incómodos con ellas. Joel está animando de verdad, con la boca abierta en lo que podría ser un rugido de entusiasmo, pero Milo parece a punto de quedarse dormido.

Y al lado de ellos...

Mi madre.

Y se la ve tan increíblemente, imposiblemente orgullosa.

El silbato del saque me arranca de vuelta a la realidad.

Nash golpea su palo mientras baja por el ala a toda velocidad. —Vamos, Sasquatch.

—Corta a la izquierda —le grito a Nash—. Yo voy por fuera.

No lo cuestiona. No duda. Solo ajusta su ángulo y confía en que sé lo que hago. Ganamos el saque, el disco llega a mí, y lo llevo a la zona ofensiva, sintiendo las expectativas presionándome los hombros.

Dos defensas convergen sobre mí. Dos pedazo de bestias, patinando fuerte con intención asesina en los ojos y la energía desesperada de hombres que saben que su temporada pende de un

hilo. Le hago una finta al primer defensa con un movimiento que he practicado mil veces en pistas vacías y sesiones nocturnas.

Desplazamiento de peso para vender la finta.

Amago con la cabeza para comprometerlo.

Ángulo de la pala ajustado tres grados para proteger el disco.

Se compromete con la carga, lanzándose hacia donde yo estaba.

Lo dejo atrás antes de que se dé cuenta de que le han vendido humo.

El segundo defensa es más listo. No muerde el amago. Se está posicionando para cortarme el camino a la portería, y lo está haciendo bien: pies plantados, palo abajo, ángulo perfecto. Así que altero la ruta de señal, recalculo, levanto la vista...

Y veo que Schmidt está solo en el slot.

Suelto un pase de revés sin mirar que se cuela entre dos defensas como si lo hubiera diseñado un físico con un rencor personal contra la probabilidad. El disco golpea la cinta de Schmidt con un clac satisfactorio, y no duda: tiro a la primera, esquina alta, al hierro y adentro.

PING.

El sonido más bonito del hockey.

La luz roja se enciende.

La bocina ruge.

La multitud pierde la cabeza colectivamente.

Y yo acabo de asistir el gol que gana el campeonato.

Los guantes vuelan.

Cuerpos se estrellan contra el mío desde todas las direcciones.

Alguien me grita al oído.

El reloj marca 2:47 restantes, pero ya da igual. Están acabados. Se les nota en la cara: los hombros hundidos, el patinaje roto, el silencio que se ha apoderado de su banquillo. Los hemos roto, y los últimos 2:47 pasan en un borrón de posicionamiento defensivo y esperanza desesperada.

Sacan al portero. Lo lanzan todo contra nosotros. Pero aguantamos.

Cuando suena la bocina final, lo siento.

Campeones.

Los chicos me asaltan en masa, y disfruto del momento antes de escapar del amasijo de cuerpos. Mientras se forma la fila de saludo, las piernas me tiemblan tanto por lo abrumadoramente mucho de todo lo que ha pasado en las últimas cuatro horas, las últimas tres semanas, los últimos cuatro meses.

La fila de saludo pasa en un borrón de manos enguantadas y felicitaciones murmuradas. Su capitán —un veterano que lo dejó todo durante sesenta minutos brutales— me agarra la mano y la sostiene un instante más de lo que el protocolo exige.

—Menudo pase —dice.

Después estoy patinando hacia el túnel, y mi enfoque se estrecha hasta ella.

Cass.

El corredor de hormigón me traga, y el aire cambia al instante. El frío abierto de la pista da paso a un calor húmedo. Alguien ya ha empezado con la ducha de celebración —seguro que Stiles— y tengo la camiseta empapada antes de dar tres pasos dentro del túnel.

Nash se materializa a mi lado, empapado de champán y sonriendo de una forma que nunca le había visto. Me rodea el cuello con un brazo en un gesto que me bloquea el paso, y hace tres semanas —joder, hace tres días— me habría encogido, esperando el remate y preparándome para la burla.

Pero algo en su expresión es diferente. La sonrisa torcida sigue ahí, pero ha perdido su filo. Como un cuchillo que alguien se olvidó de afilar. Está claro que nuestra relación ahora es menos depredador/presa y más compañero/compañero, lo cual a mí me viene perfecto, aunque a él puede que le cueste un tiempo acostumbrarse.

—Tu chica da miedo, tío —dice Nash—. Intenté chocarle los cinco a través del cristal en el segundo descanso, y amenazó con arrancarme los dedos a mordiscos.

—Lo haría, además. —Me encojo de hombros—. Probablemente empezaría por el meñique, porque le gusta crear suspense.

Nash parpadea. —Joder, Kellerman, eso tiene que ser excitante en la cama, ¿no?

Pongo los ojos en blanco, porque por mucho que algunas cosas cambien, hay personas que no cambian nunca.

Hay una pausa, y su sonrisa torcida se transforma en algo casi respetuoso. —Has estado muy bien ahí fuera, Kell. Ese pase ha sido una puta pasada.

Le doy una palmada en el hombro y sigo caminando. Detrás de mí, lo oigo reincorporarse a la celebración, su voz elevándose en un cántico que no alcanzo a distinguir. Pero ya no escucho, y el pasillo se estrecha a medida que me alejo del caos principal, los gritos reduciéndose a ruido de fondo.

Y entonces la veo.

Cass está apoyada contra la pared de bloques de hormigón cerca de la salida del vestuario, brazos cruzados, expresión cuidadosamente neutra de esa manera que tiene cuando intenta no mostrar demasiado. Mi camiseta le cuelga del cuerpo menudo como una bandera de guerra punk, las mangas arrugadas a la altura de los codos.

Está rodeada de caos —utileros empujando carros de equipamiento, reporteros peleando por posición, familiares aferrados a flores y pancartas—, pero ha creado una burbuja de quietud a su alrededor mientras espera ahí de pie.

Esperándome.

Me repasa de arriba abajo —el moratón en la mandíbula, la camiseta empapada de champán, el sudor todavía goteándome del pelo, el pesado trofeo de plata colgando de mi mano como una fiambrera gigante— y me dedica una sonrisita torcida.

—Bonito trofeo, machote.

—Bonita camiseta, punk. — Dejo caer la mirada deliberadamente hacia el cuello estirado, el borde visible de un chupetón asomando por encima de la tela—. ¿Tatuaje nuevo?

—Te voy a matar por eso —dice—. Tu madre lo ha visto, Ben, y ahora piensa que soy una fresca, así que esto es la guerra...

—¿Puedo rendirme luego? —Sonrío—. ¿En la cama?

—Puedes intentarlo. —Su sonrisa se afila—. Tengo condiciones.

Y entonces tiro de ella hacia mí y su boca encuentra la mía, y sabe a ese brillo de labios barato de cereza que finge no ponerse —

no soy Katy Perry, imbécil— y a esa electricidad particular que es única y perfectamente nuestra.

Cuando por fin nos separamos, sonríe. —Asististe el gol de la victoria.

—Así es.

—Ese pase ha sido jodidamente sexy, Kellerman.

Nos quedamos ahí un momento más, envueltos en nuestra propia burbuja mientras el caos continúa en algún lugar detrás de nosotros. Mis músculos suplican descanso. Hay champán secándose pegajoso en mi cuello y sudor en los ojos y un moratón en la mandíbula.

Pero nada de eso importa.

Porque estoy aquí, en la resaca del partido más grande de mi vida, con la chica que vio a través de cada máscara que me puse y me eligió de todos modos. Ya no son personas separadas. Son un solo sistema integrado, cada componente funcionando exactamente según fue diseñado.

Yo.

—¿Y dónde es la fiesta? —pregunta Cass.

Levanto una ceja. —¿Quieres celebrar en la casa del equipo?

—Claro... un ratito... —Sonríe—. Y después podemos tener nuestra propia celebración.

Sonríe —esa sonrisa afilada, peligrosa y maravillosa que me prometió problemas desde el primer día— y se pone de puntillas y me agarra para darme un beso más. Luego se da la vuelta y echa a andar, con un contoneo extra de caderas que sé que es para darme ideas.

Y funciona.

Igual que nosotros.

Porque yo me quedé, acepté a la verdadera ella.

Y ella me ayudó a darme cuenta de que mi cableado siempre estuvo bien.

Solo necesitaba ser lo bastante valiente para aceptarlo.

treinta y cinco

BEN

LA CASA de hockey está intentando desprenderse de sus cimientos a pura vibración.

Son las dos de la madrugada, el bajo retumba en las ventanas con tanta fuerza que lo siento en el esternón, y estoy encajado contra la isla de la cocina con Cass metida bajo mi brazo, relatándole la jugada del gol de Schmidt a un defensa de primer año cuyos ojos se han abierto como platos.

—…y vi que el carril se cerraba, ¿vale? Pero entonces pensé, espera, si cambio al revés…

—La metiste entre dos defensas. —La voz del chico se quiebra como si estuviera presenciando una intervención divina—. Sin mirar.

—Fue más que nada suerte.

Cass resopla.

—La modestia te queda fatal, Kellerman.

La mirada del chico se dispara hacia ella —cazadora de cuero, delineador corrido, la pesada medalla de campeonato colgándole del cuello como si la hubiera ganado ella misma— y prácticamente puedo ver las variables negándose a encajar. El guion de los tíos de hockey no incluye un capítulo sobre novias punks.

—Está conmigo —digo, simple y natural, porque ahora puedo decir eso.

—Obviamente —dice Cass—. Alguien tiene que mantener humilde al gigante.

Entonces la música muere.

No se apaga. Muere. Y el quejido colectivo llega de golpe.

—¡¿QUÉ COJONES?!

—¿Quién lo ha tocado?

—¡NASH, TE JURO POR DIOS…!

La voz de Nash se eleva por encima del caos.

—¡No fui yo!

Universitarios borrachos deambulan alrededor del equipo de sonido como si nunca hubieran visto tecnología. Alguien patea un cable. Otro sugiere, con la confianza de un hombre que jamás ha logrado conectar un USB a la primera, que «solo hay que moverle la cosa».

Sé lo que pasó antes siquiera de mirar.

Hace tres meses, me habría quedado exactamente donde estaba y habría dejado que otro se las arreglara con el arreglo mientras yo fingía no saber la diferencia entre un apagado térmico y un fusible quemado. Admitir que sabía de esto significaba admitir que yo era ese tipo.

Pero hace tres meses no tenía a Cass.

Le paso mi cerveza.

—Sujeta esto.

—¿Adónde vas…?

Pero ya estoy en movimiento.

La multitud se abre —medir uno noventa y tres tiene sus ventajas— y llego al equipo de altavoces en cuatro zancadas. El receptor está ardiendo al tacto, señal de que el adaptador Bluetooth barato por fin se cocinó. Mis manos saben qué hacer incluso antes de que mi cerebro termine de catalogar el problema.

—Todo el mundo atrás. Denme diez segundos.

Desconecto la unidad averiada y trazo el cable auxiliar. El punto de conexión está corroído, que es lo que pasa cuando dejas que los de una fraternidad se acerquen a equipos sensibles, pero tiene arreglo. Hago un cambio en caliente de la entrada directamente a la

línea principal del altavoz, saltándome el adaptador frito por completo.

Ocho segundos.

El sistema vuelve a la vida con un zumbido. El bajo cae.

La sala estalla.

—¡KELLERMAN!

—¡KG! ¡KG! ¡KG!

Están coreando mi apodo —Kellerman Genius— y no es con burla. No se parece en nada a cómo Nash solía decir Sasquatch con ese filo cortante de desprecio. Están vitoreando porque arreglé algo y porque sabía cómo hacerlo.

Porque la parte rara de mí acaba de salvar su fiesta.

Cuando me doy la vuelta, descubro que Cass se ha unido a mí en el salón. Tiene una media sonrisa.

—La competencia te queda muy bien, Kellerman —dice.

—¿Sí? —Sonrío tan fuerte que me duele la cara—. Pensé que te gustaba el rollo de desastre desgarbado.

Se pone de puntillas y me besa, rápido y posesivo, delante de todos.

—Además, te estás sonrojando. No dejes de hacerlo nunca.

Definitivamente me estoy sonrojando.

Mientras la fiesta retoma vida, Cass me mira y ladea la cabeza hacia el fondo.

—¿Necesitas aire? —pregunta.

Asiento.

Nos escabullimos, pero antes de llegar al fondo, nos encontramos con la realeza.

Rook está sentado encima de la isla de la cocina, presidiendo la corte con una botella de champán como si fuera un cetro. Morgan está de pie entre sus rodillas, con una mano apoyada casualmente en su muslo con la posesividad relajada de alguien que lleva meses ocupando ese lugar y no tiene intención de cederlo.

—¡AHÍ ESTÁ! —La voz de Rook retumba por encima de la música como si hubiera estado practicando acústica de pabellón—. ¡El hombre de la noche! ¡El arquitecto de la victoria!

—El que armó la asistencia. —Me encojo de hombros, intentando desviar—. Schmidt fue quien metió el gol.

—Detalles. —Descarta esto con un gesto, derramando champán —. Tu pase fue el gol. Lo demás fue un trámite.

Morgan me mira y niega con la cabeza, una confirmación silenciosa de que amar a este hombre implica aceptar el caos.

—Bien hecho, Ben —dice.

—Las felicidades son lo que procede —digo, sonriendo, porque su fachada de «Morgue» se ha agrietado por completo en los últimos meses—. ¿Boston?

La cara de Rook recorre orgullo, terror e incredulidad como una máquina tragamonedas que no ha decidido dónde parar.

—Campamento de novatos de los Bruins en seis semanas. Voy a tener que ponerme trajes y dar entrevistas y fingir que sé lo que significa «sinergia».

—¿No sabes lo que significa sinergia? —pregunta Cass.

—Sé que es mierda corporativa para «trabajo en equipo», pero lo dicen como si fuera algo religioso. —Da un trago dramático—. Voy a llamar a alguien «puto idiota» por accidente en una rueda de prensa y el equipo me va a multar de inmediato.

Morgan se aclara la garganta.

—Lo que mi novio está omitiendo es que el equipo profesional femenino de Boston me envió ayer su calendario de pretemporada. Así que parece que vamos a ir a la misma ciudad al mismo tiempo, lo cual es francamente bastante aterrador.

Parpadeo.

—¿Los dos van a Boston?

—La estamos conquistando. —Morgan sonríe—. Equipos diferentes. Misma misión.

—Va a robarme los focos —dice Rook—. Ya lo he aceptado.

—No lo has aceptado.

—Lo he aceptado casi del todo. —Le sonríe—. Estoy trabajando en ello.

Antes de que pueda responder, Rook se lanza hacia delante y me arrastra a un abrazo agresivo con llave de cabeza.

—La línea azul es tuya el año que viene, Kell. —Me suelta pero mantiene una mano en mi hombro, ojos inesperadamente lúcidos—. Mantén a Nash a raya. No dejes que los novatos quemen esto.

Me está pasando la antorcha.

Hace un año, habría tartamudeado algo sobre no estar preparado. Pero hace un año todavía intentaba ejecutar dos programas separados —el Jugador de Hockey y el Manitas— y fallaba en ambos porque no lograba descubrir cuál era la mentira.

Resulta que ninguno lo era.

—Sí. Lo haré —digo.

—Bien. —Sonríe—. Ahora fuera. Necesito enrollarme con mi novia.

—Romántico —dice Morgan, su tono seco, mientras tira de él hacia abajo.

Escapamos al salón y nos chocamos de frente con los veteranos. Las leyendas. Jugadores cuyas camisetas cuelgan en el pabellón y cuyos nombres los de primer año susurran como si fueran plegarias. Pero así, simplemente parecen un grupo normal de amigos.

—…eso NO fue interferencia, ¡el tío estaba en el SEMICÍRCULO…!

—¡Kell! —Mike Altman agita su teléfono—. ¡Mira esto!

Maine bufa.

—Estoy en medio de un análisis histórico muy importante…

—Cállate, idiota —Mike pone los ojos en blanco—. ¡Kell no ha visto a la bebé!

La diatriba de Maine muere al instante cuando Mike me planta el teléfono en la cara con la energía particular de un hombre que no ha dormido en semanas pero ha descubierto la religión, y de repente estoy mirando al ser humano más diminuto que he visto en mi vida. Tiene la cara roja y arrugada, envuelta en una manta estampada con logos de los Flyers.

—Esa es una persona increíblemente pequeña —digo, con cautela, porque aunque he avanzado mucho en habilidades sociales, esto es nuevo para mí.

—Esa es MI persona increíblemente pequeña —corrige Mike—. Tres kilos trescientos, y ya tiene mejor coordinación ojo-mano que Maine.

Maine niega con la cabeza.

—Eso es estadísticamente imposible dado que ni siquiera puede enfocar la vista todavía.

—Ayer siguió mi dedo con los ojos. —Mike retira el teléfono y se lo guarda—. Sophie tiene el vídeo.

Sophie aparece junto al codo de Mike, aceptando una cerveza de Maya con la reverencia de alguien que no ha probado alcohol en nueve meses.

—Mi madre está de niñera esta noche. Es mi primera noche libre en tres semanas. —Levanta la botella como si fuera la Copa Stanley —. Por las conversaciones de adultos.

—Las conversaciones de adultos están sobrevaloradas —dice Maya. Está de pie cerca de Maine, hombros rozándose de una forma que parece casual pero no lo es—. Básicamente son personas quejándose de sus trabajos y metiéndose con las parejas de los demás.

—Me apunto. —Sophie se encoge de hombros—. Ayer pasé quince minutos debatiendo sobre la consistencia ideal de la caca de bebé.

—Eh, no hace falta meter a Nash en la conversación —ríe Cass a mi lado, intentando abrirse hueco en la charla—. Soy Cass…

Buen movimiento, imbécil, me reprocha mi cerebro.

—Eh, esta es Cass, todo el mundo —digo—. Si consiguen emborracharla lo suficiente, se apodera de la música.

—Ya lo hizo cuando Nash intentó poner EDM —ríe Rook—. Amenazó con arrancarle los dedos a mordiscos.

—Estaba poniéndome morritos mientras intentaba poner EDM. —Cass se encoge de hombros—. Estaba estableciendo límites.

—¿Mediante violencia? —pregunta Sophie.

—Mediante violencia implícita. Energía muy distinta.

La conversación fluye a mi alrededor —Sophie hablando de la bebé, Mike lanzando otro pase de diapositivas fotográfico, Maya y Cass descubriendo una apreciación compartida por la creatividad en las palabrotas— y la calidez se asienta en mi pecho como el calor de una buena hoguera.

Porque por primera vez estoy apreciando que esto es lo que construyeron. No solo campeonatos. Esto. Amistades que sobrevivieron a la graduación. Relaciones que se hicieron más fuertes. Unos cimientos lo bastante sólidos para sostener lo que viniera después.

Y ahora soy parte de ello.

De verdad dentro.

Linc García se materializa entre la multitud, con Em bajo el brazo.

—Ese pase, tío. Visión de profesional.

—Gracias. Fue puro instinto. —Intento sin éxito ocultar una sonrisa—. Cualquiera podría haberlo dado.

—Y una mierda. —Me da una palmada en el hombro—. Buen instinto.

—¡Tú! ¿Música, verdad? —Em acorrala inmediatamente a Cass, que parece como si le hubiera caído un tsunami encima, lo cual se acerca bastante a la realidad—. ¡Vale, me caso en tres meses! ¡Con Linc! Y necesito tu opinión sobre…

Se disuelven en una conversación a toda velocidad sobre tempos y ambiente de salón, y veo a Cass iluminarse de una forma que no tiene nada que ver conmigo. Es intimidante, ver la energía imparable de Em rebotar contra la energía de me-importa-un-carajo de Cass, pero de algún modo las dos parecen disfrutarlo.

Al cabo de un rato, el grupo de veteranos se dispersa y se pone a hablar con otra gente, y Cass y yo volvemos a derivar hacia el porche trasero.

Lea y Declan ya están allí, apoyados contra la barandilla. Ella lleva el pelo oscuro y rizado suelto, y gesticula con ambas manos sobre algo —alguna catástrofe artística, a juzgar por la intensidad— mientras Declan la observa como si pendiera de cada palabra.

—¿Más supervivientes de la celebración de la victoria que salen a unirse a los débiles del exterior? —pregunta Lea.

—Apenas. —Cass ríe—. Estoy acostumbrada al ruido, pero no del todo a tanta energía de tíos en un espacio tan pequeño.

—La subestimación del siglo. —Se sopla un mechón de pelo de la cara—. Me encanta apoyar al equipo, pero mi tolerancia a la testosterona tiene límites.

La mano de Declan se mueve a la parte baja de su espalda, automática.

—Lleva un rato desahogándose con la exposición de su tesis. Estoy proporcionando apoyo moral.

—Va a ser un desastre. —Resopla—. La iluminación está mal, los marcos están mal, todo está mal, y mi tutora no para de mandar correos pasivo-agresivos sobre «coherencia artística» como si esa frase significara algo concreto.

Cass se anima.

—¿De qué va la exposición?

—Representaciones visuales del sonido. —Los ojos de Lea se iluminan a pesar de sí misma—. Cómo la música se traduce en arte visual. Las frecuencias emocionales. Pero todo lo que he probado se siente demasiado… limpio. Demasiado… complaciente. Quería algo con crudeza y textura, pero no lo he encontrado todavía.

—¿Has pensado en el punk?

Lea parpadea.

—Mi banda. —Cass se apoya en la barandilla—. No somos pulidos. No somos limpios. Nuestro sonido es áspero y crudo, así que si buscas textura…

—Dios mío. —La voz de Lea ha subido una octava—. El contraste entre lo visual y lo auditivo… la forma en que el punk desestabiliza los marcos tradicionales…

—He entendido la mitad de eso. Pero suena a un sí.

—Es un quizá rotundo inclinándose fuertemente hacia madre mía que sí.

Intercambian números, cabezas juntas, conspirando.

Declan me mira.

Asiento.

Sin palabras, solo hermandad.

Cuando por fin emergen, Lea vibra con ideas nuevas.

—Tengo que ir a apuntar esto. Declan…

—Ya estoy en marcha.

Desaparecen dentro, y el silencio que sigue se siente diferente. La fiesta sigue en pleno apogeo dentro, y a través de la ventana puedo ver que Nash y Stiles están presidiendo su propia corte cerca

de los barriles, rodeados de una nueva tanda de estudiantes de cursos inferiores.

Stiles me ve a través del cristal y levanta su cerveza.

—¡Sasquatch! ¡Ya casi no das asco!

Levanto la mano como acuse de recibo.

No vuelvo a entrar.

Porque la cosa es esta. Ellos tienen la gloria, la atención y la puerta giratoria de ligues. Pero esta noche se irán a casa a habitaciones vacías y mañana se despertarán solos y con resaca y nada más. Y quizá eso les funciona, por ahora o por mucho más tiempo.

Pero yo no quiero ser así.

Ya no.

Solo quiero ser yo mismo.

Yo me voy a casa con mi mejor amiga y mañana trasteo con su amplificador.

—Estás pensando demasiado alto —dice Cass.

—Perdona. —Sonrío—. Solo observando.

—¿Algo interesante?

—Nada. —Le tomo la mano—. Vámonos de aquí.

Escapamos por la escalera lateral hasta el tejado plano del garaje, que tiene una de las mejores vistas del campus. La noche está despejada, pero también del tipo de frío que te hace querer pegarte a alguien. Cass se acomoda contra mi costado como si llevara años encajando en ese espacio exacto.

Puedo ver las luces de la explanada, la silueta oscura de la biblioteca y el resplandor lejano del pabellón donde ganamos un campeonato hace cuatro horas. Todavía no me ha terminado de caer —el hecho de que logramos el bicampeonato y yo tuve un papel enorme en ambas victorias— pero, de algún modo, estar aquí con ella es mejor.

—Menuda noche —dice.

—Sí.

—Armaste la asistencia del gol que nos dio el campeonato.

—Schmidt marcó.

—Cállate. Estuviste increíble. —Se queda callada un segundo—. Te quiero, Ben.

—Yo también te quiero —digo, sin dudarlo—. Incluso todas las partes desordenadas.

—Bien, porque tengo noticias… —Su voz se apaga—. He decidido que si conseguimos el acuerdo con Iron City, dejo la universidad…

—¡Guau! —Sonrío, aunque sospechaba que esto venía dado lo miserable que ha estado con sus clases.

—Estoy aterrada con lo de la semana que viene, Ben. —Su voz es pequeña. Más pequeña de lo que la he oído nunca.

—¿La reunión con Iron City?

—Sí. —Se aparta un poco, cruzándose de brazos—. Los ingenieros de esos estudios hablan un idioma completamente distinto. Compresores y limitadores y respuestas de frecuencia… —Suspira—. Voy a entrar y van a saber que soy un fraude, aunque destrozamos el show.

—Cass…

—No. —Su voz es cortante y defensiva—. No me digas que tengo talento. Ya lo he oído. No ayuda.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer —digo, girándome para encararla, con las manos en sus hombros—. Tú te preocupas de la música: las canciones, la emoción, la interpretación. Pero lo técnico: flujo de señal, ratios de compresión, etapas de ganancia… Eso soy yo.

Me mira, recelosa. Tiene los ojos húmedos, aunque me pegaría un puñetazo si lo mencionara.

—Ben…

—Va en serio. Estaré ahí. En cada sesión. Yo me encargo de las conversaciones de ingeniería. —Tomo aire—. Puedo con esto.

—Ni siquiera sabes el horario del estudio.

—Mándamelo. Me las arreglo.

—¿Y el hockey? ¿Tus clases?

—Me las arreglo.

Se ríe.

—O sea, ¿eres qué, mi técnico de sonido ahora?

Sonrío de medio lado.

—Tu técnico. Tu ingeniero de sonido. Lo que necesites.

—¿Y tus honorarios?

—Cobro barato. —La atraigo hacia mí otra vez—. Besos y algún que otro subidón de ego.

—Ese es un modelo de negocio pésimo.

—Nunca dije que fuera listo con el dinero.

Se pone de puntillas y me besa, lento y profundo, y el frío de la noche pasa a segundo plano. Sus labios están calientes, sus manos están frías donde agarran mi camiseta, y sabe a cerveza barata y brillo de labios de cereza y hogar. Y cuando se aparta, tiene los ojos brillantes.

—Estás contratado, Kellerman.

—El mejor trabajo que he tenido.

Nos quedamos en el tejado mucho rato después de eso, mirando las luces del campus parpadear, hablando de nada y de todo. La fiesta se apaga debajo de nosotros. El mundo sigue girando, y por una vez no me preocupa encajar ni decir algo mal ni esconder partes de mí.

Simplemente soy yo… aquí… con ella…

No porque lo tenga todo resuelto. No lo tengo. Habrá días duros. Días en que el síndrome del impostor vuelva, en que los viejos miedos susurren que sigo siendo el chico raro que no encaja. Pero ahora sé algo que no sabía hace un año.

Cass está a mi lado, mirando al mismo futuro que yo.

Juntos.

epílogo

CASS

EL ÁTICO, así llamamos a este sitio.

No porque sea un ático —es un garaje reconvertido en un polígono industrial junto a la Ruta 9, encajado entre un almacén de azulejos y un negocio que dice vender «novedades al por mayor» pero que claramente mueve algo más turbio— sino porque todo lo que importa pasa aquí arriba.

Cada riff. Cada breakdown. Cada discusión a gritos.

Mis dedos planean sobre el fader maestro, congelados, porque ya he intentado arreglar esta mezcla dos veces y todavía no sé si la caja de la pista siete está demasiado alta o si la he escuchado tantas veces que la frecuencia se me ha metido en el cerebro y ha solicitado residencia permanente.

Probablemente ambas cosas. Casi seguro que ambas.

—Está listo. —La voz de Joel corta mis dudas sobre la mezcla.

No me doy la vuelta, en parte porque sigo fulminando la forma de onda con la mirada como si me debiera dinero, y en parte porque que Joel diga «está listo» sin añadir inmediatamente «pero deberíamos regrabar la estrofa» es algo tan inédito que estoy esperando el siguiente golpe.

Suspiro, abriendo los ojos. —La caja de la siete...

—Está perfecta. —Cierra la cremallera de la funda—. Mírame.

Giro la silla.

Está ahí de pie, con el bajo colgado del hombro, y su cara está haciendo algo que legítimamente no le he visto hacer nunca. El surco perpetuo entre sus cejas ha desaparecido. En su lugar hay algo suave y satisfecho. Joder... ¿eso es... felicidad?

¿Habrá comido sushi en mal estado? ¿Lo han reclamado los parásitos?

—Es lo mejor que hemos hecho —dice.

Sin matices. Sin «pero si tuviéramos más tiempo» ni «la discográfica va a querer más pulido». Solo cinco palabras, pronunciadas con la sinceridad de un hombre que es físicamente incapaz de mentir porque su cara rechazaría la mentira como un trasplante de órgano incompatible.

Abro la boca.

La cierro.

La abro otra vez.

—Y que conste —añade Joel, tocándose el lateral de la nariz—. Me equivocaba con el equipo. Sea lo que sea el vudú que le hizo tu novio a ese amplificador... ahora encaja perfectamente en la mezcla. Tiene la mugre, pero nada de la basura. No sé cómo lo hizo.

—Ingeniería —digo con una sonrisa de suficiencia—. Es como la magia, pero con más matemáticas.

—Pues recuérdame invitarle una cerveza al friki.

Durante tres años, Joel Mendez ha sido mi contrapunto musical. El pragmático frente a mi purismo. El tío que quería que «evolucionáramos nuestro sonido» mientras yo me aferraba a cada borde sucio y sin pulir. Y ahora está aquí diciéndome que yo tenía razón.

—No te me pongas blando, Mendez. Parte de mi mejor rabia funciona gracias a las discusiones contigo.

—Ni en sueños. —Pero está sonriendo. De verdad sonriendo—. Milo espera en la furgoneta. Vamos a por cervezas, si quieres...

—Estoy bien. —Hago un gesto vago hacia la mesa de mezclas—. Quiero hacer otra pasada más.

Asiente, golpea el marco de la puerta dos veces con los nudillos. —Nos vemos en el montaje mañana.

Y se va, sus pasos desvaneciéndose por el pasillo, y me quedo sentada en el resplandor de mi pequeño reino de leds. Giro la silla en un círculo lento, dejando que mi mirada recorra la sala que, aparte de comer y dormir y dar bolos, ha sido nuestro hogar durante meses.

Con las palabras de Joel aún en la cabeza, me levanto de la silla y cruzo hasta el amplificador vintage de la esquina, el que arregló Ben. Y, por primera vez, me permito simplemente estar orgullosa. He pasado tanto tiempo preparándome para el momento en que la discográfica cambie de opinión, o Ben se despierte y decida que quiere algo más fácil.

Pero no es eso lo que ha pasado, ¿verdad?

Han pasado tres meses desde la Batalla de Bandas. Desde la lluvia y el callejón y el baño, y dos meses desde que el productor de Iron City Records se sentó con nosotros en un bar, me puso un contrato delante y dijo las palabras que llevo alucinando desde que tenía quince años.

«Queremos ficharos».

Dos meses desde el inicio de esa colaboración, con gente que de verdad entiende lo que hacemos. Dos meses desde que recibimos el adelanto que fue suficiente para pagar mis préstamos de estudios y ponerle una transmisión nueva a la furgoneta de gira.

Dos meses desde que dejé la carrera en PBU.

Dos meses desde que le dije al doctor Atwood que era un gilipollas pretencioso.

Dos meses desde que les hice una peineta a mis compañeros de clase.

Y a lo largo de todo ese tiempo... Ben.

Dios, los momentos robados. Sándwiches de queso a la plancha a medianoche en su residencia. Yo ayudándole con sesiones de estudio que degeneran en sesiones de besos. La forma en que todavía se sonroja cuando lo pillo mirándome. El hecho de que se autoproclamó nuestro ingeniero de sonido para que pasemos más tiempo juntos.

Se oye un ruido detrás de mí, y sé al instante quién es.

—Se suponía que estabas estudiando, Sasquatch —digo.

Unas manos cálidas aterrizan en mis hombros, y todos los músculos que llevo apretando las últimas seis horas se sueltan de golpe. Gimo mientras sus pulgares encuentran los nudos en la base de mi cuello, aflojando el músculo, presionando justo lo suficiente para que duela de la forma que significa que está funcionando.

—Estaba estudiando. —La voz de Ben es grave, cerca de mi oído —. Te echaba de menos...

—Nada de travesuras —susurro—. La caja de la pista siete...

—Está perfecta. —Sus labios rozan el borde de mi oreja—. Ya te lo dije.

Giro la silla para mirarlo de frente.

Dios.

El chico que tartamudeaba durante la negociación de nuestra primera cita falsa ha desaparecido. En su lugar está esto. Ben Kellerman, increíble, de pie en mi estudio con una camiseta de Pinebox. Y lo mejor es que ya no es un visitante aquí.

Es infraestructura.

Es mío.

—Estoy trabajando —digo—. Y se supone que deberías estar memorizando... ¿qué toca hoy? ¿Transformadas de Laplace?

Sonríe, acercándose hasta que mis rodillas quedan entre sus muslos. —Ya voy por representación en espacio de estados. Mucho más sexy.

—Eres un friki.

Se ríe, con las manos todavía en mis hombros. —¿Cuándo fue la última vez que comiste algo que no saliera de una máquina expendedora?

—Define «comer».

—Cass.

—Hubo M&M's de cacahuete de por medio. Eso es proteína. Legumbres.

Niega con la cabeza, pero está sonriendo. —Vas a matarte trabajando. —Desliza el pulgar por la línea de tensión de mi cuello, y chispas me recorren los brazos—. La mezcla está lista. Joel lo dijo. Milo lo dijo. Yo lo dije hace tres días.

—Una pasada más...

—Es lo que has dicho las últimas cuatro veces. —Su pulgar traza un círculo lento en la base de mi cráneo, y mis párpados aletean—. Estás alargándolo. ¿Por qué?

La pregunta me pilla desprevenida, aunque la respuesta está clara. Es porque en cuanto le dé al último guardar, es real. Porque en cuanto enviemos las másteres, ya no puedo esconderme detrás de «todavía estoy trabajando en ello». Porque el puto mundo entero va a oír cómo sueno de verdad.

¿Y qué? ¿Se darán cuenta de que eres un fraude?

—Eh. —Las manos de Ben me enmarcan la cara, levántandola, sacándome de la espiral en la que mi viejo miedo amenaza con lanzarme—. ¿Dónde te has ido?

—A ningún sitio —murmuro, pero no se lo traga. Sigue masajeándome, sigue mirándome, dejando espacio para que yo —la de verdad— lo llene—. Tengo miedo de que no dure. Todo esto. La discográfica. La banda. Tú. No dejo de esperar la parte en la que se desmorona.

Su expresión cambia, volviéndose suave y feroz al mismo tiempo.

—Escúchame. —Se agacha hasta que estamos a la misma altura, sus manos deslizándose de mi cara para agarrarme las muñecas—. Esto no es un préstamo que te van a reclamar. Tú construiste esto: cada canción, cada sonido, cada maldita frecuencia de caja con la que llevas obsesionándote.

—Ya lo sé, pero...

—Nada de peros. —Su agarre se aprieta—. Deja de esperar el golpe.

—Tú no me mandas —digo, con sonrisa socarrona.

—No, pero he aprendido que para lograr que dejes de preocuparte... —sus manos se deslizan de mis muñecas a mis muslos— ...necesito darte algo mejor que hacer.

Las palabras aterrizan con una intención tan concreta que levanto una ceja. —¿Ah, sí? —digo, sin aliento.

Mantiene mi mirada y se deja caer con suavidad frente a mi silla, acomodándose entre mis rodillas como si perteneciera ahí. —Creo —dice despacio— que puede haber un problema de cableado debajo de este escritorio que requiere atención inmediata.

—Problema de cableado.

—Control de calidad. —Sus manos se deslizan de mis muslos a mis caderas, enganchando los dedos en las trabillas del pantalón—. Muy importante.

—No tienes remedio.

—Soy minucioso.

—Estoy trabajando —digo, pero me sale con voz entrecortada.

—Ajá. —Tira de mis vaqueros hacia abajo por las caderas—. No hace falta que pares.

Mis muslos se tensan.

Madre mía, este hombre.

Engancha los dedos en mi ropa interior y la baja con una lentitud tortuosa. El aire fresco contra mi piel expuesta, y siento un escalofrío obsceno al estar desnuda de cintura para abajo en mi propio estudio mientras Ben me abre los muslos y su lengua encuentra mi clítoris.

Joder.

Agarro el borde de la consola con tanta fuerza que el metal se me clava en las palmas: calor húmedo y presión y el roce áspero de su barba incipiente contra la cara interna de mis muslos, todo conspirando para borrar cada pensamiento excepto más y por favor y ni se te ocurra parar.

—Dale al play de toda la pista —murmura, y noto que está sonriendo.

—Te odio. —Medio río, medio gimo, mientras pulso play.

—No, no me odias. —Otra pasada larga y lenta de su lengua—. Me quieres.

No es una pregunta.

Pero es verdad. En algún punto entre las citas falsas y los desastres reales y el momento en que me presentó mi propio amplificador, libre de fantasmas y vibrando con señal limpia, me enamoré tan completamente de este hombre que el impacto todavía me resuena en los huesos.

Me ha aprendido con la misma precisión obsesiva que aplica a los diagramas de circuitos, y sabe exactamente dónde aplicar presión, cuándo ser suave y cuándo ser implacable. Y, cuando desliza un

dedo dentro de mí, la facilidad con la que entra me dice exactamente lo mojada que ya estoy.

Mi voz grabada flota desde los monitores detrás de mí —el puente acercándose, las guitarras creciendo— y hay algo surrealista en ello, mi voz cantando mientras mi cuerpo tiembla. Y, cuando la problemática caja entra en la canción, él añade un segundo dedo.

—Ben... voy a...

—Lo sé. —No para—. Suéltate.

Suéltate.

Durante veintiún años, me he aguantado. He mantenido mi terreno. He mantenido mi armadura unida a pura fuerza de voluntad porque soltarme significaba confiar, y confiar significaba que te hicieran daño. Pero él no me está pidiendo que deje de ser todo eso. Me está pidiendo que confíe en que seguirá aquí.

El orgasmo llega justo cuando entramos a todo pulmón en el estribillo.

Todos los músculos se me ponen rígidos. La consola gime bajo mi agarre. Mis muslos se cierran alrededor de su cabeza mientras me rompo contra su boca, la sensación tan intensa que por un momento olvido dónde estoy —olvido todo excepto la sensación y mi propia voz grabada destrozando el estribillo.

Me guía a través de ello, su lengua y sus dedos completamente implacables, hasta que estoy jadeando y empujándole los hombros porque es demasiado. Entonces se suaviza, bajando el ritmo, presionando besos suaves en la cara interna de mis muslos mientras las réplicas me recorren.

—Tu frecuencia de caja está bien —dice, presionando un beso tierno en mi estómago antes de levantarse.

Lo miro fijamente mientras admito a regañadientes que la canción está lista. —Ahora mismo estás muy orgulloso de ti mismo —digo.

—Un poco. —Se inclina sobre mí, una mano apoyada en el respaldo de la silla, y me besa—. Pero sobre todo estoy orgulloso de ti.

—¿De qué? ¿De quedarme quieta?

—De todo. —Sus ojos son suaves—. De la discográfica. Del EP. De no incendiar el despacho del doctor Atwood, aunque tenías un plan.

—Líquido de mechero... una lista de reproducción muy específica... —Sonrío—. Todo listo, lo que habría acabado en condena de prisión.

—Lo sé. —Me recoge un mechón de pelo húmedo de sudor detrás de la oreja—. Pero encontraste un mejor uso para tu tiempo.

No sé qué decir. Así que me incorporo y lo beso de nuevo, más despacio, intentando volcar en ello todo lo que no sé articular.

Gracias por verme. Gracias por quedarte. Gracias por quererme.

Se estira por encima de mí y pulsa el botón de guardar en la consola. —Listo —dice—. Ahora está oficialmente terminado.

Me río. —Eres una amenaza.

Me pone de pie y sus brazos me rodean la cintura. —Venga. Te invito a comida horrible de cafetería de carretera.

—Es una cita.

❄

Nota de la autora

Bueno, eso es todo para Ben y Cass…

Al publicar este libro unos días antes de que termine el año, quiero dar las gracias a todas mis lectoras por hacer que 2025 haya sido un auténtico punto de inflexión para mí. Sacar esta serie al mundo y verla leída y querida por tantas personas lo ha significado todo.

Mantente en contacto

Me encantaría que formaras parte de mi familia de lectoras. Puedes:

- Unirte a mi newsletter para recibir novedades, adelantos y contenido exclusivo. Solo tienes que ir a ClaraWestBooks.com
- Pulsar Seguir en mi página de Amazon para no perderte ningún lanzamiento.
- Encontrarme en redes sociales o enviarme un mensaje a través de mi web. Me encanta saber de ti, y siempre respondo.

Hasta la próxima: ama con intensidad, ríe a carcajadas y baila como si nadie te estuviera mirando.

Clara West

también de clara west

La serie Pine Barren University
Más Allá de los Límites
La Práctica Hace la Perfección
Cambiando las Reglas del Juego
La Colisión Perfecta
La Apuesta Más Arriesgada
La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.